LOUIS DE WOHL

FUNDADA SOBRE ROCA



Historia breve de la Iglesia

16ª edición



ARCADUZ

LOUIS DE WOHL

FUNDADA SOBRE ROCA

Historia breve de la Iglesia

ARCADUZ

Título original: *Founded on rock*

Colección: Arcaduz

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Diseño de cubierta: Marta de Tapias
Diseño de ePub: Erick Castillo Avila
ISBN: 978-84-9061-120-3

En memoria del Santo Padre el Papa Pío XII,
que el 28 de mayo de 1950 me animó a escribir
un libro sobre la historia y la misión de la Iglesia
en el mundo.

Capítulo I

LOS PLANES DE DIOS SOBRE EL HOMBRE

> «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todo fue hecho por él y sin él nada se hizo de cuanto ha sido hecho».
>
> San Juan 1, 1-3

Ningún hombre pudo oír la potente Palabra que originó la creación: la horrísona explosión que puso en movimiento el universo, haciendo rodar las galaxias en expansión, masas ingentes de gases girando, retorciéndose, llameando…

Ningún hombre pudo ver el planeta que llamamos Tierra inflamado primero y luego enfriándose lentamente, con su débil costra sólida burbujeante de volcanes, armonizando sus propias revoluciones con el Sol y con los demás planetas del sistema solar.

Ningún hombre pudo contemplar cómo se iban forman-do los minerales y las plantas, cómo surgía la vida del mar, cómo evolucionaban los anfibios, los mamíferos, las aves.

El hombre se lo encontró todo ya hecho, para él, cuando Dios le llamó a la vida, le dotó de un alma espiritual y racional y le ordenó: «Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra». Y también le dio «cuantas hierbas de semilla hay sobre la haz de la tierra toda, y cuantos árboles producen fruto…».

Dios nos hizo reyes de la creación, inocentes y perfectos. Pero, como fuimos creados para servir amorosamente a Dios, fuimos dotados de una voluntad libre, porque no es posible amar más que voluntariamente.

Era un don peligroso, pues sin él seríamos autómatas, robots y Dios deseaba que fuésemos mucho más que eso.

Satanás nos tentó. Había sido un ángel excelso ante el trono de Dios. El orgullo —el deseo de ser como Dios, de ocupar su lugar— le

perdió, causando su caída y, celoso del hombre, quiso hacerle partícipe de su miserable situación. Sutilmente, nos incitó a la desobediencia, a la rebelión contra Dios; y sucumbimos, como él, al deseo de «ser como dioses», de no depender de Dios.

Así dejamos de ser felices. Porque la felicidad está en Dios y sin Él no se puede ser feliz. Nuestro propio «yo» se convirtió en lo más importante para nosotros. Nos hicimos egoístas.

Fue el fin del Paraíso. A partir de ese momento, sobrevino el hambre, y la sed, y la enfermedad; el crimen, y la muerte, y la putrefacción…

* * *

Pero Dios poseía el antídoto contra ese veneno.

Tanto nos amaba —y nos sigue amando— que estaba dispuesto no solo a perdonarnos, sino a elevarnos a un más alto nivel.

El Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, iba a encarnarse, a hacerse Hombre, y a habitar con nosotros.

Los pecados de nuestros primeros padres, los nuestros y los de nuestros descendientes serían asumidos y expiados por Cristo, mediante su muerte en la Cruz. Así, nos abriría las puertas del cielo otra vez, no solo como simples criaturas, sino como hermanos de Cristo y, por eso, como hijos de Dios.

La nostalgia del Paraíso perdido

El recuerdo del Paraíso perdido dejó en el corazón del hombre una vaga nostalgia, un deseo insatisfecho: el logro de una felicidad perfecta, completa y duradera.

Esa nostalgia, ese anhelo se puso de manifiesto de diversas formas en la mitología y las costumbres de numerosos pueblos, pero en el fondo era siempre el mismo: «Hubo un tiempo en que vivir era algo maravilloso; pero, un día, algo espantoso sucedió y desde entonces las cosas siguen mal. Sin embargo, llegará un día en que aquellos benditos tiempos volverán…».

Los griegos y los romanos de la antigüedad, por ejemplo, creían que había existido una Edad de Oro que algún día volvería. Las profecías contenidas en los famosos libros sibilinos de la Roma antigua inspiraron al poeta Virgilio su Cuarta Égloga, un poema realmente profético. Júpiter, el padre de los dioses, tendría un hijo de una virgen, Astraea. Ese niño vencería a la serpiente y traería de nuevo la Edad de Oro, con su eterna paz y felicidad.

Los aztecas de Méjico creían que todas sus desgracias se debían a que el dios Quetzalcoatl les había abandonado, pero que un día regresaría… por Oriente.

Un gran sabio chino, Meng-tse (Mencio), predijo que «un gran santo» volvería a traer la felicidad… de Occidente.

Los hindúes de la India creían en el *Hinayana* —barquito—, que transportaba el alma de algunos mortales por un río, hasta alcanzar la eterna bienaventuranza; pero, hacia la época en que nació nuestro Señor, empezaron a creer en el Mahayana, un gran navío en el que las almas de todos los mortales emprenderían ese viaje.

En Persia, unos magos adivinaron que había nacido el Rey de los Judíos. Habían visto Su estrella y emprendieron viaje hacia Judea, buscándole; y le encontraron.

Así preparaba Dios a los paganos para la Venida del Salvador.

Israel, el pueblo escogido por Dios

El pueblo judío era el «pueblo escogido» de Dios. Solo ellos, los judíos, habían mantenido la creencia en un Único Dios. De entre ellos surgiría el Mesías, el Cristo o Ungido, el Salvador del mundo.

Los persas creían que había dos dioses: uno bueno, Ahu-ra-Mazda, y otro malo, Ahriman, ambos con el mismo poder.

Los babilonios, los asirios, los egipcios, los fenicios, los griegos y los romanos, los celtas y los germanos, los ávaros, hunos, tártaros y sármatas creían en numerosos dioses y diosas y en una legión de semidioses a su servicio.

Pueblos con culturas bastante desarrolladas adoraban a determinados animales. Las vacas y los monos eran sagrados en la India; el toro en Egipto, en Babilonia y en Creta. El gato también era sagrado en Egipto, donde había un dios con cabeza de halcón y otro con cabeza de chacal.

Muchos pueblos paganos divinizaban las fuerzas de la naturaleza; adoraban al dios del rayo, del viento, de la fertilidad, del fuego, de los bosques o del mar.

Los hijos de Israel —que así se llamaban a sí mismos los judíos— sufrieron la opresión de los egipcios. Su primer gran profeta, Moisés, los liberó del yugo egipcio. A través de él, Dios dictó a los israelitas los Diez Mandamientos y la Ley, que ordenaba y precisaba con todo detalle su conducta y la totalidad de sus vidas. Las enseñanzas de la Ley y los profetas fueron recogidas luego en los libros del Antiguo Testamento.

Varias veces, a lo largo de su historia, fueron derrotados, deportados y hechos cautivos por pueblos más numerosos y más fuertes que ellos, pero, a pesar de todo, conservaron la fe de sus mayores, sin cesar de repetir la oración que les habían enseñado: «Escucha, Israel: el Señor, el Señor tu Dios es Uno».

Algunas veces fueron infieles, pero siempre hubo profetas que les recondujeron a la verdadera fe y, a la larga, recobraron la libertad. Y siempre, también, mantuvieron la esperanza de la venida del Mesías, el Salvador.

Las Sagradas Escrituras hablaban con frecuencia de Él. Según el profeta Miqueas, procedería de la eternidad y nacería en Belén de Judá; entraría en Jerusalén triunfalmente, sentado sobre un pollino, decía el profeta Zacarías; e Isaías profetizó que el pueblo no le reconocería, que sería conducido como «cordero al matadero» y que

«por sus llagas seríamos curados». Procedería del linaje de David, y el mismo Rey David —unos mil años antes del nacimiento de Cristo—, en el Salmo XXI, puso en Su boca estas palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Salmo que, por otra parte, concluía con palabras de triunfo: «Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y se postrarán delante de Él todas las familias de las gentes…».

Capítulo II

«Y EL VERBO SE HIZO CARNE, Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS…»

Con el paso del tiempo, la imagen del Mesías, el Salvador, se fue achicando en las estrechas mentes de los hombres. Lo que la inmensa mayoría de los judíos esperaba, cuando el Mesías estaba a punto de llegar, no era ya un magnánimo Rey de reyes, un Salvador universal, sino un simple liberador nacional.

Y por fin vino. Y su llegada, su advenimiento, se convirtió para nosotros en el Adviento. Y el año de su Nacimiento, en el comienzo de nuestra era.

Quiso nacer de una mujer virgen y escogió a María, descendiente del linaje de David, pero pobre y esposa de un hombre pobre, José, el carpintero, también del linaje de David.

Gabriel, un ángel del Señor, se le apareció y le anunció que el Espíritu Santo vendría a ella, que la virtud, la potencia del Altísimo la cubriría con su sombra y que el hijo así engendrado sería el Santo, el Hijo de Dios, y se llamaría Jesús, que quiere decir Salvador.

María y José vivían en Nazaret, ciudad de Galilea, pero un censo de la población decretado por la autoridad competente les obligó a trasladarse a Belén, para empadronarse en la ciudad de su estirpe. Y allí nació Jesús —en un establo, porque no hubo lugar para ellos en la posada—; y así se cumplió la profecía de Zacarías, lo mismo que otras a su debido tiempo.

Treinta años de vida oculta y tres de predicación

Durante unos treinta años, Jesús vivió con María y José, obedeciéndoles y trabajando en el taller de su padre putativo. Luego inició su «vida pública», la misión para la que había venido al mundo. Escogió doce hombres a los que llamó apóstoles (del griego *apostolos*, mensajero, enviado) y a quienes confiaría el perpetuar su misión. La mitad aproximadamente eran pescadores de los pueblos de la ribera del Lago de Genesaret, al que el rey Herodes había dado el nombre de Mar de Tiberíades para halagar al Emperador Tiberio. Los demás eran hombres sencillos, del campo, menos uno, que era «publicano», es decir, recaudador de contribuciones, una profesión muy mal considerada entonces.

Los Doce creyeron, desde el primer momento, que Jesús era el Mesías, y su creencia se reforzó cuando le vieron hacer milagros tales como dar la vista a los ciegos, curar leprosos y otros muchos enfermos e incluso resucitar a los muertos. Con todo, hasta para ellos, que le conocían bien, Cristo, el Mesías, seguía siendo quien liberaría a su pueblo del yugo de la dominación romana. Por eso, como otros muchos judíos, esperaban con impaciencia que llegase el momento en que se proclamase Rey de Israel e iniciase la lucha contra el invasor.

Galilea, al menos nominalmente, gozaba de cierta libertad, pero el rey Herodes, que la gobernaba, era idumeo, no judío, y su reino dependía, en gran medida, de la benevolencia romana. Judea, por su parte, se había convertido en provincia romana gobernada por un «procurador» con plenos poderes y mano dura.

El pueblo aclamaba a Jesús por dondequiera que iba. Solo dos facciones se opusieron tenazmente a Él, por distintos motivos. Los fariseos eran *rabbís* (maestros), para quienes la letra era más importante que el espíritu y la Ley, más importante que Dios. Sus conocimientos les llevaban a despreciar al «vulgo» y a oponerse a las sencillas y transparentes enseñanzas de Jesús. Es decir, eran «intelectuales» de la peor especie, despectivos, arrogantes e hipócritas. No se daban cuenta de que utilizar a Dios —incluso en busca de conocimiento— es tanto como apartarse de Él. Aunque teóricamente esperaban la venida del Mesías, se negaban a aceptar que ya había llegado. Rechazaban a Jesucristo porque, si reconocían que era el Mesías, dejarían de ser los árbitros en materia de religión. Solo algunos —como Nicodemo— fueron capaces de dejar que su corazón se abriese a la Verdad.

El término «fariseo» se ha convertido en símbolo de arrogancia, de hipocresía. Fariseos, en este sentido, los hay en todas las religiones. Un peligro que nos acecha a todos. Ellos, y los saduceos, lograron irritar a Jesús.

Los saduceos constituían el clero oficial; digno y excelso en otro tiempo, se había corrompido de una manera increíble. Ricos y poderosos, los sacerdotes se habían doblegado ante la dominación romana porque les ofrecía protección; y temían a Cristo porque pensaban que, si iniciaba una sublevación, los romanos se vengarían, y eso les podría perjudicar.

A diferencia de los fariseos, los saduceos no creían en la inmortalidad del alma ni en la otra vida y consideraban la creencia en el Mesías como una simple superstición popular. Los sumos sacerdotes salían de sus filas, pero los romanos intervenían en su elección y los deponían a su antojo.

Cristo conocía bien a unos y a otros, porque para Él los corazones de los hombres eran como libros abiertos. Sabía también que le llevarían a la muerte y que uno de los Doce, Judas Iscariote, le traicionaría, como igualmente sabía que el fin de su misión estaba cercano. Ni siquiera a los Doce, a sus apóstoles (del griego: *apostolos:* mensajero, enviado) les confió al principio su verdadera condición, sino que les preguntó: «¿Y vosotros, quién decís que soy yo?». Simón Pedro respondió por todos: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Y Jesucristo replicó: «Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien te ha revelado esto, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos» (Mateo 16, 15-20).

Nadie, a lo largo de la historia, ha otorgado nunca tanto poder a una persona. Porque en ese momento Cristo hizo a Pedro su *vicario* en la tierra. Es decir, Papa; el primer Papa.

Ninguno de los Apóstoles había permanecido tan cerca de Jesús como Simón Pedro, el pescador, a lo largo de los tres años de predicación del Señor. Una y otra vez había sido adalid y portavoz de todos. Su nombre aparece en los evangelios más de cien veces, es decir, con mucha más frecuencia que el de los demás Apóstoles incluido el de Juan, «el discípulo amado», cuyo nombre se cita menos de treinta veces.

Unos días antes del comienzo de la fiesta de Pascua, Jesús hizo su entrada triunfal en Jerusalén, montado sobre «un pollino», como Zacarías había profetizado que lo haría el Mesías.

Durante unas horas, el pueblo le aclamó enfervorizado, viendo en Él al Rey que venía a salvarlos.

Los fariseos refunfuñaron y protestaron airadamente.

Los saduceos, con el Sumo Sacerdote Caifás a la cabeza, planearon su muerte, aunque sabían que no podrían apoderarse de Él en público, pues las masas se opondrían.

Pocos días después, Jesús y los Doce se reunieron en el piso alto de una casa de Jerusalén para celebrar la Última Cena. Les dijo a los Apóstoles que le iban a traicionar y que Judas era el traidor.

Cuando este se hubo ido, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y dio un trozo a cada uno de los Apóstoles. «Tomad y comed —dijo—, porque esto es mi Cuerpo». Luego tomó la copa de vino, dio gracias y la pasó a los discípulos, diciendo: «Tomad y bebed todos de él, porque esta es mi sangre, sangre de la Nueva Alianza, que será derramada por muchos para la remisión de sus pecados».

Así instituyó la Eucaristía, el Santo Sacrificio de la Misa, misterio central del cristianismo. Quien lea el capítulo sexto del evangelio de san Juan, en el que Cristo habla de que su cuerpo es verdadera comida y su sangre, verdadera bebida, comprenderá que no hablaba en sentido figurado, sino *literal*. Que el pan era ahora realmente su Cuerpo y el vino, su Sangre. Y que el hombre debe participar de ambas cosas si quiere alcanzar la vida eterna.

En sus palabras de despedida, Jesús prometió a los Apóstoles que enviaría al Consolador, el Espíritu Santo, para que estuviera con ellos —y con nosotros— hasta el fin de los tiempos.

Esa misma noche, los soldados se apoderaron de Él en el Huerto de los Olivos: los había enviado el Sumo Sacerdote e iban conducidos por Judas Iscariote.

En un precipitado juicio —completamente ilegal según la Ley de Moisés, que prohíbe que se juzgue a nadie de noche—, fue condenado a muerte por «blasfemo» —aunque los testigos no se pusieron de acuerdo en la acusación—, pues el mismo Jesús declaró ante el Sanedrín que Él era el Hijo de Dios.

Sin embargo, no podían ejecutar la sentencia, porque las autoridades romanas se habían reservado el derecho de hacerlo *(ius*

gladii).

Fuera, en el patio, Pedro esperaba ansiosamente el desenlace del juicio. Le había dicho a Jesús que estaba dispuesto a dar la vida por Él, y el Señor le había asegurado que le negaría tres veces antes de que cantara el gallo.

Cuando los que allí estaban (criados, soldados, siervos) acusaron a Pedro de ser uno de los seguidores del «Nazareno», él lo negó por tres veces. Luego cantó el gallo. Pedro, entonces, salió afuera y lloró amargamente.

En cuanto amaneció, condujeron a Jesús a la fortaleza Antonia, sede de la guarnición romana. El Procurador Poncio Pilato, tras interrogarle, no le consideró culpable. Pero los fariseos y los saduceos insistieron en que era reo de muerte e incitaron a las turbas para que pidieran que lo crucificaran. Viendo que la acusación de «blasfemo» no significaba gran cosa para los romanos, le acusaron de alta traición por declararse Rey, lo que hizo que Pilato, finalmente, se lo entregara.

Primero lo azotaron. Luego, los soldados, por burla, le pusieron una corona de espinas mientras le decían: «¡Salve, rey de los judíos!». Acto seguido, le obligaron a llevar la cruz, en la que le iban a crucificar, hasta el lugar del suplicio, la colina llamada Gólgota o Calvario (lugar de las calaveras). Allí, le clavaron en la cruz.

Judas Iscariote, arrepentido, trató en vano de devolver las treinta monedas que había recibido por su traición, tras lo cual las tiró por tierra y, desesperado, se ahorcó.

Entre quienes presenciaban la Crucifixión estaba María, la Madre de Jesús y, como único representante de los Apóstoles, Juan, el hijo de Zebedeo. Entonces, Cristo, desde la Cruz, hizo un último regalo a la humanidad. Mirando a su madre, le dijo: «Ahí tienes a tu hijo». Y a Juan: «Ahí tienes a tu Madre».

Juan, en ese momento, representaba a toda la humanidad, no solo a los Apóstoles. Cristo nos dio a su Madre, y con ello nos hizo hermanos suyos.

A la hora de nona (las tres de la tarde actuales), Jesús expiró. Para asegurarse de que estaba muerto, un soldado romano clavó su lanza en el costado de Cristo.

Le enterraron en un sepulcro que pertenecía a José de Arimatea, discípulo del Señor. Los fariseos le habían oído decir que al tercer día resucitaría y pidieron a Poncio Pilato que pusiera una guardia ante el sepulcro, que fue cerrado y sellado con una gran piedra.

La Resurrección del Señor

Al tercer día después de su muerte, Jesús resucitó en efecto, y se apareció primero a María Magdalena, luego a Pedro y a los demás Apóstoles, excepto Tomás, que no estaba con ellos. Para que no dudaran de que estaba realmente vivo, comió en su presencia. Tomás no quiso creer que el Señor hubiese resucitado, pero, ocho días más tarde, Jesús volvió a aparecer ante todos ellos, Tomás incluido, y le hizo meter sus dedos en los agujeros de los clavos y la mano en la llaga de su costado.

Entonces, el Señor otorgó a Sus Apóstoles el poder de perdonar o retener los pecados, instituyendo así el *Sacramento de la Penitencia*. Les dijo también que fueran a Galilea, donde de nuevo le verían.

Así lo hicieron, y Jesús, a pesar de la triple negación de Pedro en el patio de la casa del Sumo Sacerdote, le confirmó como Cabeza de su Iglesia, diciéndole, por tres veces, que apacentase Sus ovejas y Sus corderos.

Durante varias semanas, les visitó varias veces y conversó con ellos y, finalmente, les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre, hasta la consumación del mundo».

Con estas palabras, Cristo dio a su Iglesia autoridad para predicar y le ordenó hacer discípulos en todo el mundo, al tiempo que garantizó protegerla de todo error mediante su constante aunque invisible Presencia.

De vuelta a Jerusalén, se despidió, salió de la ciudad con ellos y, desde lo alto del Monte de los Olivos, «se fue elevan-do al cielo».

Capítulo III

LA IGLESIA DE LOS APÓSTOLES

La pequeña comunidad de los seguidores de Cristo permanecía unida: Pedro y los demás Apóstoles, María, la Madre de Jesús, un grupo de santas mujeres y discípulos fieles… En total, unas ciento veinte personas.

Pedro propuso escoger otro apóstol para ocupar el lugar que había dejado Judas Iscariote. Se sugirieron dos nombres: José Barsabas, llamado el Justo, y Matías. Fue elegido Matías.

Cincuenta días después de la Pascua se celebraba la fiesta judía de Pentecostés. En ese día Jesús cumplió su promesa de enviar el Espíritu Santo.

Un fuerte viento llenó la casa en que los Apóstoles estaban reunidos; lenguas de fuego se colocaron sobre sus cabezas y, llenos del Espíritu Santo, empezaron a predicar. Cada uno de los oyentes les escuchaba en su propia lengua y los que escuchaban hablaban por lo menos dieciséis lenguas distintas.

El discurso de Pedro, recogido por san Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*, fue corto y sencillo, propio de un hombre sin demasiadas letras, pero directo, elocuente, arrebatador y —lo que es más importante— lleno de autoridad: el discurso de quien proclama algo de suma importancia para todo el mundo y está seguro de que lo que dice es cierto.

Dijo que ellos —los judíos— habían «crucificado y matado» a Jesús, «entregándole a hombres sin ley», pero que Él había resucitado. Por eso, «tenga por cierto toda la casa de Israel que Dios ha hecho Señor y Mesías a este Jesús, a quien vosotros habéis crucificado».

Al oírle, se sintieron «compungidos de corazón» y preguntaron a Pedro y a los demás Apóstoles qué debían hacer. Estos les dijeron que se arrepintiesen y se bautizasen. Ese día se bautizaron unos tres mil.

El testimonio de Pedro y los demás Apóstoles

Poco después, Pedro realizó su primer milagro, en nombre del Señor, curando instantáneamente a un cojo de nacimiento. Sucedió en el Templo, junto a la puerta llamada la Hermosa, y lo contemplaron cientos de personas. Pedro se dirigió a todas ellas y les dijo que habían matado «al autor de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos». Luego, utilizó palabras llenas de compasión: «Ahora bien, hermanos, ya sé que por ignorancia habéis hecho esto, como también vuestros príncipes. Pero Dios ha dado así cumplimiento a lo que había anunciado por boca de todos los profetas, que su Cristo padecería. Por tanto, haced penitencia y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados… Para vosotros, los primeros, resucitó Dios a su Hijo y lo envió para bendeciros, con tal de que cada uno de vosotros se aparte de sus iniquidades».

Ante esta solemne declaración del primero de los Papas, se comprende mejor lo injusto que es acusar globalmente a los judíos de haber matado a Cristo o hablar de ellos como del «pueblo deicida». Diecinueve siglos más tarde, cuando el antisemitismo hacía estragos en la Alemania nazi y en otros países, el Papa Pío XI dijo que un cristiano no puede ser antisemita, porque «espiritualmente, nosotros, los cristianos, somos semitas». Nuestro Señor y su Madre santísima eran judíos, lo mismo que los Apóstoles y los profetas, y la liturgia de la Iglesia rebosa de textos judíos.

Tras el discurso de Pedro, otras dos mil personas se convirtieron. Entonces intervinieron las autoridades del Templo, que mandaron detener a Pedro y a Juan. Y Pedro, que unas semanas antes había negado a Cristo, ahora defendió valientemente su causa ante el Sumo Sacerdote y todo el Consejo, el Sanedrín, que los mandó encarcelar. Librados milagrosamente de sus cadenas, volvieron al Templo, donde siguieron predicando a Cristo. Detenidos por segunda vez, se negaron resueltamente a retractarse o a dejar de predicar, porque —dijo Pedro — «ningún otro nombre hay bajo el cielo, dado a los hombres, por el que podamos salvarnos».

Entonces, Gamaliel, el más sabio de los miembros del Sanedrín, advirtió a sus colegas: «Si este proyecto o esta obra es de hombres, se desvanecerá por sí misma; pero, si es de Dios, no podréis acabar con ellos».

Los Apóstoles —a quienes mandaron azotar— se fueron contentos por haber sido dignos de sufrir ultrajes a causa del nombre del Señor.

Todo lo cual prueba que Cristo resucitó realmente. Porque, si no, ¿cómo se explica que los mismos que unas semanas antes habían huido, temiendo que los mataran, reaccionasen ahora con tanto valor y no dejasen de asegurar con el mismo heroísmo, hasta entregar sus vidas, que Jesucristo había resucitado de entre los muertos?… Si realmente habían visto a Cristo resucitado, tiene explicación. Pero, si no lo habían visto, no hay explicación posible. Luego *tenían* que haberle visto.

Autenticidad de los Evangelios

Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, escritos varias décadas después de la muerte de Cristo, los leyeron miles y miles de cristianos que habían conocido la vida y las enseñanzas del Señor de boca de los mismos Apóstoles y de otros discípulos. Luego, han sido examinados y analizados minuciosamente por sabios, historiadores y exegetas (muchos de ellos, hostiles al cristianismo) a lo largo de diecinueve siglos, pero todos los intentos de desacreditarlos o desvirtuarlos han fracasado miserablemente.

Algunos han puesto de relieve que los cuatro evangelios contienen una serie de contradicciones, que no concuerdan en todos los puntos, pero, como un eminente exegeta ha dicho, eso prueba más bien su autenticidad, pues no otra cosa se puede esperar de cuatro observadores distintos que informan sobre un mismo tema. Es imposible que distintas personas vean y cuenten una misma cosa *de la misma manera* y que coincidan en *todos* los detalles. Si los cuatro evangelistas hubieran dicho *exactamente* lo mismo, no habría faltado quien los acusara de «connivencia», de haberse puesto de acuerdo. Es decir, que una coincidencia plena habría supuesto una seria sospecha de fraude.

En cuanto a las propias palabras de Cristo, tal y como se ofrecen en los Evangelios, ni el más grande de los poetas hubiese podido imaginarlas. Su belleza, verdad y profundidad superan lo que cualquier ser humano haya podido decir o escribir. Algo que solo se explica si se tiene en cuenta que se trata de la Palabra de Dios expresada en forma humana.

El «comunismo» cristiano

Llegó un momento en que los Apóstoles no podían atender a todas las necesidades de la naciente Iglesia, por lo que designaron siete «diáconos» para que cuidaran de los más pobres. Los más ricos hacían generosas donaciones y repartían los fondos así reunidos, dando «a cada uno según sus necesidades». Pronto, sin embargo, surgieron dificultades, y esta primera forma de «comunismo» tuvo que ser abandonada.

Siglos más tarde volvería a ser puesta en práctica, con éxito, en las órdenes y congregaciones religiosas, donde nadie tiene propiedades privadas y todos sus miembros comparten por igual los bienes de la comunidad. Pero hay dos diferencias fundamentales entre este tipo de «comunismo cristiano» y el comunismo marxista, la principal herejía de nuestro tiempo. Una es que, en el «comunismo cristiano», su razón de ser está en el amor de Dios, en el deseo de servirle mejor y, por amor a Él, al prójimo. La otra, que es absolu-tamente voluntario: *nadie* está obligado a renunciar a lo que posee. Cristo quiere ser servido por hombres libres, no por esclavos.

Simón el Mago y el pecado de simonía

Las conversiones abundaban no solo en Judea y en Galilea, sino también en otros lugares. El diácono Felipe predicó en Samaría y bautizó a muchos samaritanos; Pedro y Juan le siguieron y administraron el *Sacramento de la Confirmación* a los ya bautizados. Uno de los convertidos por la predicación de Felipe era un tal Simón, llamado el *Mago*, porque había practicado artes mágicas; creía que en los poderes de los Apóstoles había también algo de mágico, por lo que ofreció a Pedro dinero para que le enseñara a ejercer esos poderes que ellos ejercían en nombre del Espíritu Santo. Entonces, Pedro, indignado, le reprendió severamente, exhortándole al arrepentimiento, pues los dones de Dios no se adquieren con dinero. Desde entonces, se viene llamando *simonía* al grave pecado de comprar o vender poderes sagrados o cargos eclesiásticos.

Esteban, el primer mártir cristiano

Otro diácono, Esteban, un hombre culto y sabio que había convertido a muchos en Jerusalén, fue detenido por las autoridades del Templo. Testigos falsos, a sueldo de los fariseos y de los saduceos, le acusaron de «blasfemo», como a Cristo. Esteban se defendió con gran vigor ante el Sanedrín, y terminó acusando a sus acusadores de ser «traidores y asesinos» por haber matado al Justo, «vosotros, que recibisteis la Ley por ministerio de ángeles y no la habéis guardado». Ellos, entonces, llenos de furia, ni siquiera se tomaron la molestia de sentenciarle formalmente a muerte. Le sacaron a rastras fuera de la ciudad y lo mataron a pedradas. Murió rezando por sus asesinos. Así vino a ser el primer mártir de la Iglesia, en el primer testigo de Cristo (mártir, en griego, quiere decir testigo). Miles y miles —tal vez millones— seguirían su ejemplo a lo largo de los siglos, hasta nuestros días.

La muerte de Esteban marcó el comienzo de la primera persecución generalizada contra la Iglesia. Muchos fieles huyeron de Jerusalén y se dispersaron por Judea y Samaría, y, de esta forma, la Iglesia siguió extendiéndose por todo el país. Y es que Dios, de los males saca bienes.

La conversión de Saulo

Un joven estudiante fariseo, Saulo de Tarso, era uno de los más activos y resueltos perseguidores. Idolatraba la Ley. Como muchos temperamentos fogosos, era de corta estatura y no muy fuerte. No había participado en la lapidación de Esteban: se había limitado a guardar los mantos de quienes lo apedreaban. Pero, a la cabeza de un grupo de guardias del Templo, perseguía con saña a los fieles que habían abandonado Jerusalén, los arrestaba y los traía a la ciudad para que fueran juzgados y castigados.

Una de esas expediciones lo llevó hasta Damasco, pero, poco antes de llegar, una luz resplandeciente lo derribó y le dejó ciego, mientras escuchaba una voz que decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?…». Tembloroso y desconcertado, preguntó: «¿Quién eres, Señor?». Entonces el Señor se dio a conocer («Yo soy Jesús, a quien tú persigues») y le ordenó que entrara en Damasco, donde le dirían lo que tenía que hacer. Saulo obedeció y permaneció tres días esperando, ciego, sin comer ni beber, hasta que Ananías, un discípulo que vivía en Damasco, fue a verle y le dijo: «Saulo, hermano, el Señor Jesús, el que se te ha aparecido en el camino, me envía para que veas y quedes lleno del Espíritu Santo». Al punto, Saulo recobró la vista, y «de sus ojos cayeron como unas escamas». Bautizado, enseguida empezó a predicar en la sinagoga que Jesús era el Hijo de Dios. Lo cual causó tal escándalo entre los judíos, que Saulo tuvo que abandonar Damasco. Durante tres años estuvo viviendo en Arabia, en la soledad del desierto, al cabo de los cuales regresó a Damasco y siguió predicando, pero amenazado de muerte tuvieron que sacarle de la ciudad descolgándole en un serón por la muralla. Se dirigió a Jerusalén, para ponerse a disposición de los Apóstoles, pero allí los discípulos le recibieron con cierto recelo, pues les parecía increíble que aquel perseguidor implacable se hubiese convertido. Por otra parte, los saduceos estaban resueltos a acabar con su vida, así que Saulo tuvo que irse. Entristecido, regresó a Tarso, su ciudad natal.

La llamada a los gentiles

Lo que Pablo no sabía todavía era que Cristo le había escogido para una misión muy concreta; el más judío de entre los judíos, el más fariseo de los fariseos, iba a ser el instrumento escogido para convertir a los paganos, para llamar a los gentiles al redil de la Iglesia.

Sin embargo, el Señor quiso dar a conocer su voluntad, antes que a nadie, a su Vicario en la tierra.

Fue a Pedro a quien reveló el primero que la Ley de Moisés se había *cumplido* y, por eso, ya había quedado superada. El muro que separaba a los judíos de los gentiles tenía que ser derribado. Cristo se lo mostró a Pedro, haciéndole ver que en adelante ya no había alimentos impuros y advirtiéndole —en la misma visión— que, cuando tres hombres preguntasen por él, no dudase en acompañarles, porque Él mismo les había enviado.

Estaba todavía preguntándose por el significado de la visión que había tenido, cuando llegaron los tres hombres y le rogaron que les acompañase a Cesarea, donde un oficial romano —un centurión llamado Cornelio— le estaba esperando.

Entrar en la casa de un gentil era algo que estaba estrictamente prohibido a los judíos por la Ley de Moisés. De esa forma, el Pueblo Escogido había logrado evitar que los pueblos paganos, más numerosos, que les rodeaban, influyeran en sus costumbres y normas de vida y las desvirtuaran. Cuando el personaje de Rabelais llamado Gargantúa aconseja a Pantagruel: «evita la compañía de gente a la que no deseas parecerte», no hace más que seguir ese precepto de la Ley mosaica.

Pero Cristo había venido, como Hijo de Dios y dador de toda ley, a iniciar una nueva era…

Pedro obedeció. Fue a Cesarea y entró en la casa del centurión Cornelio, que le recibió humildemente, como enviado de Dios, pues también él había tenido una visión.

Pedro le habló de Cristo, le instruyó, y Cornelio, con to-dos los de su casa, recibió el bautismo.

La noticia de que Pedro había bautizado a un grupo de gentiles causó un verdadero revuelo entre los discípulos de Jerusalén, todos ellos judíos. Pedro les explicó cómo había sucedido todo y lo hizo tan bien que, al final, todos alabaron a Dios, diciendo: «Luego también a los gentiles les ha concedido Dios la penitencia que lleva a la vida».

A partir de ese momento, la joven Iglesia tuvo que emprender la

inmensa tarea de dar a conocer a Cristo a todos los hombres, y los discípulos comprendieron cabalmente lo que Cristo les había mandado: tenían que conquistar el mundo entero, pero esa conquista tenía que ser obra del amor y, por lo tanto, pacífica.

Bernabé, uno de los discípulos, se trasladó a Antioquía, en Siria, donde creyó una gran multitud de gentiles. Allí fue donde los seguidores de Cristo empezaron a ser llamados cristianos.

Desde Antioquía, Bernabé se desplazó a Tarso, para ver a Saulo y contarle lo sucedido. Saulo, ilusionado, acompañó a Bernabé de regreso a Antioquía, y enseguida entró en acción.

Martirio de Santiago el Mayor

El Emperador Claudio, un hombre débil y caprichoso, había hecho rey de Judea a Herodes Agripa, que era amigo suyo y siempre le adulaba. Deseando congraciarse con los saduceos, Herodes mandó decapitar, sin juicio previo, a uno de los Doce Apóstoles: Santiago el Mayor, hijo de Zebedeo y hermano de Juan. Fue el primer Apóstol que murió mártir; los demás, con excepción de Juan, morirían mártires también.

Cuando Herodes vio que los cristianos —muy numerosos ya— no se rebelaban, mandó detener a Pedro, pero la Iglesia entera se puso a rezar, pidiendo a Dios su liberación, y Pedro logró escapar milagrosamente de la prisión. Tras informar de lo sucedido a la comunidad de Jerusalén abandonó la ciudad, dirigiéndose a Antioquía.

Poco después, el rey Herodes Agripa moría comido de gusanos, de una horrible enfermedad.

Era muy corriente en aquellos tiempos que quienes abrazaban la Fe cambiaran de nombre (algo que todavía se hace algunas veces al recibir el Sacramento de la Confirmación). Cristo en persona estableció esa costumbre, al cambiar el nombre de Simón por el de Pedro. Saulo siguió su ejemplo y, antes de iniciar su primer viaje apostólico entre los gentiles, cambió su nombre por el de Pablo.

Con Bernabé, Pablo viajó a la isla de Chipre, donde convirtió al gobernador romano, y luego a varias ciudades de Asia Menor, donde lograron muchas conversiones, a pesar de la hostilidad de los judíos, que, en una ocasión, quisieron matar a Pablo a pedradas. En otra, tras curar a un hombre cojo de nacimiento, los tomaron por dioses.

De regreso a Antioquía, contaron lo que habían hecho y enseguida se trasladaron a Jerusalén para asistir al *Primer Concilio Universal de la Iglesia*, en el cual se trataba de dilucidar si los gentiles convertidos debían o no cumplir la Ley de Moisés y hacerse circuncidar (Año 52, diecinueve después de la Crucifixión).

Pedro, que presidía la asamblea, y Pablo, el antiguo fariseo, tuvieron que luchar a brazo partido para conseguir que los gentiles fueran admitidos en la Iglesia sin quedar sometidos a la Ley.

Santiago el Menor —pariente de Jesús como Judas Tadeo, y ahora obispo de Jerusalén— sugirió que se impusieran a los gentiles unas condiciones mínimas (abstenerse de comer animales sofocados y ofrecidos a los ídolos) y rápidamente se llegó a un acuerdo. Los Apóstoles comunicaron a los gentiles cristianos el resultado de este primer Concilio mediante una carta circular que decía así: *«Ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros…»,* fórmula que indicaba claramente que la Iglesia hablaba con autoridad.

Los Apóstoles, entonces, iniciaron una serie de viajes apostólicos por diferentes países.

Gracias a las catorce cartas de san Pablo que han llegado hasta nosotros y a la amistad que san Lucas —que escribió los Hechos de los Apóstoles— tenía con él, conocemos muchas más cosas de los viajes apostólicos de san Pablo que de los de los demás Apóstoles.

Pablo era un hombre infatigable, tenaz, inteligente, luchador, que nunca se daba por vencido. Ni la cárcel, ni los azotes, ni la persecución, ni las calamidades (naufragios, enfermedades, hambre) eran capaces de detenerle. Viajó por Asia Menor (la actual Turquía), por Grecia, Macedonia e Italia, y, probablemente, visitó también España. En todas partes, dejó asentadas sólidas comunidades cristianas. Parecía como si quisiera compensar, con su esfuerzo, la defección de tantos judíos que no habían querido aceptar a Cristo. Y cuando, por fin, le llevaron prisionero a Roma, convirtió a muchos por el camino y en la misma capital del Imperio.

En cuanto a los demás Apóstoles, Andrés, según la tradición, llegó hasta las costas del Mar Negro; Felipe viajó por toda el Asia Menor; Simón el Zelote, por el norte de África, Babilonia y Persia; Judas Tadeo y Mateo, por Arabia, Siria, Mesopotamia y Persia; Matías, por Etiopía, y Tomás y Bartolomé, por los confines de la India.

Excepto san Juan, que murió de muerte natural muy anciano (casi a los cien años), todos los Apóstoles fueron martirizados por confesar la Fe. Santiago el Mayor murió decapitado, como ya hemos visto; Santiago el Menor, lapidado y Mateo probablemente también; Tomás alanceado, Pablo decapitado, y Pedro y Andrés crucificados, lo mismo que Felipe, Bartolomé, Simón el Zelote, Matías y Judas Tadeo. Y es que era muy peligroso —y en algunos países todavía lo sigue siendo— proclamar la Religión del Amor en un mundo de violencia, odio y rencor.

El mundo que conquistaron

Los hombres sencillos que se lanzaron a la conquista del mundo sabían muy poco de él. Hasta los más eruditos solo lo conocían a medias. «Asia» era solo un trozo de Asia: Turquía, Palestina, Siria, Arabia, Irak, Persia y parte de la India. África incluía solamente el norte de África, más Etiopía y Sudán. Europa era Grecia, Macedonia, parte de lo que hoy es Bulgaria, Rumania, Austria y Hungría, Italia, Suiza, Francia, España, Portugal, Bélgica, Holanda, parte de Alemania y el sur de Inglaterra. Se hablaba vagamente de Thule (Escandinavia), pero de Polonia, de Rusia, de gran parte de África y de Asia (China, el Japón) nada se sabía. Y, por supuesto, de América y de las islas del Pacífico.

Nunca, sin embargo, en la historia de la humanidad, han sido tan favorables las condiciones para una rápida expansión del cristianismo, pues la mayor parte del mundo entonces conocido formaba parte del *Imperio Romano*, el más compacto que ha existido jamás. Se extendía desde el Atlántico hasta Persia y desde el Rhin y el Danubio hasta el desierto del Sahara, convirtiendo el Mediterráneo —*Mare Nostrum*— en un lago interior.

Treinta legiones de hierro, perfectamente equipadas —cerca de trescientos mil hombres—, y numerosas tropas auxiliares, protegían sus fronteras, y una policía sumamente eficaz, el orden interior.

Las comunicaciones, dentro del Imperio, estaban garantizadas por servicios de transportes regulares y rápidos, tanto por tierra como por mar. Las naves romanas —a vela y a remo— llevaban pasajeros y mercancías desde el Mar Negro hasta las Islas Británicas. Una vasta red de calzadas, perfectamente mantenidas —algunas se conservan todavía— enlazaban las principales ciudades del Imperio y permitían enviar tropas de una provincia a otra con bastante rapidez.

En naves romanas, san Pablo fue a Italia, a Grecia, a Macedonia, al Asia Menor y tal vez a España. Y por calzadas romanas llegó a las numerosas ciudades en las que plantó la semilla de innumerables comunidades cristianas.

Conquistar el mundo, entonces, significaba, antes que nada, conquistar el Imperio Romano. Pero, a diferencia de otras conquistas, esta no iba en contra del Estado (aunque los gobernantes eso creían). Se trataba de conquistar los corazones. Y se conquistaron, en su mayor parte, en menos de trescientos años.

No sabemos a ciencia cierta la fecha exacta en que san Pedro llegó

a Roma, pero seguramente antes que san Pablo, pues, cuando este llegó, fue recibido por varios representantes de la comunidad cristiana de la Urbe. Los convertidos abundaban allí, lo mismo que en otras ciudades, y sabemos que entre ellos había miembros de «la Casa del César» (es decir, personas que vivían en el Palacio Imperial) y también de las familias romanas más distinguidas, como Pomponia Graecina, esposa del General Aulo Placio, conquistador de Britannia. Lo cierto es que san Pedro fue el primer *Obispo de Roma*.

Capítulo IV

LA IGLESIA DE LOS PRIMEROS SIGLOS

La Roma imperial era una vasta urbe de más de un millón de habitantes. En ochocientos años de existencia había conocido diversas formas de gobierno; primero había sido una monarquía, luego una república, a continuación una dictadura. En la época que nos ocupa estaba gobernada por césares, emperadores que tenían un poder absoluto. El primer César Imperator, Octavio Augusto, al parecer fue envenenado por su mujer; el segundo, Tiberio, murió estrangulado por el jefe de la guardia imperial; el tercero, Calígula, apuñalado por un grupo de conspiradores; el cuarto, Claudio, envenenado por su mujer sin duda alguna; y el quinto, el que ahora gobernaba, era Nerón, el cual se suicidaría años más tarde para evitar que lo asesinasen.

El Senado, asamblea de notables que había gozado de amplios poderes, se había convertido en una pandilla de aduladores. El pueblo, por su parte, estaba amordazado, excepto en el circo, el entretenimiento preferido de los romanos, con sus carreras de carros y sus sangrientas luchas de gladiadores. El único derecho que tenía el pueblo —aparte de gritar— era el de perdonar la vida a un gladiador vencido o pedir que el vencedor lo matara.

La esclavitud era una institución generalmente aceptada no solo en el Imperio Romano, sino también en todo el mundo pagano. Quien hubiese osado pedir su abolición habría sido tenido por loco. Los esclavos eran imprescindibles en la organización social y económica, y desde que había estallado una rebelión de los mismos en la escuela de gladiadores de Capua (sofocada con dificultad por los mejores generales a muy alto precio), las leyes eran severísimas y pocos esclavos se rebelaban contra sus amos.

Tendría que transcurrir mucho tiempo antes de que el cristianismo pudiese acabar con esta antigua y odiosa institución (que, desgraciadamente, todavía existe en algunos países no cristianos).

La religión romana daba culto a muchos dioses, pero el principal era Júpiter. Todos tenían los mismos vicios y virtudes que los hombres. Júpiter era sabio, pero infiel a su mujer, Juno, que, por su parte, era celosa y vengativa. Marte, el dios de la guerra, era valiente, pero cruel e irascible. Venus era hermosa, pero inmoral… Y así todos.

Había también una legión de semidioses, ninfas y sátiros, y cada familia tenía sus propios dioses del hogar, los lares y penates. Pero es que, además, los romanos solían adorar también a los dioses de los pueblos conquistados: Isis de Egipto, Mitra de Persia, etc.

La superstición era una verdadera plaga, por lo que abundaban los adivinos, los magos, los nigromantes, etc.

Los hombres más cultos y los intelectuales despreciaban estas burdas concepciones religiosas de las masas. Muchos no creían en nada, pero proclamarse ateo estaba mal visto en la sociedad romana, pues los Emperadores solían considerarse como «divinos». Funcionarios y soldados tenían que jurar fidelidad al genio del Emperador (genio en el sentido de divinidad) y algunos de ellos, como Calígula, llegaron a creer realmente que eran dioses. Otros no, pero suponían que el ser considerados como dioses les protegía contra asesinos en potencia que no osarían matar a un dios… Algo que, en muchos casos, resultó ser una mera ilusión.

El choque del cristianismo con un mundo pagano

Así era el mundo que encontró el cristianismo.

Sin duda, el mayor atractivo de la nueva religión era el amor que se tenían los cristianos. En un mundo cruel y violento, lleno de egoísmo, era casi increíble cómo actuaban, cómo se ayudaban, la honestidad con que trabajaban, conqué cortesía y amabilidad trataban a todo el mundo, sacrificándose para atender al prójimo en sus necesidades y procurando resolver amigablemente sus diferencias… En una palabra: poniendo en práctica las palabras de Jesucristo: «Lo que hagáis por el más pequeño de mis hermanos, a Mí me lo hacéis…».

Pero, al mismo tiempo, los cristianos pronto fueron vistos con recelo, pues no participaban de algunas de las costumbres de los paganos. No frecuentaban el teatro (plagado de obras groseramente inmorales), ni el circo (en donde los hombres, hechos a imagen y semejanza de Dios, se mataban para complacer a las masas), y los no cristianos no eran admitidos en los actos de culto cristianos. Los *catecúmenos* (los que estaban siendo instruidos en la nueva religión) solo podían asistir a la primera parte de la Misa, hasta el Ofertorio. Solo cuando conocían a fondo el misterio central del Santo Sacrificio (la conversión del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo) y eran bautizados podían permanecer hasta el final y tomar «la medicina de la inmortalidad», como san Ignacio de Antioquía (Obispo, martirizado en el año 107) llamaba a la Eucaristía. Y la oración que el Señor mismo enseñó a sus discípulos, el Padrenuestro, no se les enseñaba hasta que estaban a punto de bautizarse, porque era algo inaudito, en aquel mundo pagano, llamar al Dios omnipotente, Creador de cielos y tierra, *Padre* nuestro. Incluso en nuestros días, los católicos, en Misa, antes de rezar el Padrenuestro, decimos: «Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos *atrevemos* a decir…».

No es extraño, pues, que algunos malintencionados o envidiosos empezasen a rumorear que los cristianos mantenían en secreto sus reuniones porque eran caníbales que comían la carne y bebían la sangre de niños inocentes; que eran arrogantes y presuntuosos, porque insistían en que su Dios era el único que existía y se negaban a tomar parte en las ceremonias en honor de los dioses romanos o de otros países. Algo que también hacían los judíos, aunque los cristianos eran «peores», porque decían que su Dios era un tal *Christus*, que había sido

crucificado en Jerusalén como un vulgar delincuente… Y lo peor de todo: no creían que el Emperador fuera un dios, y se negaban a prestar juramento de fidelidad ante su «imagen divina», a adorarla y a quemarle el incienso.

Otro rumor persistente les acusaba de adorar la cabeza de un asno, quizá porque habían visto una pintura del Nacimiento de Jesús en el establo, donde aparecían las cabezas de un buey y de un asno.

Durante algún tiempo, los paganos se contentaron con rumorear, pues los cristianos mostraban con sus vidas que eran pacíficos y virtuosos, aunque su virtud era como una bofetada para muchos. En una época en la que el adulterio y el divorcio eran algo común, en la que los vicios más nefandos abundaban, la vida de los cristianos era como un constante reproche.

La persecución de Nerón

En el año 64, estalló un incendio en Roma, cerca del Circo Máximo, que pronto alcanzó proporciones catastróficas, pues fue imposible sofocarlo.

No es seguro que Nerón fuera el culpable, aunque se corrió el rumor de que había sido él quien había mandado provocarlo, porque necesitaba que le inspirase para un poema que deseaba escribir sobre la caída de Troya, pues, como es sabido, se consideraba —sin fundamento alguno— un gran poeta. El rumor originó una gran tensión y, como empezaran a registrarse desórdenes, Nerón pensó que peligraba su trono. Era preciso encontrar un «chivo expiatorio» para apaciguar a las masas. (El calificativo de «chivo expiatorio» proviene de la costumbre israelita de sacrificar un chivo o un cordero que, simbólicamente, cargaba con los pecados del pueblo. Costumbre que prefiguraba al Mesías, quien, según la profecía de Isaías, sería llevado «como cordero al matadero» para expiar los pecados del mundo). Alguien —tal vez Tigelino, el Prefecto de la Guardia Pretoriana— le sugirió que acusase a los cristianos de haber provocado el incendio. Era una astuta sugerencia, porque muchos cristianos creían que el fin del mundo estaba cerca y que Cristo volvería glorioso; lo cual, para muchos paganos, quería decir que los cristianos deseaban acabar con el Imperio, para así establecer el reino de su Dios. ¿No era lógico que gentes que abrigaban tales deseos fuesen capaces de intentar hacerlos realidad incendiando la capital del Imperio? (La creencia en la inminencia del fin del mundo se basaba en una falsa interpretación de estas palabras de Cristo: «En verdad os digo que no pasará esta *generación* antes de que todo esto suceda». Los cristianos de entonces no acababan de darse cuenta de que las palabras de Jesús no les concernían solo a ellos, sino a *todos* los cristianos de *todas* las épocas, y que la «generación» a que se refería no era solo la suya, sino la generación de los hombres, la humanidad en su conjunto).

Pronto se inició la «caza», y los cristianos empezaron a ser arrojados a la arena del circo para que los devorasen los leones o los desgarrasen los osos. Otros ardieron como antorchas vivientes en los jardines imperiales, recién abiertos al público; otros, finalmente, fueron asesinados en plena calle o torturados cruelmente para diversión de los cortesanos. Infinidad de ellos murieron en las cárceles, hacinados como cerdos, presa de la disentería o de otras enfermedades.

Durante esta persecución, que duró unos tres años, murió el Apóstol san Pedro, crucificado. Cuenta la tradición que en el último momento pidió a sus verdugos que lo crucificaran cabeza abajo, pues se sentía indigno de morir como el Maestro. Hacía ya mucho tiempo que, en un momento de debilidad, había negado a Cristo. Ahora, tras treinta y siete años de seguimiento fiel, el Señor le recompensaba con el martirio.

Cerca del lugar en que estuvo situado el Circo Máximo, se alza actualmente la cúpula grandiosa de la Basílica de San Pedro, el templo más grande de la cristiandad; bajo ella, en una cripta, está la tumba en que yacen los restos del Príncipe de los Apóstoles, el primer Obispo de Roma, el primer Papa. La Roca sobre la que el Señor edificó su Iglesia.

El mismo año, y tal vez el mismo día, san Pablo murió decapitado. No se podría encontrar mejor epitafio para su tumba que sus propias palabras: luchó bien; corrió y alcanzó la meta; conservó la Fe; morir, para él, fue una ganancia…

En el sitio en que, según la tradición, fue ejecutado, se alza la iglesia de *Tre Fontane*.

La ruina de Jerusalén

La sangrienta persecución de Nerón, en lugar de acabar con la Iglesia (al menos en Roma), la hizo crecer. Algo que se ha repetido a lo largo de veinte siglos de historia, pues, como diría Tertuliano, la sangre de los mártires ha sido siempre semilla de nuevos cristianos. Cuanto más se combate a la Iglesia, más se la fortalece, pues las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Un año después de la muerte de san Pedro y san Pablo, cuya fiesta —el día del «nacimiento al cielo»— la Iglesia celebra en la misma fecha, Nerón, abandonado por sus amigos, su guardia, su ejército y su pueblo, se suicidó. Poco antes, el pueblo judío había iniciado una rebelión abierta contra Roma, y uno de los mejores generales romanos, Vespasiano, fue enviado a Judea para sofocarla. Nombrado Emperador, prosiguió la campaña su hijo Tito, quien, tras un largo asedio, conquistó Jerusalén y destruyó el Templo, como Jesús había profetizado. Decenas de miles de judíos fueron pasados a cuchillo, deportados o sometidos a esclavitud.

Los cristianos de Jerusalén, recordando lo que había profetizado el Señor, habían abandonado la ciudad antes del asedio y la destrucción.

Trescientos años más tarde, el Emperador Juliano —el Apóstata—, para probar que la profecía de Cristo era falsa, mandó reconstruir el Templo, pero un terremoto destruyó todo lo que se había reconstruido y también lo que quedaba de la primera destrucción. De esta manera, el Emperador apóstata, en lugar de probar que la profecía de Jesús era falsa, logró que quedara confirmada.

La Iglesia, organismo vivo

En la anatomía del cuerpo humano, los huesos son duros, los músculos flexibles y la sangre líquida. Algo parecido ocurre con la Iglesia, que es un organismo vivo.

La organización, por ejemplo, tiene que ser flexible, y siempre lo ha sido. Con todo, ya en la primitiva Iglesia existía un principio de *jerarquía* dentro de una flexible organización.

Ya hemos visto cómo fueron los Apóstoles —y solo ellos— los que eligieron a Matías para cubrir el hueco dejado por Judas, el traidor; cómo crearon el cargo de *diácono* y escogieron los siete primeros; cómo ordenaron *presbíteros* (palabra griega que significa anciano) mediante la imposición de las manos, y cómo finalmente transmitieron ese poder a sus sucesores, los *obispos* (del griego *episcopos*, supervisor, superintendente).

Los sucesores del primer Obispo de Roma —los Papas— eran elegidos, al principio, por los sacerdotes (presbíteros) de la ciudad y el pueblo fiel. Actualmente, esos sacerdotes, como «Cardenales-sacerdotes», siguen siendo co-electores del Papa.

El *Bautismo* se administraba generalmente por inmersión, pero en caso necesario bastaba con verter o salpicar agua. De ordinario, el bautismo se recibía a la edad adulta, aunque no se excluía la posibilidad de bautizar a los niños. Los días en que se bautizaba a los catecúmenos (que solían llevar una túnica blanca durante una semana después de recibir el bautismo) eran el Sábado de Gloria y la víspera de Pentecostés. (En los países anglosajones se sigue llamando, por eso, *Whitsunday* —Domingo Blanco— al día de Pentecostés y *Low Sunday* al día en que los recién bautizados dejaban de llevar la túnica blanca, que en Alemania se llama «Domingo Blanco» por la misma razón). Por regla general, la *Confirmación* seguía inmediatamente al Bautismo.

La Misa, que empezó llamándose *Ágape* (Fiesta del Amor), era celebrada por el oficiante con las vestiduras que ordinariamente se usaban entonces. Las que utiliza actualmente se parecen a aquellas y son, en cierta manera, el «uniforme» más antiguo que se conoce.

La *Comunión* se solía dar bajo las dos especies, pan y vino. Los diáconos la llevaban a los enfermos y encarcelados, y muchos mártires llevaban consigo a la arena una Sagrada Forma y la tomaban antes de morir. Naturalmente, no podían hacer lo mismo con el cáliz, por lo que fueron los primeros en recibir la Comunión bajo una sola especie. Posteriormente, la Iglesia declaró que Cristo está presente

íntegramente en cada una de las dos especies.

Las *Indulgencias* tienen su origen también en la época de los mártires. La joven Iglesia era muy severa y la penitencia, para los pecados graves, solía ser muy dura; además, para que el pecador pudiese ser admitido otra vez en la Iglesia, la penitencia tenía que ser satisfecha públicamente. Con esta severidad, la Iglesia quería evitar al penitente las penas del purgatorio. Desgraciadamente, en tiempos de persecución no todos los cristianos tenían el valor y la sangre fría necesarios para permanecer fieles, tanto más cuanto que las autoridades solían «facilitarles» la forma de salvar la vida; bastaba con que arrojasen unos cuantos granos de incienso en un brasero que había delante de la estatua del Emperador, en señal de que reconocían su «divinidad». Lo cual, sin embargo, desde el punto de vista cristiano era un grave pecado de idolatría y de apostasía. Los que lo hacían quedaban excomulgados inmediatamente.

Así las cosas, los prisioneros de la horrible cárcel Mamertina, que estaban esperando ser arrojados a los leones en el circo, escribieron a los presbíteros intercediendo en favor de sus hermanos más débiles. Entonces, los presbíteros de la comunidad romana se reunieron y decidieron que la heroica muerte de los mártires, unida a los méritos de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, constituía un tesoro que la Iglesia podía usar en beneficio de otros. Es decir, que los que hubieran apostatado por debilidad y se hubiesen arrepentido, podrían volver a ser acogidos en la Iglesia, por los méritos de los mártires unidos a los de Cristo.

Así surgieron las primeras *indulgencias*. Algo que tenía una base sólida en las Sagradas Escrituras, pues san Pablo, en la Segunda Carta a los Corintios (2, 10), ya había dicho: «Y al que vosotros algo perdonéis, también le perdono yo, pues lo que yo perdono, si algo perdono, por amor vuestro lo perdono en la presencia de Cristo».

La Iglesia de las catacumbas

La persecución de Nerón se había limitado a la ciudad de Roma, y bajo Vespasiano y Tito renació la calma. Pero bajo el Emperador Domiciano —hermanastro y sucesor de Tito— estalló una nueva persecución.

Además de gentes sencillas (artesanos, comerciantes, esclavos) empezaba a haber entre los cristianos muchas personas cultas y de nobles familias.

El motivo para la persecución de Domiciano —esta vez generalizada— fue el mismo de siempre: la sospecha, el recelo. Los cristianos se vieron obligados a «enterrarse», casi literalmente. Los únicos lugares relativamente seguros en que podían reunirse eran las catacumbas, cementerios subterráneos. Allí asistían al Santo Sacrificio de la Misa, alumbrados por lámparas de aceite y temblorosas velas. Por eso, desde entonces, dos velas al menos iluminan el altar, mientras se celebra la Santa Misa, en recuerdo de los fieles de las catacumbas y de cuantos han sufrido persecución a lo largo de los siglos.

En las catacumbas enterraban también a los mártires. Así se inició la costumbre —que ha llegado hasta nosotros— de colocar las reliquias de algún santo en el ara de nuestros altares.

El cristianismo se había tenido que convertir en una especie de sociedad secreta, con sus signos convenidos de reconocimiento. Para saber si otra persona era cristiana se dibujaba un pez como casualmente, pues la palabra griega *ichtys* (pez) era el anagrama de la frase *Iesos Christos Theou Hyios Soter* (Jesús Cristo, Hijo de Dios, Salvador).

Bajo el Emperador Domiciano, san Juan, el Apóstol y Evangelista, que vivía en Éfeso, fue desterrado a la isla de Patmos, donde escribió el *Apocalipsis*. Cuando el Emperador murió —asesinado—, san Juan regresó a Éfeso, donde moriría años más tarde, ya muy anciano. Éfeso ya no existe, pero sobre sus ruinas se alza una nueva ciudad, *Aya-Soluk*, que en turco quiere decir: la ciudad del gran teólogo.

El Emperador Trajano, gran militar y hábil gobernante, prohibió que se delatara a los cristianos, pero siguió considerando el cristianismo como un delito. Quien era acusado públicamente de ser cristiano, podía ser castigado incluso con la muerte. San Ignacio, Obispo de Antioquía, fue martirizado bajo Trajano.

A primera vista, puede parecer extraño que bajo el reinado de Marco Aurelio, filósofo estoico y hombre tolerante, se desencadenase

una cruel persecución. Pero detestaba el cristianismo y permitió —aunque no alentó— que sus gobernadores matasen a los cristianos, pues, como tantos intelectuales, era un teórico que no solía ver u oír lo que no le interesaba. Aunque no era un hombre cruel, como emperador debería haber evitado que a sus espaldas se torturase y se martirizase a hombres y mujeres por el único «delito» de no querer renegar de su fe. Así, por ejemplo, el nonagenario obispo Plotino, la pequeña Blandina, el filósofo Justino, la joven Cecilia. Para el Emperador, estos y otros muchos mártires cristianos no eran más que pobres fanáticos que morían de una forma lamentable, más bien bárbara (si es que alguna vez se preocupó de pensar en ello).

Y como él pensaban muchos romanos más o menos cultos y distinguidos. Los cristianos eran unos fanáticos, pues, si no, no insistirían tanto en que su Dios era el único Dios verdadero. ¿Por qué no eran más tolerantes? Después de todo, si había quien prefería creer en Isis, en Apolo, e incluso en Epona, la diosa-yegua gálica, ¿por qué negar su existencia? ¿Por qué despreciar esas creencias?… Razonamiento tanto más curioso cuanto que los romanos habían dejado de ser una democracia política hacía ya mucho tiempo. ¿Sería por eso por lo que querían traspasar la democracia a la religión y hacer todos los dioses habidos y por haber igualmente válidos?

Algo parecido ocurría en la filosofía. Se podía ser estoico, como Marco Aurelio, y, como tal, sobrio, severo y altivo; o epicúreo, y buscar toda clase de placeres («comamos y bebamos, que mañana moriremos»); o cínico, y burlarse tanto de los estoicos como de los epicúreos… Todas las escuelas filosóficas aseguraban ser las únicas detentadoras de la verdad, lo cual a la gente le hacía pensar que la verdad no existía. Por eso, Poncio Pilato, cuando la Verdad encarnada estuvo ante él y le dijo: «quien escucha la verdad oye mi voz», respondió: «¿Y qué es la verdad?»… El resultado fue que media hora más tarde no reconoció la *verdad* (que él conocía) de que Jesús era inocente y permitió que le diesen una cruel muerte.

La verdad, por su misma naturaleza, tiene que ser «intolerante». Los cristianos conocían la verdad de la existencia de un solo Dios y creían en ella. Por eso, tenían que ser intolerantes con los demás «dioses», pues Júpiter, Atenea, Isis y todas las demás divinidades paganas no eran más que creaciones humanas. Y el Emperador, por supuesto, de divino no tenía nada, por lo que no debía ser adorado.

La verdad no es «democrática», no se obtiene por votación. Un solo hombre puede tener razón y estar en lo cierto frente a una «mayoría» de millones de votantes.

La intolerancia cristiana resultaba intolerable para los tolerantes paganos, los cuales, por eso, mataban a los intolerantes cristianos… Pero, en lugar de acabar con ellos, se encontraban con que tras cada nueva persecución su número aumentaba.

Si los cristianos hubiesen sido «tolerantes», pronto se habrían convertido en una pequeña secta más.

Las primeras herejías

Las persecuciones sangrientas no eran la única ni la más importante amenaza para la joven cristiandad. Había otra más peligrosa y más sutil: las herejías. Las primeras que surgieron se presentaban de manera amistosa, en forma de sectas para «iniciados» que trataban de infiltrarse en la misma Iglesia. Actualmente todavía existen algunas —fuera de ella—: son las sectas teosóficas y antroposóficas que practican el ocultismo y el espiritismo. Y proliferan en algunos países.

El nombre genérico con que se conocían en aquella época era el de *gnosticismo* (del griego gnosis, conocimiento). Lo fundamental de sus creencias era que la fe puede llegar a ser superada mediante el conocimiento y que la secta en cuestión es la dispensadora de ese conocimiento. Los que llegaban a adquirirlo eran los «iniciados», que habían de seguir largos cursos de iniciación con extrañas y complicadas ceremonias y ritos.

Conocer, saber, no tiene nada de malo. San Pablo incluye el conocimiento entre los dones del Espíritu Santo; pero, al mismo tiempo, pone en guardia a Timoteo contra «las palabras vanas y las contradicciones de la falsa ciencia (gnosis) que algunos profesan, desviándose de la fe» (1 Tm 6, 20-21). Porque el gnosticismo enseñaba que la salvación dependía del grado de conocimiento adquirido en este mundo, no de la fe en Jesucristo, que es el único Salvador.

Tal doctrina —que conducía inevitablemente a los «iniciados» al orgullo y al desprecio de los humildes— habría reducido el cristianismo a una secta para «selectos», a una arrogante hermandad de «sabios».

La verdadera fe ni desprecia ni teme a la ciencia, pero esta no puede sustituir ni suplantar a la fe; solo ayudarla, ya que la mente humana no es capaz de conocerlo todo, de abarcarlo todo, de «agotar» la verdad.

Algunas de las cosas que los gnósticos decían conocer eran admisibles; otras, absurdas. Casi ninguna, sin embargo, era verificable, y, como no reconocían autoridad que las garantizase, resultaba, paradójicamente, que había que aceptar ese conocimiento… ¡por la fe!

Algunos de los Apóstoles encontraron en su camino a los gnósticos de su tiempo, y no fueron muy pacientes con ellos. Cuando el gnóstico Marción conoció a san Juan le preguntó, arrogantemente, si le conocía. A lo cual respondió el Apóstol: «Sí, te conozco, hijo de

Satanás».

El hecho de que los gnósticos no consiguieran infiltrarse en la Iglesia los convirtió en enemigos, enemistad que no ha cesado hasta hoy.

Nuevas persecuciones

Bajo los Emperadores Septimio Severo (202-211), Maximino (235-238), Decio (249-251), Valeriano (257-260) y Aureliano (275) se reanudaron las persecuciones, que produjeron gran número de mártires, como san Ireneo y santa Perpetua y Felicidad, bajo Decio, y san Lorenzo y san Cipriano, obispo de Cartago, y el Papa Sixto II, bajo Valeriano.

Pero la peor de todas las persecuciones (303-313) fue la de Diocleciano. Tanto él como su cruel co-regente, Galerio, querían acabar con el cristianismo. Santa Bárbara en Nicomedia, la angelical santa Inés en Roma, santa Catalina en Alejandría, san Sebastián, san Tarsicio, santa Lucía, etc., sufrieron un cruel martirio.

Un edicto imperial ordenó destruir todos los escritos cristianos y los militares y los funcionarios fueron «purgados» de cristianos. Muchas iglesias fueron quemadas y varios obispos, como Antimas de Nicomedia, martirizados. Multitud de cristianos fueron asesinados sin juicio previo en todas las provincias del Imperio (España, Francia, Grecia, Egipto, etc.) y hasta Gran Bretaña tuvo su primer mártir: san Albano.

Diocleciano era un «buen pagano». Creía a pies juntillas en los dioses romanos y estaba convencido de que Roma sucumbiría si triunfaba la nueva religión. Un escritor cristiano de África, Arnobio, argüía así: «Vuestra causa también era nueva cuando se inició. El valor de una religión no depende de su antigüedad, sino de su Dios… ¿Acaso hay algo más antiguo que Él? ¿A quién le debe Él su eternidad? Nuestro Dios no está limitado por el tiempo, pero vuestros dioses sí, porque son humanos…».

En la cúspide de su poder, Diocleciano decidió abdicar y se retiró a Salona, en Dalmacia. Quería encontrar la paz, la tranquilidad, pero no la obtuvo. Las medidas que había tomado para reforzar el Imperio fracasaron y, cuando supo que su mujer y su hija —que se habían convertido secretamente al cristianismo— habían sido asesinadas, se volvió loco. Murió solo, abandonado de todos, y en el lugar donde fue enterrado se alzaría más tarde una iglesia: la catedral de Split (Spalato).

Tras las abdicación de Diocleciano, todo fue confusión y desorden. El Imperio era demasiado extenso para ser gobernado por un solo hombre, y no había ninguno con suficiente grandeza. Dos, tres y hasta cuatro emperadores se repartieron el poder, siempre luchando entre ellos.

Constancio Cloro, uno de esos coemperadores, estacionado en Britania, no estaba de acuerdo con las medidas contra los cristianos (todavía cruelmente perseguidos) y trató de suavizarlas; pero, como su hijo Constantino permanecía en calidad de oficial (en realidad como rehén) en el palacio del Emperador Galerio, en Nicodemia (Asia Menor), tenía que obrar con cautela. Por fin, logró que su hijo volviera a Britania —aunque Galerio intentó matarle por el camino— y le nombró su sucesor.

Cuando murió Constancio Cloro, Constantino heredó Britania y las Galias (Francia). Pronto tuvo que enfrentarse con Majencio, que gobernaba en Italia. Cruzando los Alpes, como Aníbal había hecho quinientos años antes, llegó hasta las puertas de Roma, donde le esperaba Majencio. Constantino contaba con noventa mil infantes y ocho mil hombres a caballo frente a los ciento setenta mil soldados de infantería y dieciocho mil de caballería que tenía Majencio.

Poco antes de entrar en batalla, Constantino leyó la famosa *Cuarta Égloga* de Virgilio, en la que el poeta predice la venida de un «hijo de Júpiter», nacido de una mujer virgen, que derrotaría a la serpiente y traería al mundo una nueva Edad de Oro. Como todo el mundo, Constantino conocía la existencia de la religión cristiana. ¿Habría anticipado Virgilio el nacimiento de Cristo?…

Según los historiadores Eusebio y Lactancio —coetáneos suyos—, Constantino tuvo una visión antes de la batalla decisiva. Vio aparecer un signo en el cielo, semejante a las dos primeras letras de la palabra Cristo, en griego, la *chi* (X) y la *ro* (P), que, combinadas, formaban una especie de cruz al mismo tiempo, oyó una voz que decía: *«In hoc signo vinces»* («Con este signo vencerás»). Constantino, entonces, ordenó que todos los soldados de su ejército llevaran pintado o grabado ese signo en el yelmo y en el escudo.

La batalla del *Puente Milvio* terminó con la victoria de Constantino. Los hombres de Majencio huyeron, y el puente, bajo su peso, se hundió. El Emperador murió ahogado en el Tíber.

Al día siguiente, Constantino entraba triunfalmente en Roma. Los

romanos, asombrados, comprobaron que no acudía al templo de Júpiter Capitolino, para dar gracias por su triunfo…

Capítulo V

RIESGO Y GRANDEZA DE LA LIBERTAD

Aunque Constantino no recibió el bautismo hasta el final de su vida, ha sido considerado como el primer Emperador cristiano. En la corte de Galerio había sido testigo de los horrores de la persecución y, tras su victoria en Puente Milvio, supo la muerte espantosa que había tenido, víctima del cáncer. Fuera de sí, desesperado, Galerio había muerto convencido de que el Dios de los cristianos le había castigado con tan horrible enfermedad y, poco antes de expirar, había revocado el edicto contra ellos.

El año 313, Constantino promulgó el llamado *Edicto de Milán*, por el que se daba libertad a los cristianos para practicar públicamente su religión y se les devolvían las propiedades que les habían sido confiscadas.

En Oriente, sin embargo, Licinio, el único rival de Constantino, seguía persiguiendo a los cristianos. Pero el año 324 lo derrotó y quedó como amo absoluto de todo el Imperio. Tras lo cual decidió hacer de Bizancio la capital, en lugar de Roma, rebautizándola con el nombre de Constantinopla.

Poco después promulgó una serie de leyes contra el culto pagano, prohibiendo los sacrificios a los dioses del paganismo y castigando a los infractores con la pena de muerte (no hay testimonios históricos de mártires del paganismo; al parecer, nadie estaba dispuesto a morir por Júpiter o por Isis…).

La promulgación de estas leyes entrañaba para el cristianismo un peligro completamente distinto. Tanto, que un Cardenal de la Iglesia llegaría a decir, varios siglos más tarde, que «la Iglesia teme menos a los “nerones” que a los “Constantinos”».

Y es que el Emperador Constantino se erigió por su cuenta en protector de la Iglesia. Una protección sumamente gravosa…

Cristo había dicho: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios…». Pero ahora el César decidía lo que era del César y lo que era de Dios. La Iglesia ortodoxa griega proclamó santo a Constantino. La Iglesia católica jamás hizo tal cosa.

Las persecuciones habían causado el efecto contrario al que perseguían sus instigadores. La Iglesia se desarrollaba con la sangre de

sus mártires, no con la de sus enemigos. Según el gran historiador alemán Von Harnack, casi la mitad de la población romana era ya cristiana en plena persecución, a finales del siglo II.

¿Cuál fue el efecto de esta «protección» oficial de Constantino?

Hasta entonces, los cristianos habían tenido que proteger su fe contra las amenazas del mundo; habían sido calumniados y despreciados en los mejores momentos, torturados y asesinados en los peores. Ahora, eran ellos los protegidos, y los viles y despreciables los paganos… Cambio tan espectacular no podía por menos de «subírseles a la cabeza» a algunos cristianos, que, al fin y al cabo, también eran humanos.

Por otra parte, el paso rapidísimo de una vida subterránea a una existencia pública exigía un cambio profundísimo en la organización de la Iglesia. Los obispos pasaron de ser personas perseguidas y acosadas, siempre en peligro de muerte, a ser importantes personalidades respetadas por el poder político y dotadas de enorme prestigio. Muchos ciudadanos romanos querían hacerse cristianos por razones de seguridad; otros, para «hacer carrera» o medrar en los negocios… Así, bastantes oportunistas se convirtieron en aduladores o «compañeros de viaje» de aquellos otros que eran cristianos por convicción.

Fue preciso también dilucidar muchas cosas, y, como ya los problemas podían discutirse en público, surgieron teorías y doctrinas que, a la larga, resultaron ser peligrosísimas…

El arrianismo

La primera que cobró gran auge fue la teoría de un sacerdote de Alejandría llamado Arrio, que mantenía que Jesucristo en realidad no era Dios, que no tenía «la misma sustancia» que Dios Padre. Su obispo denunció enseguida el error, pero Arrio, hombre culto, inteligente y astuto, buscó un aliado y lo encontró en el Obispo de Nicomedia, *Eusebio* (distinto del historiador).

La controversia empezó como un fuego sin importancia, pero no tardó en convertirse en incendio devastador. La cristiandad se dividió en dos: los que creían que Jesucristo era la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, con la misma naturaleza divina del Padre («El Padre y Yo somos Uno») y una naturaleza humana inferior a la del Padre («El Padre es mayor que Yo»), y los que, con Arrio, creían que Cristo era solo un hombre, aunque el más excelso de todos.

Constantino pensó que esta disputa amenazaba la unidad del Imperio y convocó por su cuenta (aunque con el consentimiento del Papa Silvestre I) un *Concilio Ecuménico* de la Iglesia, que se celebró en *Nicea* (Asia Menor) el año 325. Asistieron a él más de trescientos obispos, y el Papa envió un Legado para que le representase. Casi todos condenaron la doctrina de Arrio, proclamando solemnemente que el Señor Jesús era «*consustancial* con el Padre» (*homo-ousios* en griego).

Pero no se logró acabar con la disputa. El hecho de que Constantino no residiera en Roma, sino en Bizancio (ahora Constantinopla), dio a esta ciudad una gran importancia. El Obispo (Patriarca) de Constantinopla empezó a considerar la «Nueva Roma» como superior a las antiguas sedes (patriarcados) de Antioquía y Alejandría, e incluso trató de erigirse en una especie de «Papa» de la Iglesia Oriental. Por otra parte, el Papa de Roma, lejos de la constante presencia e injerencia del Emperador, tenía menos peligro de verse mediatizado por Constantino. Era en Oriente, sobre todo, donde el arrianismo hacía furor, estimulado y protegido por el Obispo Eusebio de Nicomedia, quien, a la muerte de Arrio, se convirtió en virtual paladín de la secta. Hasta el mismo Constantino (que, medio en broma, medio en serio, gustaba ser llamado «Obispo para asuntos exteriores») coqueteó con el arrianismo, y cuando el Obispo de Alejandría, el gran *Atanasio*, salió en defensa de lo acordado en Nicea, lo mandó desterrar y puso en su lugar a un obispo arriano.

La historia de *san Atanasio* (295-373), heroico defensor del Credo

de Nicea, es apasionante. Desterrado cinco veces por lo menos durante el reinado de Constantino y de sus sucesores, otras tantas regresó en triunfo a su diócesis. Siete años tuvo que permanecer escondido —a veces en el fondo de una cisterna seca— sin dejar por eso de gobernar a su rebaño. Se puso precio a su cabeza —un alto precio—, pero no hubo quien, como Judas, fuera capaz de delatarle.

En sus últimos años, Constantino cayó en un vicio muy frecuente entre los que gobiernan: el recelo, la sospecha. Su mujer, Fausta, intentó seducir a Crispo, hijo de un anterior matrimonio de su esposo. No lo logró, pero se vengó denunciando a Crispo como conspirador ante su padre. Constantino la creyó y lo mandó ejecutar, pero, cuando descubrió que la acusación era falsa, ordenó que la encerraran en su baño y que llenaran la habitación de vapor hirviendo; Fausta murió asfixiada.

La prodigiosa historia de santa Elena

Si Constantino no fue un santo, ni mucho menos, su madre, Elena, sí lo fue.

Sus orígenes son un tanto misteriosos. Tal vez fuera hija de un tabernero de la actual Bulgaria, tal vez una princesa británica… Según la leyenda era hija del Rey Celo de los trinovantes (el *Rey Cole* de la nana infantil).

¿Se hizo cristiana antes que su hijo? ¿Fue el ejemplo de este lo que la condujo a la Fe? En cualquier caso, su conversión fue total y sincera, y la llevó a la santidad. Construyó hospitales, asilos para ancianos, orfanatos, albergues para peregrinos, y se distinguió siempre por su caridad. Pero lo que constituyó la ilusión de su vida fue encontrar la verdadera Cruz en que había muerto Jesucristo, y no dudó en viajar a Jerusalén para buscarla.

Nadie confiaba en su empresa. Hacía trescientos años que se había perdido la pista de la Cruz. Ni siquiera se sabía cuál era el lugar exacto en que había estado el Calvario. Los terremotos y las guerras habían modificado la topografía de la ciudad, destruida varias veces. El intento era descabellado…

Pero la Emperatriz Madre, con sus setenta y seis años, no se desanimó. Ordenó que se hicieran excavaciones en distintos lugares, lo puso todo patas arriba, y, al final, dio con el Calvario… y con la Cruz. En el lugar de la Crucifixión mandó construir una iglesia: la Basílica del Santo Sepulcro.

Santa Elena se llevó a Roma parte de la Vera Cruz, pero un trozo grande todavía está en Jerusalén. Los incrédulos, maliciosamente, dicen que se veneran tantos trozos de la Cruz en distintos templos católicos de diversos países que, si se juntaran todos, se podría construir el casco de un barco, pero tras un recuento oficial hecho por las autoridades competentes (todos los santuarios en posesión de un fragmento proporcionaron datos sobre el tamaño y el peso de la reliquia), resultó que el total de *lignum crucis* no llegaba a cubrir ni la mitad del tamaño que pudo tener la Cruz en que murió Jesús.

Una gran estatua de santa Elena puede admirarse en la Basílica de San Pedro, en Roma. En mil años de historia, la Roma pagana jamás produjo una mujer como ella.

Constantino fue bautizado en su lecho de muerte, probablemente por un sacerdote arriano. Había dejado dispuesto que el Imperio se dividiera entre sus tres hijos, Constante, Constancio y Constantino, pero solo Constancio, que era arriano, sobrevivió. Un primo suyo, Juliano, gobernador de las Galias, se sublevó contra él. Antes de que pudieran enfrentarse en combate, Constancio murió y Juliano se convirtió en Emperador.

Juliano poseía una de las personalidades más sorprendentes de la historia. Bien dotado intelectualmente, apasionado, excelente estratega, era, al mismo tiempo, voluntarioso y arbitrario. Los arrianos —sacerdotes y cortesanos— le habían predispuesto en contra de los cristianos, y aspiraba a que el Imperio volviera al paganismo, pero a un paganismo muy peculiar, impregnado de gnosticismo.

Lo primero que hizo fue «depurar» a los cristianos de la administración del Imperio. Con unos procedimientos parecidos a los utilizados por los comunistas en nuestro tiempo —en los países en que gobiernan—, puso a paganos en todos los puestos clave, clausuró las escuelas e iglesias cristianas, paganizó las academias y relegó a los cristianos a la categoría de ciudadanos de segunda. Y, cuando las masas paganas reaccionaron violentamente en contra de los cristianos, Juliano cerró los ojos. Lo cual no le permitió ver, tampoco, que el paganismo estaba muerto y que ni siquiera una inyección de gnosticismo era capaz de revitalizarlo.

El experimento fracasó, y cuando Juliano, «el Apóstata», resultó muerto luchando contra los persas, sus sucesores volvieron enseguida al cristianismo.

Teodosio, católico sincero (379-395), logró unir las dos partes del Imperio (Oriente y Occidente) por última vez. Durante su reinado, el arrianismo quedó abolido y el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Estado. Una vez más, fue una decisión del Emperador, no de la Iglesia. Quienes iniciaron el problema de la mediatización de la Iglesia por el poder secular fueron Constantino y Teodosio, no los Papas o los Obispos. Un problema que todavía subsiste en algunos países.

Teodosio fue también quien convocó el *Concilio Ecuménico de Constantinopla* (año 381) y quien decidió que el Patriarca de Constantinopla tuviese un rango ligeramente inferior al del Obispo de Roma. En ese Concilio se condenó una nueva forma de arrianismo —el

«macedonianismo»— que negaba la divinidad del Espíritu Santo, y se añadió al Credo de Nicea la frase: «creo… en el Espíritu Santo, Señor y dador de Vida…».

Nuevas herejías

Desde que el cristianismo había salido de las catacumbas, los cristianos gozaban de libertad y los asuntos se debatían públicamente. Hombres inteligentes y cultos, que no se habían formado en la tradición cristiana se convirtieron. Algunos siguieron siendo seglares, otros se hicieron sacerdotes y unos pocos empezaron a sostener extrañas teorías y a buscar seguidores y discípulos.

Ya hemos visto cómo los gnósticos trataban de combinar sus ideas filosóficas y teosóficas con las enseñanzas del cristianismo y cómo Arrio sostenía que Cristo no era Dios. *Donato*, en el norte de África, aseguraba, por su parte, que solo aquellos sacerdotes cuya vida fuese intachable podían realizar la transubstanciación (es decir, la conversión del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor) y que los pecadores no podían ser miembros de la Iglesia. Si esta falsa doctrina —el *donatismo*— hubiese prosperado, el cristianismo habría quedado reducido a una secta de unos cuantos «puros» y nadie hubiese podido estar seguro de asistir al Santo Sacrificio de la Misa y de recibir la Sagrada Comunión.

Pelagio y los «*pelagianos*» enseñaban que no existía el pecado original y que no se necesitaba la Gracia divina para salvarse, por lo que el hombre podía alcanzar la perfección con su propio esfuerzo. Lo cual hacía innecesaria la Redención.

Para *Nestorio*, María no era la Madre de Dios (en griego, *theotokos*), sino solo de la persona humana de Jesús, doctrina que fue solemnemente condenada en el *Concilio de Éfeso* (año 431). El *nestorianismo*, sin embargo, no desapareció: todavía existe en algunos lugares de Asia Menor.

Eutiques, por su parte, enseñaba que Cristo no era realmente un hombre, pues solo tenía una naturaleza, la divina. Esta doctrina (el *monofisismo*, de *monos* = una — y *fisis* = naturaleza) hacía imposible que Cristo hubiese padecido y muerto por nosotros, pues no habría tenido un cuerpo humano como el nuestro, sino solo una apariencia humana fantasmal.

En el siglo III, *Manes*, un místico persa, había enseñado que existían dos dioses con el mismo poder, ambos co-eternos, uno bueno (el dios de la Luz, creador del mundo espiritual) y otro malo (el dios de las Tinieblas, creador de la materia). Pronto tuvo numerosos seguidores (no solo en Persia, sino también en el Imperio Romano), y, aunque el *maniqueísmo* tenía poco que ver con el cristianismo, influyó

poderosamente en algunos cristianos. Siglos más tarde, renacería en forma de herejía dentro del cristianismo.

Tales eran algunas de las lucubraciones de ciertas mentes poderosas, pero obstinadas, que no querían dar su brazo a torcer ni admitir que podían estar equivocadas. Sus errores, sin embargo, tuvieron que ser examinados, debatidos y, a la postre, condenados.

Resuenan aquí las palabras de Cristo, quien ya advirtió que surgirían muchos falsos profetas que engañarían a muchos (Mateo 24, 11).

Hoy en día, todavía subsiste el arrianismo, aunque con otros nombres y formas. Gente que piensa que Cristo fue un hombre excelso, el más grande que haya existido, pero solo un hombre, no Dios.

Y lo mismo sucede con el pelagianismo. Muchos creen, actualmente, que el hombre es bueno por naturaleza, que son las estructuras injustas, el ambiente, la mala educación o la sociedad los que tienen la culpa de su «maldad» (y no cesan de querer «cambiar» todo eso, sin mejorar ellos mismos). Son esos padres que no osan castigar a sus hijos para no crearles «complejos»; los que piensan que los dictadores, los ladrones y los asesinos podrían ser buenos si cambiaran las circunstancias…

Afortunadamente, junto a esos «falsos profetas», hubo en esta época, dentro del cristianismo, personalidades excelsas que supieron proclamar y defender la Verdad. Y es que el debate con quienes estaban equivocados, en un clima de libertad, sirvió muchas veces para agudizar las mentes y aclarar puntos oscuros de la Fe cristiana que estaban sin desarrollar y quizá por eso el Señor permitió que surgieran herejías.

En pocos períodos de la historia ha habido una más amplia galaxia de grandes figuras del cristianismo como en los cien años comprendidos entre el 330 y el 430, aunque ya antes había habido figuras preclaras del pensamiento cristiano, como *Clemente de Alejandría* (150-215 aprox.), su discípulo *Orígenes* (185-253), *Tertuliano* (160-220 aprox.), *san Cipriano* Obispo de Cartago (210-258), etc. Sin embargo, en el período antes mencionado (330-430), surgieron una serie de figuras gigantescas, como *san Atanasio* (295-373), luchador infatigable a favor de la verdadera Fe, que le hizo merecer el título de «Padre de la ortodoxia».

Otra figura importantísima fue *san Basilio* (329-379), Obispo de Cesarea, de gran erudición, reformador del clero y Padre del monacato en Oriente. Cuando un emperador arriano, Valente, quiso imponerle una serie de sacerdotes arrianos, obligándole a que los admitiera en el seno de la Iglesia, estos no consiguieron nada. Cariacontecidos, informaron al Emperador: «Nos ha vencido. No le amedrentan las amenazas, no se le derrota con argumentos, no se deja persuadir. Habría que intentarlo con un hombre de menos carácter».

El hermano menor de san Basilio, *san Gregorio de Nyssa* y su amigo, *san Gregorio Nacianceno*, fueron grandes místicos que, en sus escritos, emplearon hermosas alegorías, y *san Juan Crisóstomo*, Obispo de Constantinopla, cuya elocuencia le valió el sobrenombre de «boca de oro» (que eso significa *crisóstomo* en griego), fue un gran reformador que clamó valientemente contra los vicios de la Corte imperial, lo que le valió ser acusado de cargos —en los que nadie creía— y luego desterrado.

San Jerónimo (340-420), de enorme erudición, vivió durante cinco años como ermitaño. A la edad de cuarenta años, se hizo sacerdote y luego fue consejero del Papa san Dámaso. Sus estudios en Sagrada Escritura le condujeron —bajo la dirección del Papa— a traducir la Biblia al latín. Su traducción —la famosa *Vulgata*— fue aceptada por

el Concilio de Trento, casi mil años más tarde, como la versión latina oficial de la Iglesia. San Jerónimo es el «Doctor de la Sagrada Escritura».

San Ambrosio (340-397) era un alto funcionario del Imperio de Occidente cuando fue elegido Obispo de Milán por aclamación del pueblo, por lo que primero tuvo que ser ordenado presbítero. Cursó sus estudios sacerdotales en un tiempo sorprendentemente corto y llegó a ser el Obispo más grande que ha tenido Milán. Fue consejero de tres emperadores, y hasta el gran Teodosio reconoció su autoridad y se sometió a él haciendo penitencia pública tras un acto de represión que causó numerosas víctimas. Gran poeta y amante de la música, compuso numerosos himnos (entre ellos, tal vez el «Te Deum»), introduciendo la música en la liturgia occidental. Su influencia y su ejemplo contribuyeron poderosamente a la conversión del mayor genio de la época y de todos los tiempos, Aurelius Augustinus, *san Agustín* (354-430).

Nacido en Tagaste, en el norte de África (hoy Túnez), hijo de padre pagano y madre cristiana (santa Mónica); Agustín fue catecúmeno en su infancia, pero, siendo estudiante en Cartago, se sintió atraído por el maniqueísmo y, con la oposición de su madre, se hizo maniqueo. Pronto, sin embargo, quedó desencantado de la secta, pues su mente privilegiada descubrió en ella innumerables contradicciones. En Roma primero, y luego en Milán, trató de encontrar una compensación en la filosofía de Platón. Se acercó de nuevo al cristianismo, y en su interior se entabló una lucha que plasmó en las *Confesiones*, relato autobiográfico que llegaría a ser inmortal. Cuando la fe en Cristo logró por fin doblegar el orgullo y la sensualidad de Agustín, su mente privilegiada produjo incomparables obras filosóficas y teológicas, como *La Ciudad de Dios*. Hasta entonces, la filosofía había sido predominantemente pagana, pero Agustín la «bautizó» (y, ochocientos años más tarde, santo Tomás de Aquino la «confirmó»).

Muchos de los sermones y cartas de Agustín han llegado hasta nosotros. Escribió, además, más de quince tratados rebatiendo el donatismo (que hacía estragos en el norte de África) y muchos más contra el pelagianismo.

Poco después de su conversión, y tras la muerte de su santa madre, volvió al norte de África, donde fundó una comunidad monástica con un grupo de amigos —los primeros «agustinos»—. Pero, cuando el anciano Obispo de la ciudad de Hippo Regio (Hipona, la actual Bona) quiso que alguien le reemplazara, el pueblo fiel empezó a gritar: «¡Agustín Obispo!» (como el pueblo de Milán había hecho con

Ambrosio).

Cargo que desempeñaría durante treinta y cinco años, hasta su muerte en el 430.

Pocos hombres, a lo largo de la historia, han escrito tanto como él, no solo en cantidad, sino en calidad y variedad de temas, tratados todos ellos en profundidad. En uno solo de sus tratados abordó «Ochenta y tres cuestiones» (título de la obra). Fue el primer cristiano que se enfrentó con el problema del *tiempo*, que, según él, creó Dios con el Universo, lo cual hacía de él algo *relativo*, como demostraría Einstein quince siglos más tarde. Estudió también el *fenómeno* de los *sueños*, adelantándose a Freud y a los psicoanalistas en otros tantos siglos.

Con todo, lamentó siempre haber malgastado su juventud («¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!») y haber pecado mucho. Ya en su lecho de muerte, los médicos le prohibieron leer sus libros preferidos; entonces él mandó que escribieran con grandes caracteres los salmos penitenciales y los fijaran a la pared para poder leerlos. Poco antes de morir, pronunció estas palabras, llenas de humildad: «Mi mayor locura ha sido querer comprenderlo todo». Pero las que le darían fama universal serían las que dirigió a Dios en sus *Confesiones:* «Nos has creado para Ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti».

Cuando murió, los vándalos habían invadido el norte de África y puesto cerco a la ciudad de Hipona. Poco después conquistarían la ciudad acabando con la dominación romana.

Los vándalos eran una de las tribus germánicas más salvajes y despiadadas. Estaban mandados por Genserico, un hombre codicioso y astuto, que había perdido un ojo en combate. Procedían de España y tras una corta estancia en el Sur (la *Vandalusía* es hoy Andalucía) desembarcaron en el norte de África.

Cosas sorprendentes habían sucedido a la muerte de Teodosio el Grande (año 395) en el Imperio Romano, dividido definitivamente en dos partes, Oriente y Occidente. La corrupción reinaba en ambas, pues, si se había abandonado oficialmente el paganismo, no sucedía lo mismo con los vicios paganos. Los soldados de las legiones eran casi todos mercenarios, y estaban mal pagados. Y las tribus germánicas de más allá de las fronteras del Rhin y del Danubio estaban inquietas, alteradas… Carecían de espacio suficiente, pues su población aumentaba, y empezaron a abrirse paso a través de los sombríos bosques y pantanos del Norte hacia las tierras fértiles del Sur, empujados por un implacable General: el Hambre.

Los visigodos irrumpieron en Italia el año 401. Los suevos, vándalos y alanos, en España, ocho años más tarde. Y, cuando a finales del año 410 se supo en todo el Imperio lo sucedido, la gente quedó consternada: Alarico, rey de los visigodos, había conquistado y saqueado Roma… Desde los días de Breno, ochocientos años antes, ningún enemigo había pisado el suelo de la gran Urbe, pero ahora la ciudad que ni siquiera el gran Aníbal había logrado conquistar estaba en manos de unos gigantes pelirrojos y salvajes.

Verdad es que Alarico no se quedó mucho tiempo y que murió pronto, pero el mito de la Roma invencible había quedado roto. La gente se preguntaba cómo era posible que hubiese sucedido tal cosa, y muchos paganos echaban la culpa al cristianismo.

Fue entonces cuando san Agustín escribió *La Ciudad de Dios* para refutar esta teoría. Un libro que era como un código de moral y un compendio de historia, filosofía, teología y apologética. Se iniciaba con la caída de Roma a manos de Alarico y concluía con las trompetas del juicio final. Agustín atacaba a los antiguos dioses paganos, y los derribaba, uno por uno. Jamás volverían a levantar cabeza. Y ponía frente a frente dos modelos de «ciudades»: *la Ciudad de Dios —Civitas Dei—* y la Ciudad del Diablo. La primera, fundada sobre el amor de Dios y el olvido del propio «yo». La segunda, cimentada en el egoísmo y el olvido de Dios. Era preciso escoger…

El cristianismo había conquistado el Imperio Romano desde dentro. Ahora empezó a conquistar también a los invasores bárbaros, aunque muchos de ellos lo hicieron al arrianismo.

El Imperio sobrevivió, pero dando tumbos, y ya no era más que la sombra de lo que había sido.

Pronto apareció un nuevo peligro. Un pueblo asiático, de origen mongol, se había ido abriendo camino desde las fronteras de China hasta el centro de Europa: los *hunos*. Eran de corta estatura, de ojos rasgados y piel como el pergamino, pero muy valientes y los mejores jinetes del mundo. En su larga historia no habían tenido un gran caudillo, pero ahora tenían uno: *Atila,* palabra de origen germánico que significa «padrecito». La provincia romana de Panonia, donde se estableció con sus hordas, todavía se sigue llamando *Hungría*.

El año 451 Atila irrumpió en las Galias. Allí, cerca de Troyes, se enfrentó con un ejército —constituido en gran parte por mercenarios germánicos— mandado por el último de los grandes generales romanos: *Aecio*.

La batalla de los *Campos Cataláunicos* terminó con la derrota de Atila, que se retiró de las Galias. Pero un año más tarde apareció de nuevo e invadió Italia, destruyó la ciudad de Aquileia y avanzó decididamente hacia Roma. El débil Emperador Valentiniano III se dispuso a huir… Pero, en ese momento, el Papa León I, con unos cuantos eclesiásticos, salió a su encuentro, decidido a enfrentarse al más cruel y temido de todos los invasores, que avanzaba al frente de un ejército de medio millón de hombres.

El encuentro tuvo lugar cerca de la ciudad de Mantua. No se sabe lo que hablaron, pero la poderosa personalidad del Papa causó tal efecto en Atila, que este renunció a apoderarse de Roma, su más rica presa, ya al alcance de su mano. El rey de los hunos se retiró, abandonó Italia y firmó la paz con el Imperio de Occidente. El Pastor —sin duda con la protección de lo Alto— había salvado su rebaño.

Tres años más tarde, León I tuvo que salir al paso de otro invasor, el vándalo *Genserico*, que, procedente de África, había invadido Italia por el Sur. Pero el caudillo arriano demostró ser más implacable que el pagano rey de los hunos; entró en Roma y la saqueó, aunque cumplió —más o menos— su promesa de no incendiar la ciudad y de respetar su población. Se llevó con él, eso sí, innumerables trofeos y cuantiosas riquezas a Cartago —su capital—, donde permanecieron

hasta que ochenta años después los bizantinos conquistaron el reino vándalo y se lo llevaron todo a Constantinopla.

«Pedro ha hablado por boca de León»

Roma, una vez más, sobrevivió. La Historia ha otorgado al Papa León I el sobrenombre de Magno, pero la Iglesia le reconoce como Santo y como Doctor. Porque este hombre que no conocía la palabra «miedo» no solo desafió a Atila y a Genserico, sino que puso fuera de combate a la herejía *monofisita* (que decía que Jesucristo era Dios, pero no hombre), rebatiendo uno por uno todos sus argumentos.

La discordia dentro de la Iglesia era, en efecto, un peligro mayor que Atila y Genserico. El Papa León refutó también los errores de los *pelagianos* (que negaban la existencia del pecado original y afirmaban que el hombre podía salvarse sin la gracia divina) y la de los *priscilianos* (secta gnóstica que mezclaba la teología con la astrología).

En el Sínodo de Éfeso (año 449), convocado contra la voluntad del Papa, su presidente, Dióscuro de Alejandría, se puso a favor de *Eutiques*, padre del monofisismo. Cuando los legados del Papa protestaron, los maltrataron y estuvieron a punto de matarlos. Ni siquiera pudieron leer una carta de León I.

Cuando el Papa lo supo, declaró nulo el Sínodo y lo invalidó. Los rebeldes capitularon y al año siguiente (450), en el *Concilio de Calcedonia*, se leyó la carta de León I y se aceptó su doctrina entre aclamaciones y gritos de «¡Esta es la fe de nuestros padres!» y «¡Pedro ha hablado por boca de León!».

El año 476, un caudillo bárbaro, *Odoacro*, destronaba al último Emperador romano de Occidente, un niño débil e indefenso que irónicamente se llamaba *Rómulo Augústulo*. Odoacro se proclamó a sí mismo Rey de Italia, pero el Emperador romano de Oriente, Zenón, amenazado a su vez por una poderosa tribu germana, los *ostrogodos*, salió del paso con una estratagema típicamente bizantina: confió al rey ostrogodo *Teodorico* la tarea de reconquistar Roma e Italia para él…

Teodorico, astutamente, aceptó. Cercó la capital de *Odoacro*, Rávena, se apoderó de él a traición, lo asesinó y se quedó con Italia.

Teodorico, como muchos otros germanos, era arriano. Al principio, sus relaciones con el Papa —y con los italorromanos, cristianos en su mayoría— fueron bastante cordiales, pero, a medida que fueron pasando los años, Teodorico se fue haciendo cada vez más duro y receloso. Irritado por las severas medidas contra los arrianos tomadas por el Emperador Justino, en Oriente, obligó al Papa *Juan I* a trasladarse a Constantinopla e interceder a favor de los arrianos. Cuando el Papa regresó sin haber conseguido prácticamente nada —es lógico que no pusiera demasiado interés en defender a unos herejes—, Teodorico mandó encarcelarle. Juan I murió en la prisión.

A la muerte de Teodorico, el gran *Justiniano*, al frente de los destinos del Imperio de Oriente, emprendió la reconquista de los territorios que habían formado parte del Imperio de Occidente. En una brillante y rápida campaña, el General *Belisario* conquistó el reino vándalo del norte de África y, tras un corto período de hábiles maniobras diplomáticas, Justiniano lo envió a conquistar Italia.

Siguiendo una estrategia que repetiría el General Eisenhower catorce siglos más tarde, Belisario desembarcó en Sicilia, pasó a la península atravesando el estrecho de Mesina, se apoderó de Nápoles y marchó sobre Roma, que conquistó sin lucha. El triunfo, sin embargo, se vio empañado por el trato que inflingió al Papa *Silverio*.

Justiniano era un cristiano ortodoxo, pero su esposa, la emperatriz Teodora —mujer de dudoso pasado—, se inclinaba por el monofisismo, lo mismo que la esposa del General Belisario, Antonina, a la que había encargado que mediase ante el Papa para que hiciese «concesiones» a los monofisitas y que, si no las hacía, procurase que fuese depuesto.

Antonina cumplió fielmente las instrucciones de Teodora. El Papa

Silverio no se avino a sus deseos y ella forzó a su marido, Belisario —al que tenía dominado—, a encarcelarlo y juzgarlo por «alta traición». El Papa Silverio fue desterrado a la isla Palmaria, donde maltratado y vejado, murió de hambre poco después.

A pesar de todo, el plan de las dos damas bizantinas fracasó. El nuevo Papa, *Vigilio*, resultó ser tan obstinado como su predecesor y no hizo absolutamente nada en favor de los monofisitas.

Justiniano, más tarde, mandó detener al Papa Vigilio y se lo llevó cautivo a Constantinopla (año 547), pero poco después logró huir a Calcedonia. El Emperador, entonces, convocó un Concilio en Constantinopla, pero el Papa se negó a asistir. Murió dos años después.

Durante el pontificado de su sucesor, *Pelagio I*, Italia se convirtió en una provincia del Imperio de Oriente. Los ostrogodos habían sido aniquilados. Pero otra tribu germánica, los longobardos («largas-barbas»), que luego se llamarían lombardos, invadieron el norte de Italia y fundaron un reino con la capital en Pavía. El resto de Italia siguió siendo bizantina por algún tiempo.

En España, donde los visigodos habían fundado otro reino, el rey Recaredo abjuró del arrianismo y se hizo cristiano en el III Concilio de Toledo (año 589).

Un año más tarde, en el 590, subía a la sede de San Pedro un hombre cuyo nombre quedaría grabado en la historia con letras de oro: *san Gregorio el Grande*.

Capítulo VI

LA CONVERSIÓN DEL NORTE DE EUROPA, OBRA DE LOS MONJES

El Papa Gregorio I era un *monje*, algo nuevo hasta entonces en la todavía corta historia de la Iglesia.

La palabra monje procede del griego *monos* (uno, solo), porque los primeros monjes vivían solos, aislados, como ermitaños; huían del mundo y de sus tentaciones para vivir solo para Dios. Algo que no es exclusivo del cristianismo, sino también de otras religiones, como el hinduismo o el budismo (Buda, su fundador, vivió como ermitaño durante muchos años).

Los fundadores del monacato cristiano fueron san Pablo de Tebas —conocido también como «el Ermitaño»— y su amigo san Antonio. Ambos habían nacido a mediados del siglo III. Se sabe poco de sus vidas. San Atanasio escribió una biografía de san Antonio, pero es más bien una «vida devota».

La idea básica del monacato consistía en llevar a cabo el consejo que Jesús había dado al joven rico: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo. Luego, vuelve y sígueme». El joven rico no quiso renunciar a sus riquezas; ahora, hombres y mujeres que amaban al Señor estaban dispuestos a hacerlo. Querían ser perfectos.

Los primeros monjes vivieron aislados, cada cual a su manera, en los desiertos de Egipto. El primero que introdujo un principio de organización colectiva fue *san Pacomio*, ex-oficial del ejército de Constantino, que fundó un monasterio con una disciplina estrictamente militar. Sin embargo, cada monje escogía las prácticas ascéticas que se le ocurrían, algunas realmente un tanto extrañas; así, san Simón, conocido como el *Estilita*, porque vivió durante años subido sobre una columna rota (*stilos*, columna).

En el siglo IV, *san Basilio el Grande* estudió a fondo los problemas del movimiento monástico, amenazado de anarquía. El resultado fue una *Regla* que dio origen a la vida *cenobítica*, es decir, con unas normas comunes y en monasterios. La Regla de san Basilio era bastante severa, pero frenó los desórdenes y los abusos.

San Agustín, como hemos visto, también fundó una pequeña comunidad monástica, a la que dotó de una regla: oración, meditación, estudio… Fue el comienzo de la Orden de San Agustín, que todavía subsiste.

A finales del siglo IV, *san Martín*, obispo de Tours, fundó un monasterio cerca de Poitiers (Francia) y poco después *san Honorato* fundó otro en la isla de Lerins, en la costa francesa del Mediterráneo, que todavía existe. El lugar está santificado por mil quinientos años de oración ininterrumpida, y muchos grandes hombres franceses han pasado por allí. Cuando, a finales del siglo XIX, Georges Clemenceau, un político ateo rabiosamente anticlerical, ordenó clausurar todos los monasterios y conventos de Francia, respetó el de San Honorato de Lerins.

Pero el verdadero Padre del monacato occidental fue *san Benito*, nacido en Nursia (Italia) alrededor del año 480. Enviado a Roma para cursar estudios, Benito fue testigo de la corrupción de la Urbe, incluidos algunos sacerdotes. También fue testigo del enfrentamiento entre dos facciones eclesiásticas, cada una con un candidato al Papado, y todo ello le hizo sentir la necesidad de entregarse por completo a Dios en la soledad. La encontró en una cueva de las colinas próximas a Subiaco.

No tardó en acudir la gente para consultarle sus problemas, y unos monjes de un monasterio próximo le pidieron que fuera su abad. Pero la regla que quiso imponerles era muy severa y, como muchos de ellos estaban corrompidos, trataron de envenenarle. Entonces se fue y fundó por su cuenta varios monasterios. Luego, cuando un sacerdote perverso trató de envenenarle de nuevo, se trasladó más al Sur y, en una escarpada montaña próxima a Casino, erigió una verdadera fortaleza, una ciudadela de Dios. Allí, redactó su famosa Regla, una de las más sabias que jamás se hayan escrito y que serviría de modelo a muchas otras. La Regla de San Benito revelaba la personalidad de su autor: un hombre severo y amable a la vez, cabal y considerado; un conocedor agudo de la naturaleza humana, con todas sus virtudes y flaquezas; un sabio y al mismo tiempo un santo.

En torno a esta ciudadela de Dios —Montecasino—, un mundo crepitaba y se hundía. Ejércitos poderosos avanzaban y retrocedían, combatían, se exterminaban, se desvanecían… pero la ciudadela permanecía erguida. En ella, y en otros monasterios fundados por los hijos espirituales de san Benito, los grandes tesoros de la literatura, la filosofía y la teología de unos tiempos idos eran copiados y protegidos mientras los pueblos bárbaros arrasaban y destruían los viejos centros

de la civilización y la cultura; unos pueblos en su mayoría analfabetos que, además, se envanecían de serlo. Ni siquiera el rey Teodorico, amo y señor de Italia, sabía leer y escribir (y tampoco Justino, el Emperador de Bizancio, cuyo padre había sido cabrero).

El que hayan llegado hasta nosotros no solo los escritos de la primitiva cristiandad —incluida la Biblia—, sino también los de los clásicos antiguos —los poemas de Homero, Cátulo y Horacio, los dramas de Esquilo, Sófocles y Eurípides, los relatos históricos de Tucídides y Tito Livio, los tratados filosóficos de Platón y Aristóteles (es decir, la incomparable herencia del pensamiento greco-romano)—, se lo debemos a aquellos monjes de los monasterios benedictinos que copiaron y recopiaron una y mil veces los antiguos rollos de pergamino y los conservaron celosamente para preservarlos de los peligros de un mundo asolado por las guerras y las invasiones.

Pero lo más importante de todo, mucho más importante que lo que hicieron por salvar materialmente una cultura, fue la poderosa corriente de oraciones que manaba de los monasterios día y noche —siete veces cada veinticuatro horas—, estableciendo un puente entre la Tierra y el Cielo; un puente hecho de adoración y alabanza a Dios por su bondad infinita; un puente que sostenía un mundo enloquecido.

San Benito, muy anciano ya, murió como Moisés, de pie, sostenido por dos monjes y alabando a Dios hasta exhalar el último aliento.

La ciudadela que él había construido, Montecasino, fue destruida años más tarde por los longobardos, pero los benedictinos la reconstruyeron. El Emperador Federico II mandó incendiarla, pero volvió a surgir de sus cenizas. Tropas de más de doce naciones combatieron encarnizadamente en sus alrededores y cientos de aviones la bombardearon durante la Segunda Guerra Mundial, pero los monjes la restauraron. Y, en todos los casos, los benedictinos salvaron sus vidas. Ellos, no los poderes de la guerra, prevalecieron.

La grandeza de un Papa: Gregorio I

El Papa Gregorio I era hijo espiritual de san Benito, es decir, monje benedictino. Procedía de una de las más nobles y antiguas familias romanas, los Anicios, y, como san Ambrosio, inició su carrera como funcionario. Llegó a ser Prefecto de la Ciudad de Roma —un cargo importantísimo—, pero, cuando descubrió que lo que deseaba realmente era servir a Dios, renunció a su cargo y transformó su mansión en un monasterio, al que puso bajo la advocación de san Andrés. Luego adoptó la Regla de San Benito y fundó otros seis monasterios en Sicilia.

Los Papas le consultaban con frecuencia diversos asuntos y uno de ellos, Pelagio II, le ordenó diácono. Fue legado papal en Constantinopla y, a la muerte del Papa, el clero y el pueblo de Roma le eligió como sucesor. Nunca había querido ser Papa, pero de nada sirvieron sus sinceras protestas. Así expresó lo que sentía:

«Indigno y débil, me he hecho cargo de un viejo barco castigado por las olas que le envuelven por todas partes, un navío con la quilla podrida y cuarteada, azotado por la galerna, que amenaza con echarle a pique».

Un hombre de su categoría no podía decir esto para darse importancia. Se sentía realmente débil, incapaz de hacer frente a la ingente tarea que se le venía encima.

En el momento de ser elegido Papa, los longobardos tenían sitiada Roma. Lo primero que hizo Gregorio fue desembarazarse de ellos. Tras hábiles negociaciones —y la entrega de una gran suma de dinero—, logró establecer una tregua de treinta años con los invasores. Acto seguido, se entregó de lleno a una serie de reformas urgentes del clero, la liturgia de la Misa, la asistencia a los pobres y a los enfermos… Y, por si todo eso fuera poco, creó una *schola cantorum* (academia de cántico) que innovó la música religiosa. El *Canto gregoriano*, uno de los más hermosos que hayan existido, todavía sigue resonando en todas las iglesias católicas del mundo.

Se negó a aceptar un título rimbombante que quiso otorgarle la Iglesia oriental y, en lugar de ello, se dio a sí mismo el de «Siervo de los siervos de Dios» *(Servus servorum Dei)*, que desde entonces es el de todos los Papas. Escribió, entre otros libros y tratados, una biografía de san Benito, su padre espiritual; unos famosos «Diálogos»; una Regla Pastoral; un Comentario al libro de Job; una serie de homilías sobre los Evangelios, el profeta Ezequiel y el Cantar de los Cantares, así

como infinidad de cartas (han llegado hasta nosotros unas ochocientas); todo lo cual hace de él uno de los escritores más prolíficos de la Iglesia. Su estilo es claro y directo, completamente distinto del florido y alambicado lenguaje que se usaba entonces, sobre todo en el Imperio de Oriente. Era capaz de explicar con muy pocas palabras cosas difíciles de entender.

Un Papa misionero

La marca de la grandeza de un gobernante —y todos los Papas han tenido que serlo— es no concentrar todas las energías en un solo asunto en detrimento de otros, sino atacarlos todos por orden de importancia.

«Id y enseñad a todas las gentes». Tal fue el mandato de Jesús antes de subir al Cielo. La tarea de llevar la luz del Evangelio hasta los últimos rincones del desmembrado Imperio hubiese sido una tarea más que suficiente para un Papa de menos talla, pero Gregorio no se conformó con eso. Le preocupaban los millones de almas de las tribus germánicas del norte de Europa, muchas de ellas todavía paganas o convertidas a la herejía arriana. La España visigoda, como hemos visto, ya era católica, y también la Galia. Un rey franco, Clodoveo, se había convertido al cristianismo con todo su pueblo (año 481) tras vencer a otra tribu pagana, la de los *alamanes*. Los francos son los que dieron nombre a Francia y, en su lengua, todos los germanos llevan el nombre de la tribu que derrotó Clodoveo: *alemanes*.

Gregorio impulsó la causa de la Fe en Francia por todos los medios a su alcance, pero miraba más lejos. Hacía ya mucho tiempo, cuando era un simple monje, había visto, en el mercado de esclavos de Roma, un grupo de jóvenes esbeltos, rubios y de ojos azules. Impresionado por su aire de serena nobleza y dignidad, preguntó a qué tribu pertenecían, y le respondieron que eran «*Angli*» procedentes de Britania. Entonces él exclamó: «*Non angli sed angeli*» («No anglos, sino ángeles»). Y, al punto, pensó en trasladarse allí, con un grupo de monjes, para convertirlos. Sin embargo, no pudo poner en práctica su plan, pues los Papas le encargaron otras misiones, y ahora, que él mismo era Papa, tampoco podía ir. Entonces decidió enviar a Agustín, Abad de San Andrés, su antiguo monasterio, al frente de treinta y nueve monjes. Agustín y sus compañeros desembarcaron en Inglaterra el año 597. Sabía que Berta, la esposa del rey Edelberto de Kent, era hermana del rey de los francos y por tanto católica, por lo que procuró hacer buen uso de este hecho.

Agustín y sus monjes fueron muy bien recibidos en la corte del rey Edelberto y pronto pudieron enviar alentadores informes a Roma. El Papa Gregorio envió refuerzos y nombró a Agustín obispo, con sede en Canterbury. Unos años más tarde, dado el gran número de conversiones, elevó la sede al rango de arzobispado, con lo que Agustín pudo nombrar dos nuevos obispos para Rochester y Londres.

La cristianización de Britania estaba en marcha.

Nada expresa mejor la grandeza de san Gregorio que el hecho de que fuese un anciano casi inválido, un «barco viejo» siempre a punto de naufragar; en un mundo asolado por la guerra, el hambre y las epidemias, creía que el fin del mundo no tardaría en llegar, pero no por eso abandonó la nave de san Pedro ni dejó de empuñar el timón día a día durante catorce largos años, sin desalentarse nunca.

Habría que gritar esto a los quejicas de nuestros días, que, frente a los peligros y desastres que amenazan al mundo actual, se repliegan sobre sí mismos y reaccionan con amargura, desencanto o desilusión. Habría que decirles que solo se muere una vez y que ese momento está en las manos de Dios.

San Gregorio, el primer monje que llegó a ser Papa, murió el año 604. En su tumba hay una inscripción que le llama «Cónsul de Dios». La Iglesia lo apodó «el Grande» y lo elevó a los altares. También creó la *Orden de San Gregorio*, condecoración con la que se recompensa a aquellos hombres que han prestado grandes servicios a la cristiandad.

El mismo año que san Gregorio, moría Agustín, Arzobispo de Canterbury, que sería canonizado también. Sus monjes no habían sido los únicos, ni los primeros, evangelizado-res de Inglaterra.

La gesta de los monjes irlandeses

A veces oímos hablar de valientes misioneros que han realizado numerosas conversiones y han sorteado innumerables peligros, pero olvidamos, por cada uno de ellos, a docenas y tal vez centenares de otros cuyos esfuerzos no obtuvieron resultados espectaculares y murieron asesinados, algunos de ellos de manera espantosa, sin dejar rastro de sus nombres. Los nombres de esos héroes silenciosos, de esos héroes desconocidos, solo Dios los conoce.

Así sucedió en algunas regiones de Gales, de Escocia y de Inglaterra muchos años antes de que llegaran Agustín y sus monjes, cuando se retiraron los romanos, en el siglo V, y Britania quedó en manos de un montón de cabecillas indígenas que ejercían un dudoso poder sobre tribus embrutecidas y semisalvajes. Muchos de los misioneros que murieron entonces eran irlandeses, aunque, paradójicamente, quien había llevado el cristianismo a Irlanda era un inglés, ciudadano romano de nacimiento como san Pablo: Patricius, *san Patricio* (otro curioso paralelismo entre ellos es que los dos acabaron, al parecer, con las víboras en dos islas: san Pablo en Malta y san Patricio en Irlanda). Cuando era todavía muy joven, unos piratas irlandeses lo capturaron y lo vendieron como esclavo, pero logró escapar y huir a Francia, donde fue educado en un monasterio, seguramente en la isla de Lerins. De regreso a su país, devolvió a los irlandeses el duro trato que había recibido de ellos de una forma digna de un santo: convirtiéndoles al cristianismo. Cuando murió, en el año 460, toda Irlanda era ya cristiana. Detrás dejaba un rico legado de iglesias, monasterios, conventos y escuelas, así como numerosos sacerdotes ordenados por él mismo. Y entre los conversos, la primera santa irlandesa, santa Brígida, una noble dama bellísima que fundó el primer convento de monjas.

Como hemos dicho, mucho antes de que Agustín de Canterbury y sus monjes llegaran a Britania, ya había monjes irlandeses, sobre todo en el país de Gales y en Escocia. Muchos murieron martirizados, pero otros lograron establecer pequeños islotes de un cristianismo sumamente severo.

Uno de sus principales logros fue la fundación del monasterio de Iona por *san Columbano*, hijo de la familia real de Donegan. En una de sus tres escuelas monásticas se dibujaron y miniaron los célebres manuscritos de Kells, de belleza insuperable.

Los restos de san Patricio, santa Brígida y san Columbano se

veneran en una ciudad del Ulster: Downpatrick.

Pero los monjes irlandeses no se limitaron a evangelizar Irlanda y Gran Bretaña. *San Columbano*, nacido en el Sur de Irlanda, se trasladó a Francia con doce monjes valientes y decididos, y fundó un monasterio en Borgoña, en los Vosgos, pero, ante la hostilidad de parte del clero local, se fue a Suiza, pagana y salvaje por entonces. Allí fundó otro monasterio, que dejó a cargo de uno de sus compañeros, *Gallus*.

El monasterio —que todavía existe— prosperó y a su alrededor fue surgiendo la ciudad de *Saint-Gall,* hoy capital de un cantón suizo que lleva su nombre. En cuanto a san Columbano, todavía fundó otro monasterio en Italia.

Sería preciso ser un genio, como Homero, para relatar la historia de estos audaces monjes misioneros que llevaron la luz de Cristo a los rincones más apartados de Europa. Una historia increíble, una apasionante aventura que no ha terminado todavía, pues se sigue desarrollando, día a día, a lo largo y a lo ancho del mundo entero.

* * *

Mientras todo esto sucedía, un nuevo y terrible peligro acechaba a la Iglesia. Un peligro tal que amenazaba con destruir toda la cristiandad y que de hecho, en algunos países, ya había acabado con el cristianismo.

Cuando san Gregorio el Grande estaba en Constantinopla como legado del Papa, los longobardos invadían Italia, la cruel reina Brunhilda gobernaba en Francia y san Columbano predicaba el Evangelio en Escocia, lejos, muy lejos, en una ignota ciudad de Arabia, La Meca, nacía *Mahoma*, hijo de Abdallah ben Abdel Mottaleb, de la tribu de Koreish.

Capítulo VII

LA MEDIA LUNA FRENTE A LA CRUZ

De niño, el pequeño Mahoma viajó a Siria con su tío Abu Talib, al frente de una caravana de mercaderes, por lo que sus enemigos, más tarde, le llamarían despectivamente «el camellero». Luego, ya adulto, sirvió a una viuda rica mayor que él, Hadiya, con la que contrajo matrimonio. Aunque le llevaba quince años, al parecer fueron felices. Estuvieron casados veintiséis años y, cuando Hadiya murió, Mahoma volvió a casarse de nuevo, esta vez con una joven llamada Ayesha.

La Meca era ya una ciudad santa para los árabes, pues, según una antigua tradición, el templo que allí existía, la Kaaba, había sido construido por el Patriarca Abraham, padre común de árabes y de judíos.

Abraham había tenido dos hijos, uno de su esposa legítima, Sara, que se llamó Isaac, y otro de Agar, su esclava, que se llamó Ismael. La Biblia cuenta (Génesis, cap. 21) que Dios mandó a Abraham despedir a Agar y a su hijo, pues su único heredero debía ser Isaac. Pero —le dijo Dios— «Yo haré del hijo de la esclava una gran nación, pues es descendencia tuya». Abraham obedeció y despidió a Agar y a su hijo con una hogaza de pan y un odre lleno de agua. Más tarde, Ismael se casó con una mujer egipcia, escogida por su madre, que también era egipcia. A la muerte de su padre, Abraham, volvió para ayudar a Isaac a enterrarle. Vivió hasta una edad muy avanzada como patriarca de numerosas tribus regidas por sus hijos, por lo que se le considera el padre de todos los árabes o ismaelitas. En cuanto a Isaac, se convirtió, a través de su hijo Jacob, en padre del pueblo de Israel.

Tal es el origen de la larga enemistad entre el pueblo árabe y el pueblo judío. Una enemistad que no tiene nada que ver con el antisemitismo, pues tanto los árabes como los judíos son semitas.

La Kaaba de La Meca, a los ojos de bastantes árabes, había sido profanada, pues en ella se adoraban numerosos ídolos. Así pensaba también Mahoma, que a la edad de cuarenta años, durante el mes del Ramadán, se retiró a meditar a una cueva. Allí, según él, tuvo una serie de visiones y revelaciones; aseguraba que se le había aparecido el Arcángel Gabriel, enviado por Allah (Dios) y que le había dictado el Corán (La Lectura).

Mahoma no sabía leer ni escribir, por lo que tuvo que grabar en su memoria lo que había «oído». Desde entonces, muchos mahometanos devotos tratan de hacer lo mismo, lo cual es una verdadera hazaña, pues el libro —escrito por sus seguidores en vida de Mahoma— tiene ciento catorce *suras* (capítulos) y su texto ocupa no menos de cuatrocientas páginas de apretada letra. Parte del mismo está formado por diversos pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, groseramente alterados; *Isa ben Maryam* —es decir, Jesús, hijo de María— es considerado un profeta, pero no el Hijo de Dios. Mahoma tomó también algunas cosas de la Ley de Moisés, como la circuncisión y el rechazo de los alimentos «impuros», a los que añadió las bebidas alcohólicas (alcohol es una palabra árabe —*al-kuhl*— que en principio se refería al polvo de antimonio, pero que actualmente, en árabe, significa «esencia»).

La religión del Islam

La religión que fundó Mahoma recibió el nombre de Islam, que significa rendición, *sometimiento* (en este caso, a Dios).

De un *monoteísmo* a ultranza, el islamismo considera la idea cristiana de la Santísima Trinidad como burdo politeísmo, pues no admite que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, siendo tres Personas distintas, puedan ser un solo Dios. También considera que la veneración de las imágenes y las reliquias es pura idolatría, pues confunde la veneración con la adoración, solo debida a Dios.

En cuanto a la forma en que la nueva religión debía ser extendida por el mundo, el Corán habla por sí mismo: «¡Mirad! Allah ama a los que combaten por su causa en apretadas filas, formando una sólida estructura…».

«Los que luchen siguiendo el camino de Allah, tanto si mueren como si alcanzan la victoria, serán recompensados por Él con una vasta recompensa…».

«Los que crean, que luchen por la causa de Allah…».

La «hégira» o huida

Los comienzos fueron lentos. Mahoma, al principio, se limitó a predicar a los miembros de su familia y a sus amigos. Los habitantes de La Meca le tomaron por loco…

Su primera seguidora fue su mujer, Hadiya; el segundo, un primo suyo, Alí; el tercero, su amigo Abu Beker.

A los tres años de predicar el *Islam* y clamar contra la idolatría, los habitantes de La Meca, hartos de él, empezaron a insultarle y a perseguir a sus seguidores, de manera que Mahoma pensó en emigrar a Abisinia, que era cristiana. Pero sus seguidores eran cada vez más numerosos y su fama se extendió a la ciudad de Yathrib (actualmente *Medina,* «la Ciudad») y setenta y tres de sus habitantes fueron a visitarle.

El clan de los Koreish, en La Meca, decidió quitárselo de encima y sus miembros organizaron una conspiración para acabar con su vida. Mahoma, entonces, tuvo otra «revelación» —al menos eso creían sus seguidores— en la que se le dijo que debía luchar contra los que le perseguían «hasta que desaparezcan todos y no queden más que los que adoran a Allah».

Fue entonces cuando Mahoma, con algunos de sus más fieles discípulos, huyó a Yathrib, acontecimiento conocido como la «hégira» —la huida—, que tuvo lugar el 20 de junio del año 622 de nuestra Era. Ese momento marcó el comienzo de una nueva Era para los musulmanes, cuyo calendario quedó establecido diez años más tarde (632). Aquel día era viernes y, por eso, el viernes se convirtió en el día santo de los mahometanos.

Sus seguidores tuvieron buenos motivos para escoger la hégira como comienzo de una nueva era, pues a partir de entonces todo fueron éxitos. A los cincuenta y dos o cincuenta y tres años, Mahoma se convirtió en dueño y señor de Yathrib (rebautizada *Medina*) y, unos años más tarde, conquistó La Meca y desterró la idolatría.

Tenía ya sesenta y tres años cuando fue por última vez en peregrinación a La Meca. Allí cayó enfermo y murió, en brazos de su segunda mujer, Ayesha.

La compleja personalidad de Mahoma

A primera vista, lo sucedido no parecía tener relevancia alguna. Los logros del nuevo profeta, tanto políticos como religiosos, parecían escasos y conseguidos por la fuerza. Sin embargo, Mahoma debió de tener una personalidad muy fuerte y compleja, capaz de insuflar en sus seguidores un entusiasmo ciego. Sus enseñanzas religiosas, muy simples, incluían la existencia de un Paraíso lleno de gozos sensuales, terrenales, y unas prácticas ascéticas y devotas muy sencillas (fundamentalmente, la oración cinco veces al día, a horas fijas), pero, en cualquier caso, muy superiores al cúmulo de supersticiones que prevalecían en Arabia, mezcladas con una especie de astrología fatalística. El fatalismo, sin embargo, también se introdujo en el Islam. Todo estaba definitivamente «escrito en el Libro de la Vida», por lo que lo que tenía que suceder irremediablemente sucedería. Algo que, a la larga, tenía que fomentar la indolencia y la apatía, como así sucedió. Los países islamizados terminarían por caer en una especie de letargo que los llevaría a un estancamiento y a un retraso de siglos respecto a los países europeos. Retraso y estancamiento del que solo ahora empiezan a salir.

Al principio, sin embargo, la religión del Islam tuvo unos efectos distintos. Mahoma había pedido a sus seguidores que extendieran la nueva religión por la fuerza de las armas y que fueran a luchar sin temor. Si su suerte estaba escrita en el Libro de la Vida, ¿por qué no arriesgarse? Sucedería lo que tuviese que suceder. Lo único que importaba era ir al Paraíso, algo que estaba asegurado si se moría por la causa del Islam.

Desgraciadamente, no podemos detenernos a analizar aquí todos los aspectos de una religión que, junto con el cristianismo y el judaísmo, es una de las tres grandes religiones de la tierra. Porque, igual que los cristianos y los judíos, los mahometanos o musulmanes creen en la existencia de un solo Dios *personal.* Algo que tiene una importancia inmensa.

A la conquista del mundo entero

A la oración básica de los judíos («Escucha, Israel: el Se-ñor tu Dios es solo Uno…»), los mahometanos añadieron una coletilla: «Solo hay un Dios (Allah), y *Mahoma es su profeta*». Ese lema y el de «¡Allah es grande!» se convirtieron en gritos de guerra del Islam. Porque los mahometanos querían también, como los cristianos, conquistar el mundo, pero no por la fuerza del amor, con la predicación y el ejemplo, sino a sangre y fuego. Su estandarte era verde, con una media luna en medio, pues, según la tradición, Mahoma había combatido siempre de noche, con la luna en cuarto creciente (aunque algunos dicen que la Media Luna simboliza un alfanje, la espada curva del profeta).

Bajo el mando de los *Califas*, sucesores de *Mahoma*, el Islam empezó a moverse. Como el simún, el violento y devastador viento del desierto, arrasó cuanto encontró a su paso. Tras unir toda Arabia bajo el estandarte verde del profeta, las tropas árabes del Califa *Omar* conquistaron Egipto, Palestina, Mesopotamia, Siria y Persia. Cuando Omar entró en Alejandría, sus hombres le preguntaron qué hacían con la gran biblioteca, la mayor del mundo, y el Califa respondió: «Si estos libros contienen lo que está escrito en el Corán son inútiles, y si no lo contienen están equivocados, por lo que son peligrosos… Quemadlos todos». Así lo hicieron, dando al traste con uno de los mayores tesoros del espíritu, formado por miles y miles de manuscritos que contenían más de veinte siglos de cultura y sabiduría: filosofía, historia, literatura, poesía… ejemplares únicos por muchos de los cuales los monjes de Montecasino hubiesen hecho cualquier cosa para obtener una copia.

Doce años después de la muerte de Mahoma, el Califa *Otman* conquistó Tripolitania y la isla de Chipre. Murió asesinado el año 656, lo mismo que su sucesor *Alí,* casado con la única descendiente de Mahoma, su hija Fátima.

Bajo un nuevo Califa, *Moawiyah*, los musulmanes invadieron la India (el Punjab). En el 670 conquistó Túnez y en el 673 puso sitio a Constantinopla. Allí, por primera vez, los ejércitos del Islam fracasaron. Moawiyah tuvo que levantar el sitio y establecer una tregua de treinta años con el Emperador Costantino IV. No obstante, a finales del siglo VII toda África del Norte, desde Egipto a Marruecos, era ya musulmana; y, en el año 711, el gobernador musulmán de Marruecos puso a *Tarik*, un hábil general, al frente de un ejército que

desembarcó en España. Tarik derrotó a los visigodos en la batalla de Guadalete o de la Janda y, en honor de su victoria, los árabes bautizaron el Peñón que se alza orgulloso frente a África con el nombre de su general: *Jebel-Tarik* = Montaña de Tarik (Gibraltar).

Hacia el 718, la casi totalidad de la Península Ibérica estaba en manos de los musulmanes. Entonces, el general árabe *El Horr* cruzó los Pirineos e invadió el sur de Francia. La marea del Islam solo se detuvo cuando *Carlos Martel,* general de los francos y virtual rey de Francia, derrotó al ejército de Abderramán en la decisiva *batalla de Poitiers*.

Casi al mismo tiempo, fracasaba también un segundo ataque musulmán a Constantinopla, con lo que el avance del Islam quedó frenado tanto en Oriente como en Occidente. Pero el mundo entonces conocido se dividió en dos partes. La Cruz seguía alzada desde Gran Bretaña hasta Constantinopla, desde Alemania hasta el sur de Italia. La Media Luna se extendía desde los Pirineos hasta la India, pasando por el norte de África, Arabia, Siria, Palestina, Mesopotamia y Persia. No deja de ser curioso que la cristiandad, en el mapa, tuviese forma de cruz y el Islam, de Media Luna, o, si se quiere, de unas fauces abiertas que amenazaban con devorar una cristiandad a la defensiva.

Tanto arraigó la fe predicada por Mahoma en los pueblos conquistados, que, con la excepción de España y Portugal, ninguno de ellos ha vuelto a abrazar el cristianismo. Las conversiones de musulmanes a la Fe de Cristo siguen siendo escasísimas.

Capítulo VIII

TIEMPOS DIFÍCILES PARA LA IGLESIA

Privada de numerosas provincias del antiguo Imperio y de todas las islas del Mediterráneo, excepto Córcega, la cristiandad occidental se enfrentaba a tiempos muy duros, amargos y difíciles.

El analfabetismo y la incultura, crecientes desde el inicio de las invasiones bárbaras, se extendían más y más, agudizados ahora por otro motivo: los musulmanes habían cortado el comercio con el Oriente y Europa carecía de papiros, es decir, de «papel» en el que escribir.

A pesar de ello, la Iglesia hacía grandes progresos en el Norte y el Noroeste, debido, sobre todo, a dos grandes hombres, uno de pensamiento y otro de acción, ambos benedictinos. El primero, *san Beda*, fue el mayor erudito de su época. Este extraordinario monje, algunos de cuyos escritos han llegado hasta nosotros (sermones, cartas, poemas, etc.), fue matemático, poeta, astrónomo, historiador, profesor, etc., destacando en todos estos aspectos. Actualmente, hay un Colegio en Roma que lleva su nombre, para estudiantes de lengua inglesa y de vocación tardía (no es raro que los alumnos sean a veces mayores que los profesores).

El segundo se llamaba *Winfrido*. Fue a evangelizar Frisia (la Holanda actual), donde encontró una gran hostilidad. Pero, en vez de renunciar a su tarea, se internó en el norte de Alemania, en regiones hasta entonces desconocidas. El Papa Gregorio II le hizo Obispo y, con el nombre de *Bonifacio*, que adoptó entonces, se convirtió en el *apóstol de Alemania*.

San Agustín había derrotado a los dioses de la Roma pagana con un libro, *La Ciudad de Dios*. Bonifacio hizo lo mismo con los dioses germanos de forma más acorde con el carácter de este pueblo: desafió al más temido de todos, el dios del trueno, *Thor* o *Donar* (el jueves, en alemán —*Donnerstag*— lleva su nombre todavía), a un duelo personal en medio de un bosque y ante miles de testigos. El dios del trueno estaba representado por un añoso roble, sagrado para los germanos, que Bonifacio empezó a cortar con un hacha. Estos esperaban que Donar se vengaría y fulminaría con un rayo al insolente monje, pero Bonifacio —que debía de ser hercúleo— prosiguió dando hachazos al

grueso tronco hasta que consiguió derribar el roble sagrado, con lo que la reputación del dios del trueno y de los demás dioses germanos (Wotlan, Frigg, Freya, etc.) quedó por los suelos.

Miles y miles de alemanes se convirtieron y los monasterios surgieron como hongos, impulsados por Bonifacio y sus discípulos, que se internaron más y más en Alemania. Turingia, Hesse y Baviera se hicieron cristianas y se llenaron de iglesias. El Papa nombró a Bonifacio Arzobispo de Maguncia, la Moguntiacum de los romanos.

Bonifacio llevaba la evangelización en la sangre. A sus setenta y cinco años renunció a su cargo y volvió a Frisia, que no había logrado convertir siendo joven. Pero los frisios no habían cambiado y, a poco de llegar, lo asesinaron.

Los iconoclastas

En el año 726, el Emperador de Bizancio León III, que había defendido valientemente Constantinopla del asalto de los musulmanes, se metió en un terreno en el que era absolutamente lego: el teológico. Influenciado, tal vez, por el Islam, y confundiendo la veneración con la adoración, decidió suprimir el culto a las imágenes y a las reliquias de los santos. Algo que se repetiría luego varias veces en la historia de la Iglesia y que casi siempre iría acompañado por asaltos a los templos y destrucciones masivas de tesoros de arte. Una actitud a todas luces «reaccionaria» (por utilizar un término de moda), pues ya los judíos, mucho antes de la venida de Jesucristo, consideraban idolátricas las imágenes, a pesar de que dos querubines de oro adornaban el Arca de la Alianza…

Incluso hoy en día a muchos no-católicos les resulta difícil distinguir entre venerar y adorar. El hombre que besa, incluso ferviente y apasionadamente, un retrato de su mujer o de su madre, no lo hace precisamente porque la adore (en el sentido real de la palabra). No las considera diosas, aunque las «idolatre». Lo mismo que el patriota que tiene un cuadro del rey o del presidente de la república encima de la mesa de su despacho no lo hace para adorarle… ¿Tan difícil resulta comprender que quien besa la reliquia de un santo o el pie de una estatua de san Pedro no adora la reliquia ni la estatua? ¿Tan complicado es distinguir entre rezar ante una imagen y rezarle a la imagen?

Para el Emperador León III sí debía de serlo, pues se dedicó a perseguir, encarcelar e incluso ejecutar a cuantos sacerdotes y monjes trataron de explicárselo. Y, cuando el Papa protestó, trató de invadir Italia e incluso envió una flota con la misión de secuestrarle, pero una oportuna tempestad dio al traste con la flota y con sus planes, por lo que hubo de conformarse con confiscar las tierras que los Papas poseían en la isla de Sicilia, auténticos graneros con los que venían dando de comer a los pobres de Roma desde hacía más de doscientos años.

Los sucesores de León III siguieron siendo *iconoclastas* (es decir, destructores de iconos, nombre griego para designar las imágenes) y no cambiaron de actitud hasta que subió al trono la Emperatriz Irene y en el *Segundo Concilio de Nicea* (año 787) quedó todo claro.

Creación de los Estados Pontificios

Con la subida al trono de Francia de *Pipino el Breve*, hijo de Carlos Martel (el vencedor de los musulmanes), una nueva dinastía quedó al frente del reino franco creado por Clodoveo tres siglos antes. *Pipino* solicitó el reconocimiento del Papa quien, tres años más tarde, le ungió como soberano de los francos con estas palabras: «Es el Señor quien, a través de nuestra bajeza, te consagra como rey».

Tal fue el comienzo de una larga alianza que, a pesar de mil obstáculos y conflictos, duraría más de diez siglos: la alianza entre el Papado y Francia, la cual, en frase de un historiador francés, se convertiría en «la piedra angular en la edificación de la Europa medieval».

El Papa tuvo que pedir ayuda enseguida a su nuevo aliado. La causa fue la invasión de la parte bizantina de Italia por los lombardos, mandados por su rey Astolfo. Esta vez, el Emperador de Oriente no pudo enviar barcos ni hombres, y se limitó a «ordenar» al Papa que expulsara al enemigo. Pero el Papa Esteban III no pudo repetir la hazaña de san León Magno con Atila y pidió ayuda al rey de los francos, Pipino, que acudió enseguida, rechazó a los lombardos y *entregó los territorios liberados al Papa*.

Tal fue el origen de los *Estados Pontificios*, conocidos también como el *Patrimonio de San Pedro*. A partir de entonces, sus sucesores, además de Cabeza de la Iglesia y jefes espirituales de la cristiandad, se convirtieron en *soberanos temporales*.

En 1933, Hitler declaró que el Estado nacional-socialista duraría en Alemania por lo menos diez siglos. Doce años más tarde había desaparecido, tras provocar la ruina de Europa y de medio mundo. Nadie predijo lo que durarían los Estados Pontificios, pero lo cierto es que duraron once siglos —hasta 1870—, y todavía subsiste su heredero, el pequeño *Estado de la Ciudad del Vaticano*, creado en 1929.

Con todo, aquel regalo —como el de la libre voluntad humana— era un peligroso presente. Para que hubiese llegado a convertirse en la materialización de la Ciudad de Dios de san Agustín habría sido necesario que todos los Papas hubiesen sido santos y, al mismo tiempo, excelentes gobernantes, como san Gregorio el Grande; algo realmente muy difícil, pues no se dan todos los días personalidades capaces de ser al mismo tiempo «siervos de los siervos de Dios» y soberanos. Además, ahora que el Papa era también señor temporal, la sede de San Pedro, convertida en trono, no podía por menos de

resultar atractiva para hombres codiciosos de poder, riqueza y prestigio.

Afortunadamente, los nuevos Estados Pontificios encontraron buenos amigos. Pipino murió el año 768 y, tres años después, uno de sus hijos, Carlomán, por lo que el otro, Carlos, se convirtió en Rey de los francos.

Carlos tenía una talla física y moral que le mereció que a su nombre se le añadiera la palabra *magno*. Era una de esas figuras excepcionales que muestran lo que un hombre puede hacer para forjar un mundo a su propia imagen. Tenía serios defectos —era irascible y obstinado, incluso tiránico—, pero creó uno de los más extraordinarios imperios de todos los tiempos.

Cuando los lombardos volvieron a amenazar con invadir los nuevos territorios papales, *Carlomagno* se lanzó sobre ellos como un rayo; conquistó Pavía —su capital—, depuso a su rey y se coronó él mismo rey de los lombardos.

El Papa Adriano I le quedó eternamente agradecido y le otorgó el título de *Patricio*. Y, cuando su sucesor, el Papa León III, le confirmó el título, Carlomagno le advirtió severamente que debía ser un gobernante sabio y justo, curiosa forma de anunciarle que se consideraba a sí mismo no solo jefe supremo de lo que ya era un Imperio, sino también de la Iglesia.

Los enemigos de León III lanzaron contra él graves acusaciones, llegando a agredirle físicamente. El Papa, entonces, se refugió en la Corte de Carlomagno, quien se trasladó a Roma para resolver el asunto. Carlomagno quería saber si era inocente o culpable, pero *Alcunio*, un monje benedictino inglés que era su principal consejero, le advirtió que no tenía poder para juzgar al Vicario de Cristo. León III juró solemnemente que era inocente de los cargos que se le imputaban y el juicio no llegó a celebrarse, pero sus acusadores fueron condenados a muerte (veredicto cambiado luego por el destierro). Poco después, en la Navidad del año 800, durante la Misa de Nochebuena, en la Basílica de San Pedro, *el Papa coronó a Carlomagno como Emperador del Imperio Romano de Occidente*. Esto fue una sorpresa no solo para los nobles romanos y francos, sino también para el mismo nuevo Emperador.

Este hecho fue muy importante, pues creaba un precedente: era el Papa el que coronaba al Emperador, lo cual quería decir que su poder espiritual era superior al de cualquier soberano temporal. En el futuro, reyes y emperadores tendrían que contar con Roma si querían ver

refrendada su autoridad —e incluso su legitimidad— como gobernantes.

Esto establecía una estrecha conexión entre el Papado y los soberanos de Occidente, tanto más cuanto que el antiguo Imperio Romano había sido reemplazado por una serie de reinos con reyes de origen no latino, que en el futuro se disputarían el honor de llevar la Corona del Imperio. Ahora era un rey franco, pero más adelante serían otros reyes germánicos los emperadores del que terminó llamándose *Sacro Imperio romano-germánico*.

Estos acontecimientos tuvieron dos vertientes, una positiva y otra negativa. La positiva era que el Occidente cristiano recobraba de alguna forma la unidad política; la negativa, que esa confusión entre lo espiritual y lo temporal entrañaba graves riesgos, pues tanto los papas como los emperadores eran hombres, que podían estar llenos de defectos, y la armonía entre ambos poderes (espiritual y temporal) iba a depender en gran parte de ellos. Por otra parte, el Imperio de Oriente (Bizancio) no podía ver con buenos ojos este renacer de un competidor en Occidente. De hecho, hasta el año 812, el emperador de Bizancio no reconoció a Carlomagno como emperador «romano» de Occidente.

La posición de Alcuino, discípulo de san Beda, en la Corte de Carlomagno era similar a la de un ministro de educación y cultura.

El Emperador no era precisamente un hombre culto. Apenas sabía leer y escribir, pero se daba cuenta de lo importante que era la educación, y nombró a Alcuino Jefe de la Real Escuela Palatina, con sede en Aquisgrán. Allí, Alcuino y otros eruditos diseñaron un ambicioso plan educativo basado en el antiguo modelo romano y lo aplicaron a numerosas escuelas y colegios. Las enseñanzas abarcaban las «Siete Artes Liberales»: el *trivium* (gramática, retórica y lógica) y el *quadrivium* (geometría, aritmética, astronomía y música). Los centros docentes quedaron abiertos no solo a los nobles y a los eclesiásticos, sino a todos.

Estos esfuerzos educativos —algo que los benedictinos venían haciendo desde que san Benito fundó Montecasino— se vieron interrumpidos por el viejo enemigo de la humanidad: la guerra. En este caso, una larga guerra contra los sajones, que duró treinta años. Terminó con el triunfo de Carlomagno, pero este, entonces, cometió una lamentable equivocación: obligó a los sajones a bautizarse a la fuerza, con lo que no logró hacer de ellos un pueblo menos agresivo y salvaje. Con toda su astucia y sabiduría política, Carlomagno no supo darse cuenta de que el cristianismo solo podía arraigar y extenderse con la fuerza del Amor; que únicamente la sangre de los santos, no de los enemigos decapitados, fertilizaba la tierra. Sin embargo, logró implantar, como en todos su dominios, un orden, una disciplina y una administración eficaces, impidiendo la corrupción gracias a un cuerpo de «mensajeros reales» que aparecían en cualquier momento y en cualquier punto del Imperio para ver cómo se cumplían sus órdenes. Un Imperio que abarcaba toda Francia, el norte de Italia, la «marca» Hispánica (Cataluña), Holanda, Bélgica, Suiza, gran parte de Alemania, Austria y parte de la actual Yugoslavia.

Carlomagno murió el 28 de enero del 814 y su Imperio pronto se desmembró.

Años negros para la Iglesia y Europa

El período subsiguiente fue uno de los más dramáticos tanto para la Iglesia como para Europa. Solo un hombre de la envergadura de Carlomagno pudo haber mantenido la unidad del Imperio. Solo un hombre de la clase de Gregorio I pudo haber salvado a la Iglesia de tantos peligros como la habían amenazado por todas partes.

Ludovico Pío, hijo de Carlomagno, se pasó el tiempo peleando contra sus propios hijos, que querían arrebatarle el trono. Cuando murió (año 840), el Imperio quedó dividido entre su tres hijos, Lotario, Luis y Carlos. Poco más tarde, el año 846, una flota sarracena (es decir, musulmana) subió por el Tíber y saqueó Roma; el Papa, entonces, mandó fortificar el puerto de Ostia, y, cuando tres años después los sarracenos atacaron de nuevo, la flota cristiana logró rechazarlos, causándoles graves pérdidas. Una victoria, sí, pero que ponía de manifiesto el peligro que amenazaba al corazón mismo de la cristiandad… Porque los ataques musulmanes no habían sido más que escaramuzas, tanteos, pero, si el Islam decidía emprender una ofensiva en toda regla, la cristiandad podía sucumbir, ahora que el Imperio de Carlomagno ya no existía y en Europa reinaba el caos: los magyares, desde Hungría, asesinaban, saqueaban y quemaban pueblos y ciudades en la Europa central; los normandos asolaban las costas; los daneses (furibundos paganos que odiaban todo lo cristiano) invadían y devastaban Inglaterra, y el rey Alfredo el Grande se vio obligado a entregarles la mitad de su reino…

El nuevo orden creado por Carlomagno se había corrompido. Los grandes nobles —duques, condes y barones— reclamaban territorios cada vez más vastos como recompensa a los servicios prestados a su rey y muchos de ellos se consideraban dueños y señores absolutos de sus dominios.

Al Papado le sucedía lo mismo. Nobles ambiciosos trataban —a menudo con éxito— de hacerse con el trono pontificio, unas veces para ellos mismos y otras para colocar en él alguna marioneta que se plegase a sus ambiciones y deseos. Uno de esos pobres papas, Juan XII (Octaviano, conde de Tusculum), era un joven imberbe que acabó siendo asesinado.

Con todo, incluso en esta tenebrosa época hubo más papas buenos que malos, y uno de ellos hasta sobresaliente: *Nicolás I* (858-867). Cuando el rey Lotario de Lorena (Lotaringia, nombre que proviene del de este rey) se quiso divorciar de su esposa Tentberga para casarse con

su amante, el Papa se negó en redondo a acceder a sus deseos, a pesar de que las tropas de Lotario ocuparon Roma. Y la misma energía mostró con el Emperador de Bizancio, Bardas, cuando «depuso» al Patriarca de Constantinopla, Ignacio, y colocó en su lugar a *Focio*, un laico amigo suyo dispuesto a doblegarse a sus tiránicos deseos… Pero Focio era un hombre inteligente y astuto que sabía que su situación era muy delicada, por lo que trató de ganarse el reconocimiento y la adhesión del Papa. Nicolás I envió dos legados a Constantinopla que se dejaron sobornar por Focio y refrendaron la deposición de Ignacio, pero el Papa no se dejó engañar y, en un Sínodo que se celebró en Roma el año 863, Nicolás I depuso a Focio, restituyó en la sede de Constantinopla a Ignacio y mandó castigar a los legados, aunque ni Focio ni el Emperador se dieron por enterados.

Al año siguiente (864), el zar Boris (Bogoris) de Bulgaria se convertía al cristianismo y pedía al Papa que enviara misioneros. Focio protestó porque, según él, el territorio de Bulgaria estaba bajo la jurisdicción eclesiástica del Patriarca de Constantinopla. Y como le favorecían razones patrióticas que encontraban eco en la población cristiana de Bizancio, aprovechó la ocasión para acusar a la Iglesia de Occidente de haber introducido en el Credo una «falsa proposición»: que el Espíritu Santo procedía del Padre y del Hijo («qui ex Patre *Filioque* procedit»). Es decir, Focio, que solo unos cuantos años antes era un simple laico, se atrevía a acusar de herejes al Papa y a toda la Iglesia de Occidente… Pero, no contento con eso, osó negar también la primacía del Obispo de Roma, alegando que, puesto que los emperadores residían en Constantinopla, la sede primada era la suya. Y, por si fuera poco, en un sínodo celebrado en Constantinopla el año 867, «depuso» al mismísimo Papa.

Nicolás I reaccionó pronta y vigorosamente, pero murió muy pronto (13 de noviembre de 867) y no llegó a enterarse de que Focio había sido desterrado por el nuevo Emperador, Basilio I. El octavo Sínodo de Constantinopla (869-870) restableció la unidad de la Iglesia. Repuso a Ignacio en su sede. Pero cuando murió (877) le sucedió Focio, y, aunque volvió a ser desterrado (886), perduró su huella. Los búlgaros pasaron a depender del Patriarcado de Constantinopla y los sacerdotes latinos fueron expulsados de aquellas tierras. Y lo que es peor: el Papa Esteban V prohibió el uso de la liturgia eslava, introducida en Oriente por san Metodio y autorizada por el Papa Juan VIII varios años antes. Bulgaria, como otros países eslavos, la conservaron y de allí pasaría a Rusia.

El *Cisma de Focio* fue una de las mayores desgracias en la historia de la Iglesia. Muestra hasta qué punto la vanidad y las ambiciones personales pueden provocar una tragedia. Sin embargo, como en todos los enfrentamientos humanos, la culpa no fue exclusiva de una sola de las partes, y todo empeoró aún más, cuando se habría podido restablecer la unidad (1053-1054), si unos legados papales ignorantes y mal informados no hubiesen excomulgado a otro Patriarca de Constantinopla, *Miguel Cerulario,* acusado de algo que resultó ser falso y en un momento en que la sede de San Pedro estaba vacante.

Lo irreparable se produjo cuando el año 1204 los cruzados saquearon Constantinopla, se apoderaron de ella y pusieron en el

trono de los emperadores de Bizancio al Conde Balduino de Flandes. Un triunfo precario, desastroso, que abriría una sima profundísima, casi infranqueable, entre la Iglesia griega y la latina, entre el cristianismo de Oriente y el de Occidente.

Ambos sectores de la cristiandad serían testigos del amargo fruto de sus discordias cuando varios siglos más tarde los turcos conquistaran Constantinopla, convirtieran en mezquita la espléndida basílica de Santa Sofía (construida por el Emperador Justiniano) y redujeran tanto a los cristianos griegos como a los latinos a la condición de «infieles», unas veces perseguidos y otras, simplemente tolerados.

Capítulo IX

EL RESURGIR DE LA IGLESIA: LA REFORMA CLUNIACENSE

En las grandes epopeyas, el héroe debe experimentar toda clase de terribles pruebas, de las cuales al final, cuando su situación parecía ya desesperada, sale victorioso.

En la mayor de todas las epopeyas —la de Cristo Cabeza y la de su Cuerpo Místico, la Iglesia— sucede lo mismo. Cristo en persona sufrió toda clase de humillaciones y sufrimientos, y lo que parecía ser la derrota final —su muerte ignominiosa— fue el comienzo de la victoria, pues, tras su resurrección y su ascensión al Cielo, san Pedro y los demás Apóstoles se lanzaron a conquistar el mundo entero.

En la historia de la Iglesia se ha repetido muchas veces un fenómeno parecido: cuando el enemigo está a punto de triunfar —o cree que ha triunfado ya—, el maltrecho Cuerpo Místico de Cristo recobra vida nueva y la barca de Pedro, superada la tempestad, prosigue su periplo.

Cuando las cosas van mal, lo primero que hay que hacer es buscar la causa más profunda de los males. En muchos casos no es solo la acción del enemigo; está dentro de nosotros mismos, en nuestras acciones y en nuestras omisiones. Eso suele ocurrir en las personas, y también en la Iglesia, en lo que se refiere a su elemento humano.

El cisma de la Iglesia Oriental seguramente no se habría producido si no hubiese sido tan profunda la corrupción y si el Papado no se hubiese convertido en foco de atracción de las ambiciones de poder.

Se necesitaba una reforma, y esa *reforma tenía que surgir de dentro*. Precisamente, la gran equivocación de otros reformadores que vendrían más tarde fue que, en lugar de colaborar en la reforma de la Iglesia desde dentro, se apartaron de ella y trataron de fundar nuevas religiones, «iglesias» o sectas.

La reforma, en el caso que nos ocupa, se produjo dentro de la Iglesia, pero no procedió del Papado ni de una persona en concreto, sino de un monasterio.

El año 910, el Conde Guillermo de Auvernia fundó una abadía cerca de Cluny, en Borgoña. Este noble caballero había sido testigo de los devastadores efectos de la intromisión de los señores feudales en los asuntos de la Iglesia. Y lo peor era que numerosos obispos, por entonces, eran auténticos señores feudales, nombrados por los reyes o los príncipes, ordenados y consagrados precipitadamente y carentes por completo de vocación y de la necesaria formación teológica. El Conde Guillermo, viendo esto, decidió que la abadía por él fundada no dependería de ningún señor temporal, ni siquiera de un obispo. A la única persona a la que el Abad tendría que rendir cuentas sería el Papa en persona.

La Abadía de Cluny —regida por la Regla de San Benito— no tardó en convertirse en un islote de auténtica religiosidad. Su estricta adhesión a la primitiva Regla atrajo numerosas vocaciones y Cluny empezó a ejercer un poderoso efecto benéfico en la Iglesia y en el mundo. Los monjes de Cluny fundaron otros monasterios y, en un plazo muy corto, la Abadía se convirtió en un foco luminoso de santidad y sabiduría.

Eso hizo que el Abad de Cluny llegara a ser muy pronto un personaje de gran prestigio, el de mayor influencia en la vida eclesiástica después del Papa, según algunos historiadores.

Felizmente, Cluny tuvo excelentes abades al principio, hombres santos que, además, vivieron mucho. Un historiador —el P. Philip Hughes— puntualiza que, en dos siglos y medio, Cluny tuvo solo seis abades, mientras que en el mismo período de tiempo pasaron cuarenta y seis Papas por la sede de San Pedro.

La influencia benéfica de Cluny se extendió por toda la Europa Occidental, dirigida e impulsada por una legión de monjes, muchos de ellos santos. Y su ejemplo tuvo espléndidos imitadores. En Flandes, *san Gerardo de Brogue* fundó un monasterio de similares características y el Abad de Hirschau, en Alemania, hizo lo mismo. En Italia, *san Romualdo* fundó una nueva Orden, los camaldulenses, y otro santo, *Juan Gualberto,* el Monasterio de Valumbrosa.

Otón I, Emperador

Soplaban nuevos vientos. Tanto los obispos como los señores temporales veían con buenos ojos estos movimientos de reforma. Además, pronto un gran rey, *Otón I* (936-973), ocupó el trono de Alemania. Ciertamente, no tenía derecho a deponer a *Juan XII*, «el Papa adolescente» (que le había coronado como Emperador poco antes), pero al hacerlo libró a la Iglesia de una calamidad. En cualquier caso, depender del Emperador era mejor para el Papado que depender de un puñado de familias romanas ambiciosas y crueles, para las que el trono papal suponía un medio de acrecentar sus riquezas y su poder.

Otón I tomó una serie de medidas drásticas que, sin duda, eran necesarias. Impuso el orden en sus dominios y detuvo los avances de los húngaros y de los ávaros (otra tribu mongola que devastaba la Europa central).

Tan pronto como se supo en Roma que Otón había muerto, un poderoso noble, Crescencio, encarceló al *Papa Benedicto VI* (972-974) y lo mandó estrangular, colocando en la sede de San Pedro a un simple diácono que tomó el nombre de Bonifacio VII. Pero cuando el nuevo Emperador, Otón II, se presentó en Roma, el Papa marioneta huyó a Constantinopla. El Emperador, entonces, ofreció el trono pontificio al Abad de Cluny, que no lo aceptó.

A la muerte de Otón, «Bonifacio VII» volvió a Roma, mandó encarcelar al Papa legítimo, Juan XIV, y lo dejó morir de hambre en la prisión. No había pasado un año cuando el nuevo Emperador, Otón III (998), hizo lo mismo con Bonifacio y con Crescencio, al que mandó decapitar.

Los temores del Año Mil y la conversión de Hungría

Mucha gente creía, basándose en una falsa interpretación de un pasaje del *Apocalipsis* de san Juan, que el mundo se acabaría cuando llegara el año 1000, y así lo proclamaban los llamados «milenaristas». El temor se extendió por Europa, y en muchos sitios podían verse largas procesiones de penitentes y flagelantes. Otros vendían cuanto tenían y se lo daban a los pobres, mientras que los más cínicos o incrédulos se entregaban a grandes orgías… Una triste historia que se repite constantemente, incluso en nuestros días, cuando algún «iluminado» profetiza la inminencia del fin del mundo y del Día del Juicio, basándose en dudodas «revelaciones».

Pero el mundo no se terminó el año 1000, y la Iglesia siguió haciendo progresos en Polonia, en Rusia, y sobre todo en Hungría, donde el año 1001 el Duque Wajk se bautizó, tomó el nombre de *Esteban* y recibió del Papa *Silvestre II* el título de rey y una corona real de especiales características. Hungría entera se convirtió y la mayoría del pueblo húngaro ha permanecido fiel, desde entonces, al Papa y a la Fe de Cristo. Actualmente, la corona de San Esteban se encuentra en los Estados Unidos, a salvo de los tiranos comunistas.

Enrique II, un Emperador santo

En Alemania, el Duque Enrique de Baviera se convirtió también en rey, *Enrique II*, y llegó a ser santo. Fue además un gobernante bueno y sabio. El Papa *Benedicto VIII* le coronó Emperador el año 1014 y seis años más tarde le visitó en Alemania.

Benedicto VIII fue un Papa enérgico, decidido, que luchó personalmente contra los sarracenos, quienes habían desembarcado en el sur de Italia. Los genoveses y los pisanos, aliados del Papa, arrebataron Cerdeña a los sarracenos.

El *Sínodo de Pavía* (1022), en presencia del Papa y del Emperador, condenó enérgicamente a los sacerdotes casados. El celibato sacerdotal, recomendado por San Pablo, era ya obligatorio en tiempos de León I (440-461), pero, con la corrupción de las costumbres, muchos sacerdotes se habían casado o vivían en concubinato.

El año 1024 murieron el Papa y el Emperador, y la situación se deterioró enseguida. La poderosa familia de los Teofilactos, en Roma, logró colocar en el trono pontificio a un hermano de Benedicto, *Romanus*, que tomó el hombre de *Juan XIX* (1024-1033). Era un simple laico y en un mismo día fue ordenado, consagrado y hecho Papa. Su reinado fue indigno, lo mismo que el de un sobrino suyo, *Benedicto IX* (1033-1044), un niño, al que los Teofilactos lograron colocar en el trono. Terminó abdicando a favor de Gregorio VI (1045-1046), a cambio de una fuerte suma de dinero. El hecho de que este Papa tuviese buenas intenciones y quisiese librar a la Iglesia de su indigno predecesor no le excusa de haber cometido un grave pecado de simonía. Con la ayuda del Emperador Enrique III, tanto él como el antipapa «Silvestre III» fueron depuestos y la Iglesia pudo contar al fin con un Papa santo: *Clemente II* (1046-1047).

El breve pontificado de un santo marcó el comienzo de tiempos mejores, Se inició una nueva era en la que el Papado salió de un vergonzoso estado de degradación y de sometimiento al capricho o la ambición de poderosas familias.

El Obispo Bruno de Toul, conde de Dagsburgo y de Egisheim, fue nombrado Papa con el hombre de *León IX* (1048-1054). Había estado en estrecho contacto con los monjes de Cluny y aceptó la triple tiara a condición de que el clero y el pueblo de Roma dieran su consentimiento. Viajó a la Urbe como un simple peregrino y, en la Pascua de Resurrección del año 1049, fue elegido por aclamación, como en los tiempos antiguos. León IX había traído consigo como consejeros una serie de hombres íntegros y honestos, entre los que estaba un monje llamado Hildebrando, a quien puso al frente de la Abadía de San Pablo.

Lo que necesitaba la Iglesia era una reforma a fondo, y León IX la impulsó con energía. El movimiento cluniacense siguió creciendo y floreciendo durante su reinado. Modificó el carácter del *Colegio Cardenalicio* aumentando el número de sus miembros y nombrando cardenales a algunos de sus consejeros. De ser ayudantes del Papa en el servicio divino, los cardenales pasaron a ser colaboradores suyos en el gobierno de la Iglesia universal y electores de los Papas en el futuro.

León IX cayó en manos de los normandos, que habían invadido el sur de Italia, luchando contra ellos. Los invasores le trataron respetuosamente y le pusieron en libertad al cabo de seis meses. Regresó a Roma gravemente enfermo y murió allí poco más tarde (19 de abril de 1054). Pronto fue venerado como santo.

A su muerte, la sede de San Pedro estuvo vacante durante algún tiempo. Fue entonces cuando se consumó definitivamente el cisma de la Iglesia de Oriente, que todavía perdura. Quiera Dios que algún día termine y que eso suceda cuanto antes.

Entre 1054 y 1073, se sucedieron cuatro breves pontificados. *Víctor II* fue el último Papa nombrado por el Emperador, en este caso, Enrique III. Su sucesor, Enrique IV, era un niño de seis años, y el clero romano aprovechó la oportunidad para elegir libremente al nuevo Papa. Escogió al monje Federico de Lieja, abad de Montecasino, que tomó el nombre de *Esteban X*. A su muerte, un año más tarde, los nobles de las grandes familias romanas intentaron inmiscuirse de nuevo, pero el clero no se dejó avasallar y eligió al Cardenal Humberto, un monje borgoñón, que tomó el nombre de *Nicolás II* (1058-1061). Al año siguiente (1059), con la ayuda del monje Hildebrando, elaboró una ley por la cual, en el futuro, el Papa sería elegido solo por los cardenales; no sería necesario que la elección tuviese lugar en Roma, y el nuevo Papa podría empezar a actuar como tal sin necesidad de ser confirmado y reconocido por el Emperador.

Cuando Nicolás II falleció, de manera rápida e inesperada, los nobles romanos, irritados con la nueva ley, hicieron causa común con la corte imperial germana para escoger un Papa a su gusto, pero los cardenales, con el apoyo de Hildebrando, se les adelantaron y eligieron a *Alejandro II* (1061-1073), otro Papa reformador que, sin embargo, se vio obstaculizado por la hostilidad de la corte germana, que incluso trató de nombrar un antipapa. A su muerte, y durante el entierro, el clero y el pueblo de Roma empezó a gritar: «¡Hildebrando Papa, Hildebrando Papa!». El pequeño monje, menudo y enjuto (ahora Cardenal) trató de rehusar, pero no le dejaron. Fue elegido por aclamación y tomó el nombre de *Gregorio VII* (1073-1085), tal vez en recuerdo de Gregorio I el Grande (también elegido por aclamación), a quien Hildebrando reverenciaba.

La lucha de las investiduras

Una de las primeras cosas que hizo el nuevo Papa fue llamar a Roma al Prior de Cluny, Odón, y nombrarle Cardenal-Obispo de Ostia. Gregorio VII estimaba profundamente el movimiento de reforma cluniacense, pero estaba convencido, con razón, de que solo el Papa podía reformar y poner orden en la Iglesia Universal. Un orden que exigía normas jurídicas claras, por lo que se aplicó a la tarea de crear un cuerpo de *Derecho Canónico*.

Uno de los mayores problemas de la Iglesia era el de la *simonía* y la *investidura* de los laicos, es decir, el nombramiento de laicos, hecho por los señores temporales, para cargos eclesiásticos, a cambio de fuertes sumas de dinero. Gregorio VII quiso acabar con esos abusos, y entonces chocó con *Enrique IV* de Alemania, que era el primero en utilizar tan viles procedimientos.

El conflicto entre el Papa y el Emperador duró todo el Pontificado de Gregorio VII y le impidió poner en práctica su proyecto más anhelado: reunir un gran ejército, ponerse él mismo al frente y dirigirse hacia Oriente para detener el avance de los sarracenos.

No era un sueño ni una quimera. Era un grandioso plan estratégico. Si ese ejército era capaz de aliviar la presión del Islam sobre el Imperio de Bizancio, tal vez las Iglesias de Oriente y de Occidente se reconciliasen. Y sobre todo: había que liberar Tierra Santa… «Prefiero recuperar los Santos Lugares —diría— que gobernar el mundo entero».

El castigo del pecado de simonía y de investidura de los laicos era muy severo: la excomunión. Gregorio VII se lo avisó a Enrique IV, e incluso se mostró dispuesto a enviar legados para llegar a un acuerdo, pero el Emperador se sentía muy fuerte. Había vencido a los rebeldes sajones y pensaba que podía hacer lo que le viniera en gana. Convocó un sínodo del Reich (la Dieta) en Worms (1076) y logró que veinte obispos —investidos por él mismo— firmaran una carta dirigida a Gregorio en la que le decían que nunca había sido Papa y nunca lo sería, le acusaban de toda clase de crímenes y se negaban a rendirle la debida obediencia. A esta simpática declaración, Enrique adjuntó una misiva personal, llamando al Papa «falso monje» y ordenándole bajarse del trono de San Pedro. Y, en otra carta a los romanos, les pedía que eligieran otro Papa.

Gregorio VII reaccionó sin tardanza. Solemnemente, en forma de invocación, excomulgó a Enrique IV y dispensó a todos sus súbditos

del voto de lealtad. Algo que le privaba de todos sus derechos y prerrogativas.

La noticia de la excomunión del Emperador cayó como un rayo en Alemania. Enrique trató de jactarse de hacer caso omiso de la excomunión, pero vio, consternado, cómo sus obispos, uno tras otro, y hasta los nobles, le dejaban solo. Cuando se enteró de que habían decidido, en secreto, invitar al Papa a desplazarse a Augsburgo para celebrar un nuevo Sínodo, en el que escogerían un nuevo monarca (a menos que pidiera perdón al Papa), hizo algo espectacular: se trasladó a Italia con su esposa y un reducido séquito.

Gregorio VII, camino ya de Augsburgo, presintió el peligro y se refugió en el castillo-fortaleza de Canossa, perteneciente a la Condesa Matilde, de Toscana.

Durante tres días y tres noches, Enrique permaneció en una aldehuela al pie del castillo, desplazándose hasta el mismo descalzo y vestido de saco, en señal de penitencia.

Tras difíciles negociaciones, el Papa se avino a los ruegos de la Condesa y del Abad Hugo de Cluny —padrino de Enrique— y levantó la excomunión. El Emperador se comprometió bajo juramento a dejar que el Papa resolviera la disputa con los príncipes y a dejarle ir a Alemania.

Era una jugada maestra por parte de Enrique, y Gregorio lo sabía. Las lágrimas de cocodrilo de aquel no engañaron al Papa. Pero su deber era absolver al penitente que se mostraba arrepentido y así lo hizo.

Los príncipes alemanes no se presentaron. Habían decidido quitarse de encima a Enrique, y eligieron Emperador a Rodolfo de Suabia.

Durante el conflicto que siguió, el Papa se mantuvo estrictamente neutral. Pero Enrique empezó a sobornar de nuevo a los nobles ofreciéndoles obispados y abadías, y, como guinda, *exigió* que Gregorio excomulgara a su adversario, pues, en caso contrario, nombraría un antipapa.

La amenaza obligó a Gregorio VII a actuar. En marzo de 1080, volvió a excomulgar a Enrique y reconoció a Rodolfo como gobernante legítimo. Inmediatamente, Enrique nombró un antipapa, Clemente III. Rodolfo venció en combate a su adversario, pero resultó herido y poco después murió. Enrique tenía el camino expedito. Invadió Italia al frente de un ejército y se apoderó de Roma, donde el antipapa le coronó Emperador, mientras Gregorio se refugiaba en el castillo de Sant'Angelo. El normando Roberto Guiscard, que dominaba

el sur de Italia, vino en su ayuda, pero sus soldados saquearon Roma y, al retirarse, se llevaron a Gregorio con ellos a Salerno, donde murió un año más tarde, con el corazón roto, pero convencido de que había obrado rectamente. Antes de morir, dijo: «Amé la justicia y aborrecí la iniquidad: por eso muero en el destierro».

Años más tarde sería canonizado y reconocido como el «más resuelto defensor de la libertad de la Iglesia». Y el Cardenal Pedro Damián, también un santo, le llamaría «santo satanás», refiriéndose a su implacable energía.

Su celo, su valor y su integridad eran incomparables. Su pontificado marcó el fin de la mediatización de los Papas por los emperadores. En adelante, quien osara hacerlo recibiría una respuesta adecuada. De hecho, los príncipes temporales y los obispos encontrarían en el Papado una protección contra la tiranía. La derrota de Gregorio VII iba a convertirse en victoria.

Capítulo X

LOS COMIENZOS DE UNA ERA DE ESPLENDOR

Se inicia ahora el alba de una era tan grandiosa y alentadora, que todas las crueldades y mezquindades, ambiciones y venalidades, desórdenes y catástrofes de los siglos pasados parecen desvanecerse en la noche del olvido.

Lo que la Iglesia hizo por la humanidad a lo largo de más de dos siglos es casi imposible describirlo en un libro de estas dimensiones. Trataremos de explicarlo brevemente sin olvidar que fueron sobre todo los grandes santos que surgieron entonces los que cambiaron el curso de la historia.

«La paz de Dios»

A la muerte de Gregorio VII, la sede de San Pedro permaneció vacante durante casi tres años, al cabo de los cuales fue elegido Papa el Prior Odón de Cluny, que tomó el nombre de *Urbano II* (1088-1099). El antipapa Clemente III le obligó a abandonar Roma, y Enrique IV invadió Toscana y conquistó la ciudad de Mantua, pagando así a la Condesa Matilde lo que esta había hecho en su favor.

Fue, sin embargo, el último éxito del Emperador. Su propio hijo Conrado se alzó contra él, y su segunda esposa, Práxedes, a quien había hecho encarcelar por supuesto adulterio, se escapó y lanzó contra Enrique terribles acusaciones. Cuando Conrado murió, otro hijo suyo se alzó contra él y le obligó a abdicar. A la muerte de Enrique IV (1095), Alemania estaba al borde de la guerra civil.

Mientras tanto, Urbano II había empezado a poner en práctica el grandioso plan que su predecesor había concebido. Con un antipapa en Roma y Enrique IV todavía en acción, Urbano hizo una solemne llamada a toda la Cristiandad para liberar Tierra Santa del dominio musulmán. Al mismo tiempo, en un Concilio celebrado en Clermont (Francia), proclamó *la paz de Dios*, por la cual quedaba excomulgado *ipso facto* todo aquel que no respetara los lugares santos o, en caso de guerra, no respetase a la población civil. Esta medida marcó el comienzo de todas las leyes humanitarias que vendrían después, desde el perdón de la vida de los prisioneros de guerra hasta la institución de la Cruz Roja Internacional en 1863. La idea había surgido en Cluny y fue hecha realidad por un Papa que había sido educado allí.

El Concilio de Clermont dictó también importantes decretos dirigidos a la reforma de la Iglesia. Pero lo más importante fue el espíritu de Cruzada que se inició allí. La guerra, ahora, en vez de enfrentar a los príncipes cristianos, iría dirigida contra el enemigo común, el Islam, que tantos países cristianos había conquistado y que estaba dispuesto, por los mismos imperativos de su fe, a acabar con la Cristiandad… Los peregrinos y viajeros que venían de Oriente contaban horrores de la crueldad de los turcos seljúcidas, que se habían apoderado de Palestina.

Hasta entonces, la Cristiandad no había hecho más que retroceder ante el avance musulmán, salvo en España, donde los reyes de los nuevos reinos cristianos que desde las montañas del Norte habían iniciado la Reconquista (Castilla, León, Navarra, Aragón), habían derrotado más de una vez a los musulmanes, llegando a apoderarse de

Toledo, la capital del antiguo reino visigodo. Y el *Cid Campeador*, el gran héroe nacional de España, había conquistado Valencia, aunque después de su muerte se perdió otra vez. Lisboa, la que llegaría a ser capital de otro reino peninsular, Portugal, sería conquistada también poco después. Y una aldea próxima, de la diócesis de Leiria, conservaría el nombre de la única hija de Mahoma, *Fátima*, aunque nadie ahora piense en ella cuando se menciona, sino en la Madre de Jesucristo, que se apareció allí a unos pastorcitos a comienzos de nuestro siglo.

«¡Dios lo quiere!»

Había llegado el momento de pasar al contraataque. El Papa Urbano II, en Clermont, había predicado la *Cruzada* y más de cien mil peregrinos habían escuchado sus encendidas palabras (1096).

Hoy en día, es corriente oír hablar de las Cruzadas —incluso a historiadores pretendidamente «serios»— como de una empresa absurda, disparatada, llevada a cabo por unos hombres bárbaros, crueles y fanáticos a instigación de unos Papas y unos monjes más fanáticos todavía… Bonita manera de despachar una acción llena de nobleza y absolutamente necesaria.

Verdad es que se cometieron atrocidades, errores y locuras (a veces inevitables) y que algunos de los «cruzados» eran indignos de la causa por la que luchaban; pero eso sucede en todas las guerras e incluso en todas las acciones humanas, incluso las más justificadas. Lo que no se puede negar es que nunca en la historia se ha producido un entusiasmo como aquel, una disposición tan generalizada a luchar por un ideal, aun a costa de los mayores sufrimientos, a dar la vida a cambio de su logro: la reconquista de una Tierra Santa, de aquellos lugares en los que el Hijo, de Dios había nacido, predicado, muerto y resucitado para salvar al mundo. Por mucho que los historiadores agnósticos o ateos y aquellos que se dejan influir por ellos digan que las Cruzadas fueron un disparate y se burlen y desprestigien a quienes las promovieron y participaron en ellas, es innegable que fueron, en su conjunto, una empresa noble, necesaria y buena, que solo se puede enjuiciar justamente con perspectiva histórica.

En Clermont, Urbano II concedió una indulgencia plenaria a cuantos participaran en aquella cruzada contra el Islam, y la multitud, enardecida, rompió a gritar *Dieu le veult!* (¡Dios lo quiere!), grito que pronto se convertiría en lema de los cruzados y hoy lo sigue siendo de los Caballeros del Santo Sepulcro. Miles y miles de cristianos de toda clase y condición «tomaron la cruz» y, como los legionarios de Constantino antes de la batalla de Puente Milvio, «se cruzaron», es decir, pintaron cruces en sus escudos y las cosieron a sus ropas sobre el hombro izquierdo.

El Papa pasó varios meses viajando por Francia y predicando la Cruzada. Por todas partes, miles y miles de hombres se alistaban, por lo que la mayor parte de los componentes de esta primera Cruzada fueron franceses, y los musulmanes empezaron a llamar «francos» a los europeos en general.

El Duque Godofredo de Bouillon y el hijo del normando Roberto Guiscard; el Conde Bohemundo de Tarento, así como su sobrino Tancredo, y el Conde Raimundo de Tolosa (avanzado en edad, pero joven de espíritu) se convirtieron en jefes del ejército cristiano y se dirigieron a Constantinopla. Bohemundo quería apoderarse de la ciudad, pero Godofredo de Bouillon se opuso; habían ido a luchar contra los musulmanes, no contra los cristianos, aunque no obedecieran al Papa. Así pues, atravesaron el Bósforo y se internaron en Asia Menor. Eran en total unos treinta mil hombres y llegaban en un buen momento, pues en el Islam reinaba la discordia: los califas *fatimitas* de Egipto (llamados así porque descendían de Fátima, la hija del Profeta) se oponían a los turcos seljúcidas, que ocupaban Palestina. Los cruzados, aprovechándose de esta situación, derrotaron a un ejército turco mandado por Quilij Arslam, conquistaron Edessa y Antioquía (1098) y, finalmente, con grandes pérdidas, llegaron a las puertas de Jerusalén. Tras un asedio de cuarenta días, Godofredo y Tancredo iniciaron el asalto. Jerusalén fue conquistada (15 de junio de 1099).

La noticia electrizó a la Cristiandad, causando un movimiento de fervor generalizado. Los corazones y las mentes se orientaron hacia empresas más nobles que las riquezas o el poder. Se produjo un despertar de acciones nobles, de disposición al sacrificio, de genuina buena voluntad.

Las pérdidas de los cruzados habían sido muy graves. El ejército cristiano había quedado reducido a menos de doce mil hombres.

Entre los muertos, estaba un caballero de Dijon. Cuando regresaron los cruzados, un chaval de diez años, serio y reflexivo, supo de la muerte de su padre luchando por la Fe. Se llamaba *Bernardo* y estaba destinado a modelar el siglo que acababa de empezar.

El Papa Urbano II murió con la victoria. Poco después, moría también el antipapa Clemente III. El Emperador Enrique V se reconcilió con la Iglesia. El *Concordato de Worms* (1122) garantizaba a la Iglesia el derecho a nombrar obispos sin la interferencia de reyes o

emperadores.

En 1139 aparecieron dos grandes obras: las Decretales de Graciano, base del Derecho Canónico, y las Sentencias de Pedro Lombardo, un profesor parisino, las cuales se convertirían en libro de texto de las enseñanzas teológicas.

¡Libros! Con el fin de la larga disputa entre el Papa y el Emperador y con el paso del turbión de la primera Cruzada, el aire parecía más puro, más estimulante, y las mentes de los cristianos más claras, dispuestas a iniciar una nueva etapa.

El ideal caballeresco

La influencia de la Iglesia sobre la nobleza había conducido a algo más que a «la paz de Dios»; había creado el ideal del Caballero cristiano, sujeto a un estricto código de caballería. En los ejércitos medievales solo los nobles y su séquito disponían de caballos, por lo que el nombre de *chevalier* (caballero) era el que distinguía a los nobles.

El hijo de un noble tenía que cumplir una serie de ritos antes de ser admitido en la caballería (armado caballero). Debía pasar la noche anterior en vela en una iglesia o capilla, de rodillas ante el altar, rezando, con el yelmo, el escudo, la espada y la armadura expuesta a su lado. Por la mañana tenía que asistir a Misa y recibir la Santa Comunión. Ante su señor feudal —el conde, el duque e incluso el mismo rey—, pronunciaba sus votos o promesas solemnes: luchar siempre por la causa de la justicia y en defensa de la Fe, combatir al opresor y proteger al oprimido, especialmente a las viudas y a los huérfanos. En la corte de su señor, había aprendido ya muchas cosas: había servido como acólito al sacerdote, lo que le había proporcionado dignidad y buenos modales; se había entrenado físicamente y había adquirido destreza en el uso de las armas… Pero el valor y las buenas maneras no eran suficientes; en las cortes de los nobles se aprendía también la *cortesía.* Mentir, engañar y, sobre todo, faltar a la palabra dada suponía quedar deshonrado.

No vendría mal que algunos modernos sistemas de educación tomaran ejemplo del ideal caballeresco, que creó una élite de auténticos caballeros. Ni qué decir tiene que no todos ellos se comportaban como tales; pero eso no debería extrañar a nadie, pues ha ocurrido siempre, no solo en el medioevo.

En cualquier caso, la primera Cruzada originó un nuevo tipo de caballero. Ya en el año 1048, Maese Gérard, de Provenza, había fundado en Jerusalén el hospital de San Juan (el Bautista), donde se cuidaba a los peregrinos que caían enfermos. *Los Caballeros Hospitalarios* observaban una Regla similar a la de San Benito y vestían negras túnicas con una cruz blanca en el pecho. El año 1065, los turcos se habían apoderado de Jerusalén y, cuando Godofredo de Bouillon había conquistado la ciudad, los Hospitalarios le ayudaron mucho. Godofredo les recompensó con donaciones de tierras y, a partir de entonces, los príncipes y los nobles empezaron a prestar servicios voluntarios en sus hospitales, y algunos de ellos se convirtieron en miembros de la comunidad. El Maestro Gérard construyó hospitales en todos los puertos en que embarcaban y desembarcaban los peregrinos. Su sucesor, Raimundo de Puy, dividió la Orden en tres grupos (caballeros, sacerdotes y hermanos servidores) e introdujo la famosa cruz de ocho puntas.

Reconocida por el Papa el año 1113, la *Orden de San Juan* —que así se llamaba oficialmente— tuvo una historia agitada y heroica. Con el paso del tiempo su sede central se trasladó a Rodas y luego a Malta, islas que los Caballeros Hospitalarios defendieron contra los ataques de los turcos con gran tesón. La primitiva Orden subsiste todavía como Caballeros de la Orden de Malta, con su sede en Roma y cinco grandes prioratos y diecinueve ramas, once en Europa y ocho en América; sus obras asistenciales y de caridad son muy numerosas; como los príncipes y nobles de la Edad Media, sus miembros prestan humildes servicios en hospitales, organizan peregrinaciones de enfermos y tullidos a Lourdes y a otros santuarios, y construyen asilos y sanatorios en muchos países. Y es que en nuestros tiempos, tan materializados, sigue habiendo todavía Caballeros Cristianos.

Otra Orden fundada un poco más tarde fue la de los *Caballeros Templarios*, mitad monjes y mitad soldados. Los ejércitos musulmanes temían su valor indomable en el campo de batalla. Sin embargo, tras la última Cruzada, el rey Felipe V de Francia suprimió la Orden, acusándola de delitos jamás probados, y se quedó con todas sus riquezas y posesiones (1305).

La Orden del Santo Sepulcro nació en Tierra Santa el año 1099. Cuando Godofredo de Bouillon fue nombrado rey latino de Jerusalén, restauró la antigua sede episcopal de Santiago Apóstol, cuyos titulares ostentaban el título de Patriarcas de Jerusalén. Al mismo tiempo, algunos de sus caballeros se erigieron en guardianes del Santo Sepulcro y fundaron una Orden Militar que el Papa reconoció en el año 1125. El reino latino de Jerusalén desapareció con la conquista de la ciudad por el Sultán Saladino el año 1187, pero los franciscanos se quedaron y sustituyeron a los caballeros en su misión; sus superiores continuaron armando Caballeros del Santo Sepulcro a cristianos distinguidos que les ayudaban a mantener el culto en los Santos Lugares. En el año 1847, el Papa Pío IX reorganizó la Orden, que sigue viva todavía. Los Caballeros del Santo Sepulcro, con sus capas blancas y la quíntuple cruz roja de Godofredo de Bouillon en el hombro izquierdo (símbolo de las cinco llagas de Cristo), son de gran ayuda al Patriarca de Jerusalén; construyen iglesias, conventos y seminarios y actúan como guardias de honor de los altos dignatarios de la Iglesia.

Otra Orden Militar, la de los *Caballeros Teutónicos*, nació también en Jerusalén años más tarde, en 1190. Se extendió sobre todo por Alemania y todavía subsiste.

En España, al hilo de la Reconquista, nacieron también algunas Órdenes Militares: las principales fueron las de *Calatrava, Alcántara* y *Montesa*.

La renovación de la vida monacal

El afán de renovación de la vida monacal condujo a Roberto de Molesmes, en 1098, a fundar un nuevo monasterio en Citeaux (Francia), cuyo primer abad fue un inglés, san Esteban Harding. Allí nació la *Orden Cisterciense*, una nueva rama del tronco benedictino. Su Regla era la de San Benito, pero observada hasta sus últimas consecuencias. Los monjes cistercienses querían llevar una vida de penitencia no solo por sus propios pecados, sino también por los de todo el pueblo. Vivían del trabajo de sus manos, con gran austeridad, y transformaron tierras incultas y despobladas en auténticos vergeles.

La nueva Orden monacal tuvo un éxito inmenso. En 1122, veinticuatro años después de su fundación, había ya diecinueve monasterios cistercienses y hacia el año 1200, más de quinientos, repartidos por toda Europa.

La Orden del Cister (en sus dos ramas, masculina y femenina) continúa floreciente en nuestros días para asombro de quienes no comprenden la razón de ser de una Orden contemplativa. A quienes preguntan estúpidamente: «¿Qué hacen esos monjes (o monjas) encerrados en sus monasterios?», se les podría contestar: «Hacen lo que tú deberías hacer y no haces: rezar un poco más y no perder el tiempo…».

En el año 1120, *san Norberto* (1080-1134) fundó otra nueva Orden, los *Premonstratenses*, que también tuvo un rápido desarrollo. A diferencia de los cistercienses, los premonstratenses se dedicaban sobre todo al estudio, la predicación y la dirección espiritual. Fundaron los primeros *seminarios*, construyeron hospitales, orfanatos y asilos de ancianos, leproserías, etc., y fomentaron la creación de hermandades de seglares que colaboraban en sus tareas.

Era como el despertar tras un largo letargo. San Pablo ya había aconsejado probarlo todo y quedarse con lo bueno, consejo que la Iglesia había seguido desde el principio.

Los ídolos eran malos, pero las estatuas no tenían por qué serlo; la sensualidad mezclada con la religión, como en los cultos de Astarté, Baal y otras divinidades paganas, era una aberración, pero los templos a ellas dedicados y las obras de arte acumuladas en ellos eran bellos… Los sabios musulmanes se habían consagrado al estudio de las ciencias y al pensamiento filosófico, y los escritos de Aristóteles, de Plotino y de los neoplatónicos eran leídos y estudiados en la España árabe. Verdad es que la filosofía de Aristóteles había sufrido deformaciones en manos del Islam, pero sus obras —sobre todo la *Lógica* y la *Física*— empezaban a ser conocidas por las mentes más agudas de la Cristiandad.

En Inglaterra, *san Anselmo*, monje benedictino nombrado Arzobispo de Canterbury (1093), estudió esas obras y trató de demostrar la existencia de Dios, a base únicamente de la lógica, en su famosa obra *Cur Deus Homo* (Por qué Dios se hizo hombre). Fue el fundador del *escolasticismo*.

Pero el primer gran teólogo científico que aplicó la nueva lógica aristotélica a la doctrina católica fue el brillante Pedro Abelardo, parisino. Su figura se vio desprestigiada por el hecho de que algunas de sus tesis fueron condenadas por la Iglesia y por su desgraciada aventura amorosa con la hermosa Eloísa, que hizo correr ríos de tinta. Pero se había despertado el interés por el raciocinio y las cuestiones más delicadas se debatían públicamente. Los monasterios benedictinos abrían sus bibliotecas, donde se había acumulado todo el saber antiguo a lo largo de los siglos oscuros.

La Iglesia empezó a fundar universidades, es decir, la versión moderna de las antiguas academias de Grecia y Roma. En ellas no solo estudiaban los nobles o los clérigos, sino todos aquellos que deseaban hacerlo. Oxford y Cambridge en Inglaterra, la Sorbona en Francia y en Italia, Alemania y España, las universidades de Bolonia, Colonia y Salamanca fueron fundadas por la Iglesia. En ellas enseñaron sacerdotes y religiosos cuyos nombres han quedado grabados con letras de oro en el libro de la historia, como san Alberto Magno, adalid de las ciencias naturales, Roger Bacon, adelantado de las ciencias experimentales, o santo Tomás de Aquino, mente privilegiada que

construyó una auténtica catedral del pensamiento.

Sí, Europa se despertaba de su largo amodorramiento. Rezaba y trabajaba, y su oración se elevaba hacia lo alto en forma de templos de una belleza nunca vista, de unas características arquitectónicas completamente nuevas. Solo la Grecia del siglo de Pericles había conocido un esplendor arquitectónico parecido; y de los musulmanes se pueden mencionar pocas construcciones además de la Giralda de Sevilla, la Alhambra de Granada y, muy posterior, el Taj Mahal de Agra, construido en memoria de un gran amor.

Fue la época en que se empezaron a construir las grandes catedrales románicas de Worms y de Spira, de Pisa y Palermo, de Zamora y Santiago de Compostela, seguidas luego por las maravillas góticas de Chartres y de Amiens, de Estrasburgo y Colonia, de Lincoln y Salisbury, de León y Burgos… Plegarias de piedra, cuyas flechas apuntando al cielo parecen decir: «Señor, he amado el esplendor de tu casa y el lugar donde habita tu gloria».

No existe ningún edificio religioso o civil, en nuestro orgulloso siglo XX, que pueda compararse con aquellas catedrales.

La gigantesca figura de san Bernardo

A la edad de veintiún años, el joven Bernardo, hijo del noble cruzado de Dijon, muerto en combate, ingresó en el monasterio de Citeaux. Hay hombres de tal santidad que se adivina que son santos en cuanto se les ve. De los cistercienses y los cartujos se ha dicho que, en justicia, no se puede canonizar a ninguno, pues habría que canonizarlos a todos. Si eso es así, Bernardo es el santo de los santos. Tras permanecer algún tiempo en Citeaux, fue elegido Abad del nuevo monasterio de *Claraval* pero, al mismo tiempo, fue el hombre clave de toda la Cristiandad. Él no lo deseaba en absoluto. Era feliz viviendo solo para Dios y escribiendo obras para alabarle. Estaba escribiendo un tratado sobre la Gracia Divina cuando se empeñaron en que mediase en la discordia que surgió tras la elección del Papa Inocencio II (1130), que le obligó a huir a Francia, y Bernardo logró poner a toda Francia a su favor. Alemania, Inglaterra y España, así como parte de Italia, terminaron uniéndose a su causa y la del antipapa no prevaleció. Luego, Bernardo se puso a escribir un tratado sobre el Amor de Dios, pero le reclamaron para que mediase en la disputa originada por las peligrosas tesis del brillante e imprudente Abelardo, y Bernardo medió, refutó esas tesis y triunfó.

De todo cuanto Bernardo hizo a favor de la Iglesia, tal vez lo más apreciado por el pueblo cristiano sean dos oraciones: la *Salve*, cantada en todas las iglesias del mundo y en innumerables conventos por los fieles hasta hoy, y la hermosa y audaz *Memorare* («Acordaos»), en la que, apoyándonos en la Señora con confianza filial, le pedimos que interceda por nosotros ante Dios.

Fue por entonces cuando el *Avemaría* se convirtió también en una oración popular. La combinación de la salutación del Arcángel san Gabriel a María con las palabras que le dirigió su prima santa Isabel se venía utilizando desde los primeros siglos, pues consta que ya se hacía en los tiempos de Severo de Antioquía (538). En la Iglesia Occidental, se rezaba ya en los siglos octavo o noveno. San Bernardino de Siena, en 1440, añadió la última parte, la invocación de intercesión. En tiempos de san Bernardo se repetía ya con frecuencia el rezo del *Avemaría*, que luego santo Domingo de Guzmán engarzaría en las cuentas del *Santo Rosario*, al que el Papa san Pío V, en el siglo XVI, daría su forma definitiva.

La verdadera atmósfera de la espiritualidad de san Bernardo se pone de manifiesto en una anécdota tal vez legendaria, pero muy

significativa. El Señor le dijo: «Bernardo, dame algo». «Señor», repuso él, «sabes bien que todo cuanto soy y cuanto tengo es tuyo». Pero Cristo insistió: «Bernardo, dame algo». El Santo, profundamente conmovido, exclamó: «Pero, Señor, si te lo he dado todo… ¿Qué más podría darte?». «Dame tus pecados, Bernardo», repuso amablemente Jesús.

La segunda Cruzada

En el año 1145, un discípulo de Bernardo, el cisterciense Bernardo de Pisa, fue elegido Papa y tomó el nombre de *Eugenio II*. Bernardo escribiría para él una de sus obras más famosas, *De Consideratione*.

La idea de emprender una segunda Cruzada nació probablemente en el monasterio de Claraval, donde Eugenio II tuvo que refugiarse durante la revuelta organizada contra él por un monje fanático, Amoldo de Brescia. Lo cierto es que, poco después, Bernardo se puso en acción, y logró movilizar media Francia, empezando por el rey, Luis VII. Con el rey de su parte, se dirigió a una inmensa multitud en Vézelay y miles de hombres se cruzaron. Y cuando se terminó el paño para seguir haciendo cruces, Bernardo rasgó su propio hábito. Luego viajó a Alemania y, con un solo sermón, logró que el Emperador Conrado III también se cruzase.

El motivo de esta nueva Cruzada era un nuevo avance de los musulmanes, que se habían apoderado de la ciudad de Edessa, pero el comienzo no fue nada edificante: bandas incontroladas de cruzados, en Alemania, cometieron toda clase de atrocidades contra las comunidades judías. El clero —incluidos obispos y arzobispos— hicieron cuanto pudieron para evitarlo, sin demasiado éxito. El Arzobispo de Maguncia escribió una carta a Bernardo en la que le decía que las turbas, instigadas por un monje vagabundo llamado Rodolfo, que había abandonado su monasterio sin permiso, habían asesinado en su presencia a un grupo de judíos que se habían refugiado en el palacio arzobispal. San Bernardo, entonces, ordenó al monje, con la mayor energía, que cesara en sus actividades criminales y regresase inmediatamente a su monasterio; y, cuando el monje se negó a obedecer, Bernardo se trasladó a Alemania y le obligó a hacerlo.

La Cruzada en sí misma fue un rotundo fracaso. Los cruzados, derrotados, tuvieron que abandonar el terreno y refugiarse tras las murallas de Jerusalén, San Juan de Acre y Antioquía.

Para san Bernardo fue un golpe muy duro. Como todos los hombres, santos o no, tenía que aprender —y lo aprendió— que los caminos de Dios no son nuestros caminos… Seguramente estaba en lo cierto cuando dijo que la catástrofe era un castigo a los pecados de los que habían participado en la aventura. Pensó incluso en ponerse al frente de una nueva Cruzada, pero tenía ya casi sesenta años y su salud estaba muy quebrantada. Además, en el Capítulo de la Orden,

los abades rechazaron su plan y el santo, humildemente, se avino.

Un año antes, su gran amigo el Arzobispo de Armagh (Irlanda), el futuro san Malaquías, había muerto en Claraval. Bernardo, entonces, se puso a escribir la biografía de este impar personaje, y luego la «Guía para clérigos». Murió el año 1153, tras haber fundado sesenta y ocho monasterios cistercienses, sin dejar de trabajar hasta el último día.

Un año antes, Federico Hohenstaufen, Príncipe de Suabia, había subido al trono de Alemania. Su espléndida barba rojiza le mereció el apodo de Federico I *Barbarroja*.

Capítulo XI

PAPAS, EMPERADORES, CRUZADAS Y ÓRDENES MENDICANTES

El Emperador Federico Barbarroja era un hombre osado, que abrigaba planes muy ambiciosos. Se consideraba el sucesor de Constantino, de Justiniano y de Carlomagno, con todos los derechos y prerrogativas de aquellos tres grandes emperadores de los siglos IV, VI y IX. Su gran Canciller, el violento y astuto Reinaldo von Dassel, iba todavía más lejos y llegó a declarar que «la ley es la voluntad del Emperador» (1158). Frase cuya insolencia solo se vio superada más tarde por otras de Luis XIV de Francia («El Estado soy yo») y de Adolfo Hitler («Es recto lo que un hombre de raza aria piensa que lo es»).

La larga lucha del Emperador contra el Papa

Como sucesor de Constantino, Federico Barbarroja se consideraba dueño y señor de Roma; y en Roma estaba el Papa, que por entonces era *Adriano IV* (1154-1159), el único inglés que, hasta la fecha, ha ocupado la sede de San Pedro. Tras una dura juventud, había sido abad de Saint Ruf, un monasterio de Aviñón (Francia). Eugenio II le había nombrado cardenal y le había enviado a Noruega, donde había organizado la Iglesia y creado el arzobispado de Drontheim. Hombre de gran energía, plantó cara al Emperador durante varios años, pero, cuando Federico rompió el Concordato de Worms y nombró a Rainaldo von Dassel Arzobispo de Colonia, la ruptura se hizo inevitable. Estaba a punto de excomulgar a Federico, cuando Adriano murió.

Su sucesor —a pesar de que Barbarroja nombró un antipapa— fue el Cardenal Roland, que tomó el nombre de *Alejandro III* (1159-1181). Era un gran jurista y llegó a ser uno de los más grandes Papas de todos los tiempos.

En cuanto ocupó el trono pontificio, tuvo que enfrentarse al Emperador, que invadió Italia y en el año 1162 ocupó y destruyó Milán. Los ataques de Federico obligaron al Papa a abandonar Roma, pero logró que Francia e Inglaterra no reconocieran al antipapa y que muchas ciudades de Italia permanecieran fieles. Barbarroja, entonces, trató de obligar al clero a adherirse al antipapa, amenazándole con la pérdida de todas sus propiedades si no lo hacía. A los que no se avinieron, les infligió terribles castigos que iban desde el exilio a la mutilación. Y es que, a lo largo de toda la historia de la Iglesia, lo primero que intentan los tiranos que se oponen a ella es apartar a los obispos y al clero de su Cabeza.

Entonces sucedió algo que Federico consideró como un golpe de suerte: el rey Enrique II de Inglaterra se enemistó con el Arzobispo de Canterbury, Thomas Becket, su antiguo Canciller, que no quiso aceptar las nuevas leyes que regulaban, entre otras cosas, el nombramiento de los obispos. Becket se vio obligado a huir a Francia, y Enrique II trató en vano de que el Papa depusiera al arzobispo. Inmediatamente, von Dassel sugirió al rey de Inglaterra una alianza con el Emperador y el reconocimiento del antipapa. La alianza se llevó a efecto, pero no tuvo consecuencias prácticas. Italia, harta de tiranía, se rebeló y Alejandro III pudo volver a Roma; enseguida, un ejército imperial cruzó los Alpes y marchó sobre la Urbe; Alejandro III tuvo

que volver a huir, esta vez disfrazado (1164). Federico parecía invencible.

Entonces ocurrió algo inesperado: estalló la peste. Miles de soldados imperiales murieron, y también von Dassel. Las ciudades de Lombardía, en el norte de Italia, se unieron y se procedió a reconstruir Milán a toda prisa. La cosa se le puso muy difícil al Emperador. Aislado de sus tropas e incomunicado, ahora fue él quien tuvo que huir disfrazado. Pero, a pesar de todo, no se rindió. En el año 1174 volvió a invadir Italia por quinta vez. Sin embargo, el sitio de Alejandría (una ciudad nueva llamada así en honor del Papa) fracasó y, el 29 de mayo, los milaneses se cubrieron de gloria al derrotar al Emperador en Legnano. Solo entonces se avino a firmar la paz con el Papa.

Mientras tanto, Enrique II de Inglaterra se había reconciliado con Thomas Becket, que pudo regresar a su sede de Canterbury. Pero la reconciliación era más bien ficticia, y cuando el rey, en un ataque de ira, exclamó: «¿Es que nadie va a desembarazarme de ese obispo testarudo?», un grupo de caballeros normandos lo tomó al pie de la letra y asesinó al arzobispo en las gradas del altar mayor de la catedral de Canterbury, cuando se disponía a celebrar la Santa Misa (29 de diciembre de 1170). Horrorizado, el rey hizo penitencia y fue en peregrinación a rezar ante la tumba de Thomas Becket. El pueblo empezó a venerar al arzobispo mártir y, tan solo tres años más tarde, Alejandro III le proclamó santo.

Güelfos y gibelinos

En las últimas décadas del siglo XII, una nueva y desgraciada enemistad surgió entre Federico Barbarroja y un súbdito suyo, Enrique «el León», Duque de Brunswick. Este se negó a enviar sus mesnadas a Italia, para luchar junto con las tropas del Emperador y Federico le desterró. El Papa *Lucio III,* sucesor de Alejandro (1181-1185), logró persuadirle para que le dejara regresar, pero no se reconciliaron y la enemistad dividió a Italia en dos bandos. El grito de guerra de Enrique el León, que pertenecía a la familia Welf, era «Hie Welf!» (¡Aquí está el lobo!), y el del Emperador, oriundo de Waiblingen, «Hie Waiblingen!». Nombres que en Italia se transformaron en los de *güelfo* y *gibelino*. La causa de los güelfos se identificaba con la del Papa y la de los gibelinos, con la del Emperador, y durante mucho tiempo ambos bandos se opondrían abierta y ferozmente en casi todas las ciudades de Italia.

La tercera Cruzada

La paz entre el Emperador y el Papa duró poco. Durante el pontificado de *Urbano III* (1185-1187), cuya familia había sufrido mucho cuando Barbarroja destruyó Milán en el año 1162, se reanudaron las hostilidades y las tropas del Emperador invadieron y saquearon los Estados Pontificios. Urbano murió cuando pensaba excomulgar a Federico. Sus sucesores, *Gregorio VIII* (que tuvo un pontificado de solo dos meses) y *Clemente III* (1187-1191), intentaron en vano alcanzar la paz con el Emperador y acabar con las disputas entre los demás reyes cristianos. Algo que era de una importancia vital, pues el Sultán Saladino había derrotado a los ejércitos cristianos en Tierra Santa y reconquistado Jerusalén.

Por una vez, los príncipes cristianos dieron de lado a sus discordias. Clemente III logró que las poderosas repúblicas de Pisa y Génova y los reyes de Inglaterra y Francia se reconciliaran, y, tras la dieta de Maguncia, el mismo Emperador Barbarroja —ya anciano— se incorporó, con numerosos nobles alemanes, a una nueva Cruzada (la tercera), que desde el punto de vista militar no fue precisamente un éxito, a pesar del valor desplegado por algunos de sus jefes, como el rey de Inglaterra, el legendario *Ricardo Corazón de León*. El Emperador Federico Barbarroja murió ahogado en un río de Cilicia (Asia Menor) y los cruzados no lograron su objetivo, la reconquista de Jerusalén. Sin embargo, el Sultán Saladino, que era un hombre sabio, honrado y generoso, accedió a que, en el futuro, los peregrinos cristianos pudieran visitar los Santos Lugares libremente, sin ningún temor.

De regreso a Inglaterra, el rey Ricardo fue hecho prisionero por el archiduque Leopoldo de Austria, antiguo compañero suyo de Cruzada, quien, a cambio de una fuerte suma, se lo entregó al Emperador Enrique VI, sucesor de Federico Barbarroja. Enrique obligó a Ricardo a rendirle vasallaje y a renunciar a su alianza con el reino normando de Sicilia. Luego, lo dejó en libertad, tras hacerle pagar muy caro su rescate.

Enrique estaba casado con Constanza, una princesa normanda de Sicilia y, ya con las manos libres, puso en práctica un plan que venía madurando desde hacía tiempo: invadió Sicilia y se hizo coronar rey de ese reino normando, en Palermo. Poco después, su esposa Constanza daba a luz allí a un hijo: *Federico Roger*.

Tres años más tarde, moría Enrique VI, a los treinta y dos años de edad, hombre cruel y violento que estaba resuelto a acabar con el poder y el prestigio del papado. Federico Roger habría sido su sucesor inmediato de no haber tenido solo cuatro años, pero los príncipes alemanes se olvidaron de él y se dividieron en dos bandos: unos eligieron al duque Felipe de Suabia y otros, a Otón de Brunswick, con lo que hubo al mismo tiempo dos emperadores.

Mientras tanto, los cardenales eligieron un nuevo Papa: el Cardenal Lotario de Segni, que solo tenía treinta y siete años y tomó el nombre de *Inocencio III* (1198-1216). Era un hombre de indomable energía; un historiador alemán —Ranke— diría de él, siglos más tarde, que el verdadero sucesor del Emperador Enrique VI fue él, no Otón de Brunswick ni Felipe de Suabia.

La herejía albigense

Quienes estudian el largo y aventurado viaje de la barca de Pedro por los procelosos mares de la historia, enseguida se dan cuenta de que, cuando surgen dificultades y peligros que parecen insuperables, una Mano invisible empuña el timón y endereza el rumbo de la nave. Y comprenden también que los obstáculos, los peligros aparentemente mortales, acaban siendo medio, o al menos estímulo, para un movimiento de reforma y superación de la enfermedad. Los peligros que acechan a la Iglesia suelen ser síntomas de que algo marcha mal dentro de ella y terminan por conducir a un tratamiento médico e incluso a una operación «quirúrgica».

Las vidas disipadas de numerosos clérigos en el sur de Francia y en el norte de Italia condujo a una enfermedad muy peligrosa: la aparición de la *herejía albigense*.

La palabra *albigense* se deriva, al parecer, de la ciudad de Albi, en Provenza, donde surgió la herejía, pero tiene también un significado simbólico: los albigenses eran, según ellos, *albigentes*, es decir, gente blanca, pura, limpia. También se llamaban cátaros, palabra de origen griego que significa «los puros». El vocablo alemán para designar a los herejes, *Ketzer*, tiene el mismo origen.

Su doctrina, en conjunto, era una revitalización del *maniqueísmo*, secta a la que ya había pertenecido san Agustín antes de convertirse al cristianismo. Ahora, sin embargo, resultaba más peligrosa, porque surgía dentro del cristianismo.

Los albigenses daban al problema de la existencia del mal en el mundo una respuesta drástica y sencilla: había dos dioses, iguales y opuestos, el Dios del Bien y el Dios del Mal, el Demonio. Al Dios Bueno pertenecía el mundo del espíritu, al malo el de la materia; por eso, todo lo material era malo. El hombre debía decidir a cuál de los dos dioses seguía; si optaba por el bueno, tenía que abstenerse de casi toda clase de alimentos, en especial de carne; de toda relación carnal y deleite sensual, incluso dentro del matrimonio, el cual era un «pecado» más grave que «el amor libre», pues estaba refrendado por ritos religiosos y conducía a procrear seres cuya alma se veía encerrada en un cuerpo malo, corrompido… El suicidio, por eso, era una acción noble, pues ayudaba al alma a escapar del mundo de la materia.

La secta herética estaba formada por dos clases de miembros: los «creyentes» y los «perfectos». Los Perfectos llevaban una vida de una austeridad inhumana; los Creyentes no tanto, pero solo podían

salvarse si antes de morir se sometían a un rito llamado *consolamentum.*

Al principio, la actitud de los albigenses ante los cristianos era de desdeñosa condescendencia, pero no tardó en hacerse hostil, especialmente hacia los sacerdotes, los obispos y el Papa.

Los cistercienses, encabezados por san Bernardo, se les opusieron y denunciaron sus errores, pero su número siguió aumentando.

La Orden de Predicadores

El año 1205, un clérigo español de noble cuna, Domingo de Guzmán, de la diócesis de Osma, visitó a los cistercienses en el sur de Francia. Enseguida comprobó que la mayor parte del clero era incapaz de combatir la herejía, pues carecía de cultura y no podía rebatir sus argumentos. Domingo, entonces, comprendió que los albigenses tenían que ser combatidos en su propio terreno por hombres que llevasen una vida moral intachable, de oración y penitencia, y bien formados doctrinalmente. Reunió a unos cuantos clérigos de esas características y, al cabo de algún tiempo, surgió la nueva Orden de Predicadores, cuyos miembros empezaron a ser conocidos popularmente con el nombre de dominicos.

A diferencia de las órdenes fundadas hasta entonces, sus miembros no dependerían de un monasterio en concreto, sino de los superiores de la Orden dirigida por un Maestro General. Al no depender de un monasterio o convento su movilidad era grande. Como su nombre indica, la finalidad fundamental de la Orden era la predicación. Pero no una predicación cualquiera, sino respaldada por una profunda formación doctrinal. Por eso, los dominicos tenían que estudiar mucho, sobre todo teología, disciplina en la que enseguida destacaron.

La Orden se extendió muy deprisa por toda Europa, organizándose territorialmente en «provincias».

Antes de que pudieran librar una batalla decisiva contra los albigenses, tuvo que intervenir el Papa en persona. Inocencio III había intentado combatir la herejía con medios pacíficos, pero la respuesta fue burla, desprecio, enemistad y, finalmente, asesinato: su Legado fue brutalmente muerto por un soldado albigense. Entonces, el Papa convocó una cruzada para combatir a un enemigo que emponzoñaba a la cristiandad desde dentro. Los que respondieron a su llamada fueron sobre todo franceses procedentes del norte, y la campaña, dirigida por Simón de Montfort, hombre cruel y despiadado, fue salvaje en extremo. El Papa se enojó mucho con la actitud de estos «cruzados», tanto más cuanto que los herejes no cedieron, pues no se puede acabar con una ideología haciendo uso de la fuerza. Serían los dominicos los que acabarían con ella.

Los valdenses

Otro movimiento herético surgió en el norte de Italia, los *valdenses*, llamados así porque lo inició un tal Waldo. Pueden ser considerados como los primeros protestantes y, de hecho, siglos más tarde se unirían a ellos.

Los valdenses protestaban contra la vida de lujo y placeres que llevaban algunos clérigos, y querían volver a la simplicidad y pureza de los tiempos apostólicos. La intención era buena, pero no tardó en derivar hacia la herejía, pues empezaron a atacar al sacerdocio en sí mismo, la Misa y otros sacramentos e instituciones de la Iglesia. Y lo peor de todo: ¡prohibían el matrimonio de sus miembros!

Ninguna orden surgió para combatir directamente a los valdenses, como habían surgido los dominicos contra los albigenses, pero sí un movimiento —¡y qué movimiento!— que renovaría la Iglesia y, por su misma naturaleza, sería el mejor antídoto contra esta clase de herejías.

Pietro Bernardone, un rico mercader de la ciudad de Asís, en Italia, tenía un hijo encantador, elegante y apuesto. Se llamaba Juan, pero su padre se empeñó en llamarle Francisco, porque su mujer era francesa y todo lo francés estaba de moda por entonces.

Francisco era una especie de «playboy»: el líder de los jóvenes calaveras de su pueblo. Corto de estatura, pero largo de ambiciones, quería convertirse en caballero, en caudillo, y hacerse famoso como guerrero. Para abrir boca, se alistó en una campaña contra la vecina ciudad de Perusa —enemistada con Asís—, pero los perusianos reaccionaron enseguida, derrotaron a los de Asís y el joven Francisco terminó en un calabozo de Perusa. Lejos de descorazonarse, se dedicó a entretener a los demás prisioneros con canciones y poemas. Estaba convencido de que llegaría a ser famoso. ¿Por qué preocuparse?

De regreso a su hogar, una vez liberado, cayó enfermo. Cuando se recuperó, algo había cambiado en él, aunque no sabía qué. Para tratar de olvidarlo, se alistó en otra expedición militar. Su padre le regaló una espléndida armadura, pero, cuando vio a un caballero que no tenía capa, le dio la suya. En la primera posada en que pasaron la noche, oyó una Voz que le ordenaba regresar. Obedeció, y durante algún tiempo reanudó su vida habitual, pero luego se retiró a la soledad. A quien le preguntaba, le decía que estaba «enamorado de una dama más noble y hermosa que ninguna»: la Pobreza. Empezó a sentir una singular atracción por los pobres, los desheredados, los mendigos, y decidió convertirse él mismo en mendigo. En mendigo de Dios.

Un día, al pasar junto a la iglesia de San Damián, que se estaba hundiendo, volvió a escuchar la Voz que le decía: «¿No ves que mi iglesia está en ruinas? Ve y reconstrúyela». Entonces no comprendió que el Señor se refería a su Iglesia, no a ese templo en concreto. Tomó aquellas palabras al pie de la letra y se dispuso a reparar la capilla. A tal efecto, fue al almacén de su padre, cogió un buen número de mercancías y marchó a venderlas a Foligno. Luego, dio el dinero que había obtenido al párroco de San Damián. Pero el buen cura se negó a aceptarlo y Francisco arrojó la bolsa dentro del templo.

Cuando su padre se enteró de lo ocurrido, mandó a buscar a Francisco, que se presentó vestido de harapos, como un mendigo. Pietro Bernardone, indignado, lo encerró en la bodega.

Con ayuda de su madre, logró escapar, pero su padre le hizo

apresar por ladrón y lo acusó ante el tribunal episcopal. El obispo quería que Francisco devolviera el dinero, y el párroco de San Damián, que había encontrado la bolsa, lo devolvió. Pero Pietro Bernardone, no satisfecho con eso, desheredó a su hijo: «hasta las ropas que lleva me las debe a mí». Entonces, Francisco se quitó la ropa que llevaba y las dejó caer a los pies de su padre iracundo. El obispo, conmovido, le echó su propia capa por encima para cubrir su desnudez.

Francisco se confeccionó un hábito de estameña y lo ató con una larga soga a su cintura. El hábito que llevan hoy los franciscanos no es muy diferente de aquel.

En los años que siguieron, Francisco reconstruyó, piedra a piedra, la iglesia de San Damián. Poco a poco, se le fueron uniendo varios seguidores, entre ellos un rico comerciante y un eminente jurista, que renunciaron a sus riquezas y prestigio para convertirse en mendigos. Pronto fueron doce y luego muchos más; personas de toda clase y condición, que descubrían que renunciando a todo recobraban la libertad y poseían el mundo.

Todos juntos, reconstruyeron otra capilla en ruinas que estaba bajo la advocación de Santa María de los Ángeles y, según la tradición, había sido visitada por san Benito de Nursia, que la había rebautizado con el nombre de la *Porciúncula* (la porcioncita).

El año 1212, Francisco, con sus compañeros, peregrinó a Roma y se presentó en el Palacio Laterano con la pretensión de ver al Papa; logró verle, pero no le dejaron que le hablara. El Papa, sin embargo —Inocencio III—, sí que lo vio, y ya no pudo olvidar a aquel hombrecillo harapiento que se había presentado ante él… Aquella noche, soñó que el Laterano se hundía y que aquel hombrecillo lo sostenía con sus manos. Inmediatamente, mandó que lo buscaran por toda Roma, y cuando lo encontraron lo recibió en audiencia, le dejó hablar y aprobó el género de vida de la nueva Orden que, entre otras cosas, exigía una pobreza total. Cientos de historias se cuentan de san Francisco y todas son verdad.

Mientras tanto, el Papa Inocencio III, valiente y decidido, estaba librando una batalla que parecía perdida para defender a la cristiandad de la amenaza del Islam. Salvo en España, donde los reyes de Castilla, Navarra y Aragón, coaligados, habían logrado una resonante victoria sobre los almohades en las Navas de Tolosa (16 de julio de 1212), los desastres se sucedían. El año 1204, una nueva Cruzada se había desviado de su verdadera misión y, en lugar de liberar los Santos Lugares, los cruzados se habían quedado en Constantinopla; tras saquearla y derrocar al Emperador, habían establecido allí un Reino latino con el Conde Balduino de Flandes como rey. Mal camino para alcanzar la deseada unión de la Iglesia Oriental, pues los cristianos bizantinos, tras este golpe de mano de los latinos, no podían ver ya con buenos ojos a sus «hermanos» de Occidente, llenos de codicia y crueldad.

Luego vino aquella especie de locura, la llamada «Cruzada infantil». Muchos cristianos, en Occidente, pensaban que la mezquindad de los cruzados, sus discordias, su avaricia y crueldad eran la causa de su incapacidad para liberar Tierra Santa del dominio del infiel. Algunos iluminados pensaron entonces que tal vez los niños, con su inocencia, lograran lo que Dios negaba a los mayores, y se pusieron a predicar una Cruzada infantil. Miles y miles de niños se movilizaron en toda Europa y se embarcaron para reconquistar Jerusalén, Belén y Nazaret, pero ninguna nave logró llegar a Tierra Santa. Las penalidades del viaje, las epidemias y los piratas berberiscos terminaron con muchos de ellos. Otros fueron vendidos como esclavos en los mercados del Islam. Así acabó la más poética y disparatada de las empresas.

Los sarracenos, mientras tanto, habían ocupado parte de Sicilia y amenazaban las costas de Italia. Inglaterra sufría la dura tiranía del rey Juan sin Tierra, a quien el Papa había excomulgado. Los albigenses seguían resistiendo a Simón de Montfort, que no luchaba por Dios ni por su rey, sino para sacar el mayor partido posible de su «cruzada» particular. En Alemania, uno de los dos pretendientes al trono imperial, Felipe de Suabia, había sido asesinado y el Papa había coronado al otro, Otón de Brunswick, como Emperador, tras jurar —con juramento que pronto rompió— respetar la independencia de Sicilia, feudo pontificio.

Y lo peor de todo: muchos prelados y sacerdotes llevaban una vida

indigna que constituía un escándalo y una burla de su ministerio pastoral.

Tal era la situación cuando, en presencia de gran número de cardenales y altos dignatarios de la Iglesia, Inocencio III recibió a Francisco de Asís, el mendigo de Dios. El Papa comprendió enseguida cuál era la talla del gigante espiritual que se escondía en aquel cuerpo frágil y pequeño, por lo que le autorizó a predicar y le prometió encomendarle misiones más serias en cuanto la Orden estuviera suficientemente desarrollada. Tal vez el pequeño grupo de mendigos voluntarios fuese la respuesta a la corrupción de algunos clérigos y a las herejías que no cesaban de proliferar…

Lo era. El deseo de llevar una vida sobria, sencilla, podía canalizarse así. Porque Francisco y sus hijos espirituales no eran herejes, como los albigenses; no odiaban a nadie ni forzaban a nadie a seguir su camino. Todo lo que querían era servir a Dios y a la Iglesia en su pobreza, castidad y obediencia.

La nueva Orden creció con inusitada rapidez. Los alegres mendigos de Dios pronto fueron cinco mil y pudieron reunirse en la iglesia de la Porciúncula para celebrar el primer Capítulo de su historia.

Clara, una joven de noble familia, hija de los Condes Scifi, quiso seguir el mismo género de vida que Francisco, y él mismo se encargó de cortarle los cabellos y de ofrecerle un hábito de sayal. Pronto encontró seguidoras, con las cuales fundó una nueva Orden de clausura conocida como las *clarisas*. La hermandad espiritual entre Clara y Francisco es uno de los más hermosos ejemplos de amor cristiano.

Ahora, los hombres y mujeres que lo deseasen, en el mundo entero, ya podían vivir una vida de santa pobreza. En lugar de odiar y despreciar a los ricos, atraerían a muchos con su ejemplo.

El humilde santo de Asís y sus frailecillos empezaban a reforzar los cimientos de la Iglesia, con ayuda de los hijos de Santo Domingo y de San Bernardo, de San Norberto y San Romualdo, de San Benito y de San Agustín. Domingo y Francisco se encontraron en Roma, y el fundador de la Orden de Predicadores, enamorado también de la «Dama Pobreza», introdujo en la Regla el desprendimiento total de los bienes terrenos. Así surgieron las dos primeras *Órdenes Mendicantes*.

Los últimos años de un gran Papa

Inocencio III tuvo que excomulgar a Otón IV por romper su juramento de respetar Sicilia, y el Emperador, abandonado por sus aliados italianos, se vio obligado a evacuar la isla y retirarse al otro lado de los Alpes. Después de esto, fracasó en todas sus empresas.

Sicilia quedó en manos de Federico Roger, hijo del Emperador Enrique IV y de la reina Constanza. El Papa le había salvado, pero Federico Roger —que se convertiría más tarde en el Emperador Federico II Hohenstaufen—, en lugar de agradecérselo, le pagó con un odio salvaje, que haría extensivo a sus sucesores. Por lo visto, para un hombre de su manera de ser, deberle el trono a alguien era insoportable.

Lenta, inexorablemente, Inocencio III había ido venciendo todas las dificultades. Aunque tenía algo más de cincuenta años, presentía que le quedaba poco tiempo de vida. El discurso con que, a modo de oración, abrió el *IV Concilio de Letrán* (1215), en presencia de setenta y dos metropolitanos, cuatrocientos doce obispos y setecientos abades y priores, lo inició con las mismas palabras que Cristo en la Última Cena: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer…». Pascua significa *paso*, el paso del Señor, y tres pasos importantes quería dar el Papa al final de su vida: convocar una nueva Cruzada, emprender la reforma del clero y pasar él mismo de la tierra al cielo.

En el Concilio IV de Letrán se reforzó, en efecto, la disciplina del clero, se dieron pasos importantes para luchar contra la herejía y se definieron mejor varios puntos fundamentales de la doctrina católica, como el empleo del término *transubstanciación* para explicar la transformación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. También se estableció el que los fieles tuvieran que confesar y comulgar por lo menos una vez al año, en la Pascua de Resurrección.

Ese mismo año, el rey Juan, en Inglaterra, se veía forzado a aceptar la *Carta Magna*, que limitaba los poderes absolutos del monarca y establecía un principio de democracia. Uno de sus artífices había sido el Cardenal Esteban Langton, Arzobispo de Canterbury, hombre de confianza del Papa.

Al año siguiente moría Inocencio III. Durante su pontificado, la Iglesia había alcanzado un prestigio y un poder inigualados hasta entonces. Europa entera consideraba al Papa como el único capaz de salvaguardar no solo los derechos de la Iglesia, sino de los individuos

y las naciones. A pesar de lo difíciles y lentas que eran las comunicaciones y de que los obispos eran a veces remisos en la aplicación de las disposiciones del Papa, todos los reinos cristianos le consideraban el árbitro supremo de sus rencillas y disputas. Nunca ha estado Europa tan cerca de su unidad como bajo la estricta y benevolente supervisión del Papa Inocencio III.

En el Evangelio de san Lucas (22, 38), cuando los Apóstoles le dicen al Señor que tienen dos espadas, Jesús les responde: «Basta». Ahora la Iglesia tenía dos espadas: la del poder espiritual y la del poder temporal. Pero el poder temporal es peligroso. Lord Acton acuñó una frase célebre: «El poder corrompe, y el poder absoluto tiende a corromper absolutamente». Algo que no es cierto en todos los casos, pero sí en muchos; hay que estar muy cerca de Dios para no caer en la tentación de abusar del poder, sobre todo cuando se está rodeado de hombres que abusan de él. Además, las armas del mundo son peligrosas, tal vez más peligrosas para los vencedores que para los vencidos. La historia está llena de ejemplos. Muchos hombres y pueblos que ganaron guerras, perdieron la paz; una paz a menudo injusta y cruel.

Pocos Papas «poderosos», en el sentido mundano de la palabra, han sido canonizados. Las excepciones confirman la regla.

La cuarta Cruzada

La cuarta Cruzada se inició en 1219, al mando del Cardenal Pelagio, español. Los cruzados empezaron por poner sitio a Damietta, en Egipto. Con ellos iba un grupo de hombres vestidos con un hábito de sayal, atado a la cintura con una soga. El Hermano Francisco estaba entre ellos. Pero no había ido en busca de gloria militar; solo quería hablar con el Sultán, lo cual consiguió dejándose capturar. El Sultán era Al Kamil, Príncipe de la Fe, León del Desierto, quien, al principio, se burló de aquel «derviche franco» que pretendía convertirle al cristianismo y que desafiaba a los santones musulmanes presentes en la entrevista a someterse a un «juicio de Dios»: él y ellos caminarían sobre brasas encendidas y Dios mostraría qué Fe era la verdadera salvándole a él de todo daño…

Los *imanes* —sacerdotes musulmanes— no aceptaron el reto y el Sultán Al Kamil quedó impresionado por el valor y la sinceridad del frailecillo. El resultado fue autorizarle para que él y los miembros de su Orden pudieran visitar libremente los Santos Lugares y ser sus guardianes. Desde entonces, hasta el día de hoy, los franciscanos han tenido a su cargo la custodia de los Santos Lugares.

Los cruzados conquistaron al asalto el puerto de Damietta, pero no tardaron en ser desalojados. Profundamente conmovido por las crueldades que había visto, Francisco regresó a Italia, donde le esperaba una gran desilusión. Sus hijos espirituales no estaban conformes con las constituciones que él mismo había redactado. Querían tener escuelas y conventos propios, dejar de vivir errabundos, pidiendo limosna… El Cardenal Hugo de Ostia, que era el Cardenal protector de la Orden, trató de explicar a Francisco que la Regla era demasiado severa y que la mayoría de sus hijos no podría soportar ese género de vida. Era imposible que miles y miles de hombres —eran ya diez mil— tuviesen la libertad de movimientos que tenían los doce primeros… En una palabra: era preciso introducir un principio de disciplina, organizar la Orden.

Era, en cierto modo, lo mismo que había ocurrido con la Iglesia. Los franciscanos, como los cristianos, no eran, no podían ser todos perfectos. Había que pensar también en los menos ardorosos, los menos humildes, los menos mortificados. Y así como los Papas no podían gobernar ya la Iglesia como los primeros sucesores de san Pedro —Lino, Cleto, Clemente…—, Francisco tenía que comprender que lo que se quería hacer era necesario y agradable a Dios. Como la

Iglesia en su conjunto, la Orden franciscana, al crecer, tenía que desarrollar y transformar su cuerpo, aunque conservando su espíritu.

Francisco aceptaba estos argumentos, pero le hacían sufrir mucho. Se retiró a la soledad del Monte Alvernia y allí recibió los estigmas, es decir, la reproducción en su cuerpo de las llagas de Cristo. Era ya una figura legendaria. La gente decía que hasta los pájaros y otros animales le entendían y le escuchaban con respetuoso silencio cuando predicaba.

Poco después de recibir los estigmas murió, sin cesar de cantar y alabar a Dios, rodeado del amor y el respeto de sus hijos espirituales. La ciudad de Asís en pleno asistió a su sepelio, llorando, bendiciendo y venerando a su hijo más querido, una de las criaturas más adorables y amables que jamás haya existido.

Corría el año 1225. Un poco más al Sur, en el inexpugnable castillo de Rocaseca, nacía ese mismo año un niño destinado también a ser un gran santo: *Tomás de Aquino*.

Capítulo XII

UN EMPERADOR SIN ESCRÚPULOS, LA INQUISICIÓN Y SANTO TOMÁS DE AQUINO

Muchas cosas, sin embargo, sucedieron antes de que Tomás llegara a la edad adulta.

Inocencio III había tenido mucha suerte al no verse obligado a enfrentarse con alguno de los ambiciosos y poderosos emperadores que hubo antes que él, ni con la doblez y mala fe del que vendría después; porque Otón IV, que había muerto a poco de ser derrotado por los franceses en la batalla de Bouvines (1214), era un gigante físicamente, pero ni en inteligencia ni en fuerza de carácter podía compararse con Federico Barbarroja ni con Enrique IV.

El nuevo Papa, *Honorio III* (1216-1227), un hombre afable y generoso, fue el primero en chocar con el más brillante, el más peligroso y el más desleal de todos los emperadores Hohenstaufen: Federico II. La gran amabilidad del anciano Papa evitó el choque durante un cierto tiempo, pero pronto se vio defraudado. Federico había prometido tomar parte en la Cruzada dirigida por el Cardenal Pelagio. No cumplió su promesa y el fracaso de la Cruzada se debió principalmente a su actitud de desprecio desleal. Sin Federico y sus caballeros germanos de sólidas armaduras, el ejército cristiano no era suficientemente poderoso.

Federico, entonces, prometió al Papa que cumpliría su promesa, participando en una nueva Cruzada, pero con una condición: antes tenía que ser coronado emperador… El Papa Honorio lo coronó en 1220, y Federico Roger, rey de Sicilia, se convirtió en *Federico II Hohenstaufen*, Emperador del Sacro Imperio romano-germánico. Enseguida, volvió a prometer, con solemne juramento, que tomaría la cruz, pero no lo hizo.

Pasaron los años. A las admoniciones y ruegos del Papa para que cumpliera su promesa, Federico respondía con toda clase de cincunloquios y excusas, hasta que por fin le prometió que se pondría en camino en agosto de 1227 (Tratado de San Germano, julio de 1225), pero el Papa Honorio murió y le sucedió el Cardenal Hugo de Ostia, que tomó el nombre de *Gregorio IX* (1227-1241).

El nuevo Papa (el Cardenal protector de los franciscanos) se parecía más a Inocencio III que a su predecesor, y Federico se dio cuenta enseguida de que no podía engañarle ni burlarse de él, por lo que decidió iniciar la prometida Cruzada. Sin embargo, pocos días después de su partida, regresaba, con todas su naves, al puerto de Otranto, en el sur de Italia, alegando que había enfermado de fiebres. ¿Era otro truco? ¿Era verdad? En cualquier caso, Gregorio IX, harto ya de dilaciones, le excomulgó. La respuesta de Federico no se hizo esperar: invadió Italia y, en una campaña relámpago, marchó sobre Roma, obligando al Papa a abandonar la ciudad. Y para mostrar al mundo entero que Gregorio se había equivocado con él, reemprendió la Cruzada, excomulgado y todo… Pero la Cruzada no fue tal. Federico se limitó a negociar con el Sultán Al Kamil, logrando de este que cediera los principales santuarios y ciudades de Tierra Santa a la cristiandad; luego, con cinismo, se coronó a sí mismo, en la basílica del Santo Sepulcro, rey de Jerusalén.

El Gran Maestre de la Orden Teutónica, Hermann von Salza, hombre recto y honrado, logró que Gregorio y Federico se reconciliasen. El Papa levantó la excomunión que pesaba sobre el Emperador, pero, en cuanto von Salza murió, la increíble arrogancia de Federico le llevó a reemprender la guerra, pues lo que él pretendía era, nada menos, conquistar Italia entera y hacer de Roma la capital del Imperio.

En marzo de 1239, Gregorio volvió a excomulgarle; habría podido escribir un libro entero con las razones que tenía para hacerlo. Federico, Emperador del Sacro Imperio romano-germánico, era un incrédulo que solo se sentía atraído por la religión islámica. Educado en Sicilia, en estrecho contacto con los sarracenos, había adoptado muchas de sus costumbres y hablaba el árabe perfectamente. Con el único objeto de irritar al Papa, instaló miles de sarracenos en Lucera, en el corazón de Italia; no había edificado ni una sola iglesia cristiana, pero mandó construir mezquitas en muchos lugares. Con todo, se decía que había calificado a Cristo, Moisés y Mahoma como «los mayores embusteros que han existido».

Cuando el Papa convocó un Concilio, una flota imperial apresó las naves en que viajaban un centenar de obispos franceses y españoles que se dirigían a Italia y los metió en una fortaleza. Luego marchó sobre Roma y estaba a punto de entrar en ella cuando Gregorio IX murió súbitamente (22 de agosto de 1241). Federico, entonces, quedó desconcertado y se puso furioso, pues ya no tenía pretexto alguno para ocupar la ciudad. Porque es un hecho histórico que todo conquistador,

todo político, e incluso todo tirano, necesita un pretexto para hacer lo que hace. La muerte de Gregorio fue la más decisiva defensa de Roma, pues era lo único que podía evitar el ataque del Emperador.

Celestino IV, el nuevo Papa, estaba enfermo y era muy anciano. Su pontificado solo duró diecinueve días. A su muerte, la sede de San Pedro quedó vacante durante año y medio, hasta que Federico decidió liberar a los prelados que había apresado.

El siguiente Papa fue Sinibaldo de Fieschi, que tomó el nombre de *Inocencio IV*. Al principio de su pontificado, Federico se mostró algo más conciliador, pero luego volvió a ser el que siempre había sido. Sin la menor provocación, atacó la ciudad pontificia de Viterbo, y el Papa, temiendo que marchara sobre Roma, huyó a Francia, donde se enteró de que los sarracenos habían vuelto a apoderarse de Jerusalén. Allí convocó un *Concilio Ecuménico*, que se celebró en Lyon. En él, declaró a Federico excomulgado y depuesto.

Hay una terrible verdad en un proverbio, acuñado en Francia siglos más tarde, que dice que *«qui mange du Pape, en meurt»* («Quien come Papa, muere»). Todo se le torció a Federico. Su mejor consejero, Pietro della Vigna, le traicionó; el sitio de Parma terminó en derrota; su hijo favorito, Enzio, fue hecho prisionero en Bolonia y él mismo cayó enfermo de disentería. En su lecho de muerte, se arrepintió de sus crímenes, y el Arzobispo de Palermo le administró los últimos sacramentos (año 1250).

Inocencio IV regresó a Roma. Los Hohenstaufen trataron de reanudar las hostilidades y otro hijo de Federico, Manfredo, logró algunos éxitos hasta que el hermano del rey Luis IX de Francia, *Carlos de Anjou,* desembarcó en Italia y derrotó a Manfredo y luego a su hijo Conradino, al que hizo prisionero. Carlos, que era un hombre duro y cruel, mandó decapitarlo. Así acabó la dinastía de los Hohenstaufen, una de las más violentas y arrogantes que jamás haya existido.

La Inquisición Papal contra las herejías

El peligro de las herejías no había pasado. Los albigenses seguían proliferando. Para comprender la situación creada cuando alguien, en una familia cristiana, se hacía albigense, bastará con poner un ejemplo. Una de las hijas de esa familia, de repente, se niega a comer cualquier cosa que no sea fruta. Luego, rompe su compromiso matrimonial con un joven excelente, de muy buena familia. Cuando sus padres le preguntan por qué obra así, dice que la comida envenena el alma y que casarse es cometer un pecado horrendo. Sus padres tratan de convencerla de que todo eso es absurdo y que de no ser por ese «pecado» se acabaría el mundo, pero ella no da su brazo a torcer. Confía ciegamente en su maestro albigense. El desconcertado padre y el desairado prometido van a verle y, tras una violenta discusión, le dan una paliza y queman su casa. Otros albigenses vienen en su ayuda y se inicia una batalla campal. El pueblo se rebela contra una herejía que, llevada a sus últimas consecuencias, significaría la extinción de la humanidad. Los ánimos se exacerban y basta con señalar con el dedo a un maestro albigense para que la multitud enfurecida le saque a rastras de la ciudad y lo lapide. Menudean las denuncias, a veces falsas, y los delincuentes aprovechan la ocasión para saquear las casas de los albigenses ricos…

La situación se deteriora cada vez más y a Roma llegan informes que escandalizan al Papa. Es preciso que la Iglesia intervenga, que haga algo… Se establecen tribunales especiales a cargo de los obispos y, finalmente, Gregorio IX decide, en 1233, tomar cartas en el asunto para poner coto a los excesos de las turbas enfurecidas; en el futuro, será la autoridad de la Iglesia la que decidirá quién es hereje y quién no.

Tal fue el origen de una institución que ha constituido una especie de caballo de batalla para los enemigos de la Iglesia: *la Inquisición Papal*.

Los inquisidores viajaban de ciudad en ciudad para juzgar y dictar sentencia en los casos de herejía que se presentaban ante ellos. En caso de que el acusado de herejía reconociera su culpa y se arrepintiera, la sentencia consistía en una simple amonestación; si no se arrepentía, se le encarcelaba y solo en caso de contumacia se le condenaba a muerte. Ahora bien, los tribunales eclesiásticos de la Inquisición nunca ejecutaban la sentencia ni infligían castigos corporales; se limitaban a entregar al hereje al «brazo secular». En

aquella época, era práctica común, en los juicios civiles, usar la tortura para hacer confesar al acusado, algo que, por mucho que repugne a nuestra mentalidad, se sigue practicando todavía en muchos países del mundo, especialmente en aquellos que hacen gala de ateísmo y se oponen abiertamente a la Iglesia y a la religión.

Es preciso dejar perfectamente claros los siguientes puntos:

1º— No hay que confundir la *Inquisición Papal* con la *Inquisición española*, creada tres siglos más tarde, que era una institución real, con diferentes características; de ella hablaremos en su momento.

2º— La Inquisición Papal hay que juzgarla en el marco de la época en que surgió. En la Edad Media, un ladrón solía ser condenado a muerte y un asesino, sometido a terribles torturas antes de morir. En pleno siglo XVI, un acusado de alta traición solía ser descuartizado vivo… La Iglesia no inventó esos castigos. Lo más que puede decirse es que no fue capaz de acabar con ellos.

3º— En la Edad Media, todo el mundo coincidía en dar más importancia al alma que al cuerpo. Si se castigaba tan severamente a quien mataba corporalmente a un hombre, no es extraño que se castigara con mucha más severidad aún a quien mataba el alma apartándola de la verdadera Fe, como hacían los herejes. Un razonamiento que convencía a todo el mundo.

4º— Caer en la herejía era apostatar, es decir, caer en la rebeldía, en una especie de *motín* espiritual. Un delito que, en los barcos, se castigaba, hasta hace poco, con la horca. Sin embargo, ya en el siglo IV, dos grandes santos, Ambrosio de Milán y Martín de Tours, protestaron airadamente cuando algunos obispos españoles condenaron a muerte a un grupo de herejes priscilianos, e incluso pidieron al Papa que los excomulgase.

5º— Todo organismo vivo evoluciona, se perfecciona. El hecho de que la sociedad, actualmente, critique una institución medieval como la Inquisición y le parezca vituperable, se debe, paradójicamente, a la influencia del cristianismo y de la misma Iglesia, que no ha cesado de clamar, cada vez con más fuerza, a favor del perdón, la caridad y la no violencia. Dicho de otra manera: quienes ahora atacan a la Iglesia a causa de la Inquisición medieval, lo hacen, aunque no lo sepan, porque la religión del Amor, gracias a esa misma Iglesia, ha influido poderosamente en el corazón de los hombres, incluido el suyo.

6º— No obstante, como católicos no podemos enorgullecernos de un san Francisco de Asís o un santo Domingo de Guzmán sin lamentar al mismo tiempo que existiera la Inquisición, como un marino que ama su profesión lamenta los crueles castigos que se aplicaban a bordo

en tiempos tan recientes como los de Napoleón. Sería deshonesto, en efecto, exculpar a la Inquisición, pero, ante las exageraciones y distorsiones —cuando no calumnias— de que ha sido objeto, convenía tratar de dejar clara la verdad.

En sus comienzos, la Inquisición fue confiada a los dominicos y a los franciscanos; luego, solo a los hijos de santo Domingo, aunque él mismo no tuvo nada que ver con ella; al contrario, siempre trató de convertir a los herejes utilizando medios pacíficos. En cualquier caso, es una estupidez imaginar a los inquisidores como monstruos sedientos de sangre que disfrutaban torturando a sus víctimas. Tal vez se diera algún caso de vesania, pero generalizar es tanto como suponer que todos los militares son borrachos porque algunos beben. Los casos excepcionales son siempre los que atraen la atención de la opinión pública. Se ha hablado mucho de los herejes torturados, empalados o quemados en la hoguera, pero nadie se acuerda de los miles y miles que fueron exculpados o perdonados tras una amonestación más o menos severa. La Congregación del Santo Oficio, conocida popularmente como «El Tribunal de la Inquisición», ha desaparecido. Pero, para conservar el *depositum fidei*, la Iglesia siempre tendrá que examinar, a la luz del Evangelio, doctrinas y teorías de dudosa ortodoxia, condenándolas cuando sea preciso. Es la labor que actualmente lleva a cabo la Congregación para la Doctrina de la Fe, sucesora del Santo Oficio.

Santo Tomás de Aquino, el «Doctor Angélico»

En la misma época en que se creaba la Inquisición y proliferaba la herejía, surgía en el sur de Italia una de las mentes más lúcidas, potentes y ordenadas de todos los tiempos: la de Tomás de Aquino.

A los cinco años, sus padres le enviaron a la escuela monástica de la Abadía de Montecasino, y lo primero que hizo fue preguntar al abad cómo era Dios. A lo largo de toda su vida no haría otra cosa que tratar de responder a esa pregunta.

Cuando Federico II, enfurecido por la actitud de los monjes (a favor del Papa), mandó quemar Montecasino (uno de sus muchos actos de venganza que le hicieron famoso), el joven Tomás marchó a la Universidad de Nápoles, donde estableció contacto con algunos dominicos que le animaron a entrar en la Orden. Tenía solo dieciocho años y cuando su madre, la altiva Condesa de Aquino, se enteró, montó en cólera. No podía soportar que su hijo, un Aquino, se hiciese fraile de una Orden mendicante, que se convirtiera en una especie de pordiosero. Y, cuando supo que había sido trasladado a Roma en secreto, marchó a la Urbe, fue a ver al Papa y le pidió que le devolvieran inmediatamente a su hijo. Cuando Inocencio IV le dijo que lo dejara todo en las manos de Dios, se enfureció todavía más y envió a sus dos hijos mayores, con una patrulla de hombres armados, a «rescatarle». Una vez logrado su propósito, lo encerraron en un castillo propiedad de la familia y trataron, sin éxito, de disuadirle. Al fin logró escapar, se unió a sus hermanos dominicos y se trasladó a París con algunos de ellos y luego a Colonia, donde tuvo como maestro a uno de los grandes sabios de la época: Alberto de Regensburgo, más conocido como *san Alberto Magno*. Tomás era bastante reservado y poco expresivo, por lo que sus compañeros de estudio le llamaban «el buey mudo». Cuando Alberto se enteró, se encaró con ellos y les dijo: «Los mugidos de este buey se oirán un día en el mundo entero». Lo que no sabía era que Tomás permitía que lo tomaran por corto de inteligencia para no caer en la vanidad o el orgullo.

Maestro y discípulo eran plenamente conscientes de uno de los más graves peligros de la época: la quiebra entre la Fe y la Razón, una quiebra tan profunda que algunos intelectuales pensaban que eran como dos líneas paralelas y, por lo tanto, los filósofos cristianos debían evitar a toda costa chocar con los teólogos, pues las conclusiones de estos, si bien eran necesarias, no tenían por qué ser

necesariamente verdaderas… Lo cual, evidentemente, vaciaba de contenido a la verdad.

Alberto y Tomás, pues, emprendieron la ardua tarea de evitar ese peligro «bautizando» la filosofía, especialmente la de Aristóteles, una labor capaz de dejar exhaustos a veinte eruditos.

Tomás de Aquino no tardó en convertirse él mismo en maestro, y los discípulos empezaron a acudir a él desde toda Europa.

Este gigante intelectual —y físico— era el hombre más sencillo, sereno y humilde que haya existido, lo cual no obsta para que reaccionara enérgicamente cuando se atacaban cosas que, para él, eran sagradas. Cuando un grupo de profesores universitarios trató de evitar que franciscanos y dominicos enseñaran en las universidades, llegando a proponer al Papa que disolviera ambas órdenes tras lanzar sobre ellas graves acusaciones. San Buenaventura, el gran místico y teólogo franciscano (el «Doctor Seráfico» de la Iglesia), y dos dominicos —san Alberto Magno y santo Tomás de Aquino— defendieron su causa con tal energía y brillantez ante un tribunal formado por Cardenales de la Curia, que triunfaron por completo.

El rey *Luis IX de Francia*, que también sería canonizado después de su muerte, solía invitar a Tomás a su mesa. Una vez, Tomás, que llevaba un rato como absorto, dio un puñetazo que hizo rodar copas y saltar platos y exclamó: «¡Esto resuelve el problema del Mal!». Entre los comensales se hizo un silencio impresionante. ¿Cómo reaccionaría el rey ante actitud tan incorrecta? El monarca se limitó a hacer venir a su secretario, con recado de escribir, para que Tomás le dictara lo que había descubierto, no se le fuera a olvidar… Quizá no haya mejor ejemplo de la cortesía y de la amabilidad de los santos que esta pequeña anécdota ocurrida entre un rey santo y un fraile santo.

Entre las innumerables obras filosóficas y teológicas que escribió santo Tomás de Aquino, destacan la *Summa Theologiae* y la *Summa contra Gentiles*, auténticas enciclopedias del saber que marcan la cumbre de la escolástica. Muchos de sus argumentos y razonamientos siguen siendo de una enorme eficacia en la defensa de la ortodoxia católica frente a las modernas herejías. En ellas, la Fe y la Razón no solo se armonizan, sino que la Razón *conduce* a la Fe. Tomás demostró, con argumentos contundentes, que, si bien hay cosas en la Fe que superan la Razón, no hay en ella nada que la contradiga.

Por deseo del Papa *Urbano IV*, Tomás redactó el Oficio y la Misa de la festividad del *Corpus Christi*, en honor del Santísimo Sacramento. El Papa Urbano había sido arcediano en Lieja (Bélgica), donde una monja cisterciense, en una visión, concibió la idea. Gracias a Tomás,

que cumplió el encargo del Papa, tenemos esos conmovedores himnos litúrgicos que son el *Pange lingua* y el *Tantum ergo*, así como esas bellísimas oraciones para antes y después de la Sagrada Comunión.

De nuevo en Nápoles —donde muy a su pesar fue recibido en triunfo—, prosiguió dando clases y trabajando en sus obras, pero a raíz de una visión que tuvo en la iglesia de San Nicolás, mientras celebraba Misa, no volvió a escribir nada más, pues, como dijo a su secretario, «todo lo que he escrito es como paja, en comparación con lo que he visto». A pesar de todo, cuando el nuevo Papa *Gregorio X* le ordenó asistir al *Concilio de Lyon* (el decimocuarto Ecuménico), se puso en camino inmediatamente. Pero, a poco de partir, cayó gravemente enfermo y tuvo que cobijarse en el monasterio benedictino de Fossa Nova. Cuando supo que se moría, hizo una confesión general con su secretario y amigo, Fray Reginaldo de Piperno, que salió de la alcoba llorando y murmurando: «Dios mío… Los pecados de un niño de cinco años… En toda su vida, solo unos pecadillos…».

En el gran poema épico *Tristán e Isolda*, esta muere de amor. Tomás, también. Tras aquella visión, no anhelaba otra cosa que unirse definitivamente con su Maestro y Señor. Su inmenso legado filosófico y teológico, al cabo de una vida de menos de cincuenta años, es uno de los más ricos que santo alguno dejó a la humanidad y a la Iglesia, que pronto lo canonizó y le otorgó el título de *Doctor Angélico*.

Una gran época empezaba a declinar. Los grandes santos del siglo XIII fueron muriendo uno tras otro. Domingo de Guzmán, en 1221; Francisco de Asís, en 1226; Luis de Francia[*], en 1270; Tomás de Aquino, en 1274; San Buenaventura, en 1275; San Alberto Magno, en 1280.

[*] Luis IX de Francia (1215-1270) murió de la peste ante las murallas de Túnez, a su regreso de una Cruzada (la octava) organizada por él mismo, que fracasó. Fue canonizado en el año 1297 por Bonifacio VIII. Era primo de Fernando III el Santo, rey de Castilla (1217-1252), también canonizado por la Iglesia en el año 1671 (Nota del Traductor).

Capítulo XIII

LA CAUTIVIDAD DE AVIÑÓN Y EL CISMA DE OCCIDENTE

El Papado gozaba de un inmenso poder. Por eso, era más importante que nunca que el Vicario de Cristo en la tierra fuera enérgico, inteligente y, sobre todo, santo. Ahora bien, aun siendo de institución divina, la Iglesia está formada por hombres, y, si bien el Señor había prometido que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, no dijo que los sucesores de Pedro serían perfectos e impecables; de hecho, hasta el mismo Pedro había tenido sus fallos.

En vísperas de iniciarse un nuevo siglo, el catorce, el conflicto surgió a causa de un enfrentamiento entre el Papa y el país que más firmemente había apoyado al Papado desde los tiempos de Carlomagno: Francia.

El rey *Felipe IV* (1285-1314), conocido como el *Hermoso* (otros habían merecido sobrenombres menos gratos, como el Gordo o el Calvo), necesitaba urgentemente llenar las arcas del Tesoro, y no se le ocurrió nada mejor que gravar al clero con brutales impuestos. El clero, naturalmente, apeló al Papa, que era *Bonifacio VIII* (1294-1303), —antes había sido Cardenal Benedicto Gaetani, hombre tan enérgico y tenaz como Inocencio III, pero también rudo y testarudo a veces. Tras una agria disputa con la poderosa familia romana de los Colonna, mandó destruir sus castillos, por lo que, temerosos por sus vidas, muchos de sus miembros —entre ellos, dos cardenales— habían buscado refugio en Francia.

Ante las quejas y lamentaciones del Clero francés por unos impuestos que consideraban ilícitos —y lo eran—, Bonifacio VIII promulgó la Bula (de la palabra latina *bulla,* sello que se sujetaba con una cinta a un documento oficial) *Clericis laicos* (1296) y amenazó al rey Felipe IV con la excomunión si no daba marcha atrás. La respuesta del monarca fue embargar todo el oro y la plata. A pesar de todo, se llegó a un compromiso, y el Jubileo del año 1300 pudo celebrarse en paz, entre otras cosas porque el Papa, con ese motivo, canonizó a Luis IX, abuelo de Felipe (que por cierto no se parecía en nada a su santo predecesor).

Felipe no tardó en romper su compromiso. Lo primero que hizo fue falsificar la Bula papal, por lo que Bonifacio promulgó otra, la *Unam Sanctam*, estableciendo los derechos de la Iglesia con una energía inusitada. Entonces, el rey, a través de su primer ministro, Guillermo de Nogaret, lanzó sobre el Papa terribles acusaciones: que Bonifacio era un hereje, que había comprado su cargo, que no creía en la inmortalidad del alma, que había matado a su predecesor, que tenía un demonio encerrado en su alcoba… Cosas que ni los mismos acusadores podían creerse. Lo cual no obsta para que, sobre la base de este batiburrillo de disparates, pidieran que el Papa fuera depuesto y se procediera a una nueva elección.

Aunque las acusaciones eran ridiculas, como procedían de un monarca poderoso (incitado y ayudado por los fugitivos cardenales Colonna), el Papa convocó un Consistorio en Anagni, donde declaró, bajo juramento, que eran falsas. Luego se dispuso a excomulgar a Felipe, pero el día antes de que la ceremonia tuviera lugar, Guillermo de Nogaret, ayudado por Sciarra Colonna y otros «gibelinos», hizo una incursión relámpago en Anagni y capturó al Papa (7 de septiembre de 1303). Sometido a un trato indigno —llegaron a abofetearle—, trataron por todos los medios de hacerle abdicar o revocar las bulas, pero Bonifacio se negó a hacerlo. Ante su firmeza, sus raptores empezaron a debatir qué hacer con aquel hombre «obstinado». ¿Matarle? ¿Llevárselo secuestrado a Francia?… Estaban todavía discutiendo cuando empezaron a sonar las campanas de las iglesias de Anagni, lo que hizo que los ciudadanos se movilizaran en ayuda del Papa, obligando a huir a los raptores. Bonifacio regresó a Roma, sin embargo, no pudo superar la dolorosa impresión de aquel incidente y pocas semanas más tarde murió (11 de octubre de 1303). Con su muerte, el poder temporal de los Papas empezó a debilitarse.

Benedicto XI (1303-1304), el sucesor de Bonifacio, era dominico, y nada más iniciar su pontificado excomulgó a Sciarra Colonna y a Guillermo de Nogaret, pero no a Felipe IV. Trató de apaciguar los ánimos y de conciliar a ambos bandos, pero no tuvo tiempo, pues murió un año más tarde.

Tras un cónclave que duró diez meses, los cardenales terminaron por ponerse de acuerdo y, a instancias de un astuto miembro de la familia Orsini que se llamaba Napoleón (es decir, «napolitano»), eligieron a Bertrand de Got, arzobispo de Burdeos, que tomó el nombre de *Clemente V* (1305-1314) y, ante la sorpresa de todo el mundo, se hizo coronar Papa en Lyon, en presencia de Felipe IV.

Clemente era un hombre bondadoso y débil, que padecía una cruel enfermedad, y el monarca francés ejercía sobre él una gran influencia. Por eso no le costó trabajo convencerle de que se quedase en Francia, tanto más cuanto que tenía miedo de volver a aquel nido de rivalidades y rencillas que era Roma, dominada por unas cuantas familias nobles y poderosas. Así pues, se instaló en Aviñón, que se convertiría en residencia de los Papas durante setenta años. Un período conocido en la historia de la Iglesia como «la nueva cautividad de Babilonia».

Felipe IV logró también que Clemente V hiciese cardenales a *veintitrés* prelados franceses, los cuales, naturalmente, se opondrían al regreso del Papa a Roma… Finalmente, el Papa Clemente accedió al procesamiento de los *Caballeros Templarios*, acusados de crímenes muy semejantes a los que se habían atribuido a Bonifacio VIII, más la inmoralidad, la usura y la brujería.

La verdad pura y simple era que el rey quería apoderarse de las numerosas posesiones y riquezas de la Orden. Por otro lado, gran parte de la opinión pública estaba en contra de los Templarios, pues con el paso del tiempo se habían hecho prepotentes y arrogantes. Lo cual no justifica en absoluto que fueran sometidos a horribles torturas para hacerles «confesar sus crímenes», ni que el Maestre General de la Orden fuera quemado vivo en presencia de una multitud hostil y despiadada.

En todo este lamentable y bochornoso asunto, el Papa trató de evitar lo peor, pero cedió ante las amenazas del rey. Con todo, solo accedió a disolver la Orden; el juicio y las subsiguientes ejecuciones se llevaron a cabo por orden de Felipe IV.

Debilitamiento del poder y del prestigio del Papado

Mientras tanto, en Italia, el sentimiento antifrancés se extendía por todas partes. No solo las grandes familias romanas (enzarzadas en sus rencillas en torno al Papado), sino todos los italianos, veían con muy malos ojos la creciente influencia de Francia y de los cardenales franceses en la Iglesia. En esto estaban de acuerdo todas las ciudades, repúblicas y Estados de la península, por muchas que fueran las disputas que los dividían. Desgraciadamente no era solo un sentimiento nacionalista; se apoyaba en sólidas razones, pues los Papas de Aviñón, unas veces voluntariamente y otras forzados, habían perdido su prestigio al actuar como marionetas en manos de los reyes de Francia. Algo de lo que, naturalmente, los demás príncipes de los reinos cristianos se aprovechaban para hacer lo que les venía en gana.

La «Imitación de Cristo» y la «Divina Comedia»

En el ámbito intelectual —filosófico, teológico y literario—, las cosas discurrían por otros cauces. En agudo contraste y tal vez como reacción ante el frío intelectualismo de algunos escolásticos, empezaron a aparecer una serie de místicos cuyas obras enseguida tuvieron un gran éxito. Las de Eckhard (1327), Taulero (1361) y Suso (1366) (los tres, dominicos), fueron leídas en toda Europa con apasionamiento, pero la que alcanzó más éxito fue la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, que todavía goza de merecida fama.

Entre 1314 y 1321, un florentino, *Dante Alighieri*, escribió una obra estrictamente literaria, pero impregnada de sentido religioso: la *Divina Comedia*, una de las cumbres de la literatura de todos los tiempos. Si la *Imitación de Cristo* marcó un hito en la mística y en la ascética, la *Divina Comedia* lo marcó en el arte poético. El hecho de que Dante osara situar en el cielo, en el purgatorio y en el infierno a personajes históricos cristianos y paganos de todos los tiempos, pronunciando una sentencia que la Iglesia nunca se ha atrevido a dar —ni siquiera en el caso de Judas Iscariote—, fue uno de los grandes hallazgos literarios de este genio de la literatura universal.

Apasionados tumultos unidos a las necesidades reales provocaron el ascenso y la caída de *Cola di Rienzo*. El pueblo de Roma, harto de los constantes enfrentamientos de los nobles, le puso al frente de una embajada que se desplazó a Aviñón, para pedir al Papa Clemente VI que volviese a Roma. Este no quiso regresar, pero le cayó bien el enviado y le nombró notario papal. De vuelta a Roma, Cola di Rienzo organizó una revuelta popular, que triunfó. Nombrado «Tribuno del pueblo», se convirtió virtualmente en amo y señor de la Ciudad Eterna, iniciando una nueva era que parecía iba a ser mejor. Pero quiso ir demasiado lejos y, como otros conductores de masas, olvidó que estas son volubles y poco dignas de confianza. Así, los mismos que le habían encumbrado provocaron su ruina. Obligado a huir, se refugió en la corte del Emperador Carlos IV, rey de Bohemia, quien lo mandó a Aviñón. El Papa —*Inocencio VI*— lo envió de nuevo a Roma en compañía del Cardenal Albornoz, un español extraordinariamente hábil, enérgico y capaz. Las masas, desilusionadas con los sucesores de Rienzo, lo recibieron triunfalmente, tras ocupar la ciudad. Pero ya no era el idealista que había sido y, nombrado Senador, empezó a matar a todos sus enemigos. Meses más tarde, moría asesinado (1354).

El sucesor de Inocencio VI era Guillermo Grimoard, abad benedictino, que tomó el nombre de *Urbano V* (1362-1370). Complaciendo los deseos del Emperador Carlos IV (que quería ver el Papado libre de la influencia francesa), del poeta *Petrarca* y de *santa Brígida*, princesa sueca, regresó a Roma, pero no pudo soportar las disputas de los nobles, las algaradas populares y las intrigas políticas, por lo que, a pesar de que santa Brígida le advirtió que moriría si se iba, se volvió a Aviñón, donde, en efecto, murió a poco de llegar.

Gregorio XI y santa Catalina de Siena

La fama de su sucesor, *Gregorio XI* (1370-1378), se debe, sobre todo, a una joven menuda y frágil nacida en la ciudad de Siena (Italia). Se llamaba *Catalina Benincasa* (1347-1380) y era la hija de un tintorero. Cuando tenía solo seis años se le apareció Cristo, y a los siete hizo voto de vivir solo para Él. Sus padres querían que se casara a toda costa, pero ella se cortó el pelo al rape, para descorazonar a los posibles candidatos. Entonces, su madre, enfurecida, le encargó los trabajos más duros de la casa, que ella llevó a cabo alegremente, sin la menor protesta. Pero, cuando santo Domingo, en una visión, le dijo que quería que vistiese el hábito de la Orden, decidió ingresar en las *Mantellate*, nombre por el que eran conocidas popularmente las mujeres que pertenecían a la *Orden Tercera de Santo Domingo* (tanto los franciscanos como los dominicos tenían Órdenes Terceras para miembros seglares —hombres y mujeres— que así podían llevar una vida cristiana santa, según el espíritu de la Orden, sin necesidad de hacerse religiosos y vivir en un convento). Tras dura oposición, los padres de Catalina terminaron cediendo y esta se convirtió en la *mantellata* más joven de todas.

Pronto, muchas personas, incluidos algunos teólogos y obispos, empezaron a considerarla santa. Cuantas veces le tendían trampas teológicas para probar su buena doctrina, salía airosa de la prueba. Tenía el don de sacar el máximo partido de todo el mundo, incluidos sus enemigos y acusadores. Cuando se declaró la peste en Siena organizó una «brigada» con sus amigos y seguidores más fieles que se volcó en ayuda a los apestados, adelantándose así en cinco siglos a Florencia Nightingale, que hizo algo parecido en la Guerra de Crimea (1854). Unas cuantas curaciones espontáneas le dieron fama de hacer milagros.

Concluida la peste, empezó a escribir una serie de cartas a los gobernantes de Italia y de otros países exhortándoles, en los términos más imperiosos, a acabar con sus disputas y divisiones. Y a los obispos y cardenales, incluidos los Legados del Papa, los amonestaba con energía, en nombre de Cristo, a reformar su propia vida y emprender la reforma del clero.

La Repúbica de Florencia, ferozmente antifrancesa, quiso, sin embargo, imitar a Felipe IV y gravó al clero con unos impuestos claramente ilegales. Se produjeron actos de violencia contra buen número de sacerdotes, que quedaron impunes. Entonces, la *Señoría* —

el Senado de la ciudad— se alió con Milán, Bolonia y otras ciudades —la *Liga Toscana*— y se enfrentaron al Papa y a sus legados, que eran franceses.

Gregorio XI tenía mucha paciencia. Invitó a los 59 jefes de la Liga a parlamentar con él, pero solo tres acudieron a Aviñón, más como jueces que como parlamentarios. Entonces, irritado, puso a Florencia en estado de entredicho*. Los florentinos, temerosos de las consecuencias de esta medida, decidieron pedir a Catalina que se desplazara a Aviñón e intercediera a su favor ante el Papa. Así lo hizo, logrando calmarle; pero luego, pasando del miedo a la insolencia, enviaron otra embajada que la desautorizó y destruyó toda su labor en favor de la conciliación.

Catalina, entonces, se dedicó con renovados bríos a la tarea fundamental que la había llevado a Francia: convencer al Papa para que regresara a Roma. Su principal argumento era que el sucesor de san Pedro era obispo de Roma y debía regresar a su diócesis… Incansable, suplicó, amonestó, animó e incluso amenazó a Gregorio XI —que era un hombre bueno, pero dubitativo y débil— y, a la postre, logró su propósito.

A pesar de las protestas y la resistencia de los cardenales franceses, el Papa regresó a Roma, donde fue objeto de un clamoroso recibimiento. Pero el entusiasmo no duró mucho. Las rencillas, las facciones y la indisciplina del populacho hicieron fracasar los intentos de restablecer el orden. Gregorio XI, amargado, empezó a vacilar de nuevo y Catalina corrió en su apoyo, logrando restablecer la paz con Florencia y acabar con la Liga. Gregorio murió poco antes de que se firmara la paz, pero su sucesor lo hizo.

El cisma

El sucesor de Gregorio XI —el primer italiano después de siete Papas franceses— era Bartolomeo Prignani, Arzobispo de Bari, que tomó el nombre de *Urbano VI*.

Aunque su elección fue válida, los cardenales no tardaron en darse cuenta de que se habían equivocado, pues era un hombre duro, que le cantaba las cuarenta a cualquiera a la menor provocación, e incluso sin ninguna provocación. Los cardenales franceses, entonces, se pusieron de acuerdo para declarar que la elección había sido nula, por haberse efectuado bajo coacción. Acto seguido eligieron al Cardenal Roberto de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII. Había sido legado papal en Italia y la mayoría de los italianos le odiaban. Sin embargo, tenía dos cosas a su favor, decisivas para los cardenales franceses: era pariente del Rey de Francia y estaba dispuesto a residir en Aviñón.

Así empezó el Cisma de Occidente, con terribles consecuencias para la Iglesia y para toda la cristiandad, que se dividió en dos bandos.

Catalina de Siena corrió de nuevo a Roma, para ponerse a disposición de Urbano VI y batalló a su favor de manera casi sobrehumana. Murió sintiendo todo el peso de la nave de la Iglesia, que zozobraba, sobre sus frágiles hombros (1380). No vio el fin del lamentable Cisma, que duraría todavía treinta y siete años, pero su sacrificio dio fruto: Roma ya no sería abandonada voluntariamente jamás por sus obispos, los Papas.

* El entredicho papal suponía el aislamiento de una ciudad, pues las demás ciudades no podían ya mantener relación alguna con ella, so pena de excomunión. Suponía también la supresión de todo culto público (Nota del Traductor).

Capítulo XIV

EL FIN DE LA EDAD MEDIA

En aquellos treinta y siete años se hicieron innumerables gestiones —unas acertadas y otras no— para acabar con el Cisma. Se formularon infinidad de planes y proyectos, algunos de los cuales alteraban la constitución misma de la Iglesia. Mientras tanto, había dos Papas, uno en Roma y otro en Aviñón, y dos obediencias… Dos obispos se disputaban una misma sede episcopal y dos sacerdotes, una misma parroquia.

Por fin, en el *Concilio de Constanza* (1414), se logró poner fin a aquel caos de papas y antipapas. Ciento ochenta y cinco obispos, trescientos doctores en teología y en derecho, y miles de sacerdotes y dignatarios seglares depusieron y arrestaron al antipapa, que se hacía llamar Juan XXIII. El Papa de Roma, Gregorio XII, abdicó voluntariamente, y el que en Aviñón quiso suceder a Juan XXIII fue excomulgado.

El 11 de noviembre de 1417, un cónclave constituido por veintitrés cardenales y treinta prelados procedentes de Italia, Francia, Inglaterra y España elegían —tras tres años de discusiones— al Cardenal Oddone Colonna, que tomó el nombre de *Martín V* (1417-1431).

Roma estaba arruinada. El abandono de la ciudad por los Papas, las guerras, las rencillas y las epidemias habían dejado la población reducida a unos diez mil habitantes. Monumentos, iglesias y edificios públicos se desmoronaban… Roma necesitaba ser reconstruida y Martín V se puso manos a la obra.

Pero no todo había sido malo en aquel período que ahora concluía. Casi todos los Papas de Aviñón habían sido hombres buenos y sabios, y uno de ellos, Urbano V, sería beatificado quinientos años más tarde.

Las herejías

El Concilio de Constanza se preocupó también de la *causa fidei,* es decir, de mantener la pureza de la Fe. Ello significaba salir al paso de las enseñanzas de *John Wycliffe*, sacerdote y profesor en la Universidad inglesa de Oxford, y de *John Huss*, de Praga.

La doctrina de Wycliffe era una especie de avanzadilla del protestantismo, pero más radical todavía. Pretendía acabar con todo lo que la Iglesia había hecho a lo largo de catorce siglos y volver a los «primeros tiempos»… Había que abolir el Papado, la jerarquía episcopal, el sacerdocio, la confesión y la Misa. Los cristianos debían vivir en la pobreza. La única fuente de conocimiento era la Sagrada Escritura y, para salvarse, bastaba con leerla y meditarla… Sin duda, no se daba cuenta, o no quería enterarse, de que todo lo que pretendía destruir se basaba o bien en la Escritura, como el primado de Pedro (y, por tanto, de sus sucesores), la Misa y los demás sacramentos, o bien sobre las tradiciones de aquellos «primeros tiempos». Es más, esa misma Iglesia que Wycliffe quería destruir la que había definido cuáles eran Escrituras Sagradas y cuáles no.

Triste cosa es querer retrasar el reloj de la historia. Los que eso pretenden no se percatan de que la Iglesia es un organismo vivo, en constante desarrollo. Por eso, no puede volver atrás, lo mismo que un adulto no puede volver a ser niño.

La idea de Wycliffe, por otra parte, tampoco era original. Ya los lolardos, en Inglaterra, habían predicado algo parecido y habían sido condenados, lo mismo que Wycliffe, en un sínodo celebrado en Londres.

Sin embargo, era un signo de aquel tiempo —y de otros por venir — el que esas pretendidas «reformas», que querían hacer tabla rasa de todo, gozasen de gran popularidad, seguramente a causa de la corrupción y el lujo con que vivían numerosos clérigos.

John Huss, que predicaba más o menos lo mismo por Bohemia, fue condenado en el Concilio de Constanza, pero se negó a retractarse y, entregado al brazo secular, fue quemado en la hoguera. La herejía no terminó con eso. Para mucha gente, en su tierra empezó a ser un mártir, y los *hussitas* se convirtieron en una peligrosa secta. Pronto se extendieron por Alemania, incendiando, saqueando, matando, hasta que en el año 1433 fueron derrotados en una sangrienta batalla campal en Bohemia.

Mientras tanto, una terrible guerra, que parecía interminable, enfrentaba a Francia con Inglaterra. Los ingleses ocupaban gran parte del territorio francés y parecían invencibles. Para colmo, el poderoso Duque de Borgoña se había convertido en su aliado. Carlos VII de Francia, ni siquiera podía ir a Reims para ser allí coronado[*], pues los ingleses habían interceptado las comunicaciones con París y sitiaban la ciudad de Orleans, cuya rendición parecía inminente.

Así estaban las cosas cuando una joven campesina de Domrémy, en Lorena, se presentó en la corte de Carlos, en Chinon. Se llamaba Juana de Arco y tenía solo diecisiete años. Decidida, declaró que había oído a santa Catalina de Alejandría, a santa Margarita y a san Miguel Arcángel, y que «las voces» le habían ordenado forzar a los ingleses a levantar el sitio de Orleans, coronar al rey en Reims y salvar a Francia. Carlos VII era un hombre débil, pero no tan estúpido o tan necio como para creer algo tan absurdo. Sin embargo, cuando Juana adivinó sus más íntimos pensamientos, empezó a vacilar. La sometió a una prueba con sus mejores teólogos, de la que salió airosa. Finalmente, la puso al frente de su ejército.

Los generales franceses trataron de convertirla en una figura meramente decorativa, pero no tardaron en descubrir que salían derrotados cuando seguían sus propios planes y triunfaban cuando seguían los de ella. Y tenía sus planes, vaya si los tenía… Logró que los ingleses levantaran el asedio a Orleans y entró en la ciudad a caballo, cubierta con una armadura y empuñando un estandarte. Venció a los in-vencibles ingleses en todas las batallas, condujo a Carlos VII a Reims y colocó en su cabeza la antigua corona de los reyes de Francia.

Cumplida su misión, quiso retirarse y regresar a su aldea, pero el rey y sus consejeros no se lo permitieron. Tras un ataque a París, que fracasó, los borgoñones la hicieron prisionera y la entregaron a los ingleses a cambio de 6.000 francos.

Conducida a Rouen, los ingleses la acusaron de brujería. El juicio fue completamente ilegal. El Obispo Cauchon, de Beauvais, que presidía el tribunal, no tenía jurisdicción en Rouen. Estaba sentenciada antes de empezar el juicio, pues los ingleses querían quitársela de encima. La condenaron a morir en la hoguera y ejecutaron la sentencia el 30 de mayo del año 1431. Sus últimas palabras fueron una invocación a Jesús, y un noble inglés, viendo

aquello, estalló en sollozos. «Estamos perdidos», murmuró. «¡Hemos quemado a una santa!».

Estaba en lo cierto. Unos años más tarde, los franceses expulsaban a los ingleses de Francia. El Obispo Cauchon moría poco después de celebrado el juicio, de repente, sin tener tiempo de recibir los últimos sacramentos. Otro de los jueces contrajo la lepra.

La madre de Juana y el rey pidieron al Papa que revisara el juicio, y *Calixto III* (1455-1458), tras leer los documentos, abrió de nuevo el caso (1456). La sentencia fue declarada nula y revocada «por fraude, calumnia, iniquidad, contradicciones y errores manifiestos de hecho y de derecho».

En el año 1909, san Pío X proclamó a Juana beata y, en 1920, el Papa Benedicto XV la canonizó.

El Mariscal Foch, comandante en jefe de las fuerzas aliadas durante la Primera Guerra Mundial y director de la Escuela de Oficiales del ejército francés, afirmaría que «la Doncella de Orleans» había sido una brillante estratega y que sus campañas constituían un ejemplo de táctica militar.

Una vez más, como con santa Catalina de Siena, el Señor había puesto de manifiesto su omnipotencia permitiendo que una simple campesina sin educación, sin conocimientos y sin cultura, venciese a los mejores teólogos, militares y estrategas. Y, una vez más, mostró que lo que parecía un fracaso a los ojos del mundo era en realidad un triunfo. El triunfo de la Cruz.

Durante el pontificado del sucesor de Martín V, *Eugenio IV* (1431-1447), se celebró el *Concilio de Basilea,* que constituyó en realidad una prueba de fuerza. Lo que se discutía era si un Concilio Ecuménico estaba o no por encima del Papa. En realidad, lo que se trataba de evitar era un nuevo cisma, pero, al mismo tiempo, ponía de manifiesto las ambiciones de algunos obispos, que no querían estar sometidos al Papa.

Las distintas sesiones del Concilio fueron tempestuosas; unas veces el Papa disolvía el Concilio y otras los Padres conciliares declaraban herético al Papa, por no reconocer la superioridad del Concilio. Incluso se produjo un nuevo cisma que duró diez años, con un antipapa Félix V, que, tras perder el apoyo de sus pocos seguidores, terminó renunciando. *Aquí se acabó ese azote* de la Iglesia que fueron los antipapas. Eugenio IV había ganado la batalla.

El Concilio de Basilea se trasladó primero a Florencia y luego a Roma (abril 1442), hasta que, finalmente, se reconoció y se declaró *solemnemente la primacía del Papa.*

Otro gran triunfo del Papa fue poner fin —desgraciadamente por poco tiempo— al Cisma de la Iglesia de Oriente. El Emperador Juan VIII Paleólogo se mostró dispuesto a la unión con Roma, sobre todo porque temía un inminente ataque de los turcos y quería contar con la ayuda de los príncipes occidentales. La Iglesia bizantina aceptó la introducción del «Filioque» y la unión se llevó a cabo.

También se alcanzó un acuerdo con los jacobitas y con las Iglesias de Siria y Mesopotamia, así como con algunos sectores de la Iglesia caldea y la maronita, del Líbano.

Un concordato con los príncipes alemanes cerró aquel gran pontificado.

[*] Era tradicional que los reyes de Francia fueran coronados en la catedral de Reims (Nota del Traductor).

Capítulo XV

LA IGLESIA DEL RENACIMIENTO

Entramos ahora en un período de la historia de la Iglesia que fue al mismo tiempo maravilloso y terrible, brillante y desastroso, venturoso y triste: el del *Renacimiento*. Nunca, como entonces, había sido testigo de tanta magnificencia y de tanto horror, de tanto heroísmo y de tantas deserciones. Nunca se habían cometido errores tan graves y aciertos tan señalados. Nunca había habido tantos santos…

En cierto sentido, Dante, con su *Divina Comedia*, fue un precursor del Renacimiento, pues el guía que conducía al poeta en su asombroso viaje no era uno de los grandes santos o doctores de la Iglesia, sino un poeta pagano: Virgilio. Algo premonitorio, ya que el Renacimiento sería, en buena medida, un *renacer del paganismo*.

El siglo XIII había sido una época de pensamiento que proporcionó al cristianismo una filosofía eficaz, en la que predominaba la lógica, el buen sentido. El siglo XIV dio a ese pensamiento una expresión puramente mística, espiritual. Los hombres de los siglos XV y XVI anhelaban un reencuentro con un Arte y una Belleza a escala humana, soñaban con la aventura, con el descubrimiento de tierras ignotas y su conquista.

El Renacimiento proporcionó a la humanidad la imprenta (Gutenberg), la perspectiva en pintura (Brunelleschi), el descubrimiento de América (Colón); los mejores pintores y escultores de todos los tiempos (Fra Angélico, Miguel Ángel, Rafael, Leonardo, Tiziano, Holbein, el Greco…); la ruta a la India por mar y la circunvalación de la Tierra (Vasco de Gama y Juan Sebastián Elcano); la cúpula de San Pedro y la Capilla Sixtina; la columnata de Bernini y la Biblioteca Vaticana; la traducción al latín de los clásicos griegos; la Compañía de Jesús; las herejías de Lutero y Calvino; el cisma de la Iglesia de Inglaterra y una pléyade de santos: Tomás Moro, Juan Fisher, Francisco Javier, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Francisco de Borja, Carlos Borromeo…

Produjo también el peor de los Papas, Alejandro VI, y el más amable de los hombre: san Felipe Neri; la más inútil de las empresas navales (la de la Armada Invencible) y la más gloriosa batalla de todos los tiempos: la de Lepanto, que quebrantó el poderío marítimo de los

turcos; las represiones de la Inquisición en España y persecución de los católicos en Inglaterra; las sangrientas guerras entre príncipes cristianos, la expulsión de los musulmanes de España y el sitio de Viena por los turcos; la conquista de Méjico y del Perú, y un completo cambio de la concepción del Universo con los descubrimientos de Copérnico y de Galileo; el desarrollo de las armas de fuego y la introducción en Europa del café, la patata, el tabaco y otros productos procedentes de las tierras recién descubiertas; las obras maestras de Shakespeare y de Cervantes y los horrores de la noche de San Bartolomé… Y todo ello en poco más de un siglo. Tiempo suficiente para que la Iglesia, que parecía a punto de sucumbir, resurgiese de sus cenizas como el ave fénix.

El fin del Imperio de Oriente

Nicolás V (1447-1455) fue el precursor de los Papas del Renacimiento, un erudito amante de las ciencias, las letras y las artes. Dos años antes de iniciar su pontificado, el último antipapa, Félix V, renunció a sus pretendidos derechos y Nicolás V pudo celebrar en paz el jubileo de 1450. Dos años más tarde coronó Emperador a Federico III, la última coronación de un emperador celebrada en Roma. Poco después tuvo lugar una conspiración contra Nicolás V y los cardenales —descubierta en el último momento— que constituyó una amarga experiencia para el Papa. Pero lo peor de todo fue lo sucedido el 29 de mayo de 1453: *la conquista de Constantinopla por los turcos, al mando de Mohamed II*. El Imperio Bizantino había dejado de existir y el Papa trató en vano de comprometer a los príncipes cristianos en una nueva Cruzada.

Nicolás V fue un generoso mecenas, patrocinador de las artes y las letras, que mandó traducir al latín las obras de los autores griegos procedentes de Constantinopla. Fue él quien fundó la Biblioteca Vaticana, quien restauró las iglesias de Roma y reconstruyó sus murallas. En su lecho de muerte dijo que todo eso lo había hecho para fortalecer la fe del pueblo, que necesitaba *ver* poder y belleza para *creer*. Seguramente estaba convencido de ello.

Le sucedió un español, *Calixto III* (1455-1458), que era un hombre muy distinto. Con todos los medios a su alcance, trató de detener la embestida del Islam —los turcos habían conquistado Atenas y marchaban sobre Hungría— y, tras muchos esfuerzos, consiguió ver al menos cómo Juan Huny. day, con la ayuda del Cardenal-Legado Juan de Carvajal y los inflamados sermones de Juan de Capistrano, vencía a los turcos en las llanuras de Hungría y salvaba la ciudad de Belgrado. Y, cuando Hunyday y Juan de Capistrano murieron, el Papa apoyó resueltamente al único caudillo capaz de derrotar a los turcos: Skanderbeg, príncipe de Albania.

El único reproche que se puede hacer a Calixto III es su nepotismo. Era demasiado propenso a colocar en puestos destacados a los miembros de su familia, los *Borja*. A un sobrino suyo, Rodrigo Borja, lo hizo cardenal cuando solo tenía veinticinco años. Era un joven muy bien dotado, y, si se le hubiese dado un cargo civil o militar, lo hubiese desempeñado muy bien a pesar de su amor al lujo y a los placeres de la carne; cosa corriente entre los nobles de la época, pero impropia de un cardenal. El hecho de ser un príncipe de la Iglesia

desprestigió el apellido familiar —los *Borgia*, italianización del apellido Borja— y habría arruinado al Papado si esta hubiese sido una mera institución humana.

El sucesor de Calixto III fue Eneas Silvio Piccolomini, que tomó el nombre de *Pío II* (1458-1464). Era un hombre brillante y bien dotado, poeta y escritor, historiador y geógrafo, orador y estadista. Procedía de una de las mejores familias de Siena y en su juventud había sido un tanto calavera, pero, cuando a los cuarenta y tantos años se hizo sacerdote, empezó a llevar una vida intachable. Fue uno de los mejores Papas del Renacimiento.

Consciente de los avances del Islam —es decir, del peligro turco—, convocó a los príncipes cristianos en Mantua y les habló con elocuencia de la imperiosa necesidad de organizar una Cruzada. Y, para dar ejemplo, gastó todo su peculio en reunir tropas y organizar una flota. Pero, cuando se disponía a embarcar en el buque insignia en el puerto de Ancona, murió repentinamente. Algo que ya les había sucedido a otros Papas en circunstancias parecidas, como si Dios no quisiera que el Vicario de Cristo en la tierra participara en empresas guerreras, por muy nobles que fueran.

Su sucesor fue *Sixto IV* (1471-1484), General de los franciscanos, un Papa típicamente renacentista, impulsor de las artes y de las ciencias, pero desinteresado de las tareas religiosas y eclesiásticas propias de su cargo. Bajo su pontificado, el nepotismo, con sus perniciosas consecuencias, se convirtió en una auténtica plaga, tanto dentro como fuera de los Estados Pontificios. Algo que perjudicó muchísimo al prestigio y buen nombre del Papado.

Con todo, no carecía de buenas cualidades, que le llevaron a importantes logros. Abrió al público la Biblioteca Vaticana, edificó el grandioso hospital del *Santo Spirito* y construyó, para gozo de las generaciones futuras, la famosa *Capilla Sixtina*, decorada con las obras de los mejores pintores y escultores de su época, como Botticelli, Ghirlandaio, Perugino, Pinturichio y Pignorelli. No obstante, el pontificado de Sixto IV no pasó de mediocre; una de sus peores consecuencias fue que hizo cardenales a hombres indignos de formar parte del Colegio cardenalicio, una de cuyas misiones era elegir Papa.

Alejandro VI, un Papa polémico

El sucesor de Sixto IV fue *Inocencio VIII* (el Cardenal Juan Bautista Cibo, 1484-1492), hombre moralmente irreprochable, pero ineficaz y débil. Pero lo peor fue que, a su muerte, los cardenales eligieron, por motivos meramente políticos, al Cardenal Rodrigo Borgia, que tomó el nombre de *Alejandro VI* (1492-1503). Su inmoralidad era notoria, algo que los no católicos utilizarían luego como argumento para atacar al Papado en su conjunto.

Ciertamente, era un hombre inmoral, pero, cuando los enemigos del catolicismo dicen que es absurdo considerar a un hombre así infalible en cuestiones de fe y de costumbres, se puede responder que Alejandro VI no hizo nunca ninguna definición dogmática *ex cathedra* a lo largo de su pontificado. Y se puede añadir que llevar una vida inmoral no significa justificarla, y Alejandro VI nunca trató de hacerlo. Si un solo Papa a lo largo de la historia hubiese hecho alguna proclamación dogmática equivocada o herética, el dogma de la infalibilidad pontificia nunca habría sido proclamado. Además, los enemigos de la Iglesia habrían utilizado ese hecho como arma arrojadiza.

Alejandro VI tuvo varios hijos. Cuando el Papa nombró a uno de ellos —Juan— Duque de Gandía y de Benevento, solo un cardenal protestó por este claro acto de nepotismo. Pero su hijo favorito era César Borgia, al que nombró cardenal a la edad de diecisiete años, sin ser siquiera sacerdote. Este, sin embargo, renunció a ese rango cuando el rey de Francia le hizo Duque de Valence y se casó con una princesa francesa, lo que le proporcionó al Papa la posibilidad de quebrantar el poderío de la nobleza romana. César Borgia carecía de escrúpulos y su conducta tortuosa le llevó a encontrar una muerte violenta siendo todavía joven, en Francia. En cuanto a la única hija del Papa, Lucrecia Borgia, la leyenda hizo de ella una mujer cruel y despiadada, aunque al parecer no fue nada de eso, sino amable, religiosa y buena.

Entre las muchas voces que se alzaban para denunciar la conducta de Alejandro VI, la más insistente, y también la más apasionada, era la de *Girolamo Savonarola*, un fraile dominico que vivía en Florencia. Clamaba con tal violencia contra la corrupción de los Médicis —que gobernaban la ciudad— y contra el Papa, que sus encendidas soflamas llegaron a oídos de Alejandro VI, quien le mandó llamar a Roma. Pero Savonarola no fue y, cuando se le prohibió predicar, prosiguió haciéndolo con renovado furor. Alejandro, tras mucho dudarlo, le

excomulgó. Savonarola, entonces, declaró públicamente que consideraba nula e inválida la excomunión y empezó a pedir que se celebrara un Concilio que depusiera al Papa.

De pronto, las cosas se volvieron contra él. Los florentinos, hasta entonces seguidores suyos, hartos de sus excesos y de su inmisericorde rigidez, se amotinaron, le apresaron, le torturaron, le juzgaron y, a pesar de que el Papa les pidió insistentemente que se lo entregaran a él, le condenaron a muerte. Murió quemado en la hoguera, con dos frailes más.

Savonarola se había equivocado al desobedecer al Papa y atacarle con inusitada dureza, aunque sus intenciones fueran buenas y muchas de sus acusaciones estuviesen justificadas.

Durante siglos, la figura de Alejandro VI estuvo perfilada con los trazos más negros. Sin embargo, la moderna investigación histórica ha demostrado que no careció de cualidades positivas y que en su labor de gobierno tuvo no pocos aciertos. En efecto: al menos en dos ocasiones, su habilidad diplomática evitó conflictos que hubiesen costado muchas vidas.

La primera fue en 1493, tras una serie de acontecimientos de primordial importancia. Tratando de llegar a la India navegando hacia Poniente, convencido de que la Tierra era redonda, *Cristóbal Colón*, genovés al servicio de los reyes de Aragón y Castilla, descubrió un nuevo continente que llamó las Indias Occidentales y luego se llamaría América. Poco después, en el año 1498, *Vasco de Gama*, navegante portugués, costeando África y doblando el Cabo de Buena Esperanza (descubierto en 1488 por Bartolomé Díaz, otro navegante portugués), llegaba a la India navegando hacia Levante.

Las principales potencias marítimas en aquella época eran España y Portugal, y pronto surgió entre ellas una disputa por el reparto de las tierras recién descubiertas y la delimitación de las respectivas zonas de influencia, que hubiese podido conducir a una guerra. Pero tanto los monarcas de un país como del otro tuvieron la sensatez de acudir al Papa para que dirimiera el conflicto. Alejandro VI, entonces, estudió las reclamaciones de ambos países y en su famosa *Bula de Demarcación* (3 de mayo de 1493) solucionó la cuestión de manera clara y sencilla: trazando una línea a lo largo del Atlántico de Norte a Sur, la zona de influencia de España estaría al Oeste de esa línea imaginaria (que coincidía, más o menos, con el Meridiano 50) y la de Portugal, al Este.

El hecho de que ambos países aceptaran la resolución de Alejandro VI prueba lo firme que seguía siendo la autoridad del Papa, a pesar de

la inmoralidad de su vida privada. Es más, aunque era de origen español, actuó en este caso con absoluta imparcialidad, pues, además de hábil político y buen administrador, solía ser justo en su decisiones.

Otra ocasión en que Alejandro VI actuó con firmeza, haciendo gala de humanidad, fue con motivo de la expulsión de los judíos de España por los *Reyes Católicos*, Fernando e Isabel. Muchos de ellos, huidos «ilegalmente», buscaron refugio en los Estados Pontificios, y cuando Isabel de Castilla pidió al Papa su extradición, Alejandro VI se negó en redondo. No estaba dispuesto a entregar a quienes buscaban la protección papal, fueran cristianos o no.

El fin de la dominación musulmana en España

En el año 1492, las tropas de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón expulsaban a los musulmanes de su último reducto en la Península Ibérica, el Reino Moro (árabe) de Granada. Tras casi ocho siglos de dominación musulmana, España volvía a ser enteramente cristiana; la grandiosa basílica de Santa Sofía, en Constantinopla, había sido convertida en mezquita, pero la no menos grandiosa mezquita de Córdoba era ahora una catedral cristiana.

Muchos miles de moros, de religión islámica, optaron por quedarse en la península, pero los Reyes Católicos consideraron que ese hecho entrañaba un peligro para la unidad de España. Esa población musulmana podía caer en la tentación de hacer causa común con los países islámicos y tratar de reconquistar la península en nombre del Profeta. Por eso, solo podrían quedarse quienes estuvieran dispuestos a hacerse cristianos, tanto si eran musulmanes como judíos. Ahora bien, había que garantizar que las conversiones eran sinceras, no una mera estratagema para quedarse…

Tal fue el origen de la *Inquisición española*, establecida por los Reyes Católicos para juzgar a los *relapsos*, es decir, a aquellos convertidos al cristianismo —tanto musulmanes como judíos— de quienes se sospechaba que seguían manteniendo en secreto sus antiguas creencias.

La *Inquisición española* actuó con rigor y a veces crueldad, explicable —aunque no justificable— por el deseo de restablecer la unidad religiosa y por el temor a una sublevación que provocara una nueva invasión musulmana. Crueldad que, por otra parte, era propia del espíritu de la época, y se daba en todas partes. Lo cual no quiere decir que la Iglesia la aprobara. De hecho, varios Papas protestaron vivamente en diversas ocasiones por estas actuaciones.

Que el temor a una sublevación no era algo infundado lo puso de manifiesto la rebelión de los moriscos en la Alpujarra, setenta años más tarde. Una rebelión que costó mucho dominar y que mostró que la crueldad de los cristianos no era comparable con la de los musulmanes, que «cargaban» con pólvora la boca de sus prisioneros y la hacían estallar encendiendo una mecha para que no pudieran invocar el nombre de Jesús.

A la muerte de Alejandro VI, le sucedió Francesco di Piccolomini (Pío III), cuyo pontificado no duró más que veintiséis días. *Julio II*, su sucesor (1503-1513), había tenido una juventud bastante «salvaje». Como Papa, fue moralmente irreprochable, pero con una actitud más propia de un caudillo militar o de un estadista que de un eclesiástico.

Inteligente y enérgico, lo primero que hizo fue fortalecer los Estados Pontificios para salvaguardar su independencia. Promulgó una Bula para evitar que la elección de los Papas pudiera ser objeto de «transacciones», estableciendo que la simonía haría la elección nula o inválida y que los cardenales culpables de ese pecado serían severamente castigados.

Julio II se unió a la *Liga de Cambrai* (formada por el Emperador Maximiliano I, Francia y España), que atacó a la poderosa República de Venecia, pero el Papa evitó que los coaligados la destruyeran y procuró que las condiciones del tratado de paz no fuesen demasiado severas. Eso provocó las iras de sus aliados, y cuando cayó enfermo, con pocas esperanzas de sanar, Maximiliano I pensó seriamente en convertirse en su sucesor, es decir, en ser al mismo tiempo Emperador y Papa. Pero Julio II no murió. Convocó un *Concilio Ecuménico* (el 18), que se celebró en *Letrán*[*], y volvió a aliarse, esta vez con Venecia y España, pues quien amenazaba ahora a los Estados Pontificios —y a toda Italia— era Francia.

Los monarcas franceses seguían pensando que la península —o al menos la mayor parte de ella— pertenecía a su esfera de influencia. Milán ya estaba en su poder, y Florencia, Ferrara y Génova les servían. Ahora querían apoderarse del Reino de Nápoles, cosa que ni el Papa ni la República de Venecia —y menos España— estaban dispuestos a permitir. Pero las tropas venecianas y pontificias habían sufrido una grave derrota en Rávena (1512) y su situación era crítica. Así estaban las cosas cuando el jefe de las tropas francesas resultó muerto en combate y las tropas suizas, al mando del Cardenal Schinner, infligieron a las francesas una severa derrota, obligándolas a abandonar el norte de Italia. Milán fue devuelta a los Sforza, Florencia a los Médicis, y Parma, Piacenza y Reggio pasaron a engrosar los Estados Pontificios.

A pesar de tanta guerra, Julio II tuvo tiempo para impulsar el arte y ser un generoso mecenas. Confió a *Bramante* los planos de la nueva Basílica de San Pedro (que trazó en forma de gigantesca cruz latina

coronada por una inmensa cúpula, la mayor que existe), a *Rafael* la ornamentación de diversas salas del Vaticano y a *Miguel Ángel* la decoración del techo de la *Capilla Sixtina* con el colosal y asombroso fresco del Juicio Final. Julio II en persona puso la primera piedra de la nueva Basílica de San Pedro el 18 de abril de 1506 y vigiló, hasta su muerte, los avances del agotador trabajo de Miguel Ángel, que pintaba el techo tumbado de espaldas en un andamio, y cuyo «Juicio Final» sigue siendo testigo de cada elección papal.

No deja de ser significativo que fuera en esta época cuando apareciera, en los Baños de Tito, la famosa estatua de Laoconte, que representa a ese sacerdote de Apolo y a sus dos hijos envueltos en serpientes que están a punto de estrangularles. ¿Era un presagio? Porque, muy pronto, iba a desencadenarse una tempestad que amenazaría con hacer zozobrar la barca de Pedro.

[*] El Concilio de Letrán se inició el año 1512 y duró hasta 1517, ya bajo el pontificado de León X (Nota del Traductor).

Capítulo XVI

LA REFORMA PROTESTANTE

Julio II murió sin dejar de trabajar y de hacer planes. Le sucedió *León X* (1513-1521), hijo del Duque Lorenzo el Magnífico, un Médicis florentino. Había sido hecho cardenal a los catorce años y había luchado contra los franceses, que lo capturaron, pero luego logró escapar. Elegido Papa a los treinta y ocho años, tuvo que ser ordenado sacerdote, pues no lo estaba. Como sus predecesores, se interesó especialmente por el arte y la belleza. Moralmente fue irreprochable.

En el año 1517, tuvo noticias de un fraile alemán, agustino, que se llamaba *Martín Lutero* y mantenía constantes disputas teológicas con otro fraile dominico llamado Tetzel. Este tenía a su cargo una campaña para recoger fondos con destino a la construcción de la nueva basílica de San Pedro. Para León X —y no solo para él— procurar que todos los cristianos participasen de alguna manera en esta empresa era algo noble y bueno. A tal efecto, había otorgado una indulgencia plenaria a quien, además de dar limosna con arreglo a su posición y rango social, confesara sus pecados y recibiera la Santa Comunión. Tetzel, sin embargo, se había excedido un tanto en sus reclamaciones monetarias, apoyado y estimulado por el Príncipe Alberto de Brandenburgo, quien, lo mismo que los banqueros Fugger, querían hacer su agosto con este pretexto.

Lutero había colocado un letrero a la puerta de la capilla del castillo del Príncipe que contenía nada menos que noventa y cinco tesis o proposiciones, redactadas en un tono insultante, en contra de las indulgencias. Algunas de ellas iban contra abusos reales, pero la acritud con que estaban escritas las hacía desorbitadas. Leyéndolas, daba la impresión de que la Cristiandad entera estaba indignada con el hecho de que se construyera una nueva basílica; además, parecía que Roma entera estaba siendo reconstruida con dinero alemán. ¡Que el Papa corriera con los gastos y les dejaran tranquilos!…

Lo malo era que Lutero se había atrevido a decir lo que muchos burgueses alemanes pensaban. Y aún peor, que se atacaba con vigor la doctrina teológica que servía de fundamento a las indulgencias. «Proclamo», decía Lutero, «que el Papa no tiene jurisdicción sobre el purgatorio… si la tuviera, podría abolirlo, haciendo que nadie fuera a él». Tras lo cual concluía que las indulgencias suponían un serio peligro para la salvación.

Pronto, Alemania entera no hablaba de otra cosa. Reinaba un gran descontento —en parte justificado— con la actitud del Papado y con lo que sucedía en Roma. Si, en estas circunstancias, León X hubiese aclarado la doctrina de las indulgencias, como hizo luego, tal vez la «Reforma» nunca se habría producido. Pero obró con lentitud y dejó que siguiera la controversia, fomentada por la rivalidad entre los agustinos y los dominicos.

El Papa pidió a Lutero que se desplazara a Roma para explicarse, pero no quiso ir. Armándose de paciencia, nombró legado suyo al

Cardenal Cayetano, hombre íntegro y de gran erudición, y le envió a Alemania para que escuchara los argumentos de Lutero, pero este se negó a comparecer en su presencia sin un salvoconducto. Cuando por fin accedió a la entrevista, se limitó a responder con evasivas y terminó diciendo que se sometería al juicio de las Universidades de Basilea, Friburgo, Lovaina y París. Luego, tras insultar al Cardenal, apeló al dictamen de un Concilio, siempre que se celebrase en lugar seguro y sin la influencia del Papa, cuyos decretos —dijo— eran «nulos, inanes, inicuos y tiránicos».

En un debate público con Juan Eck, de la Universidad de Ingolstadt, Lutero salió completamente derrotado. Lo cual le enfureció más todavía y le hizo arremeter no solo contra León X, sino contra todos los Papas, a quienes acusó de ser «el colectivo Anticristo». Rechazó la acusación de ser «bohemiano» (es decir, hussita), pero después declaró abiertamente que «todos somos hussitas sin saberlo». Eck, entonces, informó al Papa de lo sucedido, diciendo que Lutero era «un hussita sajón».

La verdad es que era mucho más que eso. Mientras Roma seguía vacilando, escribió una serie de panfletos exponiendo su propia teología, que atacaba las raíces mismas de la Fe católica. Dejaba reducidos a dos —el Bautismo y «La Cena del Señor»— los siete sacramentos, y, como una de las funciones del sacerdocio es administrarlos, ya no era necesario. Para Lutero, todos los creyentes eran sacerdotes. Además, repudiaba la vida monacal, pues, para él, las únicas promesas o votos válidos eran los del bautismo. Negaba también la transubstanciación y, como todos los creyentes eran sacerdotes, todos podían participar del pan y del vino en «la Cena del Señor», reducida a un mero simbolismo. En cuanto a la naturaleza humana, para Lutero estaba totalmente corrompida; la voluntad humana no era libre y no podía llevar a cabo ningún acto agradable a Dios. Las «buenas obras» no servían para nada. Solo la Fe podía salvar al hombre.

El General de los Agustinos trató en vano de que rectificara. Agustinos, dominicos y franciscanos celebraron un consistorio en Tréveris y condenaron cuarenta y una de las proposiciones o artículos de Lutero, dándole sesenta días para retractarse. Por su parte, el Papa León X promulgó una Bula (8 de julio de 1520) en la que condenaba a Lutero «por no dar crédito a nadie más que a él mismo, algo que no osó hacer ningún hereje antes que él». Lutero, ya antes de recibir la Bula, amenazó con un asalto armado a Roma para «lavar sus manos en la sangre de cardenales y de papas». Y, cuando la recibió y la leyó,

exclamó airado: «¡Esto condena a Cristo!». Y enseguida redactó un panfleto «contra la execrable Bula del Anticristo». Sin darse cuenta tal vez, había recorrido un largo camino desde sus primeros ataques a las indulgencias; se había colocado fuera de la Iglesia, pero se había ganado el favor de algunos príncipes alemanes y de amplios sectores del pueblo.

La intervención de Carlos V

Lutero, entonces, «apeló al César», es decir, al *Emperador Carlos V* de la Casa de Habsburgo, que reinaba en Alemania, Austria, España, Borgoña, los Países Bajos y Nápoles, así como en las tierras de América recién descubiertas, es decir, en unos dominios tan vastos que se decía que en ellos nunca se ponía el sol. En su presencia y en la de seis príncipes Electores de Alemania, se celebró un juicio que tuvo lugar en la ciudad de Worms. Lutero no se retractó. «Mantengo lo dicho», dicen que afirmó. «No puedo variar. Que Dios me ayude. Amén». Palabras que son reflejo de su actitud, aunque tal vez nunca las pronunció.

El veredicto del Emperador fue una tajante condena. Cuatro de los seis príncipes Electores le apoyaron. Solo el del Palatinado y el de Sajonia se abstuvieron.

Hasta el final de su vida, Lutero mantuvo la esperanza de que Carlos V se pusiera de su parte. Vana esperanza. El Emperador viviría y moriría como un católico fiel y devoto.

La política lo complica todo

Camino de Wittenberg, Lutero fue «secuestrado» por tropas del Elector Federico de Sajonia, que lo condujeron al Castillo de Wartburgo, famoso por haberse alojado en él santa Isabel de Hungría. Se trataba de mantenerle a salvo de un atentado o de un golpe de mano, por lo que permaneció allí con nombre falso, trabajando en sus proyectos de «reforma» de la Iglesia.

Mientras tanto, el asunto se había convertido en un problema político. Lutero habría sido detenido mucho antes si algunos de los príncipes alemanes no le hubieran protegido, y, si lo protegieron, fue por razones políticas, por ambición y por rapiña, pues eso les daba la oportunidad de expoliar iglesias y monasterios de sus riquezas.

Numerosos frailes y monjas aprovecharon también la ocasión para abandonar la vida religiosa. Lutero mismo dio ejemplo, casándose con una monja exclaustrada, Catalina Bora.

Hacia 1527, la situación religiosa en Alemania era un caos. Y lo más extraño de todo era que ni Lutero ni el Papa, ni los príncipes alemanes, ni nadie, era consciente de lo que estaba pasando. Parecía como si un poder oculto y siniestro fomentara tanta confusión. Lo que había comenzado con una rabieta de un fraile testarudo, se había convertido en un vasto movimiento de reforma de la teología tradicional, en un intento de fundar una nueva religión, por mucho que Lutero insistiera en que se trataba de volver a la fe de los orígenes. Era un error, un inmenso error. Porque hay una gran diferencia entre un lavado a fondo de la cara y una decapitación.

Lutero tenía uno de esos caracteres que se engallan ante los enemigos y se endurecen cuando se les critica, pero que es capaz de cambiar drásticamente de opinión por su cuenta. Así, cuando los campesinos alemanes se sublevaron (1524-1527), se puso inmediatamente de su parte, pero luego, cambiando radicalmente de criterio, exhortó vivamente a los príncipes a acabar con ellos. «¡Matadlos como a perros rabiosos!», decía, olvidando que era él quien había «desatado» a esos perros.

Lutero se había empeñado —con todas sus fuerzas— en acabar con la autoridad —excepto la de la Biblia y la suya—, pero, cuando se dio cuenta del peligro que entrañaba la revuelta de los campesinos, trató de pactar con ellos, sin otro resultado que la burla de su jefe, el terrible Tomas Müntzer. Y, cuando dijo a los campesinos que se sometieran y volvieran a su antigua servidumbre, «para que la libertad

cristiana no se convirtiera en algo carnal», no le hicieron el menor caso y continuaron matando, incendiando y saqueando.

Zwinglio y Calvino

En Suiza, la revuelta de los campesinos —que se autodenominaban *anabaptistas*— fue duramente reprimida. Allí, un sacerdote de Zurich, Ulrico Zwinglio, ferviente admirador de Erasmo de Rotterdam (uno de los filósofos y humanistas del Renacimiento peor comprendidos), había fundado otro movimiento herético. Como Lutero, era incapaz de vivir el celibato, por lo que abandonó el sacerdocio. El Ayuntamiento de Zurich, intoxicado ya con «las nuevas enseñanzas», le nombró predicador oficial. Otros sacerdotes con dificultades parecidas siguieron su ejemplo y se casaron con monjas exclaustradas.

Zwinglio, como Lutero, convirtió la Santa Misa en «La Cena del Señor». Este, sin embargo, creía en la presencia real de Cristo, aunque supeditada a la fe del que recibía el pan y el vino; para Zwinglio, sin embargo, «La Cena del Señor» no era más que un recuerdo, un memorial. Cuando se entrevistaron en Marburgo (1531), en el castillo del Príncipe Felipe de Hesse, no llegaron a un acuerdo. Más tarde, los luteranos se negaron a aliarse con Zwinglio y sus seguidores. El Canciller de Felipe llegó a escribir que sería preferible aliarse con el infierno que con aquellos apóstatas. Poco después, Zwinglio moría en combate.

En Francia, *Juan Calvino* (Jean Chauvin, de Noyon), estudiante de Derecho, experimentó lo que él llamaba «una conversión». Sospechoso de herejía, huyó a Suiza y se estableció en Ginebra, donde empezó a elaborar una nueva doctrina, basada en gran parte en la predestinación. Según esa doctrina, Dios había destinado unas almas a la salvación y otras a la eterna condenación. Al parecer, no reparó en que el modo de vida extremadamente severo —puritano— que predicaba contradecía su doctrina sobre la predestinación, así como la idea, muy arraigada en él, de que la naturaleza humana estaba corrompida y quien estaba predestinado iría al infierno, hiciera lo que hiciese. Como la mayor parte de los «reformadores», era mucho más intolerante con los que sostenían doctrinas distintas a la suya que los católicos. Cuando un médico español, Miguel Servet, osó negar en Ginebra que Cristo era Hijo de Dios, Calvino propuso quemarle en la hoguera, y, como su influencia por entonces era ya enorme en la ciudad, las autoridades le complacieron (1553).

El calvinismo arraigaría profundamente en Ginebra, entre algunos franceses (los hugonotes), en Escocia (con Knox) y, en una forma más suavizada, en los Estados Unidos (Iglesia presbiteriana).

La actitud de los Papas

El Papa León X había muerto en 1521 y le había sucedido el Cardenal Adriano de Utrecht —*Adriano VI* (1522-1523)—, que había sido tutor del Emperador Carlos V. Era un hombre bueno y recto, que estaba decidido a acabar con los desórdenes y calamidades de su tiempo, empezando por la misma Roma. Las extravagancias de León X habían dejado a la Iglesia llena de deudas, y Adriano VI empezó a tomar una serie de medidas drásticas para ahorrar gastos. Decía a quien quería escucharle que Dios había permitido lo que estaba ocurriendo como un castigo por los pecados de los hombres, sobre todo de sacerdotes y obispos (lo que aprovecharon los propagandistas luteranos para decir que les daba la razón).

Los cardenales se echaron a temblar. A este implacable Papa no se le ponía nada por delante. Osaba revocar todos los beneficios eclesiásticos y concesiones a los príncipes que se habían hecho en los últimos treinta años. Y había enviado un legado a Alemania, cuyos esfuerzos pacificadores no habían dado el menor resultado, por supuesto…

Durante su pontificado, el Emperador Carlos V y Francisco I de Francia iniciaron una guerra que duraría hasta la muerte de este último, en 1547. Adriano VI trató de reconciliarles. Nada podía ser más nefasto para la Cristiandad, en aquellos momentos, que una guerra entre los dos más poderosos monarcas católicos, pues la herejía luterana hacía estragos en Alemania, y los turcos, de nuevo a la ofensiva, conquistaban Belgrado en 1521 y la isla de Rodas al año siguiente, a pesar de la heroica defensa de un puñado de Caballeros de San Juan. Carlos y Francisco, sin embargo, no le hicieron caso y aquella lucha fratricida continuaba cuando el Papa Adriano murió en septiembre de 1523.

Le sucedió *Clemente VII* (1523-1534), hijo de Juliano de Médicis y primo de León X, un hombre moralmente recto, concienzudo, trabajador, pero un tanto débil, vacilante. En lugar de concentrarse en la rebelión luterana, que causaba deserciones masivas en Alemania y empezaba a extenderse como reguero de pólvora por los países escandinavos, su preocupación se polarizó en la disputa entre Carlos V y Francisco I. Tras la batalla de Pavía —en la que el monarca francés fue hecho prisionero—, los italianos temieron que los españoles se apoderasen de toda la península, pues sabían que tenían mano dura. Los enemigos del Emperador —que eran muchos— se coaligaron

contra él, y Clemente VII se unió a la Liga. El resultado fue que un ejército imperial cayó sobre Roma. El Condestable de Borbón, que mandaba las tropas imperiales, resultó muerto en combate, y estas, ya sin control, saquearon la ciudad. Bastantes soldados eran luteranos, y, para ellos, la idea de saquear Roma y hacerse con un rico botín les causaba un inmenso placer. Incluso les regocijaba la idea de hacer a Lutero Papa… Pero las tropas católicas españolas no fueron mejores: todos se unieron para perpetrar atrocidades.

Los tropas imperiales ni siquiera respetaron el Vaticano, defendido por un puñado de oficiales y soldados de la Guardia Suiza (189 en total). Se luchó hasta en el interior de la Basílica de San Pedro, junto a la tumba del Príncipe de los Apóstoles.

Por un pasadizo secreto, Clemente VII huyó al Castillo de Sant’Angelo, donde se refugió con cuarenta y dos guardias suizos —los únicos supervivientes—, once cardenales y los embajadores de Francia e Inglaterra, mientras las tropas imperiales saqueaban y profanaban todas las iglesias romanas. Aquella acción vergonzosa, conocida como el «Sacco di Roma», tuvo lugar el 6 de mayo de 1527.

Cuando Carlos V se enteró del ultraje que se había cometido en su nombre, quedó demudado. Hizo todo lo posible por reconciliarse con el Papa, pero no lo logró hasta 1529. Al año siguiente, Clemente VII lo coronaba Emperador del Sacro Imperio romano-germánico. Sería el último emperador coronado por un Papa.

Mientras tanto, el protestantismo había conquistado media Europa. En Inglaterra, el rey Enrique VIII había reaccionado enérgicamente contra Lutero, llegando a escribirle una carta en la que refutaba su doctrina, carta a la que Lutero contestó con otra dirigida a «Enrique, rey de Inglaterra, por la desgracia de Dios», con frases tan duras que sonrojarían a cualquiera. Lutero sabía ser extremadamente grosero, tanto hablando como escribiendo, hasta el punto de que hay partes de esta respuesta que hoy día no se pueden publicar.

Para Enrique VIII, Lutero era «un predicador de insaciable libertinaje», e incluso llegó a escribir un librito titulado «Defensa de los Siete Sacramentos», que hizo que León X le otorgara el título de «Defensor de la Fe». Luego, sin embargo, Enrique VIII se empeñó en que el Papa anulase su matrimonio con Catalina de Aragón, lo cual Clemente VII se negó a hacer.

Ni el Papa, ni siquiera un Concilio General de la Iglesia con él, puede declarar nulo un matrimonio si este es válido —y el de Catalina y Enrique lo era—, pues el matrimonio es una institución divina, un sacramento y una unión no solo entre un hombre y una mujer, sino entre un hombre, una mujer y Dios. Hay causas que invalidan un matrimonio, pero, cuando esas causas no se dan, ninguna autoridad humana puede anularlo.

Pero el impetuoso y lascivo rey no quiso aceptarlo. Deseaba tener un hijo varón, un heredero del Trono, y deseaba sobre todo a Ana Bolena. Así pues, repudió a Catalina, rechazó la primacía del Papa y se constituyó él mismo en Cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Obligó a sus súbditos a aceptar el *Acta de Supremacía* (es decir, a reconocer que era la Cabeza Suprema de esa Iglesia), y quien se negaba a aceptarla era juzgado por alta traición y condenado a muerte.

Los años que siguieron fueron trágicos. Se desató una terrible persecución contra los «sospechosos de traición», en la que fueron ejecutados, entre otros, Tomás Moro, que había sido Lord Canciller del rey, John Fisher, Obispo de Rochester, y algunos sacerdotes, frailes franciscanos y monjes cartujos. El resto del clero, desgraciadamente, se doblegó fácilmente a las pretensiones del rey.

Enrique VIH conservó su título de «Defensor de la Fe», lo cual no le impidió disolver las órdenes y congregaciones religiosas, apoderarse de los monasterios y conventos y confiscar todos sus bienes.

Bajo el reinado de su hijo, Eduardo VI, el sector protestante de sus

consejeros se llevó el gato al agua. Se suprimió la Misa, a la que se calificaría de «fábula blasfema y peligrosa superchería», y se reformó la liturgia.

Durante el reinado de María, hermanastra de Eduardo VI, hija de Catalina de Aragón, se restableció durante breve tiempo el catolicismo, pero entonces fueron los protestantes quienes subieron al cadalso. La sucedió Isabel, hija de Ana Bolena, que prometió conservar la fe católica, pero no cumplió su promesa. Las iglesias y catedrales pasaron a poder de la Iglesia anglicana. Cuando, ya en tiempos posteriores, los católicos se atrevieron a reunirse para celebrar Misa, tuvieron que hacerlo en cobertizos y en los desvanes de posadas y de casas privadas.

Balance

Los católicos no debemos mofarnos del hombre que provocó tan vasto movimiento de rebeldía, un cambio tan profundo de la conciencia cristiana. Porque la reforma protestante tuvo su origen, sin duda, en Martín Lutero, aquel hijo de un campesino alemán que, para librarse de la severidad con que le trataban sus padres, pensó en hacerse fraile; que se asustaba tanto de las tormentas que, viendo caer un rayo, prometió entrar en un monasterio; que, al darse cuenta de que era incapaz de vivir el celibato, trató de convencerse de que nadie podía; que primero favoreció a los campesinos y luego se volvió contra ellos; que, siendo doctor en teología y fundador de una nueva religión, usaba un lenguaje que haría sonrojar a un marinero borracho; que se fue de Wittenberg para nunca más volver porque allí las jovencitas eran demasiado descocadas; que un día defendía a los judíos y al día siguiente decía que debían ser deportados a Palestina, luego de quemar sus sinagogas y arrebatarles todos sus libros, incluida la Biblia…

Le indignaban tanto las injusticias que no le importaba cometerlas para acabar con ellas. Era sumamente terco y muy susceptible a la admiración que despertaba y a los odios que provocaba. Pero era valiente, a pesar de su miedo a las tormentas. Creía a pies juntillas en la misión que se había atribuido. Podía ser al mismo tiempo cordial y cruel, brutal y sentimental. Era un alemán cien por cien y un hijo de su tiempo. Tradujo la Biblia al alemán con gran brillantez, pero la «germanizó», llegando a decir, con orgullo, que había hecho un alemán de Moisés. No era un hombre de gran erudición, pero sí de gran elocuencia.

El hecho es que, de todos los alemanes, él y Carlos Marx son los que más han contribuido a cambiar el mundo. Sin la poderosa personalidad de Lutero, ni Calvino, ni Zwinglio, ni Knox, ni Crammer hubiesen logrado su propósito. Lutero les mostró que «era posible hacerlo».

Actualmente, los únicos que siguen rezando por la salvación del alma de Lutero son los católicos, especialmente los sacerdotes. Lo cual no solo es un acto de piedad, sino también algo justo y conveniente. Pues, al fin y al cabo, los católicos también somos responsables de lo que sucedió. Nuestros pecados, nuestra apatía, nuestra indiferencia, hizo posible que el incendio tomara aquellas gigantescas proporciones. Nuestra falta de comprensión, nuestra inercia, nuestros errores

políticos sobre todo, hicieron que los acontecimientos se nos escaparan de las manos, incluso que los favorecieran. La avaricia y el orgullo de los príncipes católicos, la debilidad y tibieza de algunos Papas, cardenales y obispos, de parte del clero y numerosos fieles, hicieron inevitable la catástrofe en un momento en que los turcos amenazaban con acabar con la Cristiandad. Solo algunos hombres valientes, como los Caballeros de San Juan, y pueblos valerosos, como los polacos y los húngaros, inmolaban sus vidas para salvarla, mientras no pocos misioneros morían martirizados tratando de llevar el Evangelio y la Cruz a las tierras recién descubiertas del Nuevo Mundo, al África, a la India e incluso al Extremo Oriente.

Si la Iglesia hubiese sido una mera institución humana, no habría sobrevivido a este enorme cataclismo.

Capítulo XVII

LA REFORMA CATÓLICA

Dios tiene sus propios caminos. No tiene sentido preguntarse por qué Adriano VI no vivió más años o por qué no se llevó antes a Clemente VII. No lo hizo, y basta. Sin embargo, dispuso las cosas de otra manera…

Cuando en la mente de Lutero se estaba fraguando la rebeldía, una niña, bautizada con el nombre de Teresa, nacía en la ciudad de Ávila, en España. Y, cuando desafiaba a la Dieta de Worms, Íñigo de Loyola, herido en el sitio de Pamplona, se dedicaba durante su convalecencia a leer vidas de santos y resolvía convertirse en soldado de Cristo. Ese mismo año, el matrimonio formado por Francesco y María Neri tenía un hijo a quien se le impondría el nombre de Filippo.

Santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola, san Felipe Neri. Tres gigantes de la reforma católica —mal llamada «Contrarreforma»— que salvarían a la Iglesia. Pero no eran los únicos. Santo Tomás Moro moriría martirizado en defensa de la verdadera Fe, lo mismo que el Obispo san Juan Fisher y el venerable Edmundo Campion. San Francisco Javier llevaría la luz del Evangelio al Extremo Oriente; san Carlos Borromeo emprendería la reforma de la Iglesia en su diócesis de Milán; san Pedro Canisio lucharía incansablemente contra la herejía; san Francisco de Borja repararía con creces los pecados de su familia; san Roberto Belarmino daría un nuevo impulso a la teología… Era como un cuerpo de ejército, que llegaba a la hora del peligro…

Y, junto a los santos, los Papas. Pocas horas después de iniciarse el cónclave para elegir al sucesor de Clemente VII, los cardenales eligieron al Cardenal Alejandro Farnesio, que tomó el nombre de *Paulo III* (1534-1549). Tenía sesenta y seis años y parecía débil y enfermo, pero se puso manos a la obra con una energía propia de un adolescente. Era un diplomático y un gran estadista, pero tal vez por eso se dio cuenta de que no era hora de pactos ni de componendas, sino de restablecer firmemente la doctrina. Por eso decidió convocar un Concilio Ecuménico.

Pero eso era exactamente lo que el Emperador Carlos V no quería; pues, si la doctrina católica quedaba claramente definida, se produciría seguramente una ruptura definitiva con algunos príncipes alemanes, que se declararían en franca rebeldía no solo contra el Papa, sino también contra el Emperador… ¿Por qué no contentarse con reformas parciales? Con eso bastaría.

Ahora bien, Paulo III no era Clemente VII. Conocía exactamente la gravedad de la situación, pues había enviado a Alemania a hombres de su confianza que le tenían bien informado. Y sabía que un Concilio Ecuménico era necesario. Para prepararlo, había renovado el Colegio cardenalicio, nombrando cardenales a hombres de gran valía, como Fisher, Simonetta, Contarini, Pole, Carafa, Cervini, Fregoso, Badia, Córtese y Morone. Uno de ellos (Fisher) moriría mártir y algunos otros llegarían a ser santos. Una comisión de nueve de ellos ya se había puesto a trabajar en una serie de medidas reformadoras: «de emendanda Ecclesia». Todo esto constituiría el material básico para los trabajos del gran Concilio que Paulo III estaba dispuesto a que se celebrara por encima de todas las dificultades.

Se pensó primero que se celebrase en Mantua, pero los príncipes protestantes, que tanto habían clamado antes por un Concilio, se negaron a ir (mayo de 1537). Los teólogos protestantes, por su parte, hicieron una declaración que era una ruptura completa con la Fe de la Iglesia. El Emperador Carlos no tenía interés en que se celebrara, por las razones que hemos mencionado, y su rival, Francisco I, lo obstaculizó cuanto pudo por otros motivos. Finalmente, el Duque de Mantua se negó a que el Concilio se celebrase allí.

Pero Paulo III no se descorazonó y volvió a convocarlo, esta vez en Vicenza. Cuando el día señalado, en el mes de mayo de 1538, llegaron los legados del Papa, se encontraron con que solo había allí cinco

obispos. Estaba claro que el Emperador y los reyes de Francia y de Inglaterra eran adversarios poderosos. Fue preciso, pues, aplazarlo un año.

Y es que el Emperador, ahora, estaba preparando un compromiso con los príncipes protestantes y quería alcanzarlo antes de que la Iglesia definiera sus posiciones.

En lugar de protestar, Paulo III envió dos de sus mejores cabezas, los Cardenales Contarini y Morone, para que participaran en la conferencia. Conocían perfectamente las causas del conflicto y, por primera vez, los alemanes fieles a la verdadera doctrina supieron que tenían un Buen Pastor. La conferencia se celebró, pero, tras largas e infructuosas discusiones, acabó en nada; lo único que se había conseguido era retrasar una vez más el Concilio.

A pesar de todo, al Papa no le faltaba trabajo. Los turcos estaban ya en Dalmacia y podían atacar Italia en cualquier momento. Era preciso inspeccionar las nuevas fortificaciones, especialmente las del puerto de Civita Vecchia, y allí se fue, sin dudarlo un momento.

De regreso a Roma —que empezaba a recobrarse del saqueo de 1527 y contaba ya con unos treinta mil habitantes— supo de la actitud de Enrique VIII de Inglaterra, que al enterarse de la muerte de Clemente VII había dicho: «No me importa quién le suceda; le haré menos caso que a un simple sacerdote de mi reino». La respuesta del Papa había sido hacer Cardenal a John Fisher, obispo de Rochester, prisionero de la Torre de Londres, como cuatro siglos más tarde el Papa Pío XII haría Cardenal a Mons. Stepinac, de Yugoslavia, también encarcelado. Luego, en 1538, tras mucho ponderarlo, Paulo III excomulgó a Enrique.

Los turcos, Enrique VIII, el Emperador, Lutero, Calvino, Zwinglio… A pesar de los graves problemas políticos, la Iglesia tenía que ser salvada desde dentro.

Tras reformar el Colegio de Cardenales, Paulo III emprendió la reforma del clero y de las órdenes religiosas, en especial, agustinos, dominicos y franciscanos.

Al mismo tiempo, nuevas organizaciones religiosas iban surgiendo: los *teatinos*, austeros y ascéticos, fundados por los Cardenales Cayetano y Carafa, los barnabitas, los *capuchinos*, las ursulinas… manifestación clara de que la vitalidad de la Iglesia no se había extinguido.

Y, un día, un grupito de jóvenes sacerdotes se presentaba ante el Papa, acaudillados por un vasco noble, delgado, pálido y de barba entrecana que había cambiado su nombre de Íñigo por el de *Ignatius*. Había servido como oficial a las órdenes de su rey —Carlos I de España, es decir, el Emperador Carlos V— hasta que, en el asedio de Pamplona por los franceses, una bala de cañón le había herido en una pierna. Cuando curó (aunque quedó cojo) renunció a cuanto poseía, hizo penitencia en Manresa, como ermitaño, y peregrinó a Tierra Santa. A su regreso, empezó a predicar y a enseñar el Catecismo, pero fue detenido por la Inquisición dos veces —en Alcalá y en Salamanca — porque enseñaba sin ser teólogo, aunque fue puesto en libertad sin cargo alguno.

Tenía ya más de treinta años cuando se trasladó a París para estudiar teología. Vivía pidiendo limosna, algo que era para él la mayor de las mortificaciones. Allí hizo amistad con varios estudiantes, todos más jóvenes que él: Francisco Javier, navarro; Pierre Favre, saboyano; Salmerón, Laynez y Bobadilla, españoles; Rodríguez, portugués… En una cueva próxima a Montserrat, había escrito una especie de manual, los *Ejercicios Espirituales*, para llevar a las almas a Dios, y convenció a todos ellos para que hiciesen esos ejercicios, por separado, bajo su supervisión. Aquello los transformó por completo y les hizo partícipes de un mismo ideal: vivir solo para la mayor gloria de Dios. Empezaron a prepararse para el sacerdocio y el día de la Asunción de Nuestra Señora, 15 de agosto de 1534, prometieron con votos solemnes renunciar a todos su bienes e ir a Roma para pedir al Papa que les autorizase a ir a Jerusalén para predicar el Evangelio; si esto resultaba ser imposible, se pondrían a disposición del Santo Padre y harían lo que les ordenase.

El viaje a Jerusalén resultó ser irrealizable, así que se pusieron a disposición del Papa. Eran siete Doctores de la Universidad de París, siete idealistas…

Paulo III los recibió y los sentó varias veces a su mesa para que discutieran con sus más experimentados teólogos, quedando claro para el Papa que eran combativos, hábiles dialécticamente y de segura doctrina teológica. Tenían mentes agudas y eran elocuentes y brillantes. Eran como militares, resueltos y disciplinados.

El Padre Ignacio no tardó mucho en pedir permiso al Papa para fundar una nueva orden, pero con unas características muy

particulares: sus miembros no vivirían vida monacal y no rezarían las Horas todos juntos en el Coro (algo que escandalizó a algunos miembros de la Curia). Además, añadirían un cuarto voto a los tres clásicos de pobreza, castidad y obediencia: el de estar siempre a disposición del Papa. La nueva Orden se llamaría *Societas Iesus,* en latín, y en español, *La Compañía de Jesús*.

Paulo III se dio cuenta enseguida de que había encontrado los hombres que necesitaba: una auténtica milicia para luchar por Cristo. Hombres así revitalizarían la vida monástica, combatirían la herejía, fortalecerían la verdadera Fe… ¡Podrían hacer tantas cosas!

El 25 de septiembre del año 1540 promulgaba la Bula *«Regimini Militantis Ecclesiae»*, que aprobaba la Compañía. Las nuevas tropas de choque —generales, instructores, maestros y misioneros— podían entrar en combate.

El 13 de diciembre de 1545, casi nueve años después de las primeras tentativas, se iniciaba el *Concilio Ecuménico* en Trento, ciudad imperial próxima al territorio italiano.

De los tres legados pontificios, dos llegarían a ser Papas: del Monte (Julio III) y Cervini (Marcelo II); el tercero era un inglés, el Cardenal Reginald Pole.

El Concilio se desarrolló en tres fases, porque las cosas se complicaron. El Papa Paulo III no vería su fin, ni tampoco los tres Papas posteriores a él. Y el Emperador Carlos, y Francisco I de Francia, y Enrique VIII de Inglaterra, lo mismo que Lutero e Ignacio de Loyola, morirían antes de que se clausurase en el año 1563.

Ignacio de Loyola murió en 1556, pero alrededor de mil hijos espirituales suyos seguían trabajando como hormigas. Francisco Javier había muerto tres lustros antes, pero en unos pocos años había viajado hasta la India, Malaya y Japón convirtiendo a decenas de miles de paganos. Aparte de san Pablo, nunca había tenido la Iglesia un misionero de ese porte. Predicó a los pescadores de perlas del sur de la India, a rajás y brahmanes, a los fieros caníbales de la isla de Morotai, a los piratas chinos y a los samuráis japoneses. A su paso, surgían nuevas comunidades cristianas. Murió en la isla de Sancián, frente a las costas de China, cuando se disponía a evangelizarla. Empresa realmente difícil, pues las autoridades chinas apresaban a cuantos extranjeros osaban penetrar en su territorio. Sin duda, hay un profundo lazo espiritual entre tantos sacerdotes católicos —incluidos muchos jesuitas— torturados y encarcelados en la China comunista y san Francisco Javier.

En el Concilio de Trento, toda la doctrina cristiana fue sometida a examen. Todas las tesis de los protestantes, discutidas. Se acabaron los predicadores de indulgencias sacaperras; se acabaron los abusos y la relajación en los conventos y monasterios… La *Tradición* era regla de la Fe, lo mismo que la Sagrada Escritura, debidamente interpretada por el Magisterio de la Iglesia. La Vulgata, la traducción latina de la Biblia hecha por san Jerónimo, sería la oficial de la Iglesia, pues muchas cosas dependían de que las traducciones de la Sagrada Escritura, que proliferaban como hongos, fueran o no fidedignas. La doctrina sobre el pecado original, el Bautismo, la Confirmación y los demás sacramentos quedó definida en decretos dogmáticos, lo mismo que el debatido tema de la «justificación».

En el año 1549, el Concilio quedó interrumpido. Carlos V había tenido que enfrentarse a los príncipes protestantes, en abierta rebeldía contra él, y los había derrotado en la batalla de Mühlberg. Ahora estaba en la cima de su poder y creía que debía tomar las riendas del Concilio; sus embajadores se inmiscuían en los debates y se comportaban de forma insultante con los legados pontificios, sobre todo con el Cardenal del Monte. Por eso, el Emperador se quedó de piedra cuando, a la muerte de Paulo III, del Monte fue elegido Papa y tomó el nombre de *Julio III* (1550-1555). Este, en lugar de vengarse, buscó el apoyo de Carlos V, que era demasiado noble para negarse. Con lo que el Concilio de Trento pudo reanudarse el 1 de mayo de 1551.

En esta segunda fase se promulgaron importantes decretos sobre la Sagrada Eucaristía, el Sacramento de la Penitencia y el de la Extremaunción, y se tomaron medidas para la reforma del clero. Pero antes de que hubiese transcurrido un año se reanudó la guerra y las tropas del Elector Mauricio de Sajonia marcharon sobre Trento. De nuevo, hubo que interrumpir el Concilio.

A Julio III le sucedió *Marcelo II* —el Cardenal Cervini— pero su pontificado solo duró veintidós días. Vino luego *Paulo IV* (1555-1559), un napolitano —el Cardenal Gian Pietro Carafa—, cofundador de los *teatinos*, que era un hombre de una severidad y una austeridad extraordinarias. Tenía setenta y nueve años, pero conservaba una increíble energía. Fundó la Inquisición romana y se mostró implacable con los enemigos de la Iglesia.

Tal vez la historia habría tomado otros derroteros si un hombre menos duro que él hubiese estado al timón de la nave de la Iglesia. Era un hombre de las características de Inocencio III, pero los tiempos eran muy distintos. Además, como napolitano odiaba a los españoles, que tenían sometida su tierra desde hacía varios siglos.

En 1556, Carlos V abdicó y se retiró al monasterio de Yuste, donde murió tres años más tarde. Su hermano Fernando se convirtió en Emperador y su hijo Felipe, en rey de España y de los Países Bajos.

Paulo IV cometió un grave error político al aliarse con Enrique II de Francia en contra de Felipe II, pues lo único que consiguió fue que el Duque de Alba, al frente de un poderoso ejército, se presentase ante las puertas de Roma (septiembre de 1557). A partir de ese momento, Paulo IV no tuvo más remedio que concentrarse en la reforma. Calificó de herejía el pecado de simonía y puso en marcha el Tribunal de la Inquisición, del cual pocos cardenales y obispos se libraron. Ni siquiera hombres tan íntegros y dignos de confianza como los

Cardenales Morone y Pole quedaron libres de sospechas, y el primero de ellos llegó a ser encarcelado como presunto hereje en el castillo de Sant'Angelo. Los monjes y frailes que habían abandonado monasterios y conventos para desempeñar cargos eclesiásticos fueron conminados a regresar a ellos, y a los que no lo hicieron se les encarceló o fueron enviados a galeras. Lamentable severidad que el General de los agustinos, Seripando, calificaría de inhumana, pero que acabó definitivamente con las veleidades mundanas de los eclesiásticos.

El Papa Paulo IV cerró la puerta del Renacimiento con un estremecedor portazo, echando la llave y guardándosela. El espíritu de paganismo había sido exorcizado y ya nunca volvería a apoderarse de la Iglesia.

En su lecho de muerte, el irascible anciano se arrepintió de sus errores políticos y de táctica, que incluían una actitud violenta y profundamente hostil con la Inglaterra de la reina Isabel. Felipe II, que había estado casado con su predecesora, María Tudor, y conocía bien a los ingleses, había tratado, sin éxito, de suavizar esa postura.

A aquel prototipo del temperamento colérico le sucedió el prototipo del temperamento sanguíneo: *Pío IV* (1559-1565), otro miembro de la familia de los Médicis, que trató de sanar las heridas abiertas por su predecesor. Los príncipes católicos se reconciliaron y el Concilio pudo reanudarse (1562), para quedar definitivamente clausurado al año siguiente.

Sobre el papel, se habían eliminado gran número de abusos y una comisión de cardenales se encargó de supervisar la puesta en práctica de los decretos conciliares. Como diría más tarde el gran historiador alemán Ranke, «el Concilio de Trento, tan violentamente exigido, tanto tiempo evitado e interrumpido, dos veces disuelto, sacudido por tantas tormentas mundanas… había logrado, finalmente, la unión del mundo católico».

No obstante, como Carlos V había previsto, selló también definitivamente la separación de la cristiandad occidental en dos mitades. Tal vez fuera inevitable, pero ¿no se hubiese podido encontrar una fórmula de compromiso? Particularmente en nuestros tiempos, muchos hombres de buena voluntad, católicos y protestantes, lamentamos que aquello ocurriese y esperamos que se pueda establecer un puente de unión entre los que entonces se enfrentaron como enemigos, pero que, a pesar de todo, siguen siendo hermanos. Quiera Dios conceder a los cristianos ese deseo.

Tras el Concilio, la Iglesia católica cobró nuevo vigor. Las medidas de reforma se impusieron en todos los países que seguían siendo fieles

a Roma, y se pudo frenar el avance del protestantismo. En Suiza, en Baviera, en Polonia, en Austria, pudo consolidarse el catolicismo, gracias, sobre todo, al celo de grandes teólogos y predicadores, como san Pedro Canisio, y a una legión de jesuitas y capuchinos que les apoyaban. Además, Pío IV tuvo la suerte de contar con un santo en la Secretaría de Estado: san Carlos Borromeo, que luego, como arzobispo de Milán, aplicó la reforma en el norte de Italia.

San Pío V y la batalla de Lepanto

Su sucesor, *San Pío V* (1566-1572) —Cardenal Michele Ghisleri—, era dominico. Al ser elegido Papa, conservó el hábito blanco de su Orden, estableciendo así una costumbre que los Papas han adoptado hasta el día de hoy. También mantuvo a lo largo de todo su pontificado la vida sencilla, ascética y piadosa propia de los dominicos.

Había sido Gran Inquisidor y era muy severo en materia de doctrina. Consideraba la herejía como el peor de todos los males. Excomulgó a la reina Isabel I de Inglaterra, algo que les vino muy bien a los protestantes ingleses en el poder, que ya tenían un motivo para perseguir a los católicos, declarándolos reos de alta traición, pero, a pesar de todo, muchos permanecieron fieles. Los sacerdotes tuvieron que ocultarse o disfrazarse y en algunos hogares católicos se habilitaron escondites para ellos. A los que se negaban a asistir a los servicios protestantes, se les imponían fuertes multas. Si un sacerdote osaba celebrar la Santa Misa, se le encarcelaba por un año. Poco a poco, las cosas fueron empeorando y ser católico llegó a ser un crimen. Celebrar la Santa Misa, asistir a ella, confesarse o dar refugio a un sacerdote era delito de felonía. En 1581, Edmundo Campion, jesuita, fue ejecutado por el hecho de serlo.

En Irlanda, cuya población se había mantenido fiel a Roma en su inmensa mayoría, era obligatorio asistir a los servicios religiosos protestantes. Se clausuraron los seminarios y los colegios católicos, por lo que los irlandeses católicos tuvieron que ir a Francia o a otros países a cursar estudios. Pero ni los sacerdotes ni el pueblo fiel renegó de su Fe.

En el año 1570, los turcos habían conquistado la isla de Chipre, último bastión cristiano en el Mediterráneo oriental. Pero los turcos no respetaron las condiciones de la capitulación y asesinaron o mutilaron de manera horrorosa a los prisioneros. Su jefe, Mustafá, convirtió la catedral en mezquita, se sentó en el altar mayor y mandó desollar vivo en su presencia al comandante cristiano, Bragadino, mientras decía: «¿Dónde está tu Cristo? ¿Por qué no me castiga? ¿Por qué no te libera?». Bragadino murió rezando el *Miserere*.

Tras muchas vacilaciones, los príncipes cristianos hicieron caso de las admoniciones y ruegos de Pío V. Ahora que Chipre había caído, Italia y España estaban amenazadas. La *Liga Santa*, formada por Venecia, Génova, España y los Estados Pontificios, reunió una

poderosa flota. El Almirante era *Don Juan de Austria*, hermanastro de Felipe II. Tenía solo veintitrés años, pero había mostrado su genio militar un año antes, en España, donde había acabado con la rebelión de los moriscos en la Alpujarra. A sus órdenes estaban el Príncipe Colonna (capitán de la flota papal), Andrea Doria (de la genovesa), Sebastiano Veniero (de la veneciana) y el Marqués de Santa Cruz (de la española).

En *Lepanto*, el 7 de octubre de 1571, Don Juan atrapó a la flota turca en la mayor batalla naval que el mundo había visto. La flota cristiana estaba formada por más de trescientos navíos y ciento treinta mil hombres. El Padre Juan Servia, confesor de Don Juan, bendijo los barcos y dio la absolución colectiva a los tripulantes. Tras cinco horas de batalla, la intervención personal de Don Juan en apoyo del ala derecha decidió la lucha a favor de los cristianos. La flota turca fue prácticamente aniquilada. Solo unas treinta galeras ligeras lograron escapar. Noventa fueron hundidas y ciento ochenta y siete, capturadas. Doce mil esclavos cristianos, forzados en las galeras turcas, fueron liberados. Ocho mil soldados cristianos murieron. La supremacía naval turca en el Mediterráneo había terminado.

Lleno de gozo por el triunfo —que le había sido anunciado en una visión a pleno día—, el Papa Pío V instituyó la *Fiesta de Nuestra Señora del Santísimo Rosario*, que se sigue celebrando el 7 de octubre.

El Almirante turco, Alí Pachá, había caído en la batalla, y sus dos hijos, hechos prisioneros. Don Juan de Austria los trató con cortesía; uno de ellos murió de enfermedad y el otro fue puesto en libertad más tarde.

La batalla de Lepanto fue una victoria de los católicos, pero en beneficio de todos los cristianos, católicos o no. Uno de los motivos por los que el Papa León X había condenado a Lutero era porque había dicho que «guerrear contra los turcos es resistirse a la voluntad de Dios».

La rebelión de los Países Bajos

Incitadas por fanáticos predicadores calvinistas, las masas, en los Países Bajos, asaltaron las iglesias en Ypres, Dunquerque, Armentieres y otros lugares, destruyendo las imágenes y profanando las Sagradas Formas. Pronto (año 1556), sucesos similares se repetían en Flandes, en Zeelanda, en Holanda y en Frisia. Piezas de arte valiosísimas fueron destruidas, sacerdotes y religiosos golpeados y maltratados, multitud de libros quemados y las vidrieras de iglesias y catedrales rotas. En algunos sitios, los asaltantes se reunieron a comer y beber en los templos así «purificados». En Amberes, no se salvó ni uno solo. En pocas semanas, cuatrocientas iglesias y monasterios quedaron desnudos, con solo los muros y el techo.

El Papa Pío V había dicho a Felipe II, dueño de los Países Bajos, que no los abandonara, pero el monarca vacilaba. El Papa, entonces, volvió a insistir. La Duquesa de Parma, gobernadora de los Países Bajos en nombre de su hermanastro, Felipe II, estaba desbordada por los acontecimientos. Algunos nobles protestantes (Egmont, Hoorn y Guillermo de Orange) simpatizaban con los revoltosos, y los ingleses atizaban la hoguera y ayudaban con dinero. Felipe II, entonces, decidió enviar al Duque de Alba, que impuso el orden con mano de hierro y gran brutalidad. Mandó ejecutar a Egmont y a Hoorn y, si Guillermo de Orange se salvó, fue porque pudo huir. Pero los disturbios prosiguieron y pronto los Países Bajos estuvieron en una situación de franca rebeldía. Felipe II sustituyó a Alba por Don Juan de Austria, que no pudo hacer gran cosa. El proyecto de casarle con María Estuardo, reina de Escocia, no llegó a cuajar, pues Don Juan murió poco después, en 1578, tal vez envenenado. Si la boda hubiese llegado a efectuarse, tal vez no solo Escocia, sino también Inglaterra, hubiesen vuelto a la obediencia de Roma, pues María, católica, hubiese sucedido a su prima Isabel (que la mandó ejecutar). En cuanto a los Países Bajos, se independizaron y se hicieron protestantes (actualmente, la mitad de la población aproximadamente sigue siendo protestante; la otra mitad, católica).

Balance

El Renacimiento, con todo su esplendor, pero también con su corrupción y sus vicios, había quedado atrás. Roma ya no era aquel «pozo de iniquidad» que tanto escandalizaba a Lutero. La reforma católica había obrado maravillas. Hombres como *san Felipe Neri*, auténtico juglar de Dios, «tiraban» de muchos otros que irradiaban fuerza espiritual, bondad y alegría.

En España, *santa Teresa de Jesús* emprendió la reforma de la Orden Carmelita y escribió obras de espiritualidad que le merecerían el título de Doctora de la Iglesia. Nadie, ni antes ni después, ha sido capaz de describir los senderos que conducen a la contemplación con tanta lucidez, claridad, naturalidad, encanto y sentido del humor. Su gran amigo, el místico *san Juan de la Cruz*, nos legó una serie de poemas que constituyen un tesoro incomparable de la literatura mística y ascética. Tenía el don de la genialidad y era capaz de expresar las verdades más profundas en unos cuantos versos con un lenguaje de incomparable belleza:

«Si quieres ser todo, hazte nada.

Si quieres poseerlo todo, no tengas nada…».

Las grandes verdades son muy simples, pero, desgraciadamente, los hombres se empeñan en complicarlas… Y, si Dios Nuestro Señor tuvo una vez más paciencia con la humanidad, tal vez fuera por esta legión de santos, que, con sus súplicas, asediaban el Cielo.

Capítulo XVIII

LAS GUERRAS DE RELIGIÓN

En la Dieta de Augsburgo, celebrada en 1555, los príncipes alemanes habían hallado una «solución» al problema religioso. La fórmula era la siguiente: *Cuius regio, eius religio*. Lo cual quiere decir que cada Estado profesaría la religión de su gobernante (y sus súbditos, en consecuencia, tendrían que aceptarla).

La religión se convirtió así, de un plumazo, en dominio propio de los príncipes de este mundo. Nada tiene de extraño, pues, que el Papa Paulo IV se negase a aceptar la validez de este compromiso estúpido y arrogante.

Pero, con la abdicación de Carlos V, quedó abierto el camino al poder *absoluto* de los reyes, que no estaban dispuestos a obedecer otra autoridad que la suya. Algunos no dudaron en prescindir de la autoridad del Papa en materia de religión, como ya había hecho Enrique VIII en Inglaterra; otros se sometieron formalmente, pero de hecho siguieron obrando como les venía en gana. Hasta el más ferviente católico de todos, Felipe II, intentó en varias ocasiones presionar a los cardenales para que eligiesen a un Papa fácilmente manejable.

La reforma del Calendario

Gregorio XIII (1572-1585), sucesor de san Pío V, fundó una serie de colegios eclesiásticos para la mejor formación de los sacerdotes. Su fama, sin embargo, proviene de la *reforma del Calendario*, que emprendió una comisión de expertos con la colaboración del erudito jesuita Clavius. Y es que el calendario en uso, el *Juliano* —que se remontaba a Julio César—, era inexacto y ya no coincidía con el cambio de las estaciones. En el año 1582 la comisión terminó su trabajo y se introdujo el cambio: ese año, al 4 de octubre le seguiría el 15 y cada cuatrocientos años se omitirían tres días[*].

Los príncipes protestantes no quisieron aceptar la reforma porque era cosa del Papa, lo cual condujo a toda clase de confusiones. Hasta el siglo XVIII no dieron su brazo a torcer, pero hoy el mundo entero sigue el Calendario Gregoriano, excepto las iglesias cismáticas orientales, los judíos ortodoxos y los musulmanes.

La «Noche de San Bartolomé»

Durante el pontificado de Gregorio XIII, tuvo lugar la terrible matanza de «La Noche de San Bartolomé», en la que Catalina de Médicis, madre del rey de Francia, quiso eliminar a los hugonotes (los calvinistas franceses). Una de las víctimas fue el Almirante Coligny, destacado hugonote.

Fue algo lamentable, pero la corte del rey de Francia informó al Papa tergiversando los hechos y Gregorio XIII, convencido de que había sido un acto de legítima defensa de los católicos frente a un levantamiento protestante, mandó celebrar la «victoria» con un solemne *Te Deum*. Los historiadores anticatólicos aprovecharon la ocasión para acusar al Papa de celebrar un asesinato en masa, e incluso de formar parte del complot.

Su sucesor, *Sixto V* (1585-1590), fue un gran gobernante. Como Pío V, era de origen humilde. Entró muy joven en la Orden franciscana y conservó durante todo su pontificado la sencillez y pobreza franciscanas. Impuso el orden en los

Estados Pontificios y mandó desterrar a quienes portaran armas y se dedicaran al bandidaje; saneó también las finanzas.

Durante su pontificado se concluyó la colosal cúpula de la Basílica de San Pedro y se alzó el gran obelisco en el centro de la plaza; también se construyeron varias partes del Vaticano y de la Biblioteca Vaticana, así como la Scala Santa y otros monumentos. Sixto V amplió el colegio cardenalicio a setenta cardenales.

La derrota de la Armada Invencible puso fin a la esperanza de que Inglaterra volviera al seno del catolicismo, pero al mismo tiempo evitó un excesivo poder e influencia de España. Además, conociendo el carácter inglés, es inimaginable pensar que hubiese sido posible imponer la Fe por la fuerza.

La situación en Francia e Inglaterra

Las consecuencias de la matanza de la Noche de San Bartolomé fueron nefastas. El último rey de la dinastía de los Valois murió todavía niño, y el pretendiente al trono, Enrique de Navarra, era calvinista. Felipe II exigió, a través de su embajador en Francia, Olivares, que tanto Enrique como sus partidarios fueran desterrados y él mismo incapacitado para reinar. Si no, el rey de España prescindiría de la obediencia al Papa y declararía la guerra a Francia, pues no podía tolerar que la Causa de Cristo quedara arruinada. Entonces intervino Sixto V, que declaró resueltamente: «Queremos la paz para Francia, pero sin fomentar las ambiciones de una potencia extranjera». Es decir, que el Papa no quería convertirse en capellán del rey de España. Pero la tensión que provocó en él el conflicto fue demasiado fuerte. Murió el 27 de agosto de 1590.

El pontificado de su sucesor, *Urbano VII*, solo fue de doce días. Tras un cónclave que duró casi dos meses resultó elegido *Gregorio XIV*, un hombre bueno y devoto que murió a los diez meses. Su sucesor, Inocencio IX, solo vivió once. Así pues, en año y medio hubo tres Papas y fue preciso elegir un cuarto, *Clemente VIII* (1592-1605), un hombre grave, ascético, reflexivo, que tuvo la alegría de saber que Enrique IV se había convertido al catolicismo (julio de 1599).

En Inglaterra, mientras tanto, el reinado de Jacobo I trajo una cierta esperanza de restauración del catolicismo. Detestaba las interminables prédicas de los presbiterianos (como se hacían llamar los calvinistas escoceses), pero, en cuanto creyó tener seguro su trono, se olvidó de sus inclinaciones «papistas». Trató de suavizar la situación de sus súbditos católicos, pero tras el «complot de la pólvora» (en el que unos cuantos conspiradores, no todos ellos católicos, trataron de hacer volar el Parlamento), se hizo todavía más angustiosa.

Clemente VIII murió el año 1605 y el pontificado de su sucesor, *León XI*, duró solo veinticinco días. Le sucedió el Cardenal Camilo Borghese, que tomó el nombre de *Paulo V* (1605-1621); era un hombre de características similares a las de Gregorio VII; pero los tiempos eran otros y el poder del Papado declinaba. Graves enfrentamientos con la orgullosa República de Venecia terminaron con un frágil compromiso, mientras en Alemania comenzaba una guerra horrible…

La Guerra de los Treinta Años

Esa guerra, que duró treinta años, comenzó como una «guerra de religión» (protestantes contra católicos), pero en el fondo la religión no era más que el manto que cubría una serie de ambiciones nacionales y personales; además, Francia —cuyo primer ministro era un Cardenal de la Iglesia, Richelieu— se alineó con los protestantes, pues quería acabar con la supremacía de los Habsburgo.

La guerra empezó con una revuelta en Bohemia contra el Emperador Fernando de Habsburgo, en la cual los tres consejeros imperiales fueron arrojados por una ventana, incidente conocido como la *defenestración de Praga*. Tuvieron la suerte de caer sobre un montón de estiércol, con lo que solo quedó herida su dignidad. Pero lo que parecía ser cómico, pronto resultó ser trágico.

Al principio, los ejércitos imperiales, mandados por los generales Tilly y Wallenstein, ganaron todas las batallas, pero la situación dio un vuelco cuando Gustavo Adolfo, rey de Suecia, entró en la guerra del lado protestante. Sus éxitos fueron tan espectaculares que habría podido convertirse en el primer Emperador protestante si no hubiese caído en la batalla de Lützen. La intervención de los franceses, al mando de los mariscales Condé y Turena, resultó decisiva, inclinando la balanza a favor de los protestantes.

Cuando, por fin, en 1648, se firmó el *Tratado de Westfalia*, el caos más absoluto reinaba en Europa Central. Ciudades y pueblos estaban en ruinas. Alemania había perdido más de la mitad de su población y en algunas regiones, los dos tercios. Las atrocidades cometidas por ambos bandos eran indescriptibles.

El tratado de paz fue, tal vez, la más inicua de las acciones. El principio mantenido en la Dieta de Augsburgo —*cuius regio, eius religio* — se aplicó a la letra, y como en Alemania había por lo menos trescientos cuarenta y tres príncipes soberanos, el país se convirtió en un rompecabezas de principados, ducados, etc., cuyos gobernantes eran a la vez dueños y señores tanto en lo político como en lo religioso. Se olvidaron de los derechos de la Iglesia y los príncipes le arrebataron sus propiedades. En el tratado ni se mencionaba al Papa; sus protestas cayeron en el vacío. La voz de la Iglesia, tan respetada en otros tiempos, no halló ningún eco. Se iniciaba la época de los exacerbados *nacionalismos*.

Y, enseguida, empezaron a ponerse de manifiesto las consecuencias inevitables de una «reforma» que había hecho tabla rasa de verdades fundamentales y de realidades vivas, convirtiéndolas en meros símbolos o prescindiendo de ellas.

Muchos se preguntaban si merecía la pena conservar lo que quedaba. Si las enseñanzas cristianas podían «simplificarse» de tal manera, ¿por qué no prescindir de todas ellas?... El hombre de la calle no se planteaba todavía esa pregunta, pero los intelectuales, proclives a sacar conclusiones enseguida, empezaron a plantearse nuevos esquemas de pensamiento que, a la larga, influirían poderosamente en quienes piensan que «novedad» es sinónimo de «progreso»; que lo mejor es lo nuevo.

Un orden establecido que parecía intocable y gozaba de una poderosa esfera de influencia estaba a punto de desvanecerse. Se criticaba abiertamente y muchos pensaban que tal vez nada de él fuera válido, puesto que algunas cosas no lo eran... Por ejemplo, la Misa. ¿No sería un mero rito, una «representación» tan vacía de contenido como los ritos paganos?... Las agudas e incisivas mentes que reflexionaban sobre estas cosas no se daban cuenta, tal vez, de que iban en favor de la corriente y no hacían más que volver la espalda a una institución que parecía estar de capa caída. Pero se les escapaba que el cristianismo no es la religión del éxito y que su Fundador había muerto en la Cruz, para ser el Salvador de la humanidad.

Lo que les fascinaba era que los poderosos de la tierra podían desafiar al Papa, burlarse de él y traicionarle sin que el pobre anciano, allá lejos en Roma, pudiese hacer nada para evitarlo. Y los

protestantes, que habían sido los primeros en rechazar su autoridad, no tardarían en rechazarlas todas. Muchos habían prescindido ya de los grandes misterios de nuestra Fe: la presencia real de Cristo en la Eucaristía, la vida de la gracia, la inhabitación de Dios Uno y Trino en el alma… Ahora, naturalmente, negaban que fuese necesario confesar los pecados en el Sacramento de la Penitencia, incluso que fuese necesario hacer penitencia… Y, claro, tampoco veían ya al sacerdote como un hombre puesto aparte, escogido; como *pontífice*, es decir, como un *puente* entre Dios y los hombres; ahora era un simple «ministro», un administrador como cualquier otro (incluso un «sacerdote», si se quería, en cuanto que todos los cristianos lo son…), con la única diferencia de que era un poco más rígido en moral, leía la Biblia con más frecuencia y predicaba los domingos. Y, como los buenos predicadores abundaban, el «servicio divino», privado de todo sentido de misterio, se convertía en una reunión social aburridísima. ¿Acaso era necesario escuchar comentarios insulsos de fragmentos de relatos bíblicos cada ocho días? ¿No sería el Dios del Antiguo Testamento un concepto judío completamente superado? Porque ¿quién puede saber cómo es Dios? ¿Es realmente personal? ¿Cuida del hombre o, por el contrario, es ajeno a sus problemas, una especie de Gran Arquitecto o de Relojero que construyó el mundo y lo puso en marcha, pero que luego lo dejó funcionar a su aire?… Sin duda, así era; lo cual quería decir que no tenía por qué ser un Dios personal; bastaba con que fuese un Poder, una Fuerza, un Principio…

De esta forma, el *deísmo* empezó a ganar adeptos entre algunos intelectuales. Dios se convirtió, para ellos, en una Fuerza impersonal, un «Absoluto» desinteresado del hombre; lo cual condujo a que el filósofo alemán Immanuel Kant afirmara apodícticamente que la existencia de Dios no se podía demostrar; solo postular, pues la mente humana era incapaz de conocer nada de Él. Al parecer, al genio nunca se le ocurrió pensar que lo que afirmaba era contradictorio, pues, si la mente humana puede e incluso debe postular la existencia de Dios, tal postulado es en sí mismo un principio de conocimiento. ¿Cómo va a posturlar, si no, algo cuya existencia se ignora?… Aparte de que, aunque el hombre no pudiera saber nada de Dios, Dios, que es omnipotente, sí puede revelarse al hombre.

Una religión sin misterio se convierte, en primer lugar, en una religión sin un Dios personal (que, por su misma naturaleza, tiene que ser misterioso); luego, en una religión sin Dios, sustituido por un difuso «Principio»; finalmente, y en el mejor de los casos, por un mero código «moral», cambiante, circunstancial, y a menudo «nacionalista».

Y así se habla de «la decencia de la mujer blanca», como si la de las negras tuviera que ser otra. O de «las virtudes de la raza aria», como si los demás solo tuvieran defectos. O de «la justicia proletaria», como si la justicia pudiera adjetivarse.

La naturaleza humana reclama el misterio y, cuando la religión se convierte en algo meramente «racional», el hombre busca el misterio en otra parte. No es una mera casualidad que, a raíz de la Guerra de los Treinta Años, despuntaran la francmasonería y otras sectas secretas llenas de ritos y de simbolismos; ni que ciertas prácticas teosóficas, mágicas y espiritistas empezaran a proliferar, sobre todo, entre los «convertidos» al protestantismo.

La Iglesia católica prosigue su camino

Debilitada, y en muchos países perseguida, la Iglesia prosigue caminando. Y los gustos y deseos de la época se manifestaron enseguida en un arte nuevo. Las catedrales góticas eran como plegarias en piedra que apuntaban al cielo. En el Renacimiento, el *humanismo* hizo del hombre el centro del Universo. Ahora, el arte barroco trataba de acercar lo divino a la tierra, haciéndolo grato y comprensible al corazón y a la cabeza.

Gregorio XV —Alessandro Ludovisi— (1621-1623), sucesor de Paulo V, introdujo la elección de los Papas por votación secreta, práctica que permanece todavía, con algunos cambios. Fundó la *Congregación de Propaganda Fide* dedicada a la *extensión* de la labor misionera (propaganda en latín quiere decir eso, aunque su sentido, actualmente, es otro, al menos popularmente: el de «vender» un producto o una ideología exagerando o mintiendo). Los países de misión, ahora, no serían solo los paganos, sino también aquellos en los que la jerarquía católica había quedado destruida por los reformadores protestantes y los católicos estaban en minoría: Inglaterra, los países escandinavos, Holanda, parte de Alemania, etc.

Gregorio XV canonizó a san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, santa Teresa de Jesús y san Felipe Neri en el mismo día.

Su sucesor, el Papa Urbano VIII, Cardenal Maffeo Barberini (1623-1644), vivió la mayor parte de la Guerra de los Treinta Años. Durante su pontificado el gran científico italiano *Galileo Galilei* fue condenado por la Inquisición, incidente que no dejan nunca de recordar los escritores anticatólicos. Ya antes, en 1543, el clérigo católico Nicolás Copérnico fue el primero en mantener la teoría de que la Tierra no era el centro del Universo, como se creía generalmente, sino que era un planeta que giraba alrededor del Sol (Copérnico: *De revolutionibus Orbium Coelestium*). En 1607 el astrónomo alemán Johannes Kepler, inventor del telescopio, publicó su libro *Astronomía Nova*, que describía los movimientos del planetario. Para las personas con poca formación, esta teoría parecía quitarle «importancia» a la Tierra.

Los deístas aprovecharon para llevar el agua a su molino y, para muchos creyentes, tanto protestantes como católicos, parecía estar en contradicción con la Sagrada Escritura, a la que todos veneraban. Galileo afirmó que la Biblia estaba equivocada en este punto concreto y entonces la Inquisición intervino y le pidió que se retractara.

Galileo accedió, muy comprensiblemente asustado por las consecuencias de negarse a hacerlo, pero volvió a publicar sus puntos de vista, esta vez fuera de Italia. Fue arrestado bajo la acusación de haber roto su palabra solemne y recluido; aunque no en una cárcel, sino en el domicilio de un amigo suyo, donde le trataron bien. Nunca fue sometido a tortura. De todas maneras, es indiscutible que estaba en lo cierto científicamente y que la Inquisición estaba equivocada tanto científica como teológicamente. La teoría de Copérnico —que entonces todavía no se había podido probar— no estaba en contradicción con la Sagrada Escritura correctamente interpretada y la Inquisición mostró un lamentable desprecio hacia los principios establecidos por san Agustín, san Ambrosio y santo Tomás de Aquino para la correcta interpretación de algunos textos de la Biblia. No hubo nunca una declaración dogmática acerca de lo que tenían que creer los fieles. Tuvieron que pasar varios cientos de años antes de que se afianzara *científicamente* la idea de que el hombre es el punto medio del Universo.

Al principio las cosas parecían ir de mal en peor. No solo la Tierra era un simple planeta del sistema solar, sino que también el Sol no era más que una estrella fija relativamente pequeña, centro de un sistema solar menor que formaba una parte insiginificante de la galaxia llamada Vía Láctea. E incluso la Vía Láctea era una entre un millón de galaxias. Nuestro tamaño se había reducido tantísimo, que habíamos perdido casi toda nuestra importancia. Entonces Dios nos permitió conocer uno de Sus secretos, el secreto de que no solamente existe el universo del cosmos, sino que el hombre mismo es otro universo. Si contamos los átomos que hay en el cuerpo humano, obtendremos una cifra con veintiocho ceros. Si calculamos cuántas veces mayor que el cuerpo humano es el Sol, la estrella central de nuestro sistema, obtendremos también una cifra con veintiocho ceros. El descubrimiento de esta curiosa coincidencia fue hecho por el astrónomo inglés Sir Arthur Eddington. Esta coincidencia nos da pie a pensar que, en efecto, somos el *punto medio*, el punto de intersección entre el macrocosmos y el microcosmos; por consiguiente está el hombre en posición inmejorable para explorarlos a ambos.

Galileo murió como buen creyente; antes de morir recibió una bendición especial del Papa y fue enterrado en sagrado.

Bajo el pontificado de *Inocencio X* —Cardenal Giovanni Battista Panfili— (1644-1655), acabó por fin la Guerra de los Treinta Años.

Grandes santos y nuevas herejías

Cuatro grandes santos franceses y dos nuevas herejías surgieron en el siglo XVII: *san Francisco de Sales* (1567-1622), durante veinte años obispo de Ginebra, —ciudad que había sido el corazón de las actividades de Calvino—, fundó la *Orden de la Visitación*[*] (monjas salesianas contemplativas) y escribió dos obras que pronto serían clásicas: la *Introducción a la vida devota* y el *Tratado del Amor de Dios*. Su espiritualidad, sus libros y las innumerables cartas que escribió influyeron poderosamente en la sociedad de su época y contribuyeron con eficacia a la renovación de la vida católica en varios países. *San Vicente de Paúl* (1576-1660), de humilde origen, fundó, con *santa Luisa de Marillac*, las *Hermanas de la Caridad*, la primera congregación religiosa femenina dedicada a la atención de los enfermos y necesitados fuera de los conventos (algo parecido a lo que había hecho santa Catalina de Siena cuatro siglos antes individualmente). *Santa Margarita María Alacoque* (1647-1690), monja de la Visitación, a quien en el año 1675 encargó el Señor la extensión de la devoción a su Sagrado Corazón. Noventa años más tarde, el Papa Clemente XIII establecería la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, símbolo del amor al hombre de Nuestro Señor, que en el año 1856 se extendería a la Iglesia universal.

Tras el florecimiento del catolicismo en Francia, surgirían dos nuevas herejías: el jansenismo y el quietismo.

El jansenismo tomó este nombre del Obispo de Yprés, Cornelio *Jansenio*, quien tal vez nunca fue consciente de que su libro *Augustinus* contenía serios errores teológicos, aunque no deja de ser sospechoso que no quisiese publicarlo en vida. El jansenismo ha sido llamado «calvinismo católico» y descrito como «la doctrina de san Agustín vista a través de Calvino». Encontramos en él, una vez más, la idea de la absoluta depravación del hombre y de la impotencia de la voluntad humana para obrar el bien, unida a la convicción de que Cristo no había muerto para salvarnos a todos. El Concilio de Trento había estimulado la práctica de la comunión frecuente, pero Jansenio enseñaba que era una recompensa para los justos, no medicina para los pecadores. Era una doctrina rígida y pesimista que el Santo Oficio condenó en 1641 y el Papa Urbano VIII, al año siguiente. Pero los jansenistas no se sometieron y la herejía revivió a comienzos del siglo XVIII, extinguiéndose casi por completo tras la muerte de su último epígono, el Cardenal de Noailles.

El *quietismo* era una especie de taoísmo católico que propugnaba la no resistencia al mal. Su creador fue un sacerdote español, Miguel de Molinos, para el que tomar la iniciativa, en la vida espiritual, era pecado. No solo era inútil realizar «obras buenas», sino que no se debía oponer resistencia a la tentación, pues resistir era una forma de tomar la iniciativa, de *actuar*. Esta «pasividad» respecto al pecado conducía, como es lógico, a una vida inmoral que hace pensar en la cínica frase de Oscar Wilde: «La única forma de acabar con la tentación es caer en ella». Molinos, juzgado y condenado por la Inquisición en 1687, murió doce años más tarde. En Francia, sin embargo, sobrevivió en una forma mitigada —el semiquietismo— practicada por una dama buena y bienintencionada, Madame Guyon. Pero, si sus prácticas hubiesen sido aceptadas, el catolicismo se habría convertido en una especie de lamaísmo inerte, pasivo, ajeno por completo al mandato de Cristo: «Id y enseñad a todas las gentes…».

Voltaire y los jesuitas

Los principales opositores de los jansenistas —y, por supuesto, de los quietistas— fueron los jesuitas, lo que les trajo la enemistad de muchos. La actividad de los jesuitas, la energía con que defendían la ortodoxia católica, su presencia en todas partes, hacían que los enemigos de la Iglesia los considerasen el mayor obstáculo para acabar con ella. Pero contaban también con enemigos dentro de la Iglesia; entre ellos, los *galicanos*, partidarios de una Iglesia francesa «liberada» de la «opresión» del Papado. Pero el mayor enemigo de la Iglesia —y también de los jesuitas— en el siglo XVIII fue *Voltaire*, ensayista, poeta incrédulo y brillante que, al referirse a la Iglesia, la llamaba «rinfame», la infame.

Voltaire era un cínico, al que solo le complacía insultar y mofarse; un hombre egoísta, inmoral y avaricioso, pero de un ingenio insuperable que embobaba a los «intelectuales». Con otros «filósofos» contemporáneos suyos, como Didrot y Rousseau, transformó el pensamiento europeo. Puso en tela de juicio todo lo que las generaciones precedentes habían considerado «sagrado» y de moda, burlarse de todo ello. No hay señal más cierta que esta de la amenaza de un cataclismo, pero los que ponen las bases para que se produzca no llegan casi nunca a verlo. Por eso, ahora estaba en el pináculo del éxito. Y lo peor era que su fama traspasaba las fronteras. Los que comulgaban con sus ideas, se carteaban con él y se preciaban de ser sus amigos, se pusieron a intrigar en Portugal, en Alemania e incluso en España y, tras una campaña que duró casi quince años (1759-1773), consiguieron que el Papa disolviese la Compañía de Jesús.

Todo empezó en Portugal, donde el Marqués de Pombal, primer ministro de un monarca débil, enriquecido de manera vergonzosa, temiendo que los jesuitas le denunciaran, la emprendió con ellos. El 12 de enero de 1759, todos los miembros de la Compañía que trabajaban en Portugal fueron detenidos y deportados a los Estados Pontificios. El Papa protestó en vano. En Francia, los *parlaments*, galicanos y deístas en su mayoría, iniciaron una campaña en contra de los jesuitas hasta que Luis XV, más atento a los placeres sensuales que a los asuntos de Estado, se rindió. Los jesuitas no fueron expulsados, pero la Compañía dejó de existir oficialmente. En España, el Conde de Aranda, ministro de Carlos III, decidió suprimirla en el año 1768, y Voltaire cacareó entusiasmado. Los reyes de Nápoles y de Austria siguieron su ejemplo. Finalmente, el Papa *Clemente XIV* (1769-1774) capituló también y, de un plumazo, mandó disolver la Compañía, dejando reducidos a veintitrés mil jesuitas a la condición de simples sacerdotes seculares.

Los esfuerzos combinados de los «filósofos ilustrados», los deístas, los ateos y los reyes habían obligado al Papa a prescindir de sus fuerzas de choque. Porque eso eran. Los intelectuales escépticos solían ridiculizar al clero, refiriéndose a los «curas de misa y olla», ignorantes y rudos, o a los prelados prepotentes y orgullosos. Pero a los jesuitas no les podían ridiculizar de esa manera. Además, los temían, porque rebatían sus falsos argumentos. Y los políticos, que hacían pingües negocios en las colonias, no podían soportar la bofetada que era para ellos saber que los jesuitas, en Paraguay, estaban obrando maravillas con los indios… Y estaban en todas partes: en América del Norte y del Sur, en Japón, en la India y últimamente también en China… Si no se les ponía coto, «La infame», la Iglesia católica, volvería a ser poderosa, no un organismo débil, enfermizo y en franca decadencia, como parecía ser ahora…

Pero desde las profundidades de la historia, a través de los siglos, resonaba la voz de Gamaliel, advirtiendo a quienes habían perseguido a los primeros cristianos: «Cuidado… porque, si esta empresa es obra de los hombres, se desvanecerá, pero, si es de Dios, no podréis destruirla…».

No la escucharon. Y cuarenta años más tarde la Compañía de Jesús renacía, mientras la barca de Pedro enderezaba su rumbo…

[*] Santa Teresa de Jesús murió precisamente el 4 de octubre de 1582, el mismo día en que el mundo católico introducía la *reforma gregoriana* del calendario. Por eso, su fiesta se celebra el 15 de octubre (Nota del Traductor).

[*] Con santa Juana Francisca Frémiot de Chantal (Nota del Traductor).

Capítulo XIX

LA ERA DE LAS REVOLUCIONES

Sí, la barca de Pedro seguía navegando, batida por las olas, desarbolada y expoliada.

Dominicos, franciscanos y carmelitas trataron de cubrir la brecha abierta en el casco de la nave por la supresión de los jesuitas y una nueva pléyade de santos fueron fundando nuevas órdenes y congregaciones religiosas: *san José de Calasanz* (1556-1648), los Clérigos Regulares de las Escuelas Pías (Escolapios). *San Pablo de la Cruz* (Paolo Francesco Danei, 1694-1775), los *Pasionistas*. *San Alfonso María de Ligorio* (1696-1787), cuya *Teología Moral* estableció firmemente las bases de la moral católica frente a los jansenistas, la Congregación de los *Redentoristas*… De la Compañía de Jesús solo habían quedado algunos fragmentos en dos países de minoría católica: la Prusia de Federico el Grande y la Rusia Blanca de Catalina II, pues, como ocurre a menudo, eran tolerantes con aquello que no les concernía.

El proverbio francés que dice que *«Qui mange du Pape, en meurt»*, se cumplió una vez más. El rey de Francia le había dado un buen bocado y unos años más tarde ya no había rey en Francia…

Luis XV había muerto de viruela. Había presentido la tormenta que se avecinaba, pero frívolamente había dicho:

«Aprés moi, le déluge» («Después de mí, el diluvio»), y el diluvio se había desencadenado.

Los nobles franceses, los cortesanos, bailaban y se divertían. Los sofisticados y afeminados atuendos rococó, todo bordados, vainicas y pelucas, eran una manifestación más de la decadencia. El pueblo pasaba hambre y sufría, pero los poderosos eran ajenos a esos problemas.

El 14 de julio del año 1789 estalló la tormenta. El pueblo de París, harto de tiranía, atacó lo que simbolizaba el poder real: la Bastilla, una fortaleza utilizada como cárcel para los prisioneros políticos. Una vez asaltada, las turbas liberaron a todos los prisioneros y obligaron a Luis XVI, débil y vacilante, a abandonar el Palacio de Versalles y residir en París, para tenerle estrechamente vigilado. Dos años más tarde (1791) intentó huir, pero fue detenido. Juzgado por un «tribunal popular», fue condenado a muerte y ejecutado en la guillotina (1793). Su esposa, María Antonieta, no tardaría en seguir el mismo destino.

Los líderes revolucionarios eran anticristianos. Habían leído las obras de Voltaire y de los demás «filósofos ilustrados», así que, enseguida, se apresuraron a abolir el cristianismo e introducir el culto de «la diosa Razón». Una actriz, representando a «la diosa» fue entronizada en el altar mayor de la Catedral de Nôtre-Dame… Y a la supresión de la Compañía de Jesús siguió la de todas las órdenes y congregaciones religiosas, la confiscación de todos los bienes y propiedades de la Iglesia, la clausura de los conventos y monasterios… Y, como el pueblo seguía siendo tan «estúpido» como para querer seguir teniendo obispos y sacerdotes, los habría, pero elegidos por el pueblo y «juramentados», es decir, sometidos a la Constitución, que estaban obligados a jurar.

Los revolucionarios, cuando se hacen con el poder, siempre se empeñan en romper los lazos que unen a los sacerdotes y a los obispos con el Papa. Cuando lo consiguen, someten a los sacerdotes y eliminan a los obispos. Táctica perfecta, pues al quitarse de encima al Pastor y eliminar a los zagales, pueden hacer con el rebaño lo que se les antoje.

Siempre, claro, que entre las ovejas no haya algunas que se rebelen…

A pesar de todo, no consiguieron su propósito, pues la mayoría del clero de Francia se negó a prestar juramento a una Constitución impía. Y, naturalmente, se desató la persecución sobre los no juramentados. Miles de sacerdotes fueron encarcelados, desterrados o ejecutados.

En un solo día, tres obispos y doscientos sacerdotes fueron asesinados en París… El paso siguiente fue organizar una «Iglesia Constitucional», sometida a un gobierno ateo. Pero hasta esa parodia de Iglesia quedó abolida durante el período más radical del proceso revolucionario: el Terror.

El Papa Pío VI protestó y clamó en vano. Decretó que los sacerdotes «juramentados» quedaban *ipso facto* suspendidos «a divinis», declaró que la Constitución francesa era herética y cismática y acogió en Roma a numerosos sacerdotes exiliados; pero la Revolución siguió avanzando…

En 1797, un joven general del ejército revolucionario, que se llamaba Napoleón Bonaparte, invadió los Estados Pontificios, saqueándolos y expoliándolos; al año siguiente, otro general, Berthier, entraba en Roma y proclamaba la República. Esperaba, sin duda, que el Papa huyera, pero no lo hizo. Berthier, entonces, lo apresó y se lo llevó con él. Pío VI tenía ochenta años. En vano suplicó que le dejaran morir en Roma. «Podéis morir en cualquier parte», le respondieron… En un carruaje, se lo llevaron a Francia, pasando por Siena y por Florencia. Murió en Valence, el 29 de agosto de 1799.

La Cristiandad ya no tenía Papa…

Pío VI, antes de morir, había dispuesto, en previsión de los acontecimientos, que se procediera a la elección del nuevo Papa donde y como se pudiera, y, el 14 de mayo del año 1800, el Cónclave de Cardenales, reunido en Venecia, elegía Papa al Cardenal Chiaramonti, monje benedictino, que tomó el nombre de *Pío VII* (1800-1823). En 1797, siendo Obispo de Ímola, había aconsejado a sus diocesanos: «Sed cristianos cabales y seréis buenos demócratas. Seguid el ejemplo de humildad y obediencia del Salvador».

El 3 de julio hacía su entrada en Roma. De los Estados Pontificios apenas quedaba nada. Pero se mantenía la esperanza…

El joven general Bonaparte se había hecho con el poder en Francia y ahora era Primer Cónsul. Como jefe de gobierno, empezaba a hablar de otra manera. «Francia», había dicho, «convertida por sus sufrimientos, ha llegado a saber, por fin, que la religión católica es la única ancla capaz de darle otra vez seguridad y de salvarla de todas las tormentas». Y, tras muchas dificultades, firmó un Concordato con la Santa Sede.

Tenía buenas razones para «convertirse», él también. Quería ser coronado Emperador por el Papa para poder equipararse, por lo menos, a las demás testas coronadas de Europa (había ya otros dos emperadores: el de Austria y el zar de todas las Rusias).

El año 1804, Pío VII aceptó la invitación de Napoleón y se trasladó a París. El futuro Emperador le recibió con altivez. La coronación tuvo lugar el 2 de diciembre, pero solo aceptó que el Papa le ungiese y le bendijese; se colocó él mismo la corona sobre la cabeza y luego coronó a su mujer, Josefina… Tras lo cual tuvo la impudicia de pedir al Papa que se quedase en Francia, bien en París, bien en Aviñón. Pío VII repuso que nunca lo haría voluntariamente y que, si se le obligaba, quien se quedaría sería «el pobre monje Chiaramonti», no el Papa…

Napoleón fue lo suficientemente astuto como para dejarle marchar, pero, enseguida, denunció el Concordato. En 1808, sus tropas ocupaban Roma, obligando a las del Papa a unirse a ellas. Al año siguiente, incorporó los Estados Pontificios a Francia, Roma incluida. El Papa, entonces, excomulgó a Napoleón. Este, ni corto ni perezoso, invadió el Vaticano y apresó a Pío VII. En un carruaje con las ventanillas cerradas y tapadas, se lo llevó, atravesando los Alpes, a Grenoble, después a Aviñón y por último a Savona; y los cardenales fueron obligados a trasladarse a París, para vigilarles de cerca.

Prisionero en Savona, Pío VII se mantuvo firme como una roca. Se negó a aceptar una renta de dos millones de francos al año, lo que enfureció de tal forma a Napoleón que mandó que le quitaran todo, incluso los libros, el material de escritura y hasta el Anillo del Pescador. Lo cual hizo inevitable que los católicos de todo el mundo considerasen la terrible derrota de Napoleón en Rusia como un castigo de Dios.

Qui mange du Pape, en meurt. Napoleón se había burlado de la excomunión, diciendo que no haría que los fusiles se les cayeran a los soldados de las manos, pero en Rusia se les cayeron.

Repentinamente, un Napoleón de capa caída ofreció negociar un nuevo Concordato y la restitución parcial al Papa de los Estados Pontificios, pero Pío VII replicó que la restitución no era un asunto negociable, sino de justicia. Finalmente, el 10 de marzo de 1814, viéndose perdido ante el acoso de Inglaterra, España, Austria, Prusia y Rusia, liberó al Papa, que regresó a Roma.

La entrada de Pío VII en la Ciudad Eterna fue apoteósica. Luego, en el Congreso de Viena, la mayor parte de los Estados Pontificios fueron restituidos «a la más antigua y legítima de las monarquías europeas».

La «venganza» de Pío VII consistió en conceder asilo político en Roma a la madre de Napoleón, Leticia Bonaparte, y a varios miembros de la imperial familia.

En la lejana isla de Santa Elena, donde fue desterrado, Napoleón confiaría a uno de sus fieles, que compartía con él el exilio: «Jesucristo era algo más que un hombre».

El Emperador tenía buenas razones para decir eso. Porque millones de personas estarían dispuestas a morir por Cristo —y de hecho habían muerto a lo largo de la historia—, pero ahora ni una sola estaba dispuesta a morir por Napoleón.

Una Iglesia rejuvenecida

Las viejas monarquías absolutas que habían vencido a Napoleón lograron restablecer en Europa el Antiguo Régimen, pero por muy poco tiempo. El espíritu de la Revolución Francesa no había muerto y volvió a manifestarse de diversas maneras. Una de las más peligrosas era la ideología comunista. El año 1848, Karl Marx y Friedrich Engels publicaban el *Manifiesto Comunista*, declaración pragmática de una doctrina filosófica, política y económica igualitaria y atea que propugnaba la revolución mundial. Ese mismo año, nuevas revoluciones sacudían Francia, Alemania y otros países, pero no prosperaron, pues las guerras napoleónicas habían dejado a Europa exhausta. Por otra parte, la Iglesia católica, que había logrado sobrevivir a todas las persecuciones, resurgía rejuvenecida, y no solo en Francia…

De nuevo los santos entraban en acción: Una vez más se convertía en realidad el antiguo y sabio proverbio «In minimis Deus maximus» (Dios es más grande en lo pequeño), tanto si se trata de cosas como si se trata de personas. Era el estilo inimitable de nuestro Señor, que no escogió aparecer en la tierra como un emperador o como un sabio griego, sino como el hijo de una familia judía en una pequeña e insignificante provincia del Imperio Romano, que escogió como primer papa no al hombre más poderoso ni al más inteligente, sino a un sencillo pescador de Galilea, que comparó el Reino de los Cielos a la más pequeña semilla, la de la mostaza. Él, que había sido glorificado en el mendigo voluntario san Francisco de Asís y que escogió a una muchachita de nada, santa Catalina de Siena, para exponer la «sabiduría» a la gente intelectual y erudita del siglo XIV, ahora escogía de nuevo a las personas sencillas y «pequeñas» pero que llegarían a ser grandes santos.

Juan María Bautista Vianney (1786-1859), cura párroco de Ars, un pueblito próximo a Lyon, no se distinguía por su inteligencia ni por su erudición, pero fue un ejemplo vivo de santidad sacerdotal y un foco de atracción para innumerables personas que acudían a escucharle y a confesarse con él. Tal era la bondad de su sabiduría y la sabiduría de su bondad. Canonizado en 1924 por el Papa Pío XI, fue nombrado patrono del clero secular.

En 1858, la Santísima Virgen María escogía a una jovencita de catorce años, *Bernadette Soubirous*, para hacerla depositaria de un mensaje muy especial (confirmación del Dogma de la Inmaculada

Concepción) y derramar innumerables gracias sobre toda la humanidad. La fuente milagrosa que ella descubrió por indicación de Nuestra Señora, en una visión, atrajo enseguida, y sigue atrayendo, a infinidad de peregrinos de todo el mundo, algunos de los cuales resultan milagrosamente curados de sus enfermedades, para desconcierto de esos «espíritus fuertes» cerrados a lo sobrenatural. ¿No hay en este hecho como una especie de divino sentido del humor?… Algunos incrédulos argumentan que, si Dios pudiera hacer tales milagros, curaría a todos los que acuden a la fuente milagrosa; a lo cual se les podría contestar: ¿Y por qué no exigirle que destierre de la tierra toda dolencia y toda enfermedad?

Los cristianos sabemos que el dolor y el sufrimiento forman parte de los planes de Dios. El Señor no curó a todos los enfermos, lisiados y paralíticos que encontró en su camino, y Él mismo nos dio ejemplo del valor del sufrimiento muriendo en la Cruz. En una era racionalista e incrédula, la fuente de Lourdes pone de manifiesto que el Médico Eterno tiene poder para hacer lo que los hombres somos incapaces de hacer. Si esa fuente milagrosa curase a todo el mundo, su poder curativo sería considerado como algo natural, debido a la existencia en sus aguas de algún elemento medicinal desconocido. Pero no es así; la causa de las curaciones está exclusivamente en la fe del enfermo y en la *Voluntad de Dios*. Con todo, el mayor milagro de Lourdes no es ese; es la fuerza espiritual de los creyentes que salen reconfortados de las aguas, sean curados de sus dolencias físicas o no.

Santos en acción: en Austria, *san Clemente Hofbauer*, redentorista; en Italia, *san Juan Bosco*, regenerando a granujillas, fundando «ciudades de los muchachos» y ganándose la actitud anticlerical de los gobiernos locales ateos; en España, *san Antonio María Claret*, fundador de los misioneros claretianos… Y tantos más.

Nuevas órdenes y congregaciones misioneras, mientras tanto, llevaban la luz del Evangelio al África, al Extremo Oriente, a las islas de Oceanía…

El mayor de los milagros obrados por san Francisco Javier iba a conocerse ahora, tres siglos después de su muerte. La comunidad cristiana que él había establecido en Japón en el siglo XVI había llegado a contar con trescientos mil fieles, pero en el año 1616 se desencadenó una terrible persecución. Los cristianos fueron prácticamente aniquilados y, en 1640, el Imperio del Sol Naciente quedó cerrado al comercio con el mundo occidental. Los misioneros —jesuitas y dominicos— que trataban de entrar de tapadillo eran capturados y ejecutados tras ser torturados. Pero, a mediados del siglo

XIX, Japón volvía a abrir sus puertas a Occidente, y los primeros misioneros que pudieron entrar fueron recibidos por una delegación de los treinta mil japoneses católicos que todavía quedaban en el archipiélago. Eran los descendientes de aquellos primeros convertidos por san Francisco Javier… Perseguidos, diezmados, habían logrado sobrevivir, y, como no quedaba ningún sacerdote entre ellos, el único Sacramento que habían recibido era el Bautismo. El Espíritu Santo, infundido en ellos, les había hecho conservar la Fe.

El renacer del catolicismo en Inglaterra

Otro milagro: el catolicismo empezaba a renacer en Inglaterra, a pesar de los prejuicios, el desprecio de los no católicos y lo que podría llamarse superstición contra la Fe.

A comienzos del siglo XX, una dama protestante decía, susurrando, al oído del gran escritor Chesterton cuando pasaban ambos por la calle de un pueblo: «Mire, en esa casa viven católicos. Dios sabe qué cosas horribles sucederán allí».

En 1780 solo quedaban unos sesenta mil católicos.

En 1829, el Parlamento aprobaba el Acta de Emancipación de los católicos, gracias, en gran parte, a la campaña de agitación del irlandés O'Connell.

En 1840 había ya en Inglaterra unos quinientos mil católicos, en su mayor parte irlandeses, y diez años más tarde, tras la Gran Hambre en Irlanda, cuando emigraron miles de irlandeses, eran más de un millón.

Todo eso hacía que el catolicismo, en el Reino Unido, estuviese considerado, más que «romano», como irlandés. Lo cual podía ser considerado como un timbre de honor, pues, en cuanto a fidelidad a la verdadera Fe, los irlandeses se llevaban la palma. Ni las sangrientas persecuciones de Cromwell, ni el durísimo Código Penal de Guillermo de Orange, ni la tiranía de los gobernantes ingleses habían logrado doblegar a los irlandeses (fidelidad que les ha valido tener un papel preponderante en los países anglosajones; la mayor parte de la jerarquía católica en ellos es irlandesa, o descendiente de irlandeses).

En 1838 se inició en Inglaterra, y en el seno de la Iglesia anglicana, el *Movimiento de Oxford*, dirigido primero por el Rvdo. Dr. Pusey y, luego, por *John Henry Newman*, que buscaba un acercamiento a la Iglesia católica, con vistas a una posible unión. Siete años más tarde, en 1845, Newman se convertía al catolicismo y unos años más tarde el papa Pío IX le nombraba Cardenal. En 1851, Henry Edward Manning, arcediano de la Catedral de Chichester, se convertía también y más tarde el Papa le hacía Cardenal. Finalmente, Pío IX decidía restablecer la jerarquía católica en Inglaterra y hacía Primado de la misma al Dr. Nicholas Wiseman, Arzobispo de Westminster y Cardenal…

Actualmente, el número de católicos en Gran Bretaña supera los ocho millones.

También había habido santos, y los seguía habiendo, en el vasto continente descubierto hacía cinco siglos por Cristóbal Colón. La primera había sido *santa Rosa de Lima* (1586-1617), canonizada por Clemente X en 1676, y, después de ella, *san Luis Beltrán*, dominico; *san Francisco Solano*, franciscano; *san Pablo Claver*, jesuita; y *san Martín de Porres*, que se santificó como lego dominico, ejerciendo los más humildes oficios. Todos ellos en la América evangelizada por misioneros españoles. Y en el Canadá y en Nueva York, varios jesuitas de origen francés habían sido martirizados por los indios iraqueses, entre ellos, *san Isaac Jogues*.

En cuanto a los Estados Unidos, que había logrado su independencia en 1783, había pasado ya aquel tiempo en el que los católicos de Nueva York tenían que ir a Filadelfia para recibir los sacramentos, pues a los sacerdotes les estaba prohibido entrar en el Estado de Nueva York bajo pena de muerte…

Uno de los más curiosos fenómenos en la historia de la Iglesia católica es que los protestantes reprochan a los católicos su intolerancia, cuando muchos de ellos han sido ferozmente intolerantes (y todavía lo son) con los católicos, sobre todo en aquellos países en que eran mayoría. La historia de Maryland ofrece un buen ejemplo: esa colonia fue fundada en 1634 por Lord Baltimore, para acoger a los católicos perseguidos en Inglaterra. En 1649, el Acta de Tolerancia garantizaba la libertad religiosa en las colonias y muchos protestantes de diversas sectas empezaron a establecerse en Maryland. Pues bien, cuando alcanzaron la mayoría, abolieron el Acta de Tolerancia… respecto a la Iglesia católica solamente.

La Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos autoriza a todos los ciudadanos a adorar a Dios según les dicte su conciencia, por lo que ser anticatólico militante es tan anticonstitucional como ser antiprotestante o antijudío. Durante el siglo XIX, la Iglesia católica en los Estados Unidos puso de manifiesto su gran capacidad de fusionar pueblos, razas y culturas. Lo que había logrado hacer en Francia con los galos y los francos; en España, con suevos y visigodos; en Inglaterra, con celtas, sajones, daneses y normandos; en Alemania, con los sajones, los alemanes y los marcomanos; etc., etc., se repitió ahora en los Estados Unidos con irlandeses, italianos, españoles, alemanes, polacos, etcétera. En 1858, cinco ciudadanos norteamericanos, todos ellos conversos, fundaban la

Congregación de misioneros de San Pablo Apóstol —*Padres paulistas*—, para extender el catolicismo por los Estados Unidos.

Ya en 1846, antes de la proclamación dogmática por Pío IX (1846-1878), la Inmaculada Concepción era declarada patrona de los Estados Unidos en el Sexto Concilio Provincial de Baltimore, y el Papa la confirmó como tal ese mismo año, el primero de su pontificado, el más largo de los últimos doscientos años.

Hacía ya tiempo que la Iglesia católica disponía de Obispos en Norteamérica. El primero había sido John Carroll (1735-1815), obispo y luego arzobispo de Baltimore. Y el primer obispo norteamericano nombrado Cardenal (por Pío IX) fue John McCloskey, nacido en el Estado de Nueva York.

El crecimiento del número de católicos fue espectacular a todo lo largo del siglo XIX: 300.000 en 1830; 600.000 en 1840; 1.650.000 en 1850; 4.500.000 en 1870[*]… Se fundaron nuevas instituciones religiosas (la Sociedad Misionera Católica «Maryknoll», las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón…) y los santos empezaron a florecer: el *beato Felipe Duchesme*; *santa Francisca Javiera Cabrini*, canonizada por Pío XII en 1946; *Elisabeth Ann Seaton*, beatificada por el Papa Juan XXIII…

Pío IX y el final del poder temporal de los Papas

En 1846, a la muerte de Gregorio XVI, fue elegido Papa el Cardenal Mastai-Ferretti, que tomó el nombre de *Pío IX*. Su pontificado iba a ser el más largo de la historia (32 años) y también uno de los más llenos de acontecimientos trágicos y dolorosos. Era un hombre de magnífica prestancia, altivo en apariencia, pero amable e ingenioso. Al principio de su pontificado, se convirtió en una de las personalidades más grandes de Italia, que anhelaba alcanzar la unidad nacional, pero los nacionalistas trataron de arrastrarle a una «guerra santa» contra el ocupante austríaco, y Pío IX se resistió, alegando, con todo fundamento, que, por razón de su cargo, tenía que ser «padre amoroso de todas las naciones», lo cual le convirtió, de la noche a la mañana, en «enemigo del pueblo italiano», en «traidor».

Una revuelta, en Roma, le obligó a huir a Gaeta, disfrazado. Y, una vez más, la historia se repitió: tropas francesas desembarcaron en los Estados Pontificios y, tras duros combates, ocuparon Roma, donde permanecieron hasta 1870. Pío IX volvió a Roma, pero, en la larga lucha por la unidad de Italia, los Estados Pontificios se fueron disgregando poco a poco.

La proclamación de Víctor Manuel de Saboya como rey de Italia (17 de marzo de 1861) trajo como consecuencia el que Roma fuera escogida como capital de una Italia unificada. Una vez más, Francia evitó que Roma fuera ocupada por los nacionalistas italianos, pero, cuando estalló la guerra franco-prusiana, Napoleón III no tuvo más remedio que retirar sus tropas de la Ciudad Eterna.

En cuanto estuvo claro que Francia iba a perder la guerra, las tropas italianas marcharon sobre Roma. El 20 de septiembre de 1870 empezaron a bombardear la ciudad, y Pío IX, para evitar derramamientos de sangre, capituló. El gobierno italiano garantizó al Papa que podría disponer del Palacio Vaticano, del Laterano y de la Villa de Castelgandolfo «para su uso», así como una asignación de tres millones y cuarto de francos. Pío IX se negó a aceptar nada. Como Pío VII, declaró que no podía renunciar a unos derechos que no eran suyos. Y, a partir de ese momento, él y los Papas que le sucedieron (hasta Pío XI) se considerarían como *prisioneros*. En cualquier caso, los Estados Pontificios habían desaparecido de hecho y el poder temporal de los Papas se había convertido en un mero recuerdo.

Las «herejías» de los tiempos modernos

Ningún otro Papa había tenido que condenar tantos «ismos» como Pío IX. Porque en el siglo XIX proliferaron una serie de ideologías que, de una manera u otra, se oponían al cristianismo. Una de ellas era el *liberalismo* filosófico, que propugnaba una completa separación de la Iglesia y el Estado y consideraba la religión «un asunto privado». Sin embargo, muchos católicos no tenían más remedio que transigir con él si, como ocurría en los Estados Unidos, la Constitución de su país era «liberal».

Junto a él, proliferaban otros «ismos» que, con el tiempo, resultarían ser mucho más peligrosos: racionalismo, panteísmo, naturalismo, agnosticismo, indiferentismo, laxismo, modernismo, racismo y, sobre todo, el socialismo marxista y el comunismo, doctrinas todas ellas atractivas y hasta con un cierto grado de «plausibilidad», pero con errores de base gravísimos, que alejaban a los hombres de la Verdad.

El Dogma de la Inmaculada Concepción y el Concilio

Vaticano I

El 8 de diciembre del año 1854, Pío IX, en presencia de doscientos obispos, proclamaba el *Dogma de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María*.

El pueblo cristiano, apoyado por las enseñanzas de la Iglesia, había creído, desde los primeros tiempos del cristianismo, que la Virgen María había sido preservada, desde su concepción, de la mancha del pecado original. Pero había algunos teólogos y pensadores cristianos que no estaban de acuerdo.

Pío IX, tras un cuidadoso examen de la cuestión, decidió declarar explícitamente que esta verdad incluida implícitamente en las palabras «llena eres de gracia», con que el ángel Gabriel saludó a María, formaba parte de la Revelación divina.

Pío IX personalmente definió el nuevo dogma, con lo que —como hizo notar el P. Schraeder, jesuita— el Papa, al mismo tiempo, tomó otra decisión dogmática: que el Papa, personalmente, no solo como Cabeza de un Concilio, era infalible cuando, hablando *ex cathedra*, definía materias de fe o de costumbres. Y, así, el *Concilio Vaticano I* (1869-1870), convocado por el mismo Pío IX, proclamaría el *Dogma de la Infalibilidad Pontificia*.

En la votación final, todos los Padres Conciliares, menos dos, votaron a favor del mismo. Los dos disidentes fueron el Obispo de Riccio de Cajazzo (Sicilia) y el Obispo Fitzgerald de Little Rock, Arkansas (EE.UU.), pero en cuanto supieron el resultado de la votación, lo admitieron.

Estos dos dogmas fueron muy mal comprendidos por los no católicos e incluso por algunos católicos, que creen que la Inmaculada Concepción significa que la Virgen fue concebida virginalmente… En cuanto al Dogma de la Infalibilidad Pontificia, el vulgo cree —sobre todo entre los no católicos— que quiere decir que el Papa no se equivoca en nada de lo que dice, cuando en realidad, como ya hemos apuntado, el Papa solo es infalible en materia de fe y de costumbres (cuestiones morales) cuando habla *ex cathedra*, es decir, revestido de toda su autoridad como Cabeza de la Iglesia y Vicario de Cristo. Y la infalibilidad consiste, únicamente, en que el Espíritu Santo vela para que no diga nada que pueda inducir a error a la Iglesia.

El Dogma de la Infalibilidad Pontificia produjo mucho revuelo en algunos países. En Prusia, donde el Primer Ministro *Bismarck* —llamado «el Canciller de Hierro»— había desatado una campaña

contra los católicos (conocida como Kulturkampf), sirvió de pretexto para atacar a la Iglesia con mayor virulencia. Pero los católicos alemanes, que estaban numerosamente representados en el *Reichstag* (Parlamento), se defendieron muy bien, y su líder, Windthorst, se encaró con Bismarck y le dijo: «Tratáis de morder un bloque de granito». Mientras tanto, un eminente periodista alemán, dándoselas de «profeta», escribía: «Hagan lo que hagan los ultramontanos (es decir, los "papistas"), el poder político de la Iglesia romana ha muerto y el eclesiástico agoniza… Pío IX… ha aniquilado al Papado».

[*] En 1983, los católicos en los Estados Unidos eran algo más de 52.000.000.

Capítulo XX

GRANDEZA Y MISERIA DE LOS «TIEMPOS MODERNOS»

El Papa Pío IX murió en el año 1878 y, cuando su cadáver fue llevado a enterrar en la basílica de San Lorenzo, el populacho romano, enardecido, atacó la comitiva fúnebre dispuesto a arrojar el ataúd al Tíber. Los eclesiásticos que acompañaban el cuerpo de Pío IX hasta su última morada tuvieron que mantener una auténtica batalla campal para evitarlo, y al fin lo consiguieron…

El lamentable hecho venía a poner de manifiesto, una vez más, que navegar contra la corriente es arriesgado. Si el Papa hubiese cedido a lo que hoy llamaríamos «los vientos que corren», habría sido enterrado triunfalmente.

Su sucesor, el Cardenal Pecci, había sido un obispo ejemplar y llegaría a ser un Papa modelo. León XIII (1878-1903) era un hombre de acero —resistente y flexible— que conocía perfectamente los problemas de su tiempo. El más importante, tal vez, era «la cuestión social», es decir, las desigualdades sociales provocadas por la revolución industrial y el desarrollo del capitalismo, con su secuela de injusticias. Si su gran Encíclica, la *Rerum Novarum* (1891), dedicada a este tema, hubiese sido puesta en práctica por los católicos —gobernantes y gobernados—, el mundo tal vez habría podido evitar la amenaza del marxismo.

Otro problema gravísimo era el de las ideologías que habían surgido al margen del cristianismo, muchas de ellas declaradamente anticatólicas, sin que los pensadores católicos hubiesen reaccionado como debían. En la Encíclica *Aeterni Patris* (1879), León XIII recordaba que existía una filosofía y una teología católicas que no habían agotado en absoluto su verdad y su fuerza; el pensamiento de santo Tomás de Aquino seguía vivo y constituía una guía segura para todos los católicos… Y el *tomismo* floreció de nuevo, poniendo de manifiesto que era —y sigue siendo— una especie de Lourdes intelectual que obra milagros en las mentes, sanándolas de los errores de ciertas «filosofías» y aportando sólidos argumentos para rebatir las modernas «herejías». Sin León XIII, tal vez no hubiesen surgido filósofos y teólogos católicos de la talla de un Maritain o un Gilson, que pusieron al día el pensamiento de santo Tomás, actualizándolo sin caer en el modernismo.

Y luego estaban los errores en la política… León XIII, en la *Immortale Dei* (1885), aclaraba numerosos conceptos y daba una serie de directrices para que los católicos pudiesen navegar por el proceloso mar de la política sin caer en dos «tentaciones» opuestas: dejar los asuntos públicos en manos de los enemigos de la religión o tratar de imponer el catolicismo por la fuerza.

León XIII supo llevar también la campaña anticatólica de Bismarck —la *Kulturkampf*—, lo mismo que a la agitación anticatólica en Suiza, a un final conciliador. Nombró el primer Delegado Apostólico en los Estados Unidos (1893) cuatro años después de la creación, en Washington, de una Universidad Católica. También estableció relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y la Rusia de los zares y el Japón.

En Francia, sin embargo, las cosas se habían torcido. Había surgido un nuevo tipo de funcionario agnóstico o declaradamente ateo —que todavía existe—, obsesionado con la «grandeza» de la Revolución Francesa y fanático del «liberalismo» y del «progresismo». Su representante típico era Emil Combes, ex-seminarista y apóstata, que completó la obra de sus predecesores, que habían cerrado las universidades católicas y habían vuelto a expulsar a los jesuitas. Combes arremetió contra la enseñanza católica, prohibió la instrucción religiosa en las escuelas públicas, obligó a los sacerdotes a hacer el servicio militar y prohibió a las monjas servir en los hospitales… Lo cual no impidió que Francia diera al mundo una santa cuyo nombre sigue vivo en el corazón de millones de católicos: *santa Teresita del Niño Jesús*.

Teresa de Lisieux era una monja carmelita que murió de tuberculosis a la edad de veinticuatro años. Por orden de su Superiora, escribió su propia biografía, en la que hablaba del «caminito» que ella había escogido para alcanzar el Cielo, un camino humilde, sencillo, al alcance de los que no están llamados a hacer «grandes cosas», pero saben aprovechar las pequeñas… Un «caminito» en apariencia demasiado fácil, incluso «ñoño», pero solo para los que no saben leer entre líneas… Porque esta encantadora monjita tenía un carácter recio, una voluntad de acero, capaz de vencer todos los obstáculos, grandes o pequeños, que se oponían en su «caminito» hacia el cielo. Canonizada en 1926 por el Papa Pío XI, se convirtió en la co-patrona de los misioneros, con san Francisco Javier. Teresa, sin embargo, nunca había salido de su convento de Lisieux (antes había viajado a Roma para pedir al Papa que la autorizase a entrar en el Carmelo a los quince años). Porque la Iglesia sabe que la oración de las almas contemplativas es indispensable para extender el Reino de Dios en la tierra.

Cuando murió León XIII, la autoridad moral del Papado era mayor que nunca. Y su sucesor iba a ser un santo…

Pío X (el Cardenal Sarto) era de humilde origen. «León XIII había sido», escribió Justin Fevre, «un Papa de reyes, emperadores, cortes, cancillerías y obispos. Pío X es el Papa de la teología, del derecho canónico, de los humildes, de los pobres, de los curas párrocos».

Pero ni él pudo mejorar la situación en Francia. Bajo Combes, el renegado, las monjas terminaron siendo expulsadas no solo de los hospitales, sino del país (después de confiscar sus conventos y sus bienes). Los católicos se convirtieron en ciudadanos de segunda clase, que eran rechazados sistemáticamente cuando se trataba de ocupar cargos públicos y en las oposiciones para la administración civil. La persecución no fue sangrienta, pero sí intensa. El año 1904 Combes se apoderó de todas las propiedades eclesiásticas, incluidos los templos.

Orientados por dos encíclicas de Pío X, los católicos franceses reaccionaron espléndidamente. La persecución, a la postre, condujo a un renacimiento católico y a la extensión del catolicismo en Inglaterra, donde muchos sacerdotes franceses tuvieron que emigrar.

Pío X unificó también las leyes canónicas mediante su refundición en el *Códex Iuris Canonici.* Impulsó la música religiosa y la vida sacerdotal con su exhortación *Ad Clerum Catholicum*. Condenó el *Modernismo,* que eliminaba la vida de piedad o trataba de adaptarla a la vida moderna en aras de un desenfrenado «activismo» (es curioso: si las verdades de la Fe son absolutas y no cambian, ¿por qué esa manía de «adaptarlas» a unas modas cambiantes que constantemente se quedan trasnochadas y obsoletas?).

Los últimos años del pontificado de Pío X se vieron ensombrecidos por los sucesos de Francia y por el desenfrenado nacionalismo de las potencias europeas, que condujo al estallido de la Primera Guerra Mundial el 14 de agosto de 1914.

Pío X había previsto la tragedia, pero, cuando se produjo, su corazón se rompió: el que los católicos lucharan contra los católicos y se mataran despiadadamente fue demasiado para él. «Daría gustoso mi vida por la paz de Europa», había dicho. Dieciocho días después de la iniciación de las hostilidades entregaba su alma a Dios.

Benedicto XV y «la Gran Guerra»

El nuevo Papa, *Benedicto XV* (Cardenal della Chiesa), se encontró con una Europa en guerra, y cuando trató de hacer entrar a los combatientes en razón fue acusado por la *Entente* (Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Rusia) de favorecer a las *Potencias Centrales* (Alemania, Austria-Hungría), y por las Potencias Centrales, de favorecer a la Entente. La prensa de los países en guerra se ensañó con él, pero Benedicto XV no se inmutó: «No nos importa el juicio de los hombres», dijo, «la Verdad se impondrá finalmente…». No tendría que esperar mucho: cuando se vio que ninguno de los dos bandos iba a ganar la guerra rápidamente, envió a un joven y brillante prelado, *Eugenio Pacelli,* a la corte del Kaiser Guillermo II para que gestionara la paz. Este se mostró bastante conciliador, pero una crisis de gobierno trajo como Canciller a un destacado protestante, Michaelis, que se opuso a toda negociación. Un miembro del *Reichstag,* el pastor luterano Traub, había dicho indignado: «¿Es que vamos a aceptar una paz impuesta por el Papa en el mismo año que se conmemora el cuarto centenario de la Reforma?». (Era el año 1917; cuatrocientos años antes Lutero había clavado sus noventa y nueve tesis en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenburg).

Y la guerra prosiguió. La intervención de los Estados Unidos, con su enorme potencial, inclinó la balanza a favor de la Entente. Las Potencias Centrales —a las que se habían unido Bulgaria y Turquía— fueron derrotadas. El Kaiser Guillermo tuvo que buscar refugio en Holanda, y Alemania se convirtió en República, lo mismo que Austria. Pero en Rusia había estallado la Revolución y, tras una sangrienta guerra civil, los bolcheviques acabarían haciéndose con el poder… Un hecho que iba a tener insospechadas repercusiones en Europa y en el mundo entero.

A lo largo de toda la guerra, y después, la Santa Sede llevó a cabo una incansable labor a favor de las víctimas de la guerra, evacuados, heridos y prisioneros. Se organizaron servicios de repatriación y de búsqueda de soldados desaparecidos, llegándose a localizar cerca de doscientos mil.

Benedicto XV logró también mejorar las relaciones con Francia. Se reanudaron las relaciones diplomáticas y el Papa envió un Nuncio a París.

Pío XI y la condena de los totalitarismos

Benedicto XV murió en 1922. La sucedió el Cardenal Achille Ratti, que tomo el nombre de *Pío XI* (1922-1939). Era un hombre robusto, fuerte física y espiritualmente, que en su juventud había sido alpinista. Inteligentísimo, valiente y tenaz, firmó doce Concordatos con los nuevos Estados y gobiernos surgidos de la guerra, procurando salvaguardar en todos ellos los derechos de la educación católica de la juventud y la libertad de la Iglesia; y ello tanto en países gobernados por liberales y socialistas como en los que gobernaban los fascistas y los nacionalsocialistas.

En 1922, *Benito Mussolini* —que antes había sido socialista— había llevado a cabo su famosa marcha sobre Roma, obligando al Rey a nombrarle Primer Ministro de un gobierno fascista. Poco después, al otro lado del Atlántico, en México, se desencadenaba una sangrienta persecución contra los católicos atizada por un gobierno ateo dispuesto a hacer una especie de «revolución francesa» a su manera. Allí, como en la Rusia soviética —donde Stalin sucedía a Lenin—, miles de sacerdotes y seglares morían martirizados por su Fe.

En 1929, Pío XI puso fin a la difícil situación creada por la desaparición de los Estados Pontificios y la toma de Roma, en 1870, por las tropas italianas del rey Víctor Manuel. Los Papas, en adelante, ya no serían «prisioneros voluntarios» en el Vaticano. Por el *Tratado de Letrán*, firmado entre Pío XI y el gobierno italiano, la Santa Sede dispondría de un territorio minúsculo de 0,44 km cuadrados: *el Estado de la Ciudad del Vaticano*, en el cual el Papa ejercería su soberanía. Eso, sin embargo, no quería decir que Pío XI fuera a doblegarse ante las ambiciones de Benito Mussolini y su gobierno fascista. Cuando este empezó a poner en práctica su ideología totalitaria, Pío XI la condenó sin paliativos mediante una Encíclica que, para que no cupiera duda de a quién iba dirigida, no estaba redactada en latín, sino en italiano: *«Non abbiamo bisogno»*.

Pío XI nombró Secretario de Estado a aquel joven prelado que había tratado de poner fin a la Primera Guerra Mundial, Eugenio Pacelli, al que hizo Cardenal. Gracias al esfuerzo combinado de ambos, la Iglesia volvió a vivir unos años de esplendor.

Pío XI es conocido por muchos como «el Papa de la Acción Católica», pues fue él quien creó esta organización, destinada a hacer partícipes a los laicos en el apostolado jerárquico de la Iglesia, ya que uno de sus mayores anhelos fue siempre revitalizar e impulsar el

apostolado seglar. Para otros, sin embargo, pasará a la historia como «el Papa de las misiones», pues bajo su pontificado tuvieron un desarrollo espectacular. Fomentó, sobre todo, la creación de un clero autóctono en los países de misión; en 1926 consagró personalmente seis obispos chinos y, en 1927, el primer obispo japonés. El número de sacerdotes nativos en los países de misión pasó, en una década, de 2.670 a 7.000 y el de convertidos aumentó en nueve millones. En 1933, volvió a consagrar varios obispos chinos y de origen hindú, y en los *Congresos Eucarísticos*, celebrados cada dos años, se reunieron millones y millones de fieles que ponían de manifiesto la unidad y la vitalidad del Cuerpo Místico de Cristo.

Pío XI impulsó también la enseñanza católica, la ciencia y los medios de comunicación. En 1931 se inauguró una emisora de radio en el Vaticano y, en 1935, un Observatorio astronómico en Castelgandolfo. Se crearon Universidades Católicas en Italia, en Holanda y en Polonia.

En 1931, hizo pública una resonante Encíclica, la *«Quadragesimo anno»* (llamada así porque aparecía en el cuarenta aniversario de la *Rerum Novarum* de León XIII), en la que condenaba el materialismo marxista y el comunismo. Ponía de manifiesto la absoluta incompatibilidad entre esas ideologías y la doctrina de la Iglesia, mostrando que tales «remedios» contra los abusos del capitalismo eran más nocivos que los males que trataban de subsanar.

Y, cuando un régimen racista, neopagano y supernacionalista se hizo con el poder en Alemania, Pío XI se apresuró a establecer un Concordato para que los derechos de la Iglesia y la educación católica quedaran a salvo. Pero, cuando el nazismo se convirtió en una amenaza, publicó una Encíclica en alemán, que comenzaba con tres palabras que eran como el resumen de su contenido: *Mit brennender Sorge* («Con ardiente ansiedad»). La policía secreta (la temida Gestapo) trató de evitar que la Encíclica —que condenaba el totalitarismo y el racismo nazi— fuera conocida en Alemania, pero fue leída en los púlpitos de todas las iglesias (1937). Y al año siguiente, una nueva Encíclica dejaba las cosas más claras todavía, pues Adolfo Hitler y sus seguidores estaban demostrando ser tan crueles e inhumanos como los bolcheviques, y los campos de concentración empezaban a llenarse no solo de judíos y comunistas, sino también de católicos, sacerdotes en su mayoría.

En España, mientras tanto, había estallado una guerra civil que iba a producir innumerables víctimas. En la zona republicana, los revolucionarios —comunistas y anarquistas— asesinaron a miles de

católicos (seglares, sacerdotes y obispos) ante la indiferencia o la aquiescencia del gobierno legítimo, lo que hizo que los católicos, en su inmensa mayoría, apoyaran la sublevación militar acaudillada por el General Franco. La victoria de este trajo para la Iglesia, en España, un período de paz y de prosperidad no exento de tensiones y conflictos.

Pío X había previsto el estallido de la Primera Guerra Mundial y Pío XI contempló, consternado, cómo se avecinaba la Segunda. Murió solo unos meses antes de que esta se iniciase, y el Cónclave de Cardenales eligió para sucederle a Eugenio Pacelli el mismo día en que cumplía sesenta y tres años: el dos de marzo de 1939. Tomó el nombre de *Pío XII* (1939-1958).

Como Nuncio Apostólico, en Munich, Pío XII se había encarado, durante la «Gran Guerra», con una manifestación de revolucionarios armados que trataban de asaltar la Nunciatura, haciéndoles retroceder con su poder de persuasión. Ahora, trató de persuadir a las grandes potencias, con todos los medios a su alcance, para que evitaran una conflagración mundial. Pero Hitler estaba decidido a ir a la guerra, y la guerra comenzó el 1 de septiembre de 1939 con la invasión de Polonia. Todos los llamamientos posteriores del Papa a favor de la paz cayeron en el vacío. Así pues, Pío XII se dispuso a salvar lo que pudiera y, cuando los nazis ocuparon Roma, en 1943, acogió en el Vaticano a miles de perseguidos, hombres y mujeres, de todos los credos, razas y nacionalidades. Rescató a doscientos judíos a cambio de una fuerte suma de dinero en oro, y un alto funcionario del Vaticano (Mons. O'Flaherty, del Santo Oficio) organizó una red clandestina de ayuda a los perseguidos que salvó la vida a miles de prisioneros de guerra, judíos y comunistas[*].

Cuando Roma fue bombardeada por los aliados, Pío XII acudió enseguida al barrio más afectado para consolar a los heridos y a los que habían quedado sin hogar. Regresó al Vaticano con su blanca sotana manchada de sangre.

Pero la guerra acabó por fin, y en los años que siguieron la Iglesia católica se hizo merecedora del respeto universal. Doce millones de africanos se convirtieron al catolicismo y se estableció la jerarquía en varios países de misión, entre ellos China, que pronto contó con veinte arzobispos, sesenta y nueve obispos y un Cardenal (la derrota de la China nacionalista por Mao-Tse-Tung acabaría prácticamente con esa floreciente Iglesia, excepto en Taiwan).

En el Año Santo de 1950, Pío XII definió solemnemente el Dogma de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María; con ello no hacía más que reafirmar una creencia popular, pues el pueblo fiel venía celebrando, desde los tiempos del Papa san León Magno en el siglo V, la *Festividad de la Asunción* (15 de agosto). Al mismo tiempo, ponía de relieve, frente al materialismo reinante en muchos países y en amplios sectores de la sociedad, que el hombre entero, alma y cuerpo, está destinado a gozar de una felicidad eterna en el cielo. *«Agnosce, Christiane, dignitatem tuam»*… «¡Reconoce, cristiano, tu dignidad!», había escrito el papa san León en el siglo V.

Pío XII, cuya devoción a la Virgen María le llevó a celebrar un Año

Mariano y a consagrar la Humanidad al Inmaculado Corazón de María, escribió más de cuarenta encíclicas, exhortaciones apostólicas y cartas pastorales. Innumerables fueron sus mensajes radiofónicos, sus discursos, sus alocuciones a toda clase de profesionales. Creó ciento noventa diócesis y archidiócesis, alentó la creación de nuevas instituciones de la Iglesia, fue ejemplo de vida cristiana.

Y sufrió mucho: cuando el «telón de acero» cayó sobre media Europa aislando del mundo libre a más de sesenta millones de católicos; cuando China quedó sometida a la tiranía comunista; cuando se vio obligado a excomulgar a Perón, Presidente de la Argentina; cuando los tanques soviéticos aplastaron brutalmente en 1956 la sublevación de Hungría; cuando el Cardenal Mindzesty fue hecho prisionero…

Era un hombre excepcional. Quien, como el autor de este libro, tuvo la dicha de ser recibido en audiencia y charlar con él cara a cara nunca olvidará el amor que irradiaba su santa y poderosa personalidad.

Cuando en el otoño de 1958 se supo que había entregado su alma a Dios en Castelgandolfo, miñones de católicos lloraron su muerte.

Acudieron los cardenales desde todos los puntos del globo para tomar parte en el Cónclave. En breve, desde el histórico balcón de la Basílica de San Pedro se proclamó el triunfante *«Habemus papam»*.

Rompió la tradición aumentando el número de cardenales, que hasta entonces habían sido setenta, en recuerdo de los setenta. Uno de los nuevos cardenales era de raza negra y otro era japonés.

No era fácil encontrar alguien lo suficientemente grande y noble para suceder a Pío XII, pero, desde el comienzo de su pontificado, *Juan XXIII* (el Cardenal Roncalli) supo ganarse no solo el respeto, sino también los corazones de todos los hombres, católicos o no. Su calor humano, su bondad, su generosidad eran evidentes; pronto se vio también que era, además, un hombre de profunda piedad y un gobernante audaz, de dilatada visión. Y cuando se supo que pensaba convocar un Concilio Ecuménico con el propósito de propiciar la unión de los cristianos, el mundo se conmovió. Porque, sin duda, aquello era la voluntad de Dios…

¿Habrá Dios permitido los males que afligen a la humanidad, a la Iglesia católica y a la Cristiandad con el objeto de que nos sintamos más cerca y nos reconozcamos como hermanos? Bien pudiera ser…

Viejas enemistades, como las que enfrentaban a alemanes y franceses, se desvanecen. Los jefes de distintas denominaciones cristianas se tratan con respeto, cambian impresiones, tienden puentes, rezan juntos… Solo algunas sectas fanáticas, dirigidas por hombres de mente estrecha, se mantienen al margen, lanzando reproches y viejas acusaciones. Y mientras tanto, el enemigo común avanza… ¿Habrá que esperar a que ese enemigo venza para iniciar un acercamiento en el Espíritu de Quien, en su Cena de despedida en la Tierra, rezó por la unidad de la Iglesia que había fundado y dijo que al final habría un solo rebaño y un solo Pastor?…

La unidad se producirá cuando Dios quiera, pero hay que trabajar por ella. Y rezar… Tal vez surjan nuevos peligros, tal vez se desaten nuevas tempestades, pero, si así fuera, no olvidemos jamás lo que Jesús dijo, al final del Sermón de la Montaña, del hombre prudente y de la casa que había construido: «Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos e irrumpieron sobre aquella casa, pero no cayó, porque estaba *fundada sobre roca*» (Mateo 7, 25).

[*] La apasionante historia de Mons. O'Flaherty se relata en el libro de J. P. Gallagner «Púrpura y Negro», publicado por *Ediciones* PALABRA, en esta misma colección. De él se hizo una serie televisiva protagonizada por Gregory Peck (Nota del Traductor).

Índice